El Gñana Yoga es el sendero que nos conduce
la realización de la suprema sabiduría. Es una senda dificilísima
recorrer, es como andar sobre el filo de una navaja. Pero la luz
el conocimiento puede ser el faro que oriente nuestras vidas
ando las tinieblas de la ignorancia nos cercan y pensamos
e la verdad es algo imposible de alcanzar.

Dice Swami Vivekananda: *"Toda verdad es eterna.*
*a verdad no es propiedad de nadie; ninguna raza,*
*ngún individuo puede reclamar su exclusividad.*
*rdad es la naturaleza real de todas las almas.*
*uién puede reclamarla especialmente?*
*ro debe hacerse práctica, debe hacerse simple,*
*í penetrará todos los poros de la sociedad humana*
*se volverá la propiedad del más elevado intelecto y de la más común*
*las mentes; del hombre, de la mujer y del niño al mismo tiempo".*

Y Swami Vivekananda en el Gñana Yoga, hizo para nosotros
mple y accesible la verdad y, como él decía, sacó el Vedanta
los bosques y las cavernas y lo esparció en la gran feria del mundo.
lo su genio, su grandeza espiritual, pudo dar ese mensaje milenario
un lenguaje moderno, sin perder nada de su fuerza,
spiración y belleza. El hombre quiere conquistar el espacio sideral;
. Gñana Yoga lo incita a la conquista de su mundo interior.

Podemos entrar, tomados de la mano de Swami Vivekananda, al
emplo del Saber, por la puerta del Vedanta y, allí, bucear en lo íntimo
nuestro ser y buscar esa Verdad, esa Sabiduría Suprema y cuando
encontremos, realizando la unidad del Espíritu en la diversidad
el mundo, convertirnos en factores de progreso
contribuir al logro de una sociedad humana
e sienta y viva, realmente la fraternidad universal

ISBN 950-17-0123-9




Gñana Yoga
El Sendero del Supremo Conocimiento
Swami Vivekananda
KIER

# Gñana Yoga

## El Sendero del Supremo Conocimiento

KIER

Swami Vivekananda

# GÑANA YOGA

editorial kier

**OBRAS DEL MISMO AUTOR:**

- **Gñana Yoga**
- **Karma Yoga**
- **Raya Yoga**
- **Pláticas inspiradas**

SWAMI VIVEKANANDA

# GÑANA YOGA

## EL SENDERO DEL SUPREMO CONOCIMIENTO

Versión directa del inglés
y Prefacio por

**SWAMI VIJOYANANDA**

kier
100 años de Sabidurías

Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio -mecánico, electrónico y/u otro- y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Swami Vivekananda
Gñana yoga - 1a ed. 6a reimp. - Buenos Aires : Kier, 2008.
320 p. ; 20x14 cm. (Horus)

ISBN 978-950-17-0123-4

1. Yoga. I. Título
CDD 181.45

Título original:
*Gñana Yoga*
Diseño de tapa:
*Graciela Goldsmidt*
Correctora de pruebas:
*Prof. Delia Arrizabalaga*
Composición tipográfica:
*Estudio Fotoarte*
LIBRO DE EDICION ARGENTINA
ISBN 978-950-17-0123-4
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© 1995 H.E.R.K.
(Hogar Espiritual Ramakrishna Ashrama)
© 2007 by Editorial Kier S.A., Buenos Aires
Av. Santa Fe 1260 (C1059ABT), Buenos Aires, Argentina.
Tel: (54-11) 4811-0507 Fax: (54-11) 4811-3395
http://www.kier.com.ar - E-mail: info@kier.com ar
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina



## Prefacio

El mensaje de *Gñana Yoga*, o sendero del conocimiento, es: Tú eres Aquello. Tú eres la Omnipotencia, Omnisapiencia y Omnidicha Absoluta. Tu realidad jamás fue creada, de manera que no tienes ni nombre ni forma. Preguntarás: Con ese concepto abstracto ¿cómo se puede vivir? La contestación es: Tú eres la vida misma, tú no necesitas vivir; tu cuerpo, que tiene forma y lleva un nombre, ignorantemente piensa, clama, procura, se ocupa y preocupa por vivir. ¡Oh, omnipotencia!, desde que te has envuelto en la ignorancia, desde que has aceptado como realidad al tiempo y al espacio, tu naturaleza inmortal quedó olvidada y sigues girando en la rueda de nacimiento y muerte, subes y bajas; tiene cuerpo denso o sutil. Tú que eres la independencia misma, el eterno sujeto, limitándote en la objetividad, en conceptos debilitadores de dependencia, ¡oh, Ser puro y prístino!, hoy llevas una vida de necesidades y tus deseos por satisfacerlos son innumerables, pero siempre insuficientes; ¿por qué no quieres soltar la fuerte soga con la que te has amarrado a ti mismo? En tu presente existencia relativa estás luchando para gozar; juntas algo de tu fuerza, buscas algún objeto para que te produzca una sensación agradable, placentera, pero no puedes hacer que sean permanentes esas diversas manifestaciones de la impermanencia; el tiempo vuela, tus días se esfuman, los objetos cambian y tú, de nuevo te sumerges en la profunda tristeza del desasosiego. El practicante del *gñana yoga*, ante todo, debe sentir esa manifestación de la relatividad, debe tener el ardiente anhelo de apartarse, renunciar a toda existencia, relación y apego momentáneo y dedicarse al discernimiento puro. Con las prácticas morales debe transformar su vida diaria y "estando firme" debe mantenerse ecuánime ante todas las modificaciones de *maya* (esta *maya*, que es la inexistencia "existente", la irrealidad aceptada como "única realidad").

En los Upanishads, que forman parte de los Vedas —los

textos espirituales más antiguos que existen—, hay positivas indicaciones para seguir este sendero del conocimiento directo. En esos textos de los arios, se encuentran frases como las siguientes: "Este Ser es lo Supremo; lo Supremo es la conciencia directa y la dicha. Lo limitado es mortal y lo ilimitado es inmortal; tú eres Aquello y yo soy lo Supremo", etc., etc.

Es una lástima que, a pesar de todo el adelanto de las diversas ciencias, la gente que se declara instruida siga aún considerando al progreso humano en forma mecánica. Según la muy errónea opinión de esas personas, debemos aceptar que el mundo quedará como tal, pero que las diversidades desaparecerán; que todos debemos ser católicos o metodistas, o evangelistas, o israelitas de tal o cual secta, o hindúes adoradores de una u otra forma particular de Dios, o mahometanos, para poder ser liberados o salvados por la Misericordia Divina. Según ellos, debemos aceptar su dogma para progresar y prosperar. Salvo ellos, que pretenden conocer la voluntad Divina, todos los seres humanos son criaturas hechas de incurable y crónica debilidad, que siempre están necesitando de la vigorizante inyección de sus inverosímiles doctrinas. Sin embargo, a pesar de la tremenda presión del ambiente —de aparente poderío— que quiere dominar por el temor y por las promesas de un futuro muy halagador, pero siempre a cumplirse después de la muerte, hubo en todo momento del remoto pasado, hay ahora y habrá en el futuro, gente con temperamento heroico, de investigador y práctico filósofo, que querrá romper todas las ligaduras que nos mantienen como seres dependientes, presos de la impermanencia. Amantes de la realidad, esos seres intrépidos examinan sus propias limitaciones y, por el ardiente impulso que logran por medio de una vida disciplinada, y por el constante discernimiento entre lo Real y las apariencias, destruyen el velo de la ignorancia, de esa inexistente, pero, aparentemente, muy poderosa red de *maya*, esa inexplicable existencia de las apariencias y, descubriendo su propia naturaleza de Ser inmaculado, se establecen en el glorioso estado de *yivanmukta*, o libres, aun cuando se les ve viviendo en medio de las apariencias. Este mensaje de intrepidez que significa el logro de la independencia



máxima, fue proclamado, después de su realización, por el amante de la humanidad: Swami Vivekananda. Y éste es el mensaje que encontramos en el "Gñana Yoga".

Se puede decir que el siglo diecinueve recibió en sus últimos siete años, nuevamente, el antiguo, pero siempre vigorizante mensaje de la más alta expresión de la espiritualidad. Rugió el león del Vedanta en el Parlamento de las Religiones, en Chicago; dijo a más de tres mil ansiosos oyentes: "Despiértate, levántate y no te detengas hasta haber alcanzado tu meta". Diversas religiones tuvieron allí sus representantes. El escenario había sido cuidadosamente preparado para que el muy astuto cardenal Gibbons pudiera declarar que el catolicismo, con todos sus dogmas, es la religión universal y, como tal, debería ser aceptada por todos aquéllos que buscan la salvación. Pero el propósito divino era distinto.. En ese día fue proclamado públicamente, por el profeta de la Suprema Verdad, que todas las religiones son senderos que conducen al Único Dios, que es indicado y realizado por innumerables nombres, con o sin forma. Los que conocen bien la historia de las religiones, si no son fanáticos encerrados en sus dogmas sectarios, deben admitir que en la sede de ese Parlamento de las Religiones se corrió el telón de la ignorancia, debilidad y miedo, y los amantes de la verdad espiritual en el Occidente escucharon que la Divinidad es todo cuanto existe. Los errores y equivocaciones son cometidos porque aceptamos a la apariencia como siendo la única realidad. De tal aceptación surgen las otras manifestaciones de esa ignorancia primaria que nos hizo olvidar nuestro estado de Ser. Y así fue proclamado desde el Atlántico hasta el Pacífico y, luego, en el corazón del entonces poderoso imperio británico, ese potente, iluminador mensaje de fuerza y de fe en uno mismo. Esas conferencias sobre Vedanta, pronunciadas por Swami Vivekananda, fueron compiladas más tarde bajo el título de "Gñana Yoga", y son las que se publican en este volumen.

El sendero del conocimiento exige un discernir continuo y una renunciación progresiva de todo lo que el aspirante encuentre como aparente o relativo. Es el sendero de la independencia, de manera que el practicante debe aceptar su propia convic-

ción, después de un raciocinio puro, exento de todo prejuicio. En este mundo de apariencias, los conocimientos así como las sensaciones, vienen y se van; sólo el verdadero *gñana yogui* posee el conocimiento directo y declara: "Yo soy Aquello".

Los sabios del *gñana yoga* clasifican al conocimiento en dos categorías:

1) Conocimiento directo; que no está sujeto a inferencias, deducciones ni a opiniones ajenas; es el conocimiento que siempre está presente, pero que se halla, momentáneamente, oculto por las apariencias; es el conocimiento del Ser omnipresente, inmutable, sin origen y sin destrucción. Este conocimiento no se produce. Cuando los demás conocimientos desaparecen por impermanentes, el Ser se restablece en Sí Mismo. Por el constante y cada vez más fuerte viento del discernimiento, las densas y ligeras nubes de la ignorancia se disipan y, entonces, brilla en toda su gloria y esplendor el sol del Supremo Ser.

2) Los conocimientos indirectos son pasajeros, mutables, dependientes, producidos y destructibles. El conocimiento directo nos aleja de todo lo que es no-ser en nosotros; de todo lo que hemos soñado; de todo lo que nos ha hecho parecer tal o cual persona ante los demás y que, luego, por las innumerables repeticiones y sugestiones, hemos creído que éramos realmente nosotros. Los conocimientos indirectos siempre están sujetos a cambio y pueden ser mejorados o empeorados, hasta pueden ser olvidados completamente; en una palabra: son mortales. Por el contrario, el *conocimiento directo* es la inmortalidad misma.

Muchos eruditos, filósofos, especialmente en el Occidente, critican la filosofía del Monismo que enseña el *gñana yoga*, calificándola como doctrina de ilusión, negación y pesimismo. Esos señores positivistas temen que se les arranque de sus vidas de sensaciones físicas. Vamos a examinar sus opiniones. La ilusión no es inexistencia; es la percepción de una cosa que realmente no existe, como el fuego fatuo, como un espejismo. ¿Cómo puede ser real algo que, en el estado de vigilia, aparece como una cosa, cambia su aspecto en el estado de sueño con ensueños y no es percibido en el estado de sueño profundo? Si los sabios afirman que este mundo es relativo e ilusorio, no cometen ningún error. Una vez convencido de la ilusión, al sincero aspirante del *gñana* o conocimiento supremo, le cuesta menos negar y rechazar sus conocimientos inservibles, todos los que en el pasado lo querían limitar en la red de nacimiento y muerte, y que le ocultaban su verdadera naturaleza universal.



Ahora veremos lo que se dice acerca de su pesimismo. Preguntaremos a los eruditos que critican injustamente a los monistas: ¿Acaso saben ustedes que el conocimiento directo es la suprema y permanente dicha? Amantes y pregoneros de los minúsculos y efímeros placeres corpóreos o mentales, devotos de la debilidad y el temor, ustedes, que siempre están arrastrando en su vida un sinnúmero de inutilidades, que están convencidos de su propia mortalidad porque se asocian con otros semejantes, ya son "optimistas" y "realistas"; en tanto, los que quieren superar todas las irrealidades impuestas; que quieren romper las doradas cadenas de las atracciones y las oscuras de las repulsiones; que quieren establecerse en el perfecto estado de equilibrio del Ser; que no quieren temer, atacar, poseer despojando a los demás; los que quieren realizar que el único Ser está reflejado en todos; los que quieren ir y logran ir más allá de todo concepto de diferencia, ésos son los "pesimistas". Esta opinión no sólo carece de una base de veracidad, sino que es absurda.

Sabemos que el sendero del *gñana*, aunque intelectualmente es el más lógico, es muy difícil de practicar; sabemos que el *gñani* quiere y logra ir más allá de la muy evidente muerte, porque él sabe que lo que muere es la forma y, luego, su nombre; sabemos que el *gñani* es el único que ha realizado el supremo secreto de amar sin poseer; el *gñani* es aquél que viendo a Dios en todos los seres, los sirve, los ayuda y los levanta hacia Dios.

Presentando este maravilloso libro pleno de conceptos elevadores, alentadores, nobles y deificadores, saludamos con toda reverencia al gran benefactor y amante de la humanidad, Swami Vivekananda, que nos trajo de nuevo ese eterno mensaje de valor, intrepidez e inmortalidad.

Practicando *gñana yoga* podremos comprender y, luego,

por la gracia Divina, realizar, el maravilloso evangelio de Jesucristo: "Yo y mi Padre una cosa somos". Lo Real y lo aparente, en esencia, es lo mismo.

SWAMI VIJOYANANDA

## NECESIDAD DE LA RELIGIÓN

*(Conferencia pronunciada en Londres)*

Entre todas las fuerzas que han contribuido y que aún contribuyen a formar los destinos de la raza humana, no hay, ciertamente, ninguna más poderosa que aquélla a cuya manifestación damos el nombre de religión. Todas las organizaciones sociales tienen como fondo, en alguna parte, el juego de esta fuerza particular; de ella se deriva el más grande impulso cohesivo que jamás haya obrado en las agrupaciones humanas. Es evidente para todos nosotros que, en un número muy grande de casos, los lazos de la religión se han mostrado más fuertes que los lazos de raza, de clima y hasta de parentesco. Es un hecho bien conocido que los individuos que adoran al mismo Dios, que creen en la misma religión, han permanecido fieles unos a otros con mayor fuerza y constancia que aquéllos que sólo están unidos por lazos de familia, aun en el caso de los hermanos. Se han hecho diversas tentativas para determinar cuáles fueron los comienzos de la religión. Todas las religiones antiguas que han llegado hasta nosotros, reclaman ser sobrenaturales y no haber sido producidas, por así decirlo, por el cerebro humano, sino haber tenido origen en alguna fuente exterior a él.

Dos teorías han encontrado alguna aceptación por parte de los eruditos modernos. La religión tiene su origen, según unos, en el culto a los antepasados, y según otros, en la evolución de la idea de lo Infinito. Unos sostienen que el culto a los antepasados es el punto de partida de las ideas religiosas; otros, que la religión tiene su origen en la personificación de los poderes de la naturaleza. El hombre quiere conservar el recuerdo de sus parientes muertos. Piensa que ellos todavía viven, aun después de que el cuerpo ha desaparecido. Desea dejarles alimentos y, en cierto sentido, rendirles culto. A partir de esto, se desarrolló lo que llamamos religión.

Estudiando las antiguas religiones de los egipcios, babilonios, chinos y de muchas otras razas de América y otras partes, hallamos indicios muy claros de que este culto a los antepasados ha sido el comienzo de la religión. Entre los antiguos egipcios, la primera idea del alma fue que ésta era un doble. Todo cuerpo humano contenía en sí otro ser muy similar a él y cuando un hombre moría, ese doble sólo continuaba mientras el cadáver permanecía intacto; y es por ello que vemos a los egipcios tan preocupados por conservarlo sin ninguna herida. Y con este fin es que han construido esas enormes pirámides, en las cuales conservaban los cuerpos. En efecto, si alguna parte del cuerpo exterior era lesionada, el doble recibía la correspondiente herida. Esto es, claramente, el culto a los antepasados. En los antiguos babilonios, encontramos esta misma noción del doble, pero con una variante. El doble ha perdido toda facultad de amar; obliga a los vivos, atemorizándolos, a darle de beber y comer, y a ayudarlo de diversas maneras. Hasta ha perdido todo afecto por sus hijos y esposa. Entre los antiguos hindúes encontramos, igualmente, rastros de este culto a los antepasados. En cuanto a los chinos, se puede decir también que la base de su religión es este culto, el cual todavía impregna en toda su extensión ese vasto país. En realidad, la única religión que verdaderamente puede decirse que florece en China, es el culto a los antepasados. De modo que, por una parte, aparecen como estando bien ubicados aquéllos que sostienen la teoría del culto a los antepasados como el comienzo de la religión.

Por otra parte, hay sabios que, partiendo de la antigua literatura aria, demuestran que la religión tiene su origen en el culto a la naturaleza. En la India, aunque encontramos por todas partes testimonios del culto a los antepasados, los textos más antiguos no contienen ningún vestigio de ello. En el *Rig-Veda Samhita*, el más antiguo monumento de la raza aria, no encontramos ninguno. Los eruditos modernos estiman que lo que allí se encuentra es el culto a la naturaleza. La mente humana parece esforzarse por obtener una vislumbre de lo que pasa detrás del velo. La aurora, el crepúsculo, el huracán, las fuerzas prodigiosas y titánicas de la naturaleza, así como sus bellezas, todo



ha dado qué pensar al hombre, cuya mente aspira a ir más allá, a comprender algo de ello. En esa lucha, el hombre dota a estos fenómenos con atributos personales; les da alma y cuerpo, a veces bellos, a veces trascendentales. Cada tentativa concluye por resolver estos fenómenos en abstracciones, personificadas o no. Lo mismo se encuentra entre los antiguos griegos: toda su mitología es, simplemente, culto a la naturaleza en lo abstracto. Igual puede decirse de los antiguos germanos, de los antiguos escandinavos y de todas las otras razas arias. Encontramos, aquí también, poderosos argumentos en favor de la tesis según la cual, la religión tiene su origen en la personificación de las fuerzas de la naturaleza.

Estos dos puntos de vista, por contradictorios que parezcan, pueden ser conciliados sobre una tercera base que constituye, según mi opinión, el germen real de la religión, y que yo propongo llamar: la lucha por trascender las limitaciones de los sentidos. O bien el hombre busca a los espíritus de sus antepasados, a los espíritus de los muertos, esto es, desea tener una vislumbre de lo que hay después de la desaparición del cuerpo; o bien, desea comprender el poder que está obrando detrás de los fenómenos estupendos de la naturaleza. Tanto en un caso como en el otro, una cosa es cierta: trata de trascender las limitaciones de los sentidos. No puede contentarse más con ellos; quiere ir más allá. La explicación no necesita ser misteriosa. A mí me parece natural que la vislumbre primera de la religión nos sea dada por los sueños. Muy bien podemos recibir nuestra primera noción de la inmortalidad en sueños. ¿No encontramos allí un estado completamente maravilloso? Sabemos también que los niños y las mentes poco desarrolladas no ven sino muy poca diferencia entre el estado de sueño y el de vigilia. ¿Qué más natural que ellos encuentren normal y lógico que la mente continúe activa, con todos sus complicados engranajes, aun durante el sueño, mientras el cuerpo en apariencia está muerto? ¿Qué tiene de asombroso que, a renglón seguido, los hombres lleguen a la conclusión de que esa misma actividad continúa aun después que el cuerpo ha desaparecido para siempre? Esta sería, a mi parecer, una explicación más natural de lo

sobrenatural; por medio de esta idea del sueño, la mente humana se eleva a conceptos cada vez más altos. Con el tiempo, naturalmente, la gran mayoría de los hombres se ha dado cuenta de que sus sueños no eran confirmados por su experiencia en el estado de vigilia, y que en el estado de sueño, el hombre no goza de una existencia nueva, sino que revive simplemente las experiencias que ha tenido despierto.

Pero en eso había comenzado la búsqueda, y se dirigía al interior; el hombre continuó inquiriendo, más profundamente, en las diferentes etapas de la mente y descubrió estados más elevados que los de la vigilia y el sueño. Esos estados los encontramos en todas las religiones organizadas del mundo, llamados con el nombre de éxtasis o inspiración. En todas las religiones organizadas, se ha afirmado de sus fundadores, profetas y mensajeros, que han experimentado estados de mente que no eran ni el de la vigilia ni el del sueño, y en los cuales se encontraron, frente a frente, con una nueva serie de hechos relacionados con el llamado reino espiritual. En estos dominios, ellos realizaron cosas con mayor intensidad que las que nosotros experimentamos en estado de vigilia. Tomen por ejemplo la religión de los *brahmines*. Se dice que los Vedas han sido escritos por *rishis*. Estos *rishis* eran sabios que habían logrado ciertas realizaciones. La definición exacta del término sánscrito *rishi* es: "aquél que realiza los *mantras*", de los pensamientos expresados en los himnos védicos. Estos hombres declararon haber comprendido, haber sentido —si cabe emplear este término cuando se trata de lo suprasensorio— ciertos hechos, y procedieron a registrarlos. La misma verdad la vemos proclamada entre los judíos y cristianos.

Podría hacerse una excepción para el caso del budismo tal como es comprendido por la escuela meridional. Se puede preguntar: Si los budistas no creen en ningún Dios, en ninguna alma, ¿cómo puede su religión ser extraída de ese estado suprasensorio de existencia? La respuesta es que aun los budistas encuentran una ley moral eterna, y esa ley moral no ha sido construida por la razón, en el sentido habitual de este término. Buddha la encontró, la descubrió, cuando estaba en un estado



supraconsciente. Aquéllos de ustedes que han estudiado la vida de Buddha, aun tal como está brevemente bosquejada en ese bello poema *La Luz de Asia*, tal vez recordarán que se representa a Buddha sentado bajo el árbol *Bo*, en donde estuviera hasta que logró ese estado supraconsciente. Todas sus enseñanzas le llegaron así, y no como resultado de una actividad puramente intelectual.

Vemos, pues, que todas las religiones hacen esta formidable aserción: la mente humana, en ciertos momentos, va más allá, no solamente de las limitaciones de los sentidos sino también del poder de razonamiento. Se encuentra entonces, cara a cara, con hechos que jamás habría podido sentir, que jamás habría podido hallar por el razonamiento. Estos hechos forman la base de todas las religiones del mundo. Naturalmente, tenemos el derecho de rehusarnos a admitirlos hasta que tengamos una prueba de ellos, y someterlos a la prueba de la razón. Sin embargo, todas las religiones existentes en el mundo reivindican, para la mente humana, ese poder especial de traspasar los límites de los sentidos y de la razón; y a ese poder lo enuncian como un hecho.

Fuera de la cuestión de saber en qué medida estas aserciones proclamadas por las religiones son ciertas, encontramos una particularidad que es común a todas ellas: están en contraste con los descubrimientos concretos de la física, por ejemplo, en el sentido de que todas son nociones abstractas; y en todas las religiones altamente organizadas toman el aspecto más puro de lo Uno Abstracto, ya sea bajo la forma de la Presencia Abstracta, como Ser Omnipresente, como Personalidad Abstracta llamada Dios, o como Ley Moral, o sea bajo la forma de una Esencia Abstracta, subyacente a toda existencia. De igual modo, en los tiempos modernos, las tentativas hechas para predicar religiones sin haber recurrido al estado suprasensorio de la mente, han debido retomar las viejas nociones abstractas de los antiguos, y darles diferentes nombres, tales como: "Ley Moral", "Unidad Ideal", etc., mostrando así que estas abstracciones no están en los sentidos. Ninguno de nosotros ha visto todavía un Ser Humano Ideal, y sin embargo se nos pide que creamos en él.

Ninguno de nosotros ha visto todavía un hombre idealmente perfecto, y sin embargo, sin este ideal no podemos progresar. Hay, así, un hecho que se desprende de todas estas diferentes religiones: hay una Unidad Abstracta Ideal que se coloca delante de nosotros, sea bajo la forma de una Persona, de un Ser Impersonal, de una Ley, de una Presencia o de una Esencia. Siempre luchamos por elevarnos para alcanzar ese ideal. Todo ser humano, sea quien fuere y donde quiera que esté, posee un ideal de poder infinito. Todo ser humano posee un ideal de placer infinito. La mayor parte del trabajo que vemos hacer en torno de nosotros, de la actividad que se manifiesta por todas partes, es la consecuencia de los esfuerzos por llegar a ese poder infinito o a ese placer infinito. No obstante, un número pequeño de individuos descubren rápidamente que ese poder infinito que se esfuerzan por alcanzar, no puede ser obtenido por los sentidos. También, muy pronto, encuentran que ese placer infinito no puede ser adquirido por los sentidos, o, en otros términos, que los sentidos son demasiado limitados, que el cuerpo es demasiado limitado para expresar lo Infinito. Manifestar lo Infinito con lo finito es cosa imposible. Tarde o temprano, el hombre aprende que hay que renunciar a expresar lo Infinito por lo finito. Esta renunciación, este abandono de la tentativa, es el punto de partida de la moral. La renunciación es la base misma sobre la cual reposa la moral. No se ha predicado jamás un código de moral que no haya tenido por base la renunciación.

La moral siempre nos dice: "No yo, sino tú". Su divisa es: "No el yo, sino el no-yo". Nos dicen las leyes de la moral que tenemos que abandonar las ideas vanas del individualismo, a las cuales se aferra el hombre cuando intenta hallar por los sentidos ese Poder Infinito o ese Placer Infinito. Tienen que colocarse detrás y dejar los otros delante de ustedes. Los sentidos dicen: "Yo primero". La moral dice: "Debo ser el último". Así, todos los códigos éticos tienen por base esta renunciación: destrucción, y no construcción, de lo individual en el plano material. Aquel Infinito no encontrará jamás su expresión sobre el plano material; esto no es posible ni concebible.

El hombre debe, pues, abandonar el plano de la materia y



elevarse hacia otras esferas para buscar allí una expresión más profunda de ese Infinito. Así son moldeadas las diversas leyes éticas, alrededor de este principio central único: la eterna abnegación. El perfecto aniquilamiento del yo es el ideal de la ética. La gente se asusta cuando se le pide que no piense más en su individualidad. Parece tener temor de perder lo que llama su individualidad. Al mismo tiempo, esos mismos hombres profesan como justos los ideales más elevados de la moral, pero no piensan jamás un instante que el objetivo, la meta, la idea misma de toda moral es la destrucción, y no la construcción, de lo individual.

Los cánones utilitarios no pueden explicar las relaciones morales de los hombres, puesto que, en primer lugar, no podríamos derivar de consideraciones utilitarias ninguna regla de moral. Sin la sanción sobrenatural, como se la llama, o percepción de lo supraconsciente, como prefiero decir, no puede haber ninguna ética. Sin la lucha hacia lo Infinito, no puede haber ningún ideal. Todo sistema que quiera encerrar a los hombres dentro de los límites de sus propias sociedades, no es capaz de encontrar una explicación a las leyes morales de la humanidad. El utilitario quiere que abandonemos la lucha por lo Infinito, el esfuerzo por lo Supraconsciente, por impracticable y absurdo, pero, en seguida, sin transición, nos pide que nos sometamos a la ética y obremos bien para con la sociedad. ¿Por qué hemos de obrar bien? Obrar bien es una consideración secundaria. Debemos tener un ideal. La moral no es la meta, sino el medio para alcanzarla. Si no hay una meta ante nosotros, ¿por qué hemos de ser morales? ¿Por qué tengo que obrar bien para con el prójimo, en vez de hacer mal? Si la felicidad es la meta de la humanidad, ¿por qué no hacer mi propia felicidad y la desgracia ajena? ¿Qué me lo impide? En segundo lugar, la utilidad suministra una base demasiado estrecha. Todas las formas y métodos sociales corrientes son extraídos de la sociedad tal como ella existe; pero, ¿qué derecho tiene el utilitario, de sentar el principio de que la sociedad es eterna? La sociedad no existía en otras épocas: puede ser que un día no exista más. Muy probablemente, no es más que una de las etapas transitorias a tra-

vés de las cuales avanzamos hacia estados más evolucionados, y ninguna ley extraída sólo de la sociedad puede ser eterna, ni puede abarcar toda la naturaleza del hombre. Las teorías utilitarias, en el mejor de los casos, no podrían, pues, aplicarse más que en las condiciones sociales actuales. Más allá no tienen ningún valor. Pero una ética, un código de moral derivado de la religión y la espiritualidad, abarca al hombre infinito en su totalidad. Trata del individuo, pero sus relaciones son con lo Infinito; también trata de la sociedad, por cuanto ésta no es otra cosa que la reunión de cierto número de individuos; y como se aplica al individuo y *sus* relaciones eternas, necesariamente debe aplicarse al conjunto de la sociedad, sea cual fuere el estado de esa sociedad en un momento dado. Vemos, así, que una religión espiritual es siempre una necesidad para la humanidad. El hombre no puede pensar siempre en la materia, por más placentera que ésta sea.

. Se ha dicho que demasiada atención por las cosas espirituales perturba nuestras relaciones prácticas en este mundo. En la remota época del sabio chino Confucio, se decía: "Ocupémonos de este mundo, y después, cuando no tengamos nada que hacer con él, nos ocuparemos de otros mundos". Es bueno que *nos ocupemos* de este mundo. Pero, si una demasiada preocupación por lo espiritual puede causar algún daño en nuestro rendimiento práctico, un cuidado demasiado grande por lo que se llama "práctico" nos ocasionará perjuicios aquí y en el más allá. Hace que nos tornemos materialistas. El hombre, en efecto, no debe tomar por meta la *Naturaleza*, sino algo más elevado.

*El hombre es hombre en tanto se esfuerza por elevarse por encima de la naturaleza*, y esta naturaleza es interna y externa. No solamente comprende las leyes que rigen las partículas de la materia exterior a nosotros, y de aquéllas que están en nuestro cuerpo, sino también esa naturaleza interna más sutil que es, de hecho, la potencia motriz que gobierna lo externo. Es muy bueno, es grandioso conquistar la naturaleza exterior, pero es aun más grande conquistar nuestra naturaleza interior. Es grande y es bueno conocer las leyes que rigen las estrellas y los



planetas; es infinitamente más grande y mejor conocer las leyes que rigen las pasiones, los sentimientos, la voluntad de la humanidad. Esta conquista del hombre interior, la penetración en los secretos de los actos sutiles que ocurren en la mente humana, el conocimiento de sus maravillosos secretos, son enteramente del dominio de la religión. La naturaleza humana, el conocimiento de sus maravillosos secretos, son enteramente del dominio de la religión. La naturaleza humana, quiero decir, la naturaleza humana ordinaria, quiere ver grandes hechos materiales. El hombre ordinario no puede comprender nada que sea sutil. Muy bien se ha dicho que las multitudes admiran al león que masacra un millar de corderos, y no piensan un instante que es la muerte para los corderos, aun siendo un triunfo momentáneo para el león; es que sienten placer sólo por las manifestaciones de fuerza física. Tal como ocurre con los ordinarios de entre los hombres; comprenden y encuentran placer en todo lo que es exterior. Pero en toda sociedad hay un pequeño grupo de hombres cuyos placeres no están en los sentidos, sino más allá de ellos; de cuando en cuando tienen la vislumbre de algo más elevado que la materia y se esfuerzan por alcanzarlo. Y si leemos la historia de las naciones, entre líneas, encontraremos siempre que la grandeza de un pueblo se manifiesta cuando el número de tales hombres aumenta, y que la caída sobreviene cuando cesa esa búsqueda de lo Infinito, considerada tan fútil por los utilitarios. Es decir, que el manantial de fuerza de cada raza yace en su espiritualidad y esa raza comienza a morir el día en que su espiritualidad declina y el materialismo gana terreno.

Así, además de las verdades y hechos sustanciales que puede enseñarnos, y de la confortación que puede darnos, la religión, como ciencia, como estudio, es el más grande y el más sano de los ejercicios a los cuales pueda entregarse la mente humana. Esta búsqueda de lo Infinito, esta lucha por lo Infinito, este esfuerzo por llegar más allá de las limitaciones de nuestros sentidos, por librarnos de la materia, por desenvolver el hombre espiritual, este esforzarse de día y de noche, por hacer que lo Infinito sea uno con nosotros, esta lucha en sí, es la más magnífica y la más gloriosa que un hombre pueda librar. Algunos

encuentran el mayor placer en comer. No tenemos derecho a decir que no debiera ser así. Otros hallan el máximo placer en poseer determinados objetos. No tenemos el derecho de reprobárselo. Pero ellos tampoco tienen derecho a decir "no" al hombre que encuentra en el pensamiento espiritual sus más elevados placeres. Cuanto menos elevada es la organización, más grande es el placer que los sentidos procuran. Muy pocos hombres pueden comer con el mismo gusto que un perro o un lobo. Pero todos los goces del perro o del lobo se han localizado, por así decirlo, en los sentidos. En todos los países, los tipos humanos inferiores encuentran su placer en los sentidos, mientras que aquéllos que tienen cultura y educación, lo hallan en el pensamiento, en la filosofía, en las artes y las ciencias. La espiritualidad es un plano más elevado aún. Siendo infinito el sujeto, este plano es el más elevado, y el placer que en él se encuentra es también el más alto para aquéllos que saben apreciarlo. Así, aun desde el punto de vista utilitario, según el cual el hombre debe buscar su placer, deberíamos cultivar el pensamiento religioso, puesto que es el placer más elevado que existe. Como estudio, la religión me parece, pues, absolutamente necesaria.

Podemos darnos cuenta por sus efectos. Es el móvil más poderoso que mueve a la mente humana. Ningún otro ideal puede producir en nosotros una cantidad tan grande de energía como el ideal espiritual. Hasta donde la historia humana alcanza, es evidente para todos nosotros que esto ha sido así, y que los poderes de este ideal no han muerto. No negaré que los hombres pueden ser muy buenos y muy morales por razones simplemente utilitarias. Hubo en este mundo muchos grandes hombres que han sido perfectamente sanos, morales y buenos por simples razones utilitarias. Pero aquéllos que mueven al mundo; aquéllos que, podría decirse, aportan al mundo una inmensa carga de magnetismo; aquéllos cuyo espíritu ejerce influencia en centenares y millares de hombres; aquéllos cuya vida enciende en otros la llama espiritual, tales hombres —lo comprobamos siempre— tienen ese fondo de espiritualidad. Su fuerza motriz viene de la religión. La religión es el poder propulsor más grande que nos lleva a realizar esa energía infinita que es la



herencia y la naturaleza de todo ser humano. Para formar el carácter, para hacer en todas las cosas lo que es bueno y grande, para llevar la paz a otros y a nosotros mismos, la religión es la fuerza motriz más elevada y, por consiguiente, debería ser estudiada desde este punto de vista. La religión debe ser estudiada sobre una base más amplia que antaño. Todas las ideas estrechas, limitadas, agresivas sobre la religión deben desaparecer. Toda idea de secta y tribu, toda idea nacional de religión, debe ser abandonada. Que cada tribu o cada pueblo deba tener su Dios particular, y pensar que todos los otros están equivocados, es una superstición que debe pertenecer al pasado. Todas esas ideas deben ser abandonadas.

A medida que la mente humana se expande, su conducta espiritual lo hace también. Llegó ya el momento en que un hombre no puede registrar un pensamiento sin que éste se esparza sobre toda la superficie de la tierra; por medios puramente físicos, estamos ahora en contacto con el mundo entero; luego, las futuras religiones de la humanidad han de llegar a ser también tan universales, tan vastas.

Los ideales religiosos del porvenir deberán abarcar todo lo que existe de bueno y de grande en el mundo; deberán, al mismo tiempo, tener posibilidades infinitas de desarrollo futuro. Todo lo que el pasado tenía de bueno, debe ser conservado; y hay que tener abiertas las puertas para lo que el porvenir aportará de nuevo a los ideales ya existentes. Las religiones no deben, tampoco, ser exclusivas, ni considerarse unas a otras con menosprecio porque las ideas particulares que se hacen de Dios son diferentes. He visto en mi vida un número muy grande de hombres espirituales, de gentes sensatas, que no creían absolutamente en Dios, es decir, en el sentido que nosotros damos a esa palabra. Puede ser que ellos comprendieran a Dios mejor de lo que nosotros podamos comprenderlo jamás. La idea de un Dios Personal o Impersonal, de lo Infinito, de la Ley Moral, del Hombre Ideal, todas esas ideas deben entenderse como comprendidas en la definición de la religión. Y cuando las religiones se hayan ampliado en esa forma, su poder para el bien será centuplicado. Religiones que tienen en sí un poder inmenso, a

menudo han hecho al mundo más mal que bien, simplemente por culpa de su estrechez y limitaciones.

Aun en nuestros días, encontramos muchas sectas y sociedades que tienen casi las mismas ideas, y que luchan entre sí porque una de ellas no quiere expresar esas ideas exactamente de la misma manera que la otra. Por lo tanto, las religiones deben adquirir amplitud. Las ideas religiosas deben volverse universales, vastas, infinitas; no será sino entonces cuando la religión entrarán en juego plenamente, porque el poder de la religión ahora sólo comienza a manifestarse en el mundo. Se dice a veces, que las religiones están en vías de desaparición, que las ideas espirituales desaparecen de la faz del mundo. A mí me parece que justo ahora comienzan a crecer. El poder de la religión, ampliado y purificado, va a penetrar todos los elementos de la vida humana. Mientras la religión estaba en manos de un pequeño número de elegidos o de grupos sacerdotales, se hallaba en los templos, en las iglesias, en los libros, en los dogmas, en las ceremonias, en las formas y en los ritos. Pero cuando lleguemos a la concepción real, espiritual, universal, entonces, y sólo entonces, la religión se volverá real y viviente; entrará en nuestra naturaleza misma; vivirá en cada uno de nuestros movimientos; penetrará en cada poro de nuestra sociedad; y será un poder para el bien en un grado infinitamente mayor de lo que jamás ha sido antes.

Lo que se necesita es un sentimiento amistoso entre los diferentes tipos de religiones, ya que todas juntas triunfarán o sucumbirán; una amistad que surja del respeto y de la estima mutuos y no de esa benevolencia, a la vez condescendiente, protectora y mezquina que, desgraciadamente, está de moda en nuestros días, entre mucha gente. Y, sobre todo, esto debe existir entre los tipos de expresiones religiosas que parten del estudio de los fenómenos mentales (y que desgraciadamente reivindican, aun ahora, el derecho exclusivo de adornarse con el nombre de religión), y aquellas expresiones religiosas cuya cabeza, por así decir, está penetrando cada vez más en los secretos del cielo, mientras que sus pies permanecen sólidamente plantados en el suelo; me refiero a las llamadas ciencias materialistas.



Para que reine esta armonía, deberá haber concesiones de ambas partes, a veces muy grandes, más aún, a veces muy penosas, pero cada una se encontrará tanto mejor por el sacrificio, y estará más cerca de la verdad. Y, finalmente, el conocimiento que está confinado por el tiempo y el espacio, se encontrará y se volverá uno con aquél que está más allá de ambos, donde ni la mente ni los sentidos pueden llegar: lo Absoluto, lo Infinito, lo Uno sin segundo.

## LA NATURALEZA REAL DEL HOMBRE

*(Conferencia pronunciada en Londres)*

Grande es la tenacidad con que el hombre se aferra a sus sentidos. Sin embargo, por más sustancial que pueda concebir al mundo exterior en el cual vive y se mueve, llega un momento en la vida de los individuos, como en la de las razas, en que involuntariamente se preguntan: "¿Es esto real?". Aquél que no encuentra jamás un instante para cuestionar las credenciales que le presentan sus sentidos; aquél que a cada instante es absorbido por un goce material, de cualquier clase, también él recibirá la visita de la muerte y estará obligado a preguntar: "¿Es esto real?". La religión comienza con esta pregunta y termina en la respuesta. Aun en el pasado lejano, allá donde no hay historia escrita que pueda ayudarnos, allá en las luces misteriosas de la mitología; en los albores vacilantes de la civilización, encontramos ya la pregunta: "¿Qué será de esto? ¿Qué es real?".

Uno de los más poéticos Upanishads, el *Katha Upanishad*, comienza con esta pregunta: "Cuando un hombre muere, la gente alrededor de él disputa. Uno declara que se fue para siempre; otro sostiene que aún vive. ¿Cuál es la verdad?". Se han dado diversas respuestas. Todo el dominio de la metafísica, de la filosofía y de la religión está verdaderamente lleno de respuestas diversas dadas a esta pregunta. Al mismo tiempo, se ha intentado, también, suprimir la pregunta, para poner fin a la inquietud de la mente que pregunta: "¿Qué hay en el más allá?", "¿Qué es real?". Pero en tanto la muerte subsista, todo intento de suprimir el problema estará destinado a fracasar. Podemos hablar acerca de que no vemos nada del más allá, que conservamos todas nuestras esperanzas y aspiraciones encerradas en el momento presente; podemos esforzarnos en no pensar en nada más allá del mundo de los sentidos, y puede ser que todo lo externo concurra a mantenernos en sus estrechos límites. El



mundo entero puede conspirar contra nuestra expansión hacia más allá del presente. Sin embargo, mientras haya muerte, la pregunta ha de volver forzosamente, una y otra vez: "¿La muerte es el fin de todas estas cosas a las cuales nos aferramos como si fueran las más reales de todas las realidades, las más sustanciales de todas las sustancias?". El mundo se desvanece en un instante y no existe más. Colocada al borde del precipicio, más allá del cual se percibe el abismo abierto, infinito, toda mente, por más endurecida que esté, se ve obligada a retroceder y preguntar: "¿Es esto real?". Las esperanzas de toda una vida, construidas poco a poco con todas las energías de una mente fuerte, se desvanecen en un segundo. ¿Son ellas reales? Es necesario que la pregunta reciba su respuesta. Su fuerza no disminuye con el tiempo; por el contrario, va siempre en aumento.

Además, hay el deseo de ser feliz. Para ser felices, corremos detrás de todas las cosas; proseguimos nuestra loca carrera en el mundo externo de los sentidos. Si hablan ustedes con un joven que tiene éxito en la vida, les dirá que ésta es muy real, y verdaderamente, lo cree así. Quizás ese mismo hombre, cuando envejezca y vea que la fortuna le huye siempre, les diga entonces que es el destino. Se da cuenta, finalmente, de que sus deseos no pueden ser satisfechos. Por doquiera que vaya, encuentra una muralla adamantina que no puede atravesar. Toda actividad en el dominio de los sentidos provoca una reacción. Todo es efímero. Goce, miseria, lujo, riqueza, poder y pobreza, aun la vida misma, todo es efímero.

La humanidad puede optar entre dos posiciones. Una es creer, con los nihilistas, que todo es nada, que no sabemos nada, que jamás podremos saber nada, ya sea del futuro, del pasado y aun del presente. Porque debemos recordar que aquél que niega el pasado y el futuro y quiere adherirse al presente, es simplemente un insensato. Se podría, así mismo, negar al padre y a la madre y afirmar al hijo; esto sería tan lógico como aquello. Para negar el pasado y el futuro, es necesario, inevitablemente, negar también el presente. Esta es la posición de los nihilistas. Pero, jamás he visto un hombre que haya podido vivir realmente como nihilista, ni por un minuto. Es muy fácil hablar.

Y luego está la otra posición: buscar una explicación, buscar lo real, descubrir lo que haya de real en medio de este mundo eternamente cambiante y efímero. En este cuerpo, que es un agregado de moléculas materiales, ¿hay algo que sea real? Ésta ha sido la búsqueda a través de toda la historia de la mente humana. En los tiempos más remotos encontramos, a menudo, que algunos rayos de luz han venido a aclarar la mente de los hombres. Vemos que, aun entonces, el hombre iba un poco más allá de este cuerpo; que descubrió algo que no es este cuerpo exterior, aunque se le parezca mucho, y que es mucho más completo, más perfecto, que subsiste aun cuando este cuerpo se disuelve. En los himnos del *Rig-Veda*, dirigidos al Dios del Fuego, que consume un cadáver, leemos: "¡Oh, Fuego!, llévalo en brazos, dulcemente. Dale un cuerpo perfecto, un cuerpo brillante; llévalo allá donde moran los antepasados, allá donde no existe más aflicción, donde no hay más muerte". Esta misma idea la hallarán en toda religión. Y con ella encontramos otra idea. Es un hecho significativo que todas las religiones, sin una sola excepción, ya sea expresándose en términos mitológicos, o en el lenguaje claro de la filosofía, o aun en hermosos vuelos poéticos, consideran que el hombre es una degeneración de lo que era. Esto es lo que se desprende de todas las Escrituras Sagradas y de todas las mitologías: que el hombre, tal como es, es una degeneración de lo que fue. Tal es el fondo de verdad que hallamos en la historia de la caída de Adán en las Escrituras judías. Esto es repetido frecuentemente en las Escrituras de los hindúes: el sueño de un período, que ellos llaman la Edad de la Verdad, en el cual ningún hombre moría, a menos que quisiera morir, en el cual el hombre podía conservar su cuerpo tanto tiempo como quisiera, y en el cual su mente era pura y fuerte. No había, entonces, ni el mal ni la miseria. El estado presente sería una corrupción de aquel estado de perfección. Al lado de esto, encontramos también, por todas partes, el relato del diluvio. Este relato, en sí, es una prueba de que la edad actual es considerada por todas las religiones como una corrupción de una edad anterior. El mundo se había vuelto cada vez más corrupto hasta que el diluvio se llevó una gran parte de la humanidad, y de nuevo comenzó la serie ascendente. Está lentamente ascendiendo otra vez, para llegar a ese estado primario de pureza. Todos conocen el relato del diluvio en el Antiguo Testamento. Éste era familiar a los antiguos babilonios, a los egipcios, a los chinos y a los hindúes. Manú, un gran sabio de la antigüedad, oraba al borde del río Ganga (Ganges), cuando un pez muy pequeño fue a pedirle protección. El sabio lo colocó en un pote de agua que tenía delante. "¿Qué quieres?", preguntó Manú. El pececillo respondió que era perseguido por un pez más grande, y que necesitaba protección. Manú se llevó al pececillo a su casa. Al día siguiente, por la mañana, éste se había vuelto tan grande como el pote y dijo a Manú: "Yo no puedo vivir más en este pote". Manú lo puso en un estanque. Al día siguiente, habíase vuelto tan grande como el estanque y declaraba no poder permanecer más allí. Entonces, Manú tuvo que llevarlo a un río. A la mañana siguiente, el pez llenaba el río. Entonces, Manú lo colocó en el océano y el pez le dijo: "Manú, yo soy el Creador del Universo. He tomado esta forma para venir a advertirte que voy a inundar el mundo. Tú construirás un arca y pondrás en ella una pareja de cada especie de animales, y harás entrar en el arca a toda tu familia. Surgirá del agua mi cuerno; amarra a él tu arca y cuando las aguas se retiren, sal y puebla la tierra". Así, el mundo fue inundado, y Manú salvó su propia familia, una pareja de cada especie de animales y semillas de todas las plantas. Cuando las aguas se retiraron, él salió y pobló el mundo. Nosotros somos llamados hombres (en sánscrito; "manava"), porque somos los descendientes de Manú.



Ahora bien, el lenguaje humano es un intento para expresar la verdad interior. Estoy completamente persuadido de que un bebé, cuyo lenguaje está compuesto de sonidos incomprensibles, está intentando expresar la filosofía más elevada, pero el bebé no tiene ni los órganos ni los medios para hacerlo. Entre el lenguaje de los filósofos más avanzados y el balbuceo de los bebés no hay más que una diferencia de grado y no de naturaleza. Lo que llamamos en nuestros días el lenguaje más correcto, el más metódico, el más matemático, no tiene sino una diferencia de grado con las lenguas nebulosas, místicas, mitológicas,

de los antiguos. Todas ellas tienen detrás de sí una idea grandiosa que, podría decirse, se esfuerza por hallar su expresión, y a menudo, detrás de esas viejas mitologías, encontramos simientes de verdad y, a menudo también, lamento decirlo, detrás de las bellas y pulidas frases de los modernos, no encontramos más que unas perogrulladas consumadas. No hay entonces por qué desechar una cosa aunque ella esté presentada bajo una forma mitológica y no concuerde con las ideas del Señor Tal o de la Señora de Cuál que son de nuestra época. Si la gente se burla de la religión porque la mayoría de las religiones declaran que los hombres deben creer en la mitología enseñada por tal o cual profeta, debería burlarse más aún de esos modernos. En nuestros días, si alguien cita a Moisés, Buddha o Cristo, se ríen de él; pero si invoca la autoridad de un Huxley, de un Tyndall o de un Darwin se traga todo lo que dice aunque no tenga una pizca de sal. Para mucha gente, la afirmación: "Es Huxley quien lo ha dicho", es suficiente. ¿Estamos realmente libres de supersticiones? Ésa era una superstición religiosa y la actual es una superstición científica; pero, mientras que la antigua contenía y esparcía ideas vivificantes de espiritualidad, la nueva contiene y esparce la lujuria y la codicia. Aquella superstición era la adoración a Dios, y esta superstición es el culto del lucro más vergonzoso, de la fama o del poder. Ésta es la diferencia.

Pero volvamos a la mitología. Detrás de todos esos relatos, hallamos *una* idea que permanece suprema: que el hombre es una degeneración de lo que era. Llegando a los tiempos actuales, la ciencia moderna parece rechazar esta posición en forma absoluta. Los evolucionistas parecen estar en total desacuerdo con esta aserción. Según ellos, el hombre es el producto de la evolución del molusco y, por consiguiente, todo lo que establece la mitología no puede ser verdad. Sin embargo, existe en la India una mitología que puede conciliar estos dos puntos de vista. La mitología hindú tiene una teoría basada en los ciclos, según la cual todo progreso se produce en ondas. Cada ola está acompañada por una depresión que, a su vez, es seguida por una cresta; luego por otra depresión, después por otra cresta. El movimiento es cíclico. Aun sobre la base de la investigación moderna, es cierto, sin duda alguna, que el hombre no puede ser únicamente el producto de una evolución. Toda evolución presupone una involución. El sabio moderno nos dirá que no se puede extraer de una máquina más que la cantidad de energía que se ha puesto previamente en ella. No se puede producir algo de la nada. Si el hombre es un molusco evolucionado, entonces el hombre perfecto, el hombre-Buddha, el hombre-Cristo estaba involucionado, en el molusco. Si no es así, ¿de dónde provienen, entonces, esas gigantescas personalidades? No puede salir algo de la nada. Estamos, así, en condiciones de conciliar las Escrituras con los hallazgos del pensamiento moderno. La energía que se manifiesta lentamente a través de diferentes etapas, hasta llegar a ser el hombre perfecto, no puede venir de la nada. Existía ya en alguna parte; y si el molusco o el protoplasma es el estado más remoto donde se puede volver a encontrar una huella, ese protoplasma, de alguna manera, debía encerrar esa energía.



Se sostienen discusiones para saber si este agregado de materias que llamamos cuerpo ha causado la aparición de la fuerza que llamamos alma, pensamiento, etc., o bien, si es el pensamiento lo que hizo aparecer el cuerpo. Las religiones del mundo afirman, desde luego, que es el pensamiento el que manifiesta al cuerpo y no a la inversa. Algunas escuelas modernas sostienen que lo que nosotros llamamos pensamiento es, simplemente, el producto del ajuste de las partes de la máquina que llamamos cuerpo. Esta segunda tesis, según la cual el alma, o el conjunto de pensamientos , o como les guste llamarlo, es el producto de esta máquina, el producto de las combinaciones físicas y químicas de la materia que componen el cuerpo y el cerebro, no proporciona una respuesta a nuestra pregunta: ¿Qué es lo que crea el cuerpo? ¿Cuál es la fuerza que combina las moléculas para hacer con ellas un cuerpo? ¿Cuál es la fuerza que toma el material en la gran masa de materia circundante y compone mi cuerpo de una determinada manera, otro cuerpo de otra manera, y así sucesivamente? ¿Qué es lo que hace esta diferenciación infinita? Decir que la fuerza llamada alma es el producto de combinaciones entre las moléculas del cuerpo, es poner el carro delante del caballo. ¿Cómo se han producido es-

tas combinaciones? ¿Dónde estaba la fuerza para provocarlas? Si dicen ustedes que alguna otra fuerza ha causado estas combinaciones, que el alma es el producto de esta materia y que el alma misma (que comprende cierta masa de materia) es el resultado de esas combinaciones, ésta no es una respuesta. La teoría que hay que adoptar es aquélla que explica la mayor parte de los hechos, si no todos, y esto sin contradecir otras teorías existentes. Es más lógico decir que la fuerza que toma la materia y con ella forma el cuerpo, es la misma que se manifiesta por intermedio de ese cuerpo. Por consiguiente, decir que las fuerzas-pensamiento que manifiesta el cuerpo son el producto del arreglo de las moléculas y no tienen existencia independiente, carece de sentido; y decir que la fuerza puede ser el producto de una evolución de la materia, tampoco lo tiene. Más bien, lo que es posible demostrar es que lo que llamamos "materia" no existe para nada. No es más que un estado particular de la fuerza. Se puede probar que la solidez, la dureza y todas las otras cualidades de la materia, no son sino consecuencia de movimientos. La aceleración del movimiento de remolino impreso a los líquidos, les da la fuerza de sólidos. Una masa de aire en remolino, como en un ciclón, se vuelve semejante a un sólido, y su choque puede romper o seccionar sólidos. Si se pudiera hacer mover el hilo de una telaraña a una velocidad cercana al infinito, sería tan sólido como una cadena de hierro y podría cortar en dos a un roble. Si miramos las cosas así, será más fácil probar que lo que llamamos materia no existe, mientras que la otra proposición no puede ser probada.

¿Cuál es la fuerza que se manifiesta por intermedio del cuerpo? Cualquiera que sea esa fuerza, es evidente para todos nosotros, que ella se apodera de partículas, por así decir, y con ellas construye formas: el cuerpo humano. Nadie viene aquí a construir cuerpos para ustedes o para mí. Jamás he visto a nadie comer alimentos por mí; es necesario que yo mismo los asimile, y es con esos alimentos que fabrico sangre, huesos y todo lo demás. ¿Cuál es esa fuerza misteriosa? Las ideas sobre el futuro y el pasado parecen terroríficas a mucha gente. A muchos les parecen vanas especulaciones.



Tomemos nuevamente nuestra pregunta: ¿Cuál es esa fuerza que en este momento obra por nuestro intermedio? Sabemos que en la antigüedad, en todas las escrituras se consideraba que ese poder, esa manifestación de poder, era una sustancia brillante que tenía la forma del cuerpo, y que subsistía aun después de que el cuerpo había caído. No obstante, más tarde vemos llegar una idea más elevada, según la cual ese cuerpo sutil no representaba aquella fuerza. Todo lo que tiene forma debe ser el resultado de combinaciones de partículas y necesita ser movido por algo situado detrás. Si nuestro cuerpo físico necesita ser dirigido por algo que no sea el cuerpo, el cuerpo luminoso, por las mismas razones, tendrá también necesidad de ser dirigido por algo que no sea él. Este algo ha sido llamado el ser o alma, en sánscrito, *Atman*. Es entonces el *Atman* que, por intermedio del cuerpo luminoso, podríamos decir, actúa sobre el cuerpo físico exterior. El cuerpo sutil es considerado como receptáculo de la mente y el *Atman está más allá. El Atman* no es la mente; el *Atman* hace funcionar la mente, y por intermedio de ésta, el cuerpo. Ustedes tienen un *Atman*, yo tengo otro; cada uno de nosotros tiene un *Atman* aparte y un cuerpo sutil separado, por intermedio del cual obra sobre el cuerpo físico exterior. Se han hecho, entonces, preguntas sobre este *Atman*, sobre su naturaleza. ¿Qué es este *Atman*, esta alma del hombre, que no es el cuerpo ni la mente? Grandes discusiones se han suscitado; se han sostenido teorías; matices diversos han visto la luz en las búsquedas filosóficas. Voy a tratar de presentarles algunas de las conclusiones a las cuales se ha llegado acerca de este *Atman*.

Los diferentes sistemas filosóficos parecen estar de acuerdo en admitir que el *Atman*, sea lo que fuere, no tiene forma ni limitaciones, y como no tiene ni forma ni contornos, debe ser omnipresente. El tiempo comienza con la mente, y el espacio también está en la mente. La causalidad no puede subsistir sin el tiempo; sin la idea de sucesión no puede haber ninguna idea de causalidad. El tiempo, el espacio y la causalidad están, por consiguiente, en la mente. Puesto que el *Atman* está más allá de la mente y es sin forma, debe estar más allá del tiempo, más allá

del espacio, más allá de la causalidad. En consecuencia, si está más allá del tiempo, del espacio y de la causalidad, debe ser infinito. Es en este punto donde vemos intervenir la más alta especulación de nuestra filosofía. El Infinito no puede ser dos. Si el alma es infinita, no puede haber más que una, y todas las nociones de almas distintas —ustedes tienen un alma, yo tengo otra, etc.— no corresponden a la realidad. El Hombre Real es, por consiguiente, uno e infinito, el Espíritu Omnipresente. Y el hombre aparente no es más que una limitación de ese Hombre Real. En este sentido, las mitologías son verdaderas; el hombre aparente, por más grande que sea, no es más que un débil reflejo del Hombre Real, que está más allá. El Hombre Real, el Espíritu, estando más allá de la causa y del efecto, no estando ligado ni por el tiempo ni por el espacio, debe ser, por lo tanto, libre. Jamás estuvo ligado ni podría estarlo. El hombre aparente, el reflejo, está limitado por el tiempo, el espacio y la causalidad y, por consiguiente, está ligado. O bien, para hablar como algunos de nuestros filósofos, parece estar ligado, pero en realidad no lo está. Lo que es realidad en nuestra alma es esa omnipresencia, esa naturaleza espiritual, ese Infinito. Toda alma es infinita, por lo tanto no hay ninguna cuestión de nacimiento o muerte. Un día en que unos niños rendían examen, el examinador hacía preguntas bastante difíciles; entre otras: "¿Por qué la tierra no se cae?". Quería provocar respuestas sobre la gravitación. La mayoría de los niños eran completamente incapaces de responder. Algunos contestaron que era la gravitación o dieron alguna otra razón. Una pequeña, de mente despierta, respondió con otra pregunta: "¿A dónde caería?". La pregunta no tiene sentido. ¿A dónde habría de caer la tierra? Para la tierra no hay caída ni ascensión. En el espacio infinito, no hay arriba o abajo; esto existe sólo en lo relativo. Para el Infinito, ¿qué es el ir o el venir? ¿De dónde vendría y a dónde iría?

Así, cuando la gente cese de pensar en el futuro o en el pasado, cuando renuncie a la idea del cuerpo —puesto que el cuerpo nace, muere, es limitado— habrá alcanzado un ideal más elevado. El cuerpo no es el Hombre Real y la mente tampoco, por cuanto ella también crece y decrece. Es sólo el Espíritu, que



está más allá, el que puede vivir eternamente. El cuerpo y la mente, por el contrario, cambian de continuo, y de hecho, no son más que los nombres de una serie de fenómenos cambiantes, como los ríos cuyas aguas están en constante fluir y que, sin embargo, presentan el aspecto de una corriente ininterrumpida. En nuestro cuerpo, toda partícula se transforma continuamente; nadie tiene el mismo cuerpo durante muchos minutos seguidos; y, sin embargo, lo consideramos siempre el mismo. Igualmente sucede con la mente: feliz un instante, infeliz al siguiente; ora fuerte, ora débil; un torbellino siempre cambiante. Esto no puede ser el alma, que es infinita. No puede haber cambios sino en lo que es limitado. Decir que lo Infinito cambia de alguna manera, sería absurdo; eso no puede ser. Ustedes pueden moverse, y yo también, en la medida de nuestros cuerpos limitados; cada partícula de este universo está en un estado permanente de flujo y reflujo; pero si se considera al universo en su conjunto como constituyendo una sola unidad, entonces no puede moverse, no puede cambiar. El movimiento es siempre una cosa relativa; yo me muevo con relación a alguna cosa. No importa cuál partícula de este universo puede cambiar con relación a cualquier otra; pero tomemos todo el universo como unidad: entonces, ¿con relación a qué puede desplazarse? Fuera de él no hay nada. De ahí que esta Unidad infinita sea incambiable, inmutable, absoluta, y éste es el Hombre Real. Nuestra Realidad consiste, pues, en lo Universal y no en lo que es limitado. Es un viejo error, por cómodo que fuere, el tomarnos por pequeños seres limitados, siempre cambiantes. La gente se asusta cuando se les dice que son el Ser Universal, presente en todas partes. Con cada cosa que actúa, son ustedes los que actúan; marchan con cada pie que marcha, hablan con cada labio que habla y experimentan emociones con cada corazón que se emociona.

La gente se asusta cuando se les dice esto. Les preguntarán repetidas veces, si podrán mantener su individualidad o no. Su individualidad, ¿qué es? Desearía verla. Un niño no tiene bigotes; pero cuando sea hombre, puede ser que tenga barba y bigotes. Su individualidad estaría perdida si estuviera en su cuerpo. Si yo pierdo un ojo o una de mis manos, mi individualidad se

perdería si estuviera en mi cuerpo. Un borracho no debería renunciar a la bebida, por miedo a perder su individualidad. Un ladrón no debería volverse un hombre honesto por temor a perder su individualidad. Si cediéramos a ese temor, ninguno de nosotros osaría cambiar sus hábitos. No hay individualidad, salvo en lo Infinito. Es la única condición que no cambia. Todo lo demás se halla en un estado de un continuo fluir. La individualidad tampoco puede estar en la memoria. Supongan que un golpe en la cabeza me hiciera olvidar todo mi pasado; entonces yo habría perdido toda individualidad, habría desaparecido. Yo no recuerdo los dos o tres primeros años de mi infancia; si la memoria y la existencia son una, entonces, lo que yo olvido, ha desaparecido. La parte de mi vida que no recuerdo, no la he vivido. Es ésta una noción bien estrecha de la individualidad.

Todavía no hemos llegado a ser individuos. Nos esforzamos hacia la individualidad, y eso es lo Infinito, nuestra naturaleza real. Sólo vive aquél cuya vida está en todo el universo, y mientras más concentramos nuestra vida sobre objetos limitados, más rápido vamos hacia la muerte. En realidad, nuestros únicos momentos de verdadera vida son aquéllos en que vivimos en el universo, en los otros; vivir esta pequeña vida es la muerte, sencillamente la muerte; y es a causa de ello que se siente miedo a la muerte. El miedo a la muerte no puede ser conquistado hasta tanto el hombre comprenda que vivirá mientras haya una vida en nuestro universo. Cuando pueda decir; "Yo estoy en todo, en todos; estoy en todas las vidas, soy el universo", entonces, solamente, llega el estado en que el temor es desterrado. Es absurdo hablar de inmortalidad en lo que cambia sin cesar. Uno de nuestros antiguos filósofos decía: Solamente el Espíritu es el individuo, porque es infinito. El Infinito no puede ser dividido; el Infinito no puede ser seccionado. Es por siempre la misma Unidad única, indivisa, y ella constituye el hombre individual, el Hombre Real. El hombre aparente es simplemente una tentativa de expresar, de manifestar esa individualidad que está más allá, y la evolución no está en el Espíritu. Las modificaciones que se producen —el malo que se vuelve bueno, el animal que se vuelve hombre, tómenlo de cualquier



manera que lo consideren— no tienen lugar en el Espíritu. Son la evolución de la naturaleza y la manifestación del Espíritu. Supongan que hubiera aquí, ocultándolos de mí, una pantalla con un pequeño agujero por el cual yo puedo ver algunos de los rostros que están frente a mí, sólo algunos. Supongan entre tanto, que el agujero se agranda cada vez más; al mismo tiempo, se me aparece una parte cada vez más grande de la escena que está delante de mí, y finalmente, la pantalla entera desaparece y me hallo frente a todos ustedes. En este ejemplo ustedes no han cambiado nada; fue el agujero que se agrandó y así fueron manifestándose gradualmente. Lo mismo sucede con el Espíritu. No hay ninguna perfección que alcanzar. Ya son ustedes libres y perfectos. ¿Qué son estas ideas de religión y de Dios, y esa búsqueda del más allá? ¿Por qué el hombre busca un Dios? ¿Por qué el hombre, en todas partes, en cada etapa de la sociedad, quiere tener un ideal perfecto, ya sea en el hombre, o en Dios, o en cualquier otra cosa? Porque esa idea está en ustedes. Eran los latidos de su propio corazón y no lo sabían; lo han tomado por algo exterior. Es Dios dentro de su yo que los mueve a buscarlo, a realizarlo. Después de la larga búsqueda, aquí y allá, en templos y en iglesias, en la tierra y en los cielos, vuelven finalmente, cerrando el circuito, allí donde habían comenzado, en su propia alma; y se encuentran con que Aquél que han buscado por el mundo entero, por quien han llorado y rezado en iglesias y templos, que consideraban como el misterio de todos los misterios, envuelto en las nubes, está más próximo que lo más próximo, es su propio Yo, la realidad de sus vidas, de sus cuerpos y de sus almas. Es su naturaleza real. Afírmenla, manifiéstenla. No para volverse puros, puesto que ya lo son. No tienen que volverse perfectos, ya lo son. La naturaleza es semejante a esa pantalla que les oculta la realidad del más allá. Todo buen pensamiento que halla lugar en sus mentes o que se traduce en sus actos, desgarra el velo, podría decirse, y la pureza, lo Infinito, el Dios que está detrás del velo, se muestra más y más.

He aquí toda la historia del hombre. Más diáfano se vuelve el velo, más se transparenta la luz que brilla detrás, puesto que el brillar es la naturaleza de la luz. Ella no puede ser conocida;

en vano intentamos conocerla. Si fuera cognoscible, no sería lo que es, el eterno sujeto. El conocimiento es una limitación, una objetivación. Él es el sujeto eterno de todas las cosas, el testigo eterno en este universo, el propio Yo de ustedes. El conocimiento, podría decirse, es un paso en descenso, una degeneración. Siendo yo ese eterno sujeto ¿cómo podemos conocerlo? Él es la naturaleza real de cada hombre, que se esfuerza por manifestarse de diversas maneras; de no ser así, ¿por qué habría tantos códigos de moral? ¿Dónde podemos encontrar la explicación de toda la moral? Hay una idea, expresada en diversas formas, que se desprende como elemento central de todos los sistemas de moral, y es: Hagan el bien. El móvil que inspira las acciones de los hombres debería ser la caridad para con los hombres, la caridad para con todos los animales. Éstas son siempre diversas maneras de expresar esta verdad eterna: "Yo soy el Universo; este Universo es uno". Si no, ¿dónde está la razón de ello? ¿Por qué haría el bien a otros? ¿Qué es lo que me obliga a hacerlo? Es la simpatía, el sentimiento de la identidad universal. Aun los corazones más endurecidos experimentan, algunas veces, simpatía por otros seres. Aun el hombre que se espanta cuando se le dice que esta pretendida individualidad no es más que una ilusión, que es indigno querer adherirse a esta individualidad aparente, ese mismo hombre les dirá que el centro de toda moralidad es la renunciación al yo. Mas, ¿qué es la perfecta renunciación de sí mismo? Significa la renunciación al yo aparente, la renunciación de todo egoísmo. La idea de "yo" y de "mío" —*ahamkara* y *mamatá*— es el resultado de las supersticiones del pasado, y más se desvanece ese yo, más se manifiesta el Yo real, el Ser. El centro, base y esencia de toda enseñanza ética es la verdadera renuncia de sí mismo; sépalo o no el hombre, es hacia esto que lentamente evoluciona el mundo entero; esto es lo que el mundo trata más o menos de realizar. Sólo que la mayor parte de la humanidad lo hace en forma inconsciente. ¡Que lo haga conscientemente! ¡Que haga el sacrificio sabiendo que ese "yo", ese "mío" no es el Yo real; es solamente una limitación! Sólo una vislumbre de esa infinita realidad que está detrás, sólo una chispa de ese fuego infinito



que es el Todo, representa el hombre presente; lo Infinito es su verdadera naturaleza.

¿Cuál es la utilidad, cuál el efecto, cuál el resultado de este conocimiento? En nuestros días, debemos valorar todo según la utilidad, según la cantidad de pesos y centavos que una cosa representa. ¿Qué derecho hay de pedir que la verdad sea juzgada en términos utilitarios o de dinero? Supongan que su utilidad fuera nula, ¿sería por eso menos verdad? La utilidad no es la prueba de la verdad. Sin embargo, la verdad es la más alta utilidad. La felicidad, lo vemos, es lo que todo el mundo busca, pero la mayoría la busca en cosas que son efímeras y no reales. Jamás se ha encontrado la felicidad en los sentidos; nadie la ha encontrado nunca en los goces que ellos proporcionan. La felicidad sólo se encuentra en el Espíritu. Por eso, lo más útil para la humanidad es encontrar esa dicha en el Espíritu. El punto siguiente es éste: la ignorancia es la madre prolífera de todas las miserias; en consecuencia, la ignorancia fundamental es pensar que el Infinito llora y solloza, que es limitado. La base sobre la cual reposa toda la ignorancia es que nosotros —el Espíritu perfecto, inmortal, por siempre puro— pensamos que somos pequeñas mentes, pequeños cuerpos; ésta es la fuente de todo egoísmo. Tan pronto como pienso que soy un pequeño cuerpo, quiero conservarlo, protegerlo, mantenerlo hermoso, a expensas de otros cuerpos; entonces, ustedes y yo nos separamos. En cuanto llega esta idea de separación, abre la puerta a todos los males y nos conduce a todas las miserias. Y ésta es la utilidad; si una pequeña fracción de la humanidad actual puede dejar de lado la idea de egoísmo, de estrechez, de pequeñez, esta tierra será mañana un paraíso; pero con máquinas y el desarrollo del conocimiento material solamente, no llegará a serlo. Con esto no se hará sino aumentar la miseria, tal como el aceite que volcado sobre el fuego no puede sino avivar la llama. Sin el conocimiento del Espíritu, todo conocimiento material no hace más que volcar aceite sobre el fuego, no hace más que poner en las manos del hombre egoísta, un instrumento más con el cual apoderarse de los bienes de los otros, para vivir a costa de la vida ajena, en vez de dar su vida por los demás.

¿Es esto práctico?, es otra pregunta. ¿Puede ser practicado en la sociedad moderna? *La verdad no rinde homenaje a ninguna sociedad, antigua o moderna. La sociedad debe rendirlo a la verdad, o perecer.* Las sociedades deben ser moldeadas sobre la verdad; la verdad no tiene por qué adaptarse a la sociedad. Si una verdad tan noble como el inegoísmo no puede ser practicada en la sociedad, es mejor que el hombre renuncie a esa sociedad y se retire al bosque. Éste sería un hombre osado. En efecto, hay dos clases de coraje: Uno es el que permite hacer frente a un cañón, y el otro es el de la convicción espiritual. Un emperador que había invadido la India, había recibido de su preceptor el consejo de ir a ver a algunos de los sabios que vivían en ese país. Después de una larga búsqueda, encontró a un hombre muy viejo sentado sobre un bloque de piedra; conversó algo con él y quedó muy impresionado por su sabiduría. El emperador le pidió que fuera con él a su país.

"No —respondió el anciano—, estoy muy satisfecho aquí, en mi bosque". "Te daré —dijo el emperador— dinero, posición, riquezas; yo soy el emperador del mundo". "No —volvió a responder el sabio— esas cosas no me interesan". "Si no vienes, te mataré" —replicó el emperador. El anciano sonrió apaciblemente y dijo: "Ésa es la cosa más insensata que puedes haber dicho, emperador. Tú no puedes matarme. A mí, el sol no puede secarme, el fuego no puede quemarme, la espada no puede matarme, porque soy el sin nacimiento, sin muerte, siempre viviente, omnipotente, omnipresente Espíritu". Ésta es la intrepidez espiritual, mientras que lo otro es el coraje del león o del tigre. Durante la sublevación de 1857, un *swami* (monje), un alma muy grande, fue mortalmente herido de una puñalada por un sedicioso mahometano. Los sublevados hindúes se apoderaron del agresor, lo condujeron ante el swami y le preguntaron si quería que lo matase. Pero el *swami* lo miró dulcemente, y le dijo al mahometano: "¡Hermano mío, tú eres Él!" y expiró. Éste es otro ejemplo.

¿Qué bien hay en hablar de la fuerza de sus músculos, de la superioridad de sus instituciones occidentales, si no pueden ustedes construir una sociedad donde tenga su lugar la Verdad



más alta? ¿Qué bien, en alabar excesivamente su esplendor y su grandeza, si se alzan para decir: "¡Este coraje no es práctico!". ¡No hay nada práctico fuera de las libras, chelines y peniques! Y si es así, ¿por qué vanagloriarse de su sociedad? *La sociedad más grande es aquélla en la cual las verdades más elevadas se vuelven prácticas.* He aquí mi opinión. Y si la sociedad no está pronta a recibir las verdades más elevadas, prepárenla, cuanto antes mejor. ¡Yérganse, hombres y mujeres, en este espíritu, atrévanse a creer en la Verdad, osen practicar la Verdad! El mundo necesita algunos centenares de hombres y mujeres intrépidos. Practiquen esta intrepidez que osa creer en la verdad, que se atreve a traducir la verdad a la vida, que no tiembla delante de la muerte; más aún, para quien la muerte es bienvenida; que hace que el hombre sepa que él es el Espíritu y que nada, en todo el universo, puede matarlo. Entonces, ustedes serán libres. Entonces conocerán su verdadera Alma. "Primero debes oír hablar de ese *Atman*, después reflexionar sobre Él, y por último, meditar sobre Él."

En los tiempos modernos hay una gran tendencia a hablar demasiado de la acción y denigrar el pensamiento. Actuar es muy bueno, pero actuamos mejor cuando hemos reflexionado. Se da el nombre de trabajo a pequeñas manifestaciones de energía producidas por medio de los músculos. Pero donde no hay pensamiento, no habrá trabajo. Llenen, pues, su cerebro de pensamientos elevados, de ideales supremos; ubíquenlos delante de ustedes, día y noche, y de allí surgirá una gran obra. No hablen de impureza, digan que somos puros. Nos hemos hipnotizado a nosotros mismos con el pensamiento de que somos pequeños, de que hemos nacido y de que vamos a morir, y de que debemos vivir en este estado de continuo temor.

Hay un relato sobre una leona que, estando a punto de parir, andaba buscando una presa; vio un rebaño de carneros y saltó sobre ellos, pero en ese esfuerzo murió, y nació un cachorro de león que quedó sin madre. Los carneros lo tomaron a su cuidado y lo criaron. El cachorro creció con ellos, comió hierbas y baló como ellos. Con el tiempo, el cachorro se convirtió en un gran león adulto, pero siguió creyendo que era carnero. Un

día, otro león se aproximó en busca de una presa y quedó muy sorprendido al ver, en medio del rebaño, un león que huía ante el peligro, tal como huían los carneros. Trató de aproximarse al carnero-león para decirle que era león y no un carnero, pero al acercársele, el desdichado animal huía. No obstante eso, buscó la ocasión, y un día, al encontrar al león-carnero adormilado, se le aproximó y le dijo: "Tú eres león". El otro replicó: "Yo soy carnero"; no podía creer lo contrario, y balaba. El primer león lo llevó, entonces, a un lago y le dijo: "Mira: he aquí mi imagen y allí la tuya". Entonces, el supuesto carnero comparó, miró al león y luego su propia imagen, y en un instante se dio cuenta de que era león. Se puso a rugir y se terminaron los balidos. Ustedes son leones, son almas puras, infinitas, perfectas. La potencia del universo está dentro de ustedes. "¿Por qué lloras, amigo mío? Para ti no hay nacimiento ni muerte. ¿Por qué lloras? Para ti no hay enfermedad ni miseria. Eres como el cielo infinito; nubes de diversos colores lo cubren, allí juegan unos instantes, y luego desaparecen. Pero el cielo es siempre del mismo eterno azul".

¿Por qué vemos la maldad? Había una vez un tronco de árbol. En la oscuridad, un ladrón que pasaba se dijo: "Es un policía". Un joven, que aguardaba a su novia, lo vio también y pensó que era ella. Un niño, al que habían narrado cuentos de fantasmas, lo tomó por un fantasma y se puso a gritar. Pero durante todo el tiempo aquello no era más que un tronco de árbol. Vemos al mundo como somos nosotros. Supongamos que un bebé se encuentra en una pieza y en ella hay una bolsa de oro sobre la mesa; un ladrón viene y se lleva el oro. ¿Sabrá el bebé que el oro ha sido robado? Vemos afuera lo que tenemos interiormente. El bebé no tiene al ladrón en él y no ve al ladrón afuera. Y así sucede con todos los conocimientos. No hablen de la perversidad del mundo y de todos sus pecados. Lloren porque aún están obligados a ver el mal. Lloren porque están obligados a ver el pecado por todas partes, y si quieren ayudar al mundo, no lo condenen. No lo debiliten más aún. ¿Qué es el pecado? ¿Qué es la desdicha? ¿Qué son todas estas cosas sino resultados de la debilidad? El mundo es debilitado cada día



más con tales enseñanzas. Desde la infancia se enseña a los hombres, que son débiles y pecadores. Enséñenles que todos son hijos gloriosos de la inmortalidad, aun aquéllos que más débiles parecen. Hagan penetrar en su cerebro, desde la infancia, pensamientos positivos, fuertes, benéficos. Ábranse, ustedes mismos, a estos pensamientos y no a aquéllos que debilitan y paralizan. Digan a su propia mente: "Yo soy Él, yo soy Él". Que esto resuene día y noche en su mente como una canción, y en el momento de morir afirmen: "Yo soy Él". Ésta es la verdad; la fuerza infinita del mundo es suya. Arrojen la superstición que ha recubierto su mente. Seamos valientes. Conozcan la Verdad y practiquen la Verdad. Puede ser que la meta esté distante, pero despierten, levántense y no se detengan hasta alcanzar la meta.

## MAYA E ILUSIÓN

*(Conferencia pronunciada en Londres)*

Casi todos ustedes han oído ya la palabra "*maya*"[1]. Por lo general se la emplea, aunque incorrectamente, como ilusión o alucinación, o algo por el estilo. Pero la teoría de *maya* forma uno de los pilares sobre los que se apoya el Vedanta, de modo que es necesario comprenderla bien. Les pediré un poco de paciencia, puesto que es grande el riesgo de equivocarse. La más antigua idea de *maya* que encontramos en la literatura védica, tiene el sentido de ilusión: pero en esa época no se había llegado aún a la verdadera teoría. Encontramos pasajes como éste: "Indra, por su *maya*, asumió diversas formas". Es cierto que aquí la palabra *maya* designa algo como magia, y hallamos varios otros pasajes donde tiene siempre la misma acepción. Después, el término *maya* fue perdido de vista por completo; pero durante ese tiempo, la idea se desarrollaba. Más tarde, se planteó la siguiente pregunta: "¿Por qué no podemos conocer este secreto del universo?". Y la respuesta dada fue muy significativa: "Porque hablamos en vano, porque estamos satisfechos con las cosas de los sentidos y porque estamos corriendo tras nuestros deseos; por lo tanto cubrimos, por así decirlo, la Realidad con bruma". Aquí, la palabra *maya* no es empleada en absoluto, pero se nos da la idea de que la causa de nuestra ignorancia es una especie de bruma que ha venido a interponerse entre nosotros y la Verdad. Mucho más tarde, en uno de los últimos Upanishads, vemos reaparecer la palabra *maya*, pero en ese momento ya se había operado una transformación, y múltiples significados nuevos se habían agregado a este término. Algunas teorías habían sido propuestas y otras repetidas; algunas sólo habían sido esbozadas, hasta que, finalmente, la idea acerca de

[1] Yendo entre vocales, la "y" se pronuncia como "i" en español.



*maya* se fijó. En el *Shvetashvatara Upanishad* leemos: "Sabe que la naturaleza es *maya*, y que el que gobierna esta *maya* es el Señor Mismo". Pasando a nuestros filósofos, vemos que el término *maya* ha sido manipulado por ellos en varias formas, hasta que llegamos al gran Shankaracharya. Los budistas también han manejado un poco la teoría de *maya*, pero entre sus manos se ha vuelto muy semejante a lo que se llama Idealismo, y tal es el sentido que, en general, se da actualmente a esta palabra. Cuando el hindú dice que el mundo es *maya*, inmediatamente la gente tiene la idea de que el mundo es una ilusión. Esta interpretación no deja de estar un poco justificada, puesto que proviene de los filósofos budistas, entre los que había un grupo que no creía, absolutamente, en el mundo exterior. Pero en el Vedanta tal como se desarrolló finalmente, *maya* no es ni Idealismo ni Realismo, ni es una teoría. Es una simple aserción de los hechos: lo que somos y lo que vemos a nuestro alrededor.

Como ya les he dicho, quienes nos han transmitido los Vedas aplicaban su mente en seguir los principios, en descubrirlos. No tenían tiempo de elaborar los detalles ni de esperarlos; querían penetrar profundamente en el corazón mismo de las cosas. Algo que hay más allá los llamaba, por así decirlo, y no podían esperar. Esparcidos en los Upanishads, encontramos que los detalles de temas que al presente llamamos ciencias modernas, son a menudo muy erróneos, pero al mismo tiempo, vemos que los principios son correctos. Por ejemplo, la idea del éter, que es una de las teorías más recientes de la ciencia moderna, se encuentra en nuestra literatura antigua, en forma mucho más desarrollada que en la actualidad, pero allí estaba como principio. Cuando ellos intentaron demostrar cómo funcionaba ese principio, cometieron muchos errores. La teoría del principio vital que penetra todo y del cual toda vida en ese universo no es más que una manifestación diferenciada, era comprendida en la época védica; se le encuentra en los *Brahmanas*. En los *Samhitas* hay un largo himno a la gloria del *prana*, del cual toda vida es sólo una manifestación. Y a este respecto, algunos de ustedes se enterarán tal vez con interés de que en la filosofía védica hay teorías relativas al origen de la vida sobre nuestra

tierra, que se asemejan mucho a las que han sido formuladas por algunos sabios europeos modernos. Todos ustedes saben, desde luego, que hay una teoría según la cual la vida ha venido de otros planetas. Algunos filósofos védicos establecieron una doctrina según la cual, la vida viene en esa forma de la Luna.

Pasando a los principios, hallamos que esos pensadores védicos eran intrépidos y maravillosamente amplios al proponer teorías grandes y generalizadas. La solución que ellos han dado respecto del misterio del Universo, del punto de vista del mundo exterior, era tan satisfactoria como podría serlo. Los trabajos en detalle de la ciencia moderna no han hecho avanzar un solo paso hacia una solución, por cuanto los principios han fallado. Si la teoría del éter no ha logrado en la antigüedad dar una solución al misterio del Universo, la elaboración de los detalles de esta teoría no nos acercaría mucho a la verdad. Si la teoría de un principio vital que penetra en el mundo entero, ha fracasado como teoría de nuestro Universo, no habrá adelantado en ese sentido cuando se la haya elaborado en detalle, puesto que los detalles no cambian el principio del Universo. Lo que quiero decir es que, en su indagación sobre el principio, los pensadores hindúes eran tan audaces, y en algunos casos más audaces que los pensadores modernos. Han hecho algunas de las generalizaciones más grandiosas que jamás hayan sido logradas; algunas de ellas subsisten todavía, como teorías aún no alcanzadas por la ciencia moderna, ni siquiera en teoría. Por ejemplo, no solamente llegaron a la teoría del éter sino que fueron más allá, clasificando a la mente como un éter todavía más sutil. Avanzando más, encontraron otro éter aun más sutil. Y sin embargo, ésta no era una solución, no resolvía el problema. Un conocimiento del mundo exterior, por más completo que fuera, no podría resolver el problema. "Pero —dice el sabio científico— estamos comenzando a conocer un poco; esperen unos pocos millares de años y encontraremos la solución". "No", responde el vedantista, pues él ha encontrado la prueba absolutamente indubitable de que la mente está limitada, que no puede traspasar ciertos límites; no puede ir más allá del tiempo, el espacio y la causalidad. Así como ningún hombre puede saltar



fuera de sí mismo, tampoco ninguno puede ir más allá de los límites que le han sido fijados por las leyes del tiempo y del espacio. Todo intento de desentrañar las leyes del tiempo, del espacio y de la causalidad sería vano, dado que el mero intento implicaría admitir la existencia de esos tres. Entonces, ¿qué se quiere decir cuando se declara que el mundo no existe? "Este mundo no tiene existencia". ¿Qué significa esto? Quiere decir que el mundo no tiene una existencia absoluta. No existe más que con relación a mi mente, a su mente, a la mente de cada uno. Vemos este mundo con nuestros cinco sentidos, pero si tuviéramos seis, veríamos en él algo más. Si tuviéramos dos sentidos más, se nos aparecería diferente en alguna otra cosa todavía. Por consiguiente, no tiene existencia real; no tiene existencia incambiable, inmutable, infinita. Tampoco se le puede llamar no existente, puesto que vemos que existe y nosotros debemos trabajar en él y a través de él. Es una mezcla de existencia e inexistencia.

Pasando de las abstracciones a los detalles ordinarios de nuestra vida cotidiana, vemos que toda nuestra vida es una contradicción, una mezcla de existencia e inexistencia. Hay esta contradicción en el conocimiento. Parece que el hombre puede saber todo, con tal que lo desee; pero apenas ha dado algunos pasos, choca contra un muro adamantino que no puede franquear. Todo su trabajo está encerrado en un círculo, y no puede ir más allá de él. Los problemas que están más cerca de él y más le atraen, reclaman su solución día y noche, pero no puede dársela porque le es imposible ir más allá de su intelecto. Y sin embargo, el deseo de hacerlo está en él profundamente arraigado. No obstante, sabemos que el único bien sólo se obtiene limitando y conteniendo ese deseo. Con cada movimiento que hacemos para respirar, cada impulso de nuestro corazón nos mueve a ser egoístas y, al mismo tiempo, hay algún poder detrás de nosotros que nos dice que sólo el inegoísmo es bueno. Todo niño nace optimista, tiene sueños dorados. Durante su juventud se vuelve más optimista todavía. Le es difícil a un joven creer que existe una cosa que se llama muerte, otra que se llama derrota o degradación. La vejez llega y la vida es un montón de

ruinas. Los sueños se han desvanecido en el aire y el hombre se vuelve pesimista. Así vamos de un extremo a otro, bajo los golpes de la naturaleza, sin saber adónde vamos. Esto me recuerda un canto célebre del *Lalita Visitara*, la biografía de Buddha. Buddha —nos dice el libro—, nació como salvador de la humanidad, pero en el lujo de su palacio olvidó quién era. Para despertarlo, algunos ángeles fueron a cantar en torno de él. Y el estribillo de toda la canción es que nosotros flotamos en el río de la vida llevados por su corriente, que cambia continuamente, sin tregua ni descanso. Así sucede con nuestras vidas, que se deslizan siempre sin conceder ningún descanso. ¿Qué debemos hacer? El hombre que tiene suficiente para comer y beber es optimista; evita todo lo que le haga pensar en la miseria, pues ésta lo espanta. No le hablen de los dolores y sufrimientos del mundo; díganle que todo está bien. "Sí —dirá—, yo estoy seguro; mírenme. Tengo una casa hermosa; no temo al frío ni al hambre; por consiguiente, no pongan ante mis ojos esos cuadros horribles". En cambio, por otro lado, hay hombres que mueren de frío y de hambre. Si van a enseñarles *a ellos* que todo está bien, no los escucharán. ¿cómo podrán ver con agrado la felicidad de los otros, cuando ellos son desgraciados? De este modo, oscilamos entre el optimismo y el pesimismo.

Luego está ese hecho tremendo que es la muerte. El mundo entero va hacia la muerte; todo muere. Todo nuestro progreso, nuestras vanidades, nuestras reformas, nuestros lujos, nuestra riqueza, nuestro saber, todo tiene este único desenlace: la muerte. Es la única cosa cierta. Las ciudades aparecen y desaparecen, los imperios se levantan y caen, los planetas se rompen en pedazos y se reducen a polvo, para ser diluidos en la atmósfera de otros planetas. Así ha ocurrido siempre desde un tiempo que no ha tenido comienzo. La muerte es el fin de todo. La muerte es el fin de la vida, de la belleza, de la riqueza, del poder y también de la virtud. Los santos mueren y también los pecadores; mueren los reyes y los mendigos. Todos van hacia la muerte y, sin embargo, existe un tremendo apego a la vida. De alguna manera, no sabemos por qué, nos aferramos a la vida y no podemos renunciar a ella. Y esto es *maya*.



La madre cría a su hijo rodeándolo de cuidados; toda su alma, toda su vida están en ese niño. Éste crece y se hace hombre; puede ser un canalla y un bruto que todos los días golpee a su madre a puntapiés y puñetazos. Sin embargo, la madre se aferra siempre a su hijo, y si su razón se despierta, la cubre con la idea de amor. No piensa casi en que eso no es amor, que es algo que se ha apoderado de sus nervios y de lo cual no puede desembarazarse; por más que trate de librarse de la esclavitud en que vive, no puede. Y esto es *maya*.

Todos estamos buscando el vellocino de oro; cada uno piensa que será suyo. Todo hombre razonable ve que su chance es quizás una sobre veinte millones y, sin embargo, todos luchan para conseguirlo. Y esto es *maya*.

La muerte está al acecho de su presa noche y día en esta nuestra tierra y, al mismo tiempo, pensamos que vamos a vivir eternamente. Un día le hicieron esta pregunta al rey Yudhishthira[2]: "¿Cuál es la cosa más maravillosa de esta tierra?". Y el rey respondió: "Diariamente vemos a la gente morir a nuestro alrededor y, sin embargo, los hombres creen que no morirán jamás". Y esto es *maya*.

Estas terribles contradicciones en nuestro intelecto, en nuestro conocimiento y hasta en todos los hechos de nuestra vida, nos enfrentan por todos lados. Aparece un reformador que quiere remediar los males que sufre una determinada nación, y aun antes de que lo haya conseguido, se declaran otros mil males en otra parte. Es como una casa vieja que se está cayendo: reparamos una parte y amenaza derrumbarse otra. En la India, nuestros reformadores protestan y predican contra la prohibición del casamiento de las viudas y contra los males que de ello resultan. En Occidente, el gran mal es que la gente no se casa. Por un lado, ayudamos a los célibes; pero ellos siguen sufriendo. Por el otro, ayudamos a la viudas; están sufriendo también. Es como un reumatismo crónico; lo sacamos de la cabeza y pasa al tronco; lo sacamos del tronco y pasa a los pies. Aparecen reformadores que predican que la enseñanza, la riqueza y la

[2] El hermano mayor de Arjuna.

cultura no deben ser el patrimonio de unos pocos elegidos, y hacen todo lo que pueden a fin de que sean accesibles a todos. De eso puede resultar más felicidad para algunos, pero también puede ser que al llegar la cultura, disminuya la felicidad física. El conocimiento de la felicidad trae consigo el conocimiento de la infelicidad. Entonces, ¿qué camino debemos seguir? La más pequeña cantidad de prosperidad material que gocemos es causa de la misma cantidad de miseria por otro lado. Tal es la ley. Los jóvenes tal vez no lo vean claramente, pero los que han vivido bastante tiempo, los que hayan luchado lo suficiente, lo comprenderán. Y eso es *maya*. Estas cosas ocurren día y noche; encontrar una solución a este problema es imposible. ¿Por qué tiene que ser así? No es posible responder a esta pregunta, porque la pregunta no puede ser lógicamente formulada. De hecho, no hay ni *cómo* ni *por qué*; sólo sabemos que esto es así y no podemos evitarlo. Aun comprenderlo, trazar de ello un cuadro exacto en nuestra propia mente, está más allá de nuestras fuerzas. Entonces, ¿cómo podemos resolverlo?

*Maya* es una aserción del hecho de este Universo; de la forma como marcha. Generalmente, la gente se asusta cuando se le dicen estas cosas. Pero nos hace falta osadía. Ocultar los hechos no es el medio de hallarles solución. Como todos ustedes saben, una liebre perseguida por los perros oculta su cabeza y se cree a salvo; cuando nos precipitamos en el optimismo, hacemos exactamente como la liebre, pero esto no es un remedio. Hay objeciones contra eso, mas notarán que, por lo común, ellas provienen de la gente colmada con las cosas buenas de la vida. En este país (Inglaterra), es muy difícil volverse pesimista. De qué manera admirable —me dicen todos— con qué progresos, el mundo va adelante; pero, lo que cada uno es en sí mismo, es su propio mundo. Viejos problemas surgen, ¡el cristianismo debe ser la única religión verdadera en el mundo, puesto que las naciones cristianas son prósperas! Pero esta aserción se contradice a sí misma, porque la prosperidad de las naciones cristianas depende del infortunio de las no cristianas. Debe haber alguien que sirva de presa. Supongan que el mundo entero se vuelva cristiano; entonces, las naciones cristianas se volverían pobres, por cuanto no tendrían más naciones no cristianas a las cuales despojar. Así, el argumento se destruye a sí mismo. Los animales viven a expensas de las plantas, los hombres a expensas de los animales y, lo que es peor, a expensas unos de otros; el fuerte a expensas del débil. Esto sucede en todas partes, y esto es *maya*. ¿Qué solución ven ustedes? Cada día oímos muchas explicaciones, y se nos dice que al final todo estará bien. Admitiendo que esto sea posible, ¿por qué esta manera satánica de hacer el bien? ¿Por qué no se puede hacer el bien por medio del bien y no con estos métodos infernales? Los descendientes de los seres humanos actuales serán dichosos, pero, ¿por qué tiene que haber, ahora, todo este sufrimiento? No hay solución. Esto es *maya*.



A menudo se nos dice, también, que uno de los caracteres de la evolución es que ella elimina el mal, y que siendo este mal continuamente eliminado del mundo, al final no quedará más que el bien. Ésta es una cosa muy agradable de oír; es reconfortante para la vanidad de los que poseen bastante de los bienes de este mundo; que no tienen que librar una ruda batalla todos los días; que no son aplastados bajo las ruedas de esa llamada evolución. Esto, por cierto, es muy bueno y reconfortante para los afortunados. La masa vulgar puede sufrir, pero a ellos no les interesa; ¡que mueran, eso no tiene importancia! Muy bien, pero este argumento es falaz, del principio al fin. En primer lugar, admite como evidente que el bien y el mal que se manifiestan en este mundo son dos realidades absolutas. En segundo lugar, admite una suposición aun peor: que la cantidad de bien está en vías de crecimiento y la cantidad de mal, en vías de disminución. De modo que, si el mal está en tren de ser eliminado en esa forma por la llamada evolución, llegará un momento en que todo el mal habrá sido eliminado y todo lo que quedará será el bien. Esto es fácil de decir, pero, ¿puede probarse que la cantidad de mal esté en vías de disminuir? Tomen, por ejemplo, al hombre que vive en un bosque, que no sabe cómo cultivar su mente, que no puede leer un libro, que jamás ha oído hablar de lo que se llama escritura. Si es herido de gravedad, cura rápidamente, mientras que nosotros nos morimos si se nos rasguña. Las

máquinas, haciendo que las cosas sean baratas, contribuyen al progreso y a la evolución, pero millones de hombres son aplastados para que uno solo pueda enriquecerse; mientras que uno enriquece, millares empobrecen más y más, y masas de seres humanos son reducidas a la esclavitud. Es así como las cosas pasan. El hombre animal vive en los sentidos. Si no tiene suficiente para comer, se siente miserable; o si algo le sucede a su cuerpo, se siente desgraciado. En los sentidos comienzan y terminan su felicidad y su desgracia. Desde el momento en que este hombre progresa, desde que el horizonte de su dicha se ensancha, el horizonte de su desgracia se agranda en la misma proporción. El hombre que vive en los bosques no sabe lo que es ser celoso, ni comparecer ante los tribunales, ni pagar impuestos, ni ser criticado por la sociedad, ni estar sometido día y noche a la tiranía más espantosa que el satanismo humano haya jamás inventado y que es esa indiscreción que no respeta ningún secreto del corazón. No sabe cómo el hombre, con todo su vano saber, con todo su orgullo, se vuelve mil veces más satánico que cualquier otro animal. Y es así como, a medida que emergemos de nuestros sentidos, desarrollamos una capacidad más grande de alegría y a la vez tenemos que desarrollar también una mayor capacidad de sufrimiento. Los nervios se afinan y se vuelven capaces de sufrir más. A menudo comprobamos, cualquiera que sea la sociedad, que el ignorante, el hombre común, no es muy sensible a los insultos, si bien siente un buen golpe. Pero el hombre culto no puede soportar un solo insulto, tan sensibles se han vuelto sus nervios. Su desdicha ha aumentado con la susceptibilidad de ser feliz. Y eso no viene a confirmar en nada la tesis de los evolucionistas. Al acrecentar nuestro poder de ser felices, aumentamos también nuestra facultad de sufrir, y a veces me inclino a creer que si aumentamos nuestro poder de ser felices en progresión aritmética, aumentamos, en cambio, nuestro poder de sentirnos miserables en progresión geométrica. Nosotros, que estamos progresando, sabemos que mientras más adelantamos, más caminos se abren tanto para el dolor como para el placer. Y esto es *maya*.

Vemos así que *maya* no es una teoría para explicar el mundo: simplemente, es una exposición de los hechos, tales como ellos existen; la base misma de nuestro ser es contradicción. Por doquier tenemos que atravesar esa tremenda contradicción; por todas partes donde hay el bien, debe haber también el mal; y por todas partes donde hay el mal, debe haber algún bien; donde haya vida, la muerte debe seguirla como su sombra; todo el que sonría habrá de llorar, y lo contrario también es cierto. No se puede remediar ese estado de cosas. Podemos imaginar muy bien que habrá un sitio donde no existirá más que el bien, y no el mal, donde no haremos más que sonreír y no lloraremos nunca. Pero esto es imposible, de acuerdo con la naturaleza misma de las cosas, puesto que las condiciones serán siempre las mismas. Donde exista el poder de hacer nacer en nosotros una sonrisa, se oculta el poder de hacer brotar lágrimas. Donde exista el poder de producir la felicidad, acecha también, en alguna parte, el poder de volvernos desdichados.



De manera que la filosofía vedanta no es ni optimista ni pesimista. Expresa ambos puntos de vista y toma las cosas como son. Admite que este mundo es una mezcla de bien y de mal, de felicidad y de infortunio; y que para aumentar lo uno, forzosamente tenemos que aumentar lo otro. Jamás habrá un mundo absolutamente bueno o malo, por cuanto la idea misma constituye una contradicción en sí. El gran secreto que nos revela este análisis es que el bien y el mal no son dos entidades separadas, rigurosamente distintas. En este mundo en que vivimos, no hay una sola cosa a la que podamos poner la etiqueta de buena, únicamente buena, y tampoco hay nada en el Universo, a lo que podamos poner la etiqueta de malo, únicamente malo. El mismo fenómeno que parece bueno hoy, puede parecer malo mañana. La misma cosa que apena a uno, puede regocijar a otro. El fuego que quema a un niño, puede cocinar una buena comida para un hambriento. Los mismos nervios que nos traen las sensaciones de malestar, también nos traen las sensaciones placenteras. Por consiguiente, el único remedio para poner fin al mal, es poner fin también al bien; no hay otro medio. Para poner fin a la muerte, habrá que poner fin también a la vida. La vida sin la muerte, la felicidad sin la desdicha son contradicciones; no se

pueden encontrar solas, ni una ni otra, por cuanto cada una de ellas no es sino una manifestación diferente de la misma cosa. Lo que yo encontraba bueno ayer, no lo encuentro bueno hoy. Cuando rememoro mi vida y veo cuáles han sido mis ideales en diferentes épocas, me doy cuenta de que es así. En cierta época, tenía por ideal conducir un tiro de buenos caballos; en otra, pensaba que si conseguía hacer cierta especie de bombones, sería perfectamente feliz; más tarde imaginaba que estaría completamente satisfecho teniendo mujer, hijos y mucho dinero. Hoy me río de todos estos ideales como de meros disparates pueriles.

El Vedanta nos dice: Debe llegar un momento en que al mirar hacia atrás, nos reiremos de los ideales que nos hacían temer el renunciar a nuestra individualidad. Cada uno de nosotros quiere conservar su cuerpo durante un tiempo indefinido, y cree poder ser así muy feliz, pero llegará un momento en que nos reiremos de esta idea. Ahora bien, si tal es la verdad, nos hallamos en un estado de irremediable contradicción: ni existencia, ni inexistencia; ni felicidad, ni desdicha, sino una mezcla de ambas. ¿Para qué sirven, entonces, el Vedanta y todas las otras filosofías y religiones? Y, sobre todo, ¿para qué sirve hacer el bien? He aquí la pregunta que se presenta a nuestra mente. Si es verdad que no pueden hacer el bien sin hacer el mal; que todas las veces que tratan de crear la dicha habrá, también, indefectiblemente, miseria, la gente les preguntará: "¿Para qué sirve hacer el bien?". La respuesta es que, ante todo, debemos trabajar para hacer decrecer la desdicha, pues es la única forma de volvernos dichosos nosotros mismos. Tarde o temprano, cada uno de nosotros descubre esto en su vida. Aquéllos que tienen la mente despierta, lo descubren un poco antes y los torpes un poco más tarde; estos últimos pagan el descubrimiento muy caro; los primeros, menos caro. En segundo lugar, es necesario que cada uno de nosotros haga lo que le corresponde, pues éste es el único medio de salir de esta vía de contradicción. Las fuerzas del bien y del mal mantendrán este Universo en acción para nosotros hasta que despertemos de nuestros sueños y renunciemos a hacer tortas de barro. Es necesario que aprendamos



esta lección, y ello nos llevará un tiempo largo, muy largo.

En Alemania se ha tratado de construir un sistema de filosofía sobre la base de que lo Infinito se ha vuelto finito; tentativas del mismo género se hacen en Inglaterra. Si analizamos la doctrina de estos filósofos, vemos que en ella lo Infinito estaría tratando de expresarse en este Universo, y que llegaría un tiempo en que logrará hacerlo. Todo esto es muy bueno; hemos utilizado las palabras *Infinito, manifestación, expresión* y otras por el estilo, pero los filósofos piden, naturalmente, una base fundamental lógica a la proposición de que lo finito puede expresar plenamente lo Infinito. Lo Absoluto y lo Infinito sólo pueden llegar a ser este Universo, limitándose. Todo lo que nos llega por los sentidos, por la mente o por el intelecto, es por fuerza limitado; que lo limitado es ilimitado es simplemente un absurdo; jamás podrá ser así. El Vedanta, por su parte, dice que es verdad que lo Absoluto o lo Infinito trata de expresarse a sí mismo en lo finito, pero que llegará un momento en que se verá que ello es imposible; y entonces deberá batirse en retirada, y esta retirada significa renunciación, que es el verdadero comienzo de la religión. Hoy en día es muy difícil aún hablar de renunciación. Se ha dicho de mí en América, que yo era un hombre que venía de un país muerto y enterrado hace cinco mil años, y que hablaba de renunciación. El filósofo inglés tal vez diga lo mismo. Y sin embargo, en verdad, es el único camino que conduce a la religión. Renuncien y abandonen. ¿Qué decía Cristo? "Quien pierda su vida por mí, la encontrará". Una y otra vez predicó la renunciación como el único camino hacia la perfección. Llega un momento en que la mente despierta de ese largo y pesado sueño; en que el niño abandona su juego y desea volver a su madre. Entonces descubre la verdad de estas palabras: "El deseo nunca se satisface con el goce, que no hace más que aumentarlo, así como se aviva el fuego al echarle manteca".

Esto es cierto para todos los goces de los sentidos, para todos los goces intelectuales, para todos los goces que la mente humana es capaz de dar. Ellos no son nada; están dentro de *maya*, dentro de esa red de donde no podemos escapar. Allí podemos correr durante un tiempo infinito, sin llegar jamás a la

meta; y todas las veces que luchamos por conseguir un poco de placer, nos cae encima una montaña de desdicha. ¡Todo esto es espantoso! Y cuando pienso en ello, no puedo menos que creer que esta teoría de *maya*, esta idea de que todo esto es *maya*, es la mejor explicación y la única. ¡Cuánta miseria hay en el mundo! Si viajan por pueblos diferentes, verán que unos tratan de curar sus males por un medio, otros de distinto modo. Es exactamente el mismo mal contra el cual luchan las diferentes razas. Se han ensayado diversos procedimientos para detenerlo, pero ningún pueblo lo ha logrado. Si el mal ha sido atenuado en un punto, se ha acumulado en otro. Así marchan las cosas. Los hindúes, para conservar en su raza un alto nivel de castidad, adoptaron la práctica de los casamientos entre niños, práctica que, con el tiempo, ha deteriorado la raza. Al mismo tiempo, no puedo negar que esos casamientos de niños hacen a la raza más casta. Ustedes, ¿por qué optarían? Si quieren que el pueblo sea más casto, debilitan físicamente a hombres y mujeres con casamientos entre niños. Por otro lado, ¿están ustedes, en Inglaterra, colocados en mejor situación? No; puesto que la castidad es la vida de un pueblo. ¿No ven en la historia, que el primer signo anunciador de la muerte de un pueblo ha sido la ausencia de castidad? Una vez aparecido este signo, el fin de la raza no se halla lejano. Entonces, ¿dónde encontraremos una solución a estas miserias? Si los padres eligen maridos y esposas para sus hijos, este mal disminuirá. Las muchachas de la India son más prácticas que sentimentales. Pero en sus vidas subsiste muy poca poesía. Por otra parte, si la gente elige por sí misma marido o esposa, no parece que resulte de ello mucha dicha. Generalmente, la mujer en la India es muy dichosa; no hay muchos ejemplos de discordia entre cónyuges. En cambio, en los Estados Unidos, donde reina la libertad más grande, el número de hogares infelices, de matrimonios desdichados, es elevado. La desgracia se encuentra aquí, allá, en todas partes. ¿Qué nos demuestra esto? Que después de todo, no se ha ganado mucha felicidad con todos esos ideales. Todos luchamos para asir la felicidad y en cuanto obtenemos un poco por un lado, la desgracia llega por el otro.



Entonces, ¿no debemos trabajar para hacer el bien? Sí; con más ardor que nunca. El efecto que este conocimiento tendrá sobre nosotros, será el de destruir nuestro fanatismo. El inglés no será más fanático y no maldecirá más al hindú; aprenderá a respetar las costumbres de los diferentes pueblos. Habrá menos fanatismo y más obras verdaderas. Los fanáticos no pueden trabajar, porque desperdician las tres cuartas partes de su energía. El que trabaja es el hombre equilibrado, calmo, práctico. En esta forma, esta idea producirá un aumento de la capacidad de trabajo. Sabiendo que las cosas son así, seremos más pacientes. La vista del mal o de la miseria no podrá destruir más nuestro equilibrio y hacernos correr detrás de sombras. Y por consiguiente, adquiriremos paciencia, pues sabremos que el mundo debe seguir su propio ritmo. Si, por ejemplo, todos los hombres llegan a ser buenos, durante ese tiempo los animales habrán evolucionado y se habrán vuelto hombres; deberán pasar por el mismo estado, y sucederá igual con las plantas. Pero una sola cosa es cierta: el caudaloso río corre hacia el océano, y todas las gotas de agua que constituyen la corriente, llegado el momento, serán absorbidas por ese océano sin orillas. Del mismo modo, en nuestra vida, con todas sus miserias y sus penas, sus goces, sus risas y sus lágrimas, un solo hecho es cierto, y es que todas las cosas se precipitan hacia su meta, y que no es sino cuestión de tiempo para que ustedes y yo, y las plantas y los animales, y cada partícula de vida que existe, debamos alcanzar el Océano Infinito de la Perfección, la Libertad, Dios.

Permítanme repetirles, una vez más, que la posición vedántica no es ni pesimista ni optimista. No dice que este mundo sea todo bueno o todo malo. Afirma que nuestro mal no es de menor valor que nuestro bien, y que nuestro bien no es de más valor que nuestro mal. Están ligados entre sí. El mundo está hecho así, y si ustedes lo saben, trabajarán con paciencia. ¿Para qué? ¿Para qué debemos trabajar? Si tal es el estado de las cosas, ¿qué haremos? ¿Por qué no volvernos agnósticos? Los agnósticos modernos también saben que este problema no admite solución, que no se puede escapar de ese mal de *maya*, como

decimos en nuestro lenguaje. Por lo tanto, nos dicen que debemos sentirnos satisfechos y disfrutar de la vida. Pero en eso, a su vez, hay error, un tremendo error, un error enteramente ilógico. Helo aquí: ¿Qué entienden ustedes por vida? ¿Entienden sólo la vida de los sentidos? En esto, cada uno de nosotros no difiere, sino ligeramente, del bruto. Estoy seguro de que no hay aquí nadie cuya vida esté por entero en los sentidos. Entonces, esta vida que llevamos significa algo más. Nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras aspiraciones forman parte integrante de nuestra vida. Luego, esta lucha por acercarnos al gran ideal de la perfección, ¿no es uno de los elementos más importantes que componen lo que llamamos vida? Según los agnósticos, tenemos que disfrutar de la vida tal como es. Pero esta vida significa, por sobre todo, la persecución del ideal; la esencia misma de la vida es la marcha hacia la perfección. Esto es lo que necesitamos y, por consiguiente, no podemos ser agnósticos, no podemos tomar el mundo como parece ser. El punto de vista agnóstico considera que esta vida, menos el elemento "ideal", es todo lo que existe, y pretende que este elemento no puede ser alcanzado, de modo que debe abandonarse su búsqueda. He aquí lo que se llama *maya*: es esta naturaleza, es este Universo.

Todas las religiones son, más o menos, tentativas por ir más allá de la naturaleza. Ya sean las más rudimentarias o las más evolucionadas; que se expresen por mitología o por simbología, por historias de deidades, de ángeles, de demonios o por historias de santos, de videntes, de grandes hombres, de profetas, o por abstracciones de orden filosófico: todas tienen el mismo objetivo, todas se esfuerzan por ir más allá de estas limitaciones. En una palabra, todas están luchando por llegar a la libertad. Consciente o inconscientemente, el hombre siente que está ligado; que no es lo que quiere ser. Esto le fue enseñado desde el instante en que comenzó a mirar a su alrededor. En ese instante supo que estaba encadenado y también descubrió que había algo en él que quería volar más allá, allá donde el cuerpo no podría seguir; pero, por el momento, estaba encadenado por esas limitaciones. Aun en las ideas religiosas más elementales,



en las que se adora a los antepasados y otros espíritus, casi siempre violentos y crueles, que merodean alrededor de las casas de sus amigos y están sedientos de sangre y de bebidas fuertes, aun en esos casos, encontramos el factor común, que es la libertad. El hombre que desea adorar a los dioses ve en ellos, por sobre todo, una libertad más grande que la que él mismo tiene. Si una puerta está cerrada, piensa que los dioses pueden pasar a través de ella y que las paredes no los detienen. Esta idea de libertad aumenta hasta llegar al ideal de un Dios Personal, siendo el concepto central, que Él es un Ser que está más allá de las limitaciones de la naturaleza, de *maya*. Veo ante mí, por así decir, en uno de esos apartados retiros que había en los bosques, a aquellos antiguos sabios de la India discutiendo esta cuestión; y en uno de esos lugares, donde los más ancianos y más santos aún no han hallado la solución, un joven se levanta en medio de ellos y dice: "¡Escuchen, oh, hijos de la Inmortalidad! ¡Escuchen, oh, ustedes, que habitan en los lugares más elevados! Yo he hallado el camino. ¡Conociendo a Aquél que está más allá de la oscuridad, podemos ir más allá de la muerte!"

Esta *maya* está en todas partes; es terrible. Y sin embargo, a través de ella debemos trabajar. El hombre que dice: "Yo trabajaré cuando el mundo se haya vuelto totalmente bueno, entonces gozaré de la felicidad", tiene tantas probabilidades de éxito como el que está sentado al borde del río Ganga y dice: "Vadearé el río cuando toda el agua se haya volcado en el océano". El camino no es seguir *maya*, sino ir contra ella. Éste es otro hecho que debemos aprender. No hemos nacido para secundar a la naturaleza, sino para competir con ella. Somos los amos a quienes ella debe servir, y somos quienes nos cubrimos de cadenas. ¿Por qué está aquí esta casa? No es la naturaleza la que la ha edificado. La naturaleza nos dice: "Vayan y vivan en el bosque". El hombre replica: "Voy a edificar una casa y a luchar contra la naturaleza". Y esto es lo que hace. Toda la historia de la humanidad es una lucha continua contra las llamadas leyes de la naturaleza, y es el hombre quien finalmente vence. Pasando al mundo interior, también allí se libra la misma lucha, esa lucha entre el hombre animal y el hombre espiritual, entre la luz

y las tinieblas, y allí también el hombre resulta victorioso. Él desbroza su camino, por así decirlo, fuera de la naturaleza, hacia la libertad.

Así vemos que los filósofos vedantistas encuentran, más allá de esta *maya*, algo que no está ligado por ella; y si podemos llegar hasta allá, no estaremos ligados a *maya*. Esta idea, bajo una u otra forma, es propiedad común de todas las religiones; pero para el Vedanta no es más que el comienzo de la religión y no su término. La idea de un Dios Personal, Creador y Señor del Universo, como se Le ha llamado, que gobierna esta *maya*, esta naturaleza, no es el punto final de este pensamiento vedántico sino el comienzo. La idea se desarrolla más y más, hasta que el vedantista descubre que Aquél que creía lejos de él, no es otro que él mismo, y en realidad, está en su interior. Él es libre, pero, por limitación, se creía ligado.

## MAYA Y LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE DIOS

*(Conferencia dada en Londres el 20 de octubre de 1896)*

Hemos visto cómo la idea de *maya* que forma, por así decirlo, una de las doctrinas básicas del *Advaita Vedanta*[1], se encuentra aún en germen en los *Samhitas* y que, en realidad, todas las ideas que están desarrolladas en los Upanishads, se encuentran ya en los *Samhitas* bajo una u otra forma. Casi todos ustedes están ahora familiarizados con la idea de *maya*, y saben que algunas veces se la explica, erróneamente, como ilusión, de modo que cuando se dice que el Universo es *maya*, éste también debe ser explicado como siendo una ilusión. Esta traducción de la palabra *maya* no es feliz ni correcta. *Maya* no es una teoría, es simplemente un enunciado de los hechos concernientes al Universo, tal como existe. Para comprender *maya*, tenemos que remontarnos a los *Samhitas* y tomar el concepto desde sus comienzos.

Hemos visto cómo nació la idea de los *devas*. Sabemos, al mismo tiempo que, al comienzo, esos *devas* eran sólo seres poderosos y nada más. La mayoría de ustedes, cuando lee las antiguas escrituras —ya sean de los griegos, los hebreos, los persas o de otros pueblos— se horroriza al ver que los dioses antiguos a veces hacían cosas que nos repugnan bastante. Pero cuando leemos esos libros, olvidamos totalmente que estamos en el siglo XIX, y que esos dioses eran seres que existían hace miles de años. Olvidamos también que quienes adoraban a esos dioses no veían en sus caracteres nada incongruente; no hallaban nada que los horrorizara, pues esos dioses eran muy semejantes a ellos mismos. Quisiera destacar igualmente que ésta es

[1] Vedanta monista.

la gran lección que debemos aprender durante nuestra vida. Cuando juzgamos a los otros, los juzgamos siempre según nuestros propios ideales. No debería ser así. Cada uno debe ser juzgado según su propio ideal y no según el ideal del vecino. En las relaciones con nuestros semejantes, nos hallamos siempre bajo el imperio de este error. Opino que la gran mayoría de nuestras querellas provienen de que siempre tratamos de juzgar a los dioses de otros según los nuestros; los ideales de otros, según los nuestros; los móviles de otros, según nuestros propios móviles. En determinadas circunstancias puedo obrar de cierta manera, y cuando veo que otra persona hace lo mismo, pienso que ha sido impulsada por los mismos móviles, pues no imagino que muchas causas diferentes hayan podido producir el mismo efecto. Sin embargo, esa persona puede haber llevado a cabo la acción por razones totalmente diferentes de aquéllas que me hacen actuar de idéntica manera. En la misma forma, al juzgar las religiones antiguas, no debemos hacerlo desde el punto de vista al que más nos inclinamos sino ubicándonos en una posición acorde con el pensamiento y vida de esas épocas pasadas.

La idea de Jehová cruel e implacable, en el Antiguo Testamento, ha espantado a mucha gente: pero, ¿por qué? ¿Qué derecho tenemos de establecer, en principio, que el Jehová de los antiguos judíos debería representar la misma idea convencional del Dios que tenemos actualmente? Y al mismo tiempo, no debemos olvidar que, después de nosotros, vendrán otros hombres que se reirán de nuestras ideas sobre la religión y sobre Dios, tal como nosotros nos reímos de las ideas de los antiguos. Sin embargo, a través de todas estas concepciones diversas, corre el hilo de oro de la unidad, y el objeto del Vedanta es, justamente, descubrir ese hilo: "Yo soy el hilo que corre a través de todas estas diversas ideas, cada una de las cuales es como una perla", dice Krishna[2]; y es tarea del Vedanta demostrar el vínculo de unidad que las une, por más incongruentes y desagradables que nos puedan parecer esas ideas cuando las juzgamos según nuestros conceptos actuales. Tales ideas, en su marco de tiempos

[2] En el "Bhagavad Guita", o "Canto del Señor".



pasados, eran armoniosas y no más odiosas que las nuestras de ahora. Sólo cuando tratamos de sacarlas de su marco y aplicarlas a las circunstancias en que vivimos actualmente, se pone de manifiesto su horror, ya que su medio antiguo ha muerto y desaparecido. Del mismo modo que el judío de la antigüedad se ha transformado para convertirse en el judío moderno, de mente viva y aguda; del mismo modo que el antiguo ario ha dado el hindú intelectual; así también, Jehová ha crecido, y los *devas*[3] han crecido.

El gran error que se comete es reconocer que los adoradores evolucionan, y no admitir la evolución de lo Adorado. No se Le acredita que Él ha avanzado como Sus adoradores lo han hecho. Esto quiere decir que ustedes y yo, como las ideas que representamos, hemos crecido; y también que esas deidades, en cuanto a las ideas que representan, han crecido. Tal vez les parezca un poco curioso que Dios pueda crecer. Él no puede; es inmutable. En el mismo sentido, el Hombre Real no crece jamás. Pero las ideas que el hombre se forma de Dios, cambian y se desarrollan constantemente. Más adelante veremos cómo el Hombre Real, detrás de cada una de sus manifestaciones humanas, es incambiable, inmutable, puro y siempre perfecto. Del mismo modo, la idea que nos hacemos de Dios no es sino una simple manifestación, nuestra propia creación. Detrás de esta idea se encuentra el Dios real que no cambia jamás, el siempre puro, el inalterable. Pero la manifestación cambia de continuo, revelando cada vez más la realidad oculta. Cuando más revela esta verdad oculta, se dice que hay progreso; cuando la oculta más, se dice que hay retroceso. De modo que, así como nosotros crecemos, también crecen las deidades. Desde el punto de vista ordinario, lo mismo que nosotros nos revelamos al evolucionar, así también se revelan las deidades.

Ahora estaremos en condiciones de comprender la teoría de *maya*. En todas las religiones del mundo, la única cuestión que se proponen discutir es ésta: ¿Por qué hay desarmonía en el Universo? ¿Por qué hay este mal en el Universo? Esta pregunta

[3] Seres luminosos.

no la encontramos al aparecer las primeras ideas religiosas, porque al hombre primitivo, el mundo no le parecía algo incongruente. Las circunstancias no le parecían faltas de armonía; no había para él ni conflicto de opiniones, ni antagonismo entre el bien y el mal. Sólo tenía un sentimiento en su corazón, de algo que le decía sí y de algo que le decía no. El hombre primitivo estaba hecho de impulsos. Hacía lo que le venía a la mente y trataba de ejecutar con sus músculos las ideas que se le presentaban; no se detenía jamás para formarse una opinión, y rara vez intentaba poner un freno a sus impulsos. Lo mismo sucedía con las deidades; también ellas estaban hechas de impulsos. Indra llega y destruye las fuerzas de los demonios. A Jehová le es grata una persona y otra no, sin que nadie sepa o pregunte el porqué. Aún no se había adquirido el hábito de buscar el porqué, y todo lo que Él hacía era considerado como justo. No existía la idea de bien o de mal. Los *devas* han cometido muchas acciones malas, en el sentido que nosotros damos a esta palabra; muchas veces, Indra y los otros dioses cometieron actos muy malos; pero las ideas de maldad y de mal no aparecían en la mente de los adoradores de Indra; por eso, no cuestionaban sus actos.

El conflicto llegó con el progreso de las ideas morales. Nació en el hombre cierto sentido que diferentes lenguas y diferentes pueblos bautizaron con distintos nombres. Llámenlo la voz de Dios, o el resultado de la educación pasada, o como gusten, pero su efecto fue el de contener los impulsos naturales del hombre. Tenemos en la mente un impulso que nos dice: "Hazlo". Pero detrás se eleva otra voz que nos dice: "No lo hagas". Tenemos una serie de ideas que luchan continuamente por manifestarse por el canal de los sentidos, y detrás de esto hay una voz infinitamente pequeña que, por tenue o débil que sea, nos dice: "No salgas de ti mismo". Los dos hermosos términos sánscritos que designan estos fenómenos —*pravritti* y *nivritti*— describen un "movimiento circular hacia afuera" y un "movimiento circular hacia adentro". Son los círculos que van hacia afuera los que generalmente determinan nuestras acciones. La religión comienza con el movimiento hacia adentro, con el: "No lo hagas". La



espiritualidad comienza con este "no lo hagas". Cuando el "no lo hagas" falta, la religión no ha comenzado. Y este "no lo hagas" llegó, siendo la causa del desarrollo de las ideas humanas, a pesar de las deidades batalladoras que se habían adorado.

Un poco de amor se despertó en el corazón del hombre. Era muy poco, por cierto, y aun hoy no es mucho mayor. Primeramente, este amor se circunscribía a la tribu y tal vez abarcara a todos su miembros. Esos dioses amaban sus tribus; cada uno de ellos era el dios, el protector de esa tribu. A veces, los miembros de la tribu se consideraban como descendientes de su dios, del mismo modo que los clanes de muchos pueblos se consideran como descendientes del hombre fundador del clan. Antiguamente había gente —y la hay aún ahora— que pretendía descender, no sólo de esos dioses de tribus, sino del Sol y de la Luna. En los antiguos libros sánscritos, se lee la historia de los grandes emperadores heroicos de las dinastías solar y lunar. Comenzaban siendo adoradores del Sol y de la Luna, y poco a poco llegaron a considerarse como descendientes del dios del Sol, del dios de la Luna, y así sucesivamente. Cuando estas ideas de la tribu empezaron a desarrollarse, llegó un poco de amor, una débil idea del deber hacia los otros, un poco de organización social. Luego, naturalmente, surgió la idea: "¿Cómo podemos vivir juntos si no sabemos ser pacientes y perdonar?". ¿Cómo puede un hombre vivir con otro sin tener, algún día, que refrenar sus impulsos, contenerse, controlarse a sí mismo para no hacer las cosas a las cuales su mente lo impulsa? Es imposible. Así es como llega la idea del control sobre sí mismo. La textura social entera reposa sobre esta idea de la restricción, y todos sabemos que el hombre o la mujer que no ha aprendido esa gran lección de ser paciente e indulgente, lleva la más miserable de las vidas.

Ahora bien, cuando aparecieron estas ideas de religión, un destello de algo más elevado, más ético, alboreó en el intelecto de la raza humana. Resultaron entonces inadecuados los antiguos dioses, esos dioses turbulentos, batalladores, bebedores, comedores de carne de buey, que adoraban los antiguos: esos dioses que hallaban placer en el olor de la carne quemada, en

las libaciones de bebidas fuertes. A veces, Indra bebía tanto que caía al suelo y pronunciaba palabras ininteligibles. No se podía tolerar más a esos dioses. Había surgido la noción de examinar los móviles de las acciones, y también los dioses, como los hombres, debieron someterse a este examen. Se buscó la razón de tal o cual acción y no se encontró ninguna. Por esto el hombre abandonó tales dioses, o mejor dicho, adquirió un concepto más elevado de ellos. Examinó todas las acciones y todas las cualidades de los dioses; desechó a aquéllos con los que no podía armonizar y conservó los que podía comprender; los combinó, designándolos con un solo nombre: *Deva-deva*, el dios de los dioses. El dios que se iba a adorar ya no era un símbolo de poder solamente; hacía falta algo más. Era un dios moral; amaba a la humanidad y le hacía bien. Pero la idea de Dios subsistía. Esto tuvo el efecto de acrecentar su valor ético y su poder. Así se volvió el ser más moral de todo el universo, y casi omnipotente.

Pero toda esta labor hecha de retazos no podía ser suficiente. A medida que la explicación tomaba proporciones más grandes, también sucedía lo mismo con el problema que procuraba resolver. Si las cualidades del dios aumentaban en progresión aritmética, la dificultad y la duda crecían en progresión geométrica. Las dificultades de Jehová eran pocas al lado de aquéllas que ocasiona el Dios del universo, y esta cuestión se plantea aún hoy. ¿Por qué es permitido que subsistan actos diabólicos en el reino de un Dios del universo que es todo poder y todo amor? ¿Por qué hay más miseria que felicidad, más maldad que bondad? Podemos cerrar los ojos a todas estas cosas, pero el hecho subsiste: éste es un mundo horrible. En el mejor de los casos, es el infierno de Tántalo. Nos hallamos en él, en medio de impulsos violentos y de una sed más violenta todavía de goces sensuales, y no podemos satisfacerlos. Se levanta una ola que nos fuerza a ir hacia adelante, contra nuestra voluntad, y en cuanto damos un paso, recibimos un golpe. Todos estamos condenados a vivir aquí como Tántalo. Se presentan a nuestra mente, ideales que están bastante más allá de los límites de nuestros ideales sensuales, pero cuando tratamos de expresarlos no



lo conseguimos. Por otro lado, somos aplastados por la masa que se agita a nuestro alrededor. Y sin embargo, si renuncio a todo idealismo, si me aferro simplemente a la lucha por la vida en este mundo, llevo una existencia de bruto, degenero y envilezco. Ni lo uno ni lo otro es la felicidad. La desdicha es el destino de los que se contentan con vivir en este mundo porque en él han nacido. Pero un sufrimiento aún mil veces mayor es el que espera a aquéllos que osan erigirse en favor de la verdad y de cosas superiores; que osan demandar algo más elevado que el llevar aquí una simple existencia de bruto. Éstos son los hechos; mas no tienen explicación y no la puede haber. Pero el Vedanta muestra la salida. Tienen que recordar que debo decirles cosas que algunas veces los espantarán. Si no olvidan lo que les digo, si piensan en ello, si lo asimilan, será de ustedes, los elevará más, los hará capaces de comprender la verdad y de vivir en ella.

Así, pues, es un hecho evidente que este mundo es un infierno de Tántalo, que no sabemos nada de este universo; y sin embargo no podemos decir que no sabemos. Yo no puedo decir que esta cadena existe, cuando pienso que no lo sé. Puede ser, enteramente, una ilusión de mi cerebro; puede ser que yo sueñe todo el tiempo. Sueño que les hablo y que ustedes me escuchan. Nadie puede probar que esto no es un sueño. Puede ser que mi cerebro mismo sea un sueño, y en cuanto a esto, nadie ha visto jamás su propio cerebro. Lo admitimos como existente; y lo mismo sucede con todo. También a mi propio cuerpo lo admito en la misma forma. Y al mismo tiempo, no puedo decir que no sé. De esta posición entre el conocimiento y la ignorancia, de esta penumbra mística, de la mezcla de verdad y de falsedad, del punto donde una y otra se encuentran, nadie sabe nada. Estamos andando en medio de un sueño, medio adormilados, medio despiertos, pasando toda nuestra vida entre nieblas. Tal es la suerte de cada uno de nosotros. Tal es la suerte de todo conocimiento sensorio; tal es la suerte de toda filosofía, de toda la ciencia que tanto alabamos, de todo el saber humano del que estamos tan orgullosos. Éste es el universo.

Lo que ustedes llaman materia, o espíritu, o mente, o como

gusten, el hecho no cambia: no podemos decir que existe ni que no existe. No podemos decir que es uno ni que es múltiple. Este juego eterno de luz y obscuridad, confuso, indiscernible, inseparable, siempre está. Es un hecho y, sin embargo, al mismo tiempo, no es un hecho: despierto y al mismo tiempo dormido. Ésta es una aserción de hechos y esto es lo que se llama *maya*. Nacemos en esta *maya*; en ella vivimos, pensamos y soñamos. En ella somos filósofos, en ella somos hombres espirituales; más aún, en esta *maya* somos demonios, y en esta *maya* somos dioses. Den a sus ideas tanta extensión como sea posible, elévenlas más y más, llámenlas infinitas o denles el nombre que les plazca, y esas mismas ideas estarán todavía en esta *maya*. No puede ser de otra manera; todo el saber humano es una generalización de esta *maya*, tratando de reconocerla tal como ella aparece. Ésta es la obra de *nama-rupa*, nombre y forma. Todo lo que tiene forma, todo lo que despierta una idea en nuestra mente está en *maya*, puesto que todo cuanto está ligado por las leyes de tiempo, espacio y causalidad, está comprendido en ella.

Retrocedamos un poco a esas antiguas ideas de Dios, y veamos lo que ha sucedido con ellas. Notamos de inmediato que la idea de un Ser que nos ama eternamente; que, eternamente inegoísta y todopoderoso, gobierna este universo, no podía satisfacer al hombre. "¿Dónde está Dios, justo y misericordioso?", preguntaba el filósofo. ¿No ve Él que millones y millones de Sus hijos perecen bajo la forma de hombres o de animales? ¿Quién puede, en efecto, vivir aquí un instante sin matar a otros seres? ¿Pueden ustedes respirar una sola vez sin destruir millares de vidas? Viven porque hay millones de seres que mueren. Cada instante de su vida, cada vez que respiran, es causa de muerte para millares; cada movimiento que hacen lleva la muerte a millones. Cada bocado que comen significa la muerte para millones. ¿Por qué tienen que morir? Un viejo sofisma nos dice que esos son seres muy inferiores. Supongamos que esto es verdad, aunque es discutible, pues ¿quién sabe si la hormiga es más grande que el hombre o el hombre más grande que la hormiga? ¿Quién podría probar una u otra aserción? Fuera de esta



cuestión, y aun admitiendo que ésos sean seres muy inferiores, ¿por qué tienen que morir? Si son inferiores, tienen por ello más razón para vivir. ¿Por qué no? Puesto que viven más en el mundo de los sentidos, experimentan el placer y el dolor mil veces más intensamente que ustedes y yo. ¿Quién de entre nosotros come con el mismo entusiasmo que pone en ello un perro o un lobo? Nadie, puesto que nuestra energía no está en nuestros sentidos sino en nuestro intelecto, en nuestra mente. Pero en los animales, el alma toda está en los sentidos, y ellos se apasionan y gozan con cosas en las cuales los seres humanos ni siquiera soñamos; y el dolor es para ellos proporcionado al placer. El placer y el dolor son distribuidos en igual medida. Si el placer que experimentan los animales es tanto más vivo que el experimentado por los hombres, se desprende que el sentido de dolor es tan vivo, o más, en los animales que en el hombre. Así, es un hecho que el dolor y el sufrimiento experimentados al morir, son mil veces mayores en los animales que en el hombre y, sin embargo, los matamos sin preocuparnos de sus sufrimientos. Esto es *maya*. Y si suponemos que hay un Dios Personal parecido al ser humano y que ha hecho todas las cosas, éstas así llamadas explicaciones y teorías que tratan de probar que del mal nace el bien, no son suficientes. Que se produzcan veinte mil cosas buenas; pero, ¿por qué tienen que ser producidas por el mal?. Con este principio, yo podría cortar el cuello de otros con el pretexto de que quiero gozar plenamente de mis cinco sentidos. Esta no es una razón. ¿Por qué el bien ha de llegarnos por intermedio del mal? La pregunta aguarda siempre una respuesta; y no puede tenerla. La filosofía de la India se vio obligada a admitir esto.

El Vedanta ha sido —y sigue siendo— el sistema religioso más audaz. No se detuvo ante nada, y ha tenido una ventaja: no tuvo un cuerpo de sacerdotes que buscara sofocar a todos aquéllos que trataron de decir la verdad. Hubo siempre una absoluta libertad religiosa. En la India, la esclavitud de la superstición se hace sentir en el dominio social; aquí, en el Occidente, la sociedad es muy libre. En la India, las normas sociales son muy estrictas, pero la opinión religiosa es libre. En Inglaterra, un hom-

bre puede vestirse como quiere, comer lo que quiere, nadie se opone a ello; pero que no frecuente la iglesia y, al momento, le caen las comadres. En primer lugar, debe conformarse con lo que la sociedad dice de la religión, y sólo luego puede pensar en la verdad. En la India, por el contrario, si un hombre come con alguien que no pertenece a su misma casta, en seguida la sociedad cae sobre él con todo su terrible poder y lo aplasta. Si quiere vestir de manera un poco diferente de la que antaño vestían sus antepasados, es hombre perdido. He oído hablar de un hombre que fue castigado con el destierro por la sociedad, porque había andado varios kilómetros para ver el primer tren. Bueno, ¡supongamos que esto no fuera cierto! En materia de religión, al contrario, vemos vivir juntos a ateos, materialistas y budistas; credos, opiniones, teorías de todo género y de toda clase, entre ellas, algunas sumamente extrañas. Predicadores de todas las sectas andan enseñado y buscando adherentes, y en las puertas mismas de los templos, los *brahmines* —digámoslo en su honor— permiten aun a los materialistas exponer sus ideas.

Buddha murió a una edad muy avanzada. Recuerdo que uno de mis amigos, un gran hombre de ciencia americano, gustaba de leer su vida, pero la muerte de Buddha no le agradaba porque no fue crucificado. ¡Qué idea falsa! ¡Para que un hombre sea grande es necesario que sea asesinado! Jamás florecieron en la India tales ideas. Ese gran Buddha viajó por toda la India, denunciando a sus deidades y hasta al Dios del Universo y, sin embargo, pudo llegar a viejo. Vivió ochenta años y convirtió a la mitad del país.

Luego, estaban los *charvakas*, que predicaron cosas horribles, el materialismo más abierto y grosero, como el siglo XIX no osaría públicamente predicar. Se dejó que esos *charvakas* predicaran de templo en templo, de ciudad en ciudad, que la religión no era sino un absurdo, maquinaciones de los sacerdotes; que los Vedas eran palabras y escritos de locos, canallas y demonios, y que no existían ni Dios ni el alma eterna. Si había un alma, ¿por qué no retornaba después de la muerte, atraída por el amor de la esposa y de los hijos? Ellos pensaban que si existe un alma, debe amar aun después de la muerte; que debe



desear ricos manjares y buenos vestidos. Y sin embargo, nadie hizo daño a estos *charvakas*.

Así, la India ha tenido siempre esta idea magnífica de la libertad religiosa, y hay que recordar que la libertad es la primera condición del crecimiento. Lo que no dejan libre, no crecerá jamás. La idea de que pueden ustedes hacer crecer a otros y ayudar a su crecimiento; que pueden dirigirlos y guiarlos, reservándose siempre la libertad del instructor, es un absurdo, un engaño peligroso que ha retardado, en este mundo, el crecimiento de millones y millones de seres humanos. Dejen a los hombres la luz de la libertad. Ésta es la única condición del crecimiento.

Nosotros, en la India, hemos dejado libertad en las cuestiones espirituales, y tenemos en el pensamiento religioso, aun hoy día, un poder espiritual formidable. Ustedes acuerdan la misma libertad en las cuestiones sociales, y por ello tienen una espléndida organización social. Nosotros no hemos otorgado ninguna libertad para la expansión de las cosas sociales, y la nuestra es una sociedad constreñida. Ustedes jamás han dado ninguna libertad en materia religiosa sino que han presionado a aceptar sus creencias por el acero y el fuego; resultado es que la religión no ha tenido, en la mente europea, sino un crecimiento precario y deficiente. En la India tenemos que quitar a la sociedad sus grilletes; en Europa tienen que quitar las cadenas que sujetan los pies del progreso espiritual. Y entonces se producirán en el hombre un crecimiento y un desarrollo maravillosos. Si descubrimos que existe una misma unidad a través de todos estos desarrollos espirituales, morales y sociales, hallaremos que la religión, en el sentido más amplio de la palabra, debe penetrar en la sociedad y en nuestra vida diaria. A la luz del Vedanta comprenderán que todas las ciencias son sólo manifestaciones de la religión, y lo mismo todo lo que existe en este mundo.

Vemos, pues, que es gracias a la libertad que las ciencias se han elaborado; y en esas ciencias encontramos dos grupos de opiniones; las materialistas y críticas por un lado, y las positivas y constructivas por otro. Es un hecho muy curioso que se las encuentre en todas las sociedades. En cuanto hay una falta

de la sociedad, vemos que inmediatamente se levanta un grupo para denunciarla, con un odio que a menudo degenera en fanatismo. Hay fanáticos en todas las sociedades, y las mujeres, a causa de su naturaleza impulsiva, se colocan frecuentemente a la vera de los acusadores. Todo fanático que se levante para denunciar alguna cosa, encontrará gente que lo siga. Es muy fácil dar por tierra con algo: un loco puede derribar todo lo que quiera, pero le será difícil construir, sea lo que fuere. Esos fanáticos pueden hacer algún bien, según la manera como comprendan las cosas, pero el mal que hacen es mucho mayor, puesto que nuestras instituciones sociales no se construyen en un día, y para corregirlas hay que hacer desaparecer la causa del mal. Supongamos que existe una imperfección; no es denunciándola que se la subsana; es menester atacar la raíz misma del mal. Hallen primero la causa y después háganla desaparecer; el efecto desaparecerá igualmente. Mera gritería no producirá ningún efecto sino más bien desgracias.

Hubo otros cuyo corazón estaba lleno de simpatía y comprendieron que debemos profundizar las causas; fueron los grandes santos. Debo recordarles que todos los grandes preceptores del mundo han declarado que vinieron no para destruir sino para cumplir. Muy a menudo esto no ha sido comprendido, y su indulgencia ha sido tomada como un indigno compromiso con las opiniones populares del momento. Aun ahora oímos decir, a veces, que esos profetas y esos grandes instructores eran más bien timoratos, y no osaban decir y hacer lo que estimaban justo; pero esto no es correcto. Los fanáticos comprenden muy poco del infinito poder del amor que hubo en el corazón de esos grandes sabios que consideraban a todos los hombres del mundo como sus hijos. Ellos eran los verdaderos padres, los verdaderos dioses, llenos de simpatía y paciencia infinitas para cada uno; estaban siempre prontos a tolerar y a perdonar. Ellos sabían cómo debe crecer la sociedad humana y, con paciencia, lentitud y seguridad, continuaban aplicando sus remedios, no denunciando ni atemorizando a la gente sino guiándola dulce y afectuosamente, paso a paso, hacia arriba. Así eran los que han escrito los Upanishads. Sabían muy bien que las viejas ideas de



Dios no eran conciliables con los ideales éticos avanzados de su época; sabían muy bien que lo que predicaban los ateos contenía una buena parte de verdad e incluso grandes joyas de verdad; pero, al mismo tiempo, comprendían que los que querían cortar el hilo que unía las perlas, los que querían construir en el aire una sociedad nueva, fracasarían completamente.

Jamás construimos nada nuevo, no hacemos más que cambios; no podemos tener nada nuevo, simplemente cambiamos de lugar las cosas; la semilla se vuelve árbol, paciente y suavemente; nosotros debemos dirigir nuestra energía hacia la verdad, realizar la verdad que existe y no tratar de producir nuevas verdades. Así, en vez de denunciar esas viejas ideas de Dios como inadecuadas para los tiempos modernos, los antiguos sabios se pusieron a buscar la realidad que había en ellas. El resultado fue la filosofía Vedanta, y de las antiguas deidades, del Dios monoteísta, el gobernador del universo, ellos encontraron ideas cada vez más elevadas, concretadas en lo que es llamado lo Absoluto Impersonal; hallaron la Unidad que subyace en todo el universo.

Aquél que ve en este mundo de multiplicidad ese Uno que lo penetra todo; aquél que encuentra en este mundo de muerte la Única Vida Infinita; aquél que encuentra en este mundo de insensibilidad y de ignorancia, la Única Luz y Conocimiento, a ése pertenece la paz eterna. A ningún otro, a ningún otro.

## MAYA Y LIBERTAD

*(Conferencia pronunciada en Londres, el 22 de octubre de 1896)*

"Cual nubes que traen gloria, venimos", dice el poeta. Y sin embargo, no todos nosotros venimos como nubes gloriosas; algunos llegamos más bien como oscuras nieblas; no hay duda sobre esto. Pero cada uno de nosotros llega a este mundo para combatir, como a un campo de batalla. Venimos con lágrimas en los ojos, a conquistar nuestro camino lo mejor que podamos y a trazar nuestra senda a través de este infinito océano de la vida; seguimos avanzando, dejando detrás largas etapas y teniendo ante nosotros la vastedad infinita. Y así seguimos hasta que la muerte llega y nos saca de este campo de batalla, victoriosos o vencidos, no lo sabemos. Y esto es *maya*.

La esperanza reina en el corazón del niño. El mundo entero es una visión dorada para el niño cuyos ojos se abren; él cree que su voluntad es suprema. A medida que avanza, a cada paso, la naturaleza se yergue ante él como un muro adamantino, deteniendo su futuro progreso. Puede arrojarse sobre el muro, una y otra vez, para tratar de abrirse paso. Más avanza, más el ideal se aleja de él, hasta que llega la muerte; quizás ella sea su libertad. Y esto es *maya*.

Surge un hombre de ciencia; tiene sed de conocimiento. Para él, ningún sacrificio es demasiado grande, ninguna lucha demasiado desesperante. Va hacia adelante, descubriendo secreto tras secreto de la naturaleza, desentrañando sus más íntimos secretos, y, ¿para qué? ¿Para qué sirve todo esto? ¿Por qué debemos glorificarle? ¿Por qué tiene que adquirir fama? ¿Acaso la naturaleza no hace infinitamente más de lo que puede hacer cualquier ser humano? Y la naturaleza es tórpida e insensible. ¿Qué gloria hay en imitar esa torpidez e insensibilidad? La naturaleza puede lanzar una piedra de rayo de cualquier tamaño,



a cualquier distancia. Si un hombre puede hacer la milésima parte de lo que hace la naturaleza, lo alabamos y nuestras loas lo encumbran hasta el cielo. ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que alabarlo por imitar a la naturaleza, por imitar a la muerte, por imitar lo torpe, por imitar lo insensible? La fuerza de gravedad puede hacer pedazos la masa más enorme que jamás haya existido; y, no obstante, es insensible. ¿Qué gloria hay en imitar lo insensible? Sin embargo, todos luchamos para eso. Y esto es *maya*.

Los sentidos llevan el alma humana al exterior. El hombre busca el placer y la felicidad donde jamás podrá encontrarlos. Durante siglos y siglos se nos enseña a todos que ello es vano y fútil, que aquí no hay ninguna felicidad. Pero no podemos aprender; nos es imposible convencernos de ello si no es por nuestra propia experiencia. Probamos y recibimos un golpe; ¿aprendemos entonces? Tampoco. Como polillas que se precipitan sobre las llamas, nos arrojamos una y otra vez a los placeres de los sentidos, esperando hallar allí satisfacción. Una y otra vez volvemos con renovada energía; y así continuamos, hasta que, defraudados y decrépitos, morimos. Y esto es *maya*.

Lo mismo sucede con nuestro intelecto. En nuestro deseo de penetrar los misterios del universo, no podemos menos que inquirir; ansiamos conocer y no podemos creer que no se pueda adquirir ningún conocimiento. Damos algunos pasos y delante de nosotros se levanta la muralla del tiempo, sin comienzo ni fin, que no podemos trasponer. Damos otros, y allí aparece una muralla de espacio sin límites que no se puede escalar, y la totalidad se halla irrevocablemente limitada por las murallas de la causa y el efecto. No podemos ir más allá de ellas. Y sin embargo, luchamos y tenemos que luchar todavía. Y esto es *maya*.

Con cada respiración, con cada latido de nuestro corazón, con cada uno de nuestros movimientos pensamos que somos libres, y en el mismo instante se nos muestra que no lo somos. Somos esclavos encadenados, esclavos de la naturaleza, en cuerpo, en mente, en todos nuestros pensamientos, en todos nuestros sentimientos. Y esto es *maya*.

No hay ni hubo madre alguna que no haya pensado que su

hijo era un genio innato, que era el niño más extraordinario que jamás naciera; pone su corazón en su hijo, su alma entera está en él. El niño crece; quizás se vuelve un borracho, un bruto, maltrata a su madre; pero, cuanto más él la maltrata, mayor es el amor materno. El mundo lo alaba como el amor inegoísta de una madre y ni sueña siquiera que la madre es una esclava nata, que no puede menos que ser así. Ella hubiera deseado mil veces librarse de ese fardo, pero no puede. Entonces lo oculta bajo un montón de flores y lo llama amor maravilloso. Y esto es *maya*.

Así estamos todos en este mundo. En una leyenda se cuenta que un día Nárada pidió a Krishna: "Señor, muéstrame a *Maya*". Pasaron algunos días y Krishna le pidió a Nárada que lo acompañara en un viaje corto hacia un desierto. Luego que hubieron caminado varios kilómetros, Krishna dijo: "Nárada, tengo sed ¿puedes ir a buscarme un poco de agua?". "Iré en seguida, Señor, te traeré agua". Nárada partió. A poca distancia de allí había un pueblo; Nárada entró en él para pedir agua, y llamó a una puerta. Vino a abrirle una joven bellísima; a su vista, Nárada olvidó que su Maestro esperaba agua, que tal vez moría de sed. Todo lo olvidó y trabó conversación con la joven. En todo ese día no regresó adonde estaba su Maestro. Al día siguiente volvió a la casa y conversó con la joven; sus pláticas dieron por fruto el amor, y Nárada solicitó al padre la mano de su hija. Se casaron, vivieron allí y tuvieron hijos. Así pasaron doce años, falleció el suegro y Nárada heredó sus bienes. Vivía según su propio parecer, feliz, con su mujer y sus hijos, sus campos y su ganado. Una noche hubo una inundación. El río subió, sobrepasó el ribazo e invadió todo el pueblo. Se derrumbaron casas, y hombres y animales fueron llevados y ahogados; todo era barrido por la rauda corriente. Nárada debió huir. De una mano tenía a su mujer y de la otra a dos de sus hijos, mientras que otro estaba sobre sus espaldas; así trató de atravesar, vadeando el río, las terribles olas. A los pocos pasos vio que la corriente era demasiado violenta; el niño que estaba sobre sus hombros cayó y fue arrastrado. Nárada lanzó un grito de desesperación. Tratando de salvarlo, soltó a uno de los otros, que también desapareció. Al final la esposa, a quien retenía con toda su fuerza, fue arrastrada por la



corriente, y él mismo fue arrojado sobre la orilla, sollozando y lamentándose amargamente. Entonces, detrás de él, se dejó oír una voz muy dulce: "Hijo mío, ¿dónde está el agua? Fuiste a buscar un cántaro de agua y te estoy esperando; he aquí que ha pasado una buena media hora desde que has partido". "¡Media hora!", gritó Nárada. Doce años enteros habían transcurrido en su mente y ¡todas esas escenas habían sucedido en media hora! Y esto es *maya*.

En una u otra forma, todos estamos sumergidos en ella. Es un estado de cosas de lo más intrincado y difícil de comprender. Ha sido predicado en todos los países, enseñado en todas partes, pero sólo creído por unos pocos, porque hasta que no tengamos nuestra propia experiencia no podemos creerlo. ¿Qué es lo que esto demuestra? Algo muy terrible: que todo es fútil. El tiempo, vengador de todo, llega y no queda nada. Devora al santo y al pecador, al rey y al campesino, a los bellos y a los feos; nada deja. Todas las cosas se precipitan hacia ese único fin: la destrucción. Nuestro conocimiento, nuestras artes, nuestras ciencias, todo se abalanza hacia la destrucción. Nadie puede poner dique a la marea; nadie puede detenerla aunque sólo sea un minuto. Podemos tratar de olvidar, igual como hace la gente de una ciudad donde reina una epidemia, al buscar el olvido en la bebida, en el baile o en otros intentos vanos, y así quedamos paralizados. De este modo estamos tratando de olvidar; intentamos crear ese olvido por medio de toda clase de placeres sensorios. Y esto es *maya*.

Se han propuesto dos medios para hallar su solución. Un método que todo el mundo conoce, que es muy corriente, consiste en decir: "Esto puede ser muy cierto, pero no pienses en ello. 'Hagamos la parva mientras dura el Sol', como dice el proverbio. Todo esto es verdad, es un hecho, pero no te preocupes. Aférrate a los pocos placeres que puedas disfrutar, haz lo poco que puedas, no mires al lado sombrío del cuadro y dirige tu mirada sólo al lado positivo, el lado de la esperanza". Esta doctrina no deja de tener cierta verdad, pero tiene su riesgo. En realidad, nos estimula útilmente; la esperanza y un ideal positivo son buenos estimulantes en nuestra vida, pero ofrecen cierto

riesgo; éste consiste en desesperarse y abandonar la lucha. Es el caso de los que van predicando: "Tomen el mundo como es; instálense tan apacible y confortablemente como puedan y adáptense a todas estas miserias; cuando reciban golpes, digan: Éstos no son golpes sino flores; si los oprimen como esclavos, digan: Yo soy libre; mientan día y noche a los otros y a su propia mente, pues es el único medio de vivir dichoso". Esto es llamado "sabiduría práctica", y jamás ha sido tan esparcida por el mundo como en este siglo diecinueve; porque nunca se vieron choques más violentos que en la época presente; nunca la competencia ha sido más aguda; jamás los hombres han sido tan crueles para con sus semejantes como ahora; y por esto hay que ofrecerles ese consuelo. Se lo expone de la manera más enfática en nuestro tiempo, pero forzosamente se derrumba y se derrumbará siempre. No podemos tapar la carroña con rosas; es imposible. No duraría este engaño mucho tiempo, porque las rosas se marchitarían pronto, y la carroña estaría aún peor que antes. Lo mismo ocurre con nuestras vidas. Podemos tratar de cubrir nuestras viejas úlceras purulentas con tela de oro, pero llega el día en que, quitada la vestidura de oro, la úlcera aparece en toda su fealdad.

¿No hay, entonces, ninguna esperanza? Es verdad que todos somos esclavos de *maya*, nacimos en *maya* y vivimos en *maya*. Entonces, ¿no hay escapatoria, no hay esperanza? Que todos somos miserables, que este mundo es realmente una prisión, que aun la llamada belleza que arrastramos detrás de nosotros no es sino una cárcel; que aun nuestro intelecto y nuestra mente son prisiones, ha sido reconocido en una y otra época. No ha habido jamás un hombre, no ha habido jamás un alma humana que no haya sentido esto, alguna u otra vez, cualquiera que sea la forma en que lo exprese. Y son los viejos quienes lo sienten mejor, por cuanto tienen la experiencia acumulada de una vida entera y no se dejan engañar fácilmente con las ficciones de la naturaleza. ¿No hay salida? Con todo eso, con ese hecho terrible ante nosotros, en medio del dolor y del sufrimiento, aun en este mundo, donde la vida y la muerte son sinónimos, aun aquí, percibimos la tenue vocecita que resuena en el transcurso de los siglos, en todos los países, en todos los corazones: "Ésta, Mi *maya*, es divina; está hecha de cualidades y es muy difícil de atravesar. Sin embargo, aquéllos que vienen a Mí, cruzan el río de la vida". "Vengan a Mí, todos los que estén trabajados y cargados, que Yo los aliviaré". Es esta voz la que nos conduce hacia adelante. El hombre la ha oído y la oye a través de todos los siglos. Esta voz llega al hombre cuando todo parece perdido, cuando perdió la esperanza, cuando la confianza en su propia fuerza se derrumba, cuando todo parece escurrirse entre sus dedos y la vida es una ruina desolada. Entonces la oye. Esto se llama religión.



Por un lado, tenemos esta audaz afirmación de que todo esto no tiene sentido, que todo es *maya*, y a la vez tenemos la afirmación, llena de esperanza, de que más allá de *maya* hay una salida. Por otro lado, la gente práctica nos dice: "No se torturen el cerebro con todas esas insensateces tales como la religión y la metafísica. Vivan aquí; en realidad, es un mundo bien malo, pero hagan con él lo mejor que puedan". Lo que puesto en términos claros, significa llevar una vida hipócrita, de mentira, una vida de continuo fraude, disimulando sus llagas tan bien como puedan. Continúen poniendo parche tras parche hasta que todo esté perdido y no sean más que un montón de remiendos. Esto es la llamada "vida práctica". Los que se contentan con remiendos no irán jamás a la religión. La religión comienza por un gran descontento con el estado presente de cosas y de nuestra vida; por una aversión, una violenta aversión hacia todo este remendar la vida, por un disgusto sin límites hacia lo que es fraude y mentira. Sólo puede ser religioso el que se atreve a hablar como una vez lo hizo el poderoso Buddha bajo el árbol *bo*, cuando esta idea de practicidad se presentó ante Él. Veía que era sólo insensatez y, no obstante, no podía hallar la salida. Cuando le vino la tentación de renunciar a la búsqueda de la verdad, de retornar al mundo y reanudar la vieja vida de fraude en que se llama a las cosas con nombres erróneos, en que se miente a sí mismo y a los demás, Él, el gigante, triunfó sobre ella y dijo: "Mejor es la muerte que una vida vegetativa en la ignorancia; es mejor morir en el campo de batalla que vivir como

un derrotado". Ésta es la base de la religión. Cuando un hombre adopta esta actitud, está sobre el camino en el que hallará la verdad; está sobre el sendero que conduce a Dios. Tal determinación debe ser el primer impulso que nos lleve a hacernos religiosos. Voy a abrirme un camino. Conoceré la verdad o dejaré en ello la vida, puesto que de este lado es nada lo que hay; se ha ido, se está desvaneciendo a cada instante. El hombre que hoy es bello, joven, lleno de esperanza, mañana será inválido. Esperanzas, goces y placeres morirán como las flores quemadas por una fuerte helada. Éste es uno de los aspectos; del otro lado están los grandes encantos de la conquista, de las victorias obtenidas sobre todos los males de la vida, la victoria sobre la vida misma, la conquista del universo. En este lado, los hombres pueden mantenerse erguidos. En consecuencia, los que osan luchar por la victoria, por la verdad, por la religión, están en el camino acertado; y eso es lo que predican los Vedas: No desesperen; el camino es muy difícil, como caminar sobre el filo de una navaja. Sin embargo, no desesperen; levántense, despierten y alcancen el ideal, la meta.

Ahora bien, todas estas manifestaciones diversas de religión, cualesquiera que sea el aspecto o la forma bajo las cuales se han presentado a la humanidad, tienen en común esta base central: predican la libertad, la manera de salir de este mundo. Jamás han venido a conciliar el mundo y la religión; han venido a cortar el nudo gordiano para instalar la religión en su propio ideal y no para comprometerse con el mundo. Esto es lo que predica toda religión, y el deber del Vedanta es armonizar todas estas aspiraciones, poner en evidencia el terreno que es común a todas las religiones del mundo, a la más elevada como a la más baja. Lo que llamamos la más grande superstición y lo que llamamos la filosofía más alta tienen en realidad una meta común, ya que una y otra intentan mostrarnos el camino para salir de la misma dificultad; en la mayoría de los casos, la solución es dada por un ser que no está ligado por las leyes de la naturaleza, en una palabra, por alguien que es libre. A despecho de todas las dificultades y de todas las divergencias de opiniones sobre la naturaleza del ser libre, sea él un Dios personal o



un ser sensible como un hombre, sea masculino o femenino, o bien ni lo uno ni lo otro (y las discusiones sobre esto son interminables), la idea fundamental es la misma. A pesar de las desalentadoras contradicciones entre los diferentes sistemas, encontramos el hilo de oro de la unidad que los une a todos; así, en esta filosofía, el hilo de oro se ha vuelto a encontrar, nos ha sido revelado, poco a poco, a nuestros ojos, y el primer paso hacia esta revelación es el dato común de que todos estamos avanzando hacia la libertad.

Un hecho curioso, que está presente en medio de todas nuestras alegrías y pesares, dificultades y luchas, es que realmente estamos hollando la senda que nos conduce hacia la libertad. Prácticamente la pregunta era ésta: "¿Qué es este Universo? ¿De qué proviene? ¿Qué será de él?", y la respuesta era: "Es en la libertad que surge, en la libertad se sustenta y en la libertad se disuelve". A esta idea de libertad no pueden ustedes renunciar; sin ella, sus acciones, sus vidas se perderían. En todo momento, la naturaleza nos está probando que somos esclavos y no libres. Y sin embargo, surge simultáneamente la otra idea, de que a pesar de todo somos libres. A cada paso somos arrojados al suelo —podría decirse— por *maya*, que nos muestra que estamos ligados. No obstante, al mismo tiempo, junto con el golpe, junto con ese sentimiento de estar ligados, viene ese otro sentimiento de que somos libres. Alguna voz interior nos dice que somos libres. Pero si tratamos de realizar esta libertad, de ponerla de manifiesto, hallamos que los obstáculos son casi insalvables. Sin embargo, y a pesar de ello, esta libertad sigue afirmándose a sí misma, interiormente: "Soy libre, soy libre". Y si estudian todas las diversas religiones del mundo, verán que en ellas se expresa la misma idea. No solamente la religión (no es necesario tomar el término en su sentido estrecho), sino toda la vida de la sociedad es una afirmación de este principio de libertad. Esa voz ha sido oída por cada uno de nosotros, hayamos tenido o no conciencia de ello: esa voz que declara: "Vengan a mí, ustedes que están trabajados y cargados". Tal vez no sea en la misma lengua o en la misma forma de expresión, pero bajo una u otra forma, esa voz que clama libertad nos

ha acompañado. Sí; hemos nacido aquí a causa de esa voz; cada uno de nuestros movimientos tiene esa finalidad. Todos nos precipitamos hacia la libertad; todos estamos en vías de seguir esa voz, lo sepamos o no. Del mismo modo que los niños de la aldea son atraídos por la música de aquél que toca la flauta, así seguimos todos, sin saberlo, la música de esa voz.

Cuando obedecemos esa voz, somos morales. No solamente el alma humana sino todas las criaturas, de la más vil a la más noble, la han oído y se precipitan a su llamado; y en esta lucha se alían unas con otras o se atropellan para pasar. Es así como nacen las rivalidades, las alegrías, las luchas, la vida, el placer y la muerte. Y el Universo entero no es otra cosa que el resultado de esta lucha loca por llegar hasta la voz. Ésta es la manifestación de la naturaleza.

¿Qué sucede entonces? La escena comienza a cambiar. Desde que reconocen la voz y comprenden lo que es, toda la escena cambia. Este mismo mundo que era el siniestro campo de batalla de *maya*, se transforma ahora en algo bueno y hermoso. No insultamos más a la naturaleza; no decimos más que el mundo es horrible y que todo es vano; no tenemos más necesidad de llorar y de lamentarnos. Desde que comprendemos la voz, vemos por qué es necesario que exista esta lucha, esta batalla, esta rivalidad, esta dificultad, esta crueldad. Vemos que estas pequeñas alegrías y estos pequeños placeres están en la naturaleza de las cosas, puesto que, sin ellos, ninguno iría hacia esa voz ni alcanzaríamos aquello a lo cual estamos destinados, sepámoslo o no. Por lo tanto, toda la vida humana, toda la naturaleza, lucha para alcanzar la libertad. El Sol marcha hacia la meta, lo mismo que la Tierra cuando gira alrededor del Sol, y la Luna cuando gira alrededor de la Tierra. Hacia esa meta se dirigen el viento que sopla y el planeta en su órbita. Cada cosa lucha por llegar allí. El santo se dirige hacia esa voz; no puede evitarlo; no hay gloria en ello. También lo hace el pecador. El hombre caritativo va derecho hacia esa voz y nada puede detenerle; el avaro también progresa hacia el mismo destino. El que más trabaja para el bien oye la misma voz en su interior; no puede resistirla, tiene que dirigirse hacia ella. Y lo mismo sucede con



el más arraigado perezoso. Uno tropieza más que otro; al que tropieza más lo llamamos malo, y al que tropieza menos lo llamamos bueno. El bien y el mal no son jamás dos cosas diferentes, son una sola y misma cosa; la diferencia no es de naturaleza sino de grado.

Entonces, si la manifestación de este poder de libertad gobierna en realidad todo el universo —aplicando esto a la religión, que es nuestro especial estudio—, veremos que esa idea es la que se afirma desde el comienzo. Tomemos la forma más inferior de religión, aquélla en la que se adora a los antepasados, o bien a ciertos dioses poderosos y crueles, ¿cuál es la idea predominante acerca de los dioses o de los antepasados? Que ellos son superiores a la naturaleza, que no están limitados por sus restricciones. El adorador concibe, sin duda, a la naturaleza con muchas limitaciones. Él no puede pasar a través de una muralla, ni volar al cielo, pero los dioses que adora pueden hacerlo. ¿Qué significa esto desde el punto de vista filosófico? Que la afirmación de la libertad existe; que los dioses que él adora son superiores a la naturaleza tal como él la conoce. Lo mismo sucede con los que adoran seres aun más elevados. A medida que la idea de la naturaleza se desarrolla, la idea del alma, que es superior a la naturaleza, se desarrolla también; hasta que llegamos a lo que llamamos monoteísmo, el cual enseña que la naturaleza es *maya* y que existe un Ser que gobierna esa *maya*.

Aquí comienza el Vedanta, cuando estas ideas monoteístas aparecen por primera vez. Pero la Filosofía Vedanta requiere más explicaciones. Esta teoría de que existe un Ser más allá de todas las manifestaciones de *maya*; que es superior a *maya* e independiente de ella; que nos atrae hacia Él; y hacia el cual vamos todos; esta teoría, nos dice el Vedanta, es muy buena, pero, sin embargo, la percepción no es clara; la visión es nebulosa y oscura, aunque no esté en contradicción directa con la razón. Vuestro cántico que dice: "Más cerca de Ti, mi Dios", vendría muy bien al vedantista, solamente que éste le cambiaría una palabra y diría: "Más cerca de mí, mi Dios". Esta idea de que la meta está muy lejos, bastante más allá de la naturaleza y nos atrae hacia ella, es una idea que es necesario acercar más y

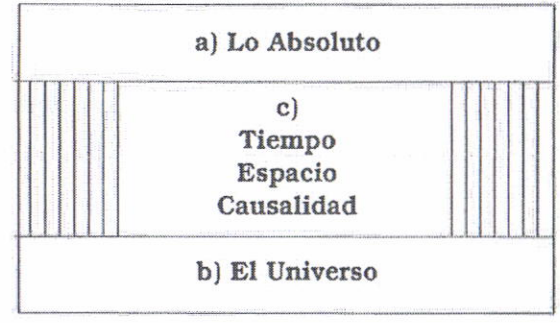
más a nosotros, sin que se degrade ni degenere. El Dios del cielo se vuelve el Dios de la naturaleza; el Dios que es la naturaleza se vuelve el Dios en el templo de nuestro cuerpo; y el Dios que habita el templo de nuestro cuerpo se vuelve, finalmente, ese templo mismo; se vuelve el alma y el hombre; y con esto se llega a las últimas palabras que pueden ser enseñadas. Aquello que los sabios han buscado en todos esos sitios, está en nuestro propio corazón; la voz que ustedes oían era verdadera —dice el Vedanta—, pero la dirección en la cual han creído oírla era errónea. El ideal de libertad que habían percibido era correcto, pero lo han proyectado fuera de ustedes mismos, y ése es el error que han cometido. Aproxímense a Él más y más, hasta que vean que estuvo siempre en su interior, que era el Yo de su propio yo[1]. Esta libertad es su propia naturaleza, y *maya* jamás los ha esclavizado. La naturaleza jamás tiene poder sobre ustedes. Como un niño asustado, han soñado que ella los ahogaba y su objetivo es liberarse de este temor; no solamente ver esta liberación con los ojos de la inteligencia sino percibirla, hacerla real, mucho más netamente de lo que percibimos este mundo. Entonces sabremos que somos libres. Entonces, sólo entonces, todas las dificultades se desvanecerán; entonces todas las perplejidades de nuestro corazón serán descartadas; todo lo que estaba torcido será enderezado; entonces se desvanecerá la ilusión de la multiplicidad y de la naturaleza. *Maya*, en lugar del sueño horrible y sin esperanza que ahora es para nosotros, se volverá bella; y esta tierra, en vez de una prisión se convertirá en nuestro campo de deportes. Hasta los peligros y las dificultades, aun los sufrimientos todos, serán deificados y nos mostrarán su naturaleza real; nos mostrarán que detrás de todas las cosas, como sustancia de todas las cosas, se encuentra Él y que Él es el único Yo[2] real.

[1] El concepto "the Self of your own self" significa "el Ser Íntimo de tu propia persona" y se refiere al *Atman*, que según el contexto traducimos por Yo o Ser.
[2] Véase la nota precedente.

## LO ABSOLUTO Y LA MANIFESTACIÓN

*(Conferencia pronunciada en Londres, en 1896)*

La cuestión más difícil de asir, al tratar de profundizar la filosofía *advaita* (monista) y la cuestión que se planteará una y otra vez y que siempre subsistirá, es ésta: ¿Cómo lo Infinito, lo Absoluto, llegó a ser lo finito? Abordaré ahora esta cuestión, y para ilustrarla voy a utilizar un esquema.




He aquí lo Absoluto (a), y he aquí el universo (b). Lo Absoluto se ha vuelto el universo. Con la palabra Universo quiero significar, no solamente el mundo material sino también el mundo mental, el mundo espiritual, los cielos y las tierras y, de hecho, todo lo que existe. Mente es el nombre de una de las transformaciones; cuerpo es el nombre de otra, y así sucesivamente. Éstas son todas las transformaciones que componen el universo. El Absoluto (a), llegó a ser el Universo (b), pasando por el tiempo, el espacio y la causalidad (c). Es ésta la idea central del monismo. El tiempo, el espacio y la causalidad son como un cristal a través del cual se ve lo Absoluto; si se lo mira en la parte inferior, se presenta bajo la apariencia de universo. Luego, esto nos muestra inmediatamente que en lo Absoluto no hay ni

tiempo, ni espacio, ni causalidad. La idea de tiempo no puede existir, puesto que allí no se encuentra mente ni pensamiento. La idea de espacio no puede ser, ya que allí no se produce modificación exerior; lo que se llama movimiento y causalidad no puede existir allí donde solamente hay lo Uno. Tenemos que comprender esto y grabarlo en nuestra mente: lo que llamamos causalidad comienza —si está permitido expresarse así— después que lo Absoluto ha degenerado en lo fenomenal, y no antes; nuestro deseo, nuestra voluntad, etcétera, vienen siempre *después*. Creo a este respecto, que la filosofía de Schopenhauer comete un error en su interpretación del Vedanta, puesto que trata de establecer que la voluntad es todo, y la coloca en el lugar de lo Absoluto. Pero lo Absoluto no puede ser presentado bajo la forma de voluntad, ya que la voluntad es algo cambiante y fenomenal, y arriba de la línea trazada por encima del tiempo, el espacio y la causalidad, no hay cambio, no hay movimiento. Es solamente por debajo de dicha línea que comienza el movimiento exterior y el movimiento interior que se llama pensamiento. Más allá de ese límite no puede haber voluntad; por lo tanto, la voluntad no puede ser la causa del universo. Trayendo la cuestión más cerca, vemos en nuestro propio cuerpo, que la voluntad no puede ser la causa de todos los movimientos. Yo muevo esta silla; mi voluntad es la causa del movimiento, y esa voluntad se manifiesta por una acción muscular. Pero el mismo poder que hace mover la silla, hace también mover el corazón, los pulmones, etcétera; en este caso sin la intervención de la voluntad. Admitiendo que sea el mismo poder, no llega a ser voluntad hasta que se eleva al plano consciente; llamarlo voluntad antes de que sea alcanzado ese plano, es una designación incorrecta. Esto provoca cierta confusión en la filosofía de Schopenhauer.

Una piedra cae y preguntamos: ¿por qué? La pregunta es sólo posible si suponemos que nada se produce sin causa. Les pido que graben esto en sus mentes, pues todas las veces que nos preguntamos por qué se ha producido una cosa, admitimos que todo lo que se produce tiene un porqué, es decir, debe haber sido precedido por algo que ha actuado como causa. Este



precedente y esta sucesión, forman lo que llamamos la ley de causalidad, según la cual, cada cosa en el universo es, sucesivamente, causa y efecto. Cada cosa es causa de otras que la siguen, y a su vez es el efecto de alguna otra que la ha precedido. Esto es lo que se llama ley de causalidad, que es un postulado necesario a todo nuestro pensamiento. Creemos que cualquier partícula del universo está en relación con cada una de las otras. Se ha discutido mucho sobre la forma en que apareció esta idea. En Europa ha habido algunos filósofos intuitivos que creían que ella era inherente a la humanidad; otros creían que venía de la experiencia, pero la cuestión jamás ha sido resuelta. Veremos más adelante lo que al respecto nos dice el Vedanta; pero primero debemos comprender esto: por el hecho mismo de plantear la cuestión "por qué", presuponemos que cada cosa alrededor de nosotros ha sido precedida por ciertas otras, y será seguida por otras más. La otra creencia implícita en esta cuestión es que nada en el universo es independiente; que cada cosa sufre la acción de alguna otra fuera de ella. La interdependencia es la ley de todo el universo. Pero cuando preguntamos qué es lo que ha causado lo Absoluto, ¡qué error cometemos! Para formular esta pregunta debemos admitir que también lo Absoluto depende de alguna cosa, que está ligado por algo. Y al hacer esta suposición, bajamos lo Absoluto al nivel del universo. En lo Absoluto no hay tiempo, ni espacio, ni causalidad; es todo Uno. Lo que existe por sí solo no puede tener causa. Lo que es libre no puede tener causa; de otro modo, no sería libre sino ligado. Aquello en lo cual hay relatividad no puede ser libre. Así es como vemos que la pregunta que se hace de por qué lo Infinito ha llegado a ser finito, es una pregunta imposible porque se contradice a sí misma. Si pasamos ahora de estas sutilezas a la lógica de nuestro plano común, al sentido común, podemos ver esto desde otro punto de vista, al buscar por qué lo Absoluto ha llegado a ser lo relativo. Suponiendo que conociéramos la respuesta, ¿lo Absoluto continuaría siendo lo Absoluto? Se habría vuelto lo relativo. En nuestra idea del sentido común, ¿qué se entiende por conocimiento? Sólo es algo que ha sido limitado por nuestra mente, que conocemos, y cuando está más allá de nuestra men-

te, no es más conocimiento. Por lo tanto, si lo Absoluto queda limitado por la mente, no es más lo Absoluto, se ha vuelto finito. Todo lo que está limitado por la mente se vuelve finito. En consecuencia, la expresión: "conocer lo Absoluto" encierra también una contradicción. He aquí por qué la pregunta no ha recibido nunca respuesta; si hubiera recibido alguna, no habría más Absoluto; un Dios que se conoce no es más Dios, se ha vuelto finito como uno de nosotros. Dios no puede ser conocido. Él es siempre Lo Incognoscible.

Pero lo que nos dice el monismo es que Dios es más que cognoscible. Ésta es una gran verdad que debemos aprender. No se vayan de aquí con la idea de que Dios es incognoscible en el sentido que le dan los agnósticos. He aquí, por ejemplo, una silla; ella nos es conocida. Pero lo que está más allá del éter, o si allí existe o no gente, es, tal vez, incognoscible. Pero Dios no es ni conocido ni incognoscible en este sentido. Es algo más elevado que lo conocido; esto es lo que se entiende cuando se dice que Dios es desconocido e incognoscible. La expresión no es empleada en el sentido por el cual se puede decir que ciertas cuestiones son desconocidas e incognoscibles. Dios es más que conocido. Esta silla es conocida, pero para nosotros, Dios es aun mucho más que conocido, puesto que, necesariamente, es en Él, y por Él, que conocemos la silla. Él es el Testigo, el eterno Testigo de todo conocimiento. Sea lo que fuere la cosa que conozcamos, la conocemos en Él y por Él. Él es la esencia de nuestro propio Ser. Él es la esencia de este ego, de este "yo", y nada podemos saber, salvo en este "yo" y por este "yo". Por lo tanto, ustedes tienen que conocer todo en Brahman y por Brahman. Para conocer la silla, deben conocerla en Dios y por Dios. Así, Dios está infinitamente más cerca de nosotros que la silla, pero infinitamente más alto. Ni conocido, ni desconocido, sino algo infinitamente más elevado. Él es el Ser de cada uno. "¿Quién viviría un segundo, quién respiraría un segundo en este Universo, si este Bendito no lo llenara?". Puesto que es en Él y por Él que respiramos, es en Él y por Él que existimos. No es que Él esté en alguna parte y haga circular mi sangre; lo que se quiere decir, es que Él es la



esencia de todo esto, el Alma de mi alma. No tienen ustedes la menor posibilidad de decir que lo conocen; eso sería degradarlo. No pueden salir de ustedes mismos, y por ello, no pueden conocerlo a Él. El conocimiento es una objetivación. Por ejemplo: ustedes objetivan muchas cosas en la memoria; las proyectan fuera de ustedes mismos. Todos los recuerdos, todas las cosas que yo he visto y que conozco están en mi mente. Las imágenes, las impresiones de todas estas cosas están en mi mente, y cuando trato de pensar en ellas, de comprenderlas, necesito ante todo proyectarlas afuera para conocerlas. No se puede hacer la misma cosa con Dios, pues Él es la esencia de nuestra alma; no podemos proyectarlo fuera de nosotros. He aquí uno de los pasajes más profundos del Vedanta: "Aquél que es la Esencia de tu Alma. Él es la Verdad. Él es el Yo: ¡tú eres Aquello, oh, Shvetaketu!". Es esto lo que se entiende por "Tú eres Dios". No se le puede describir de ninguna otra manera. Todos los ensayos que hacemos con palabras, llamándolo padre, hermano, o el amigo más querido, son intentos para objetivar a Dios, lo cual no puede hacerse. Él es el Eterno Sujeto de todo. Yo soy el sujeto de esta silla, yo veo la silla; del mismo modo, Dios es el Eterno Sujeto de mi alma. ¿Cómo pueden objetivarlo a Él, que es la Esencia de su alma, la Realidad de todo? Por eso, quisiera repetirlo aún una vez más: Dios no es ni conocible ni incognoscible, sino algo infinitamente más elevado que lo uno y lo otro. Él es uno con nosotros; lo que es uno con nosotros, como lo es nuestro propio Yo[1], no es ni cognoscible ni incognoscible. No pueden conocer su propio Yo, no pueden colocarlo fuera de ustedes mismos y hacer de él un objeto que pueden mirar, puesto que ustedes *son Aquello* y no pueden separarse de ustedes mismos. Tampoco es incognoscible; ¿hay, en efecto, algo que conozcan mejor que a ustedes mismos? En realidad, es el centro de nuestro conocimiento. Exactamente en el mismo sentido, Dios no es ni incognoscible ni conocido; Él es infinitamente más elevado que lo uno y lo otro, porque Él es nuestro Yo[1] real.

[1] Véase la nota al pie de la página 84.

De este modo vemos, primero, que la pregunta: "¿Qué es lo que ha causado lo Absoluto?", lleva en sí una contradicción, y en segundo lugar, encontramos que la concepción de Dios en el Advaita es esta Unidad y que, en consecuencia, no podemos objetivarlo, pues vivimos siempre en Él y nos movemos siempre en Él, lo sepamos o no. Todo lo que hacemos es siempre por medio de Él. Ahora la pregunta es: ¿Qué son el tiempo, el espacio y la causalidad? *Advaita* significa: no-dualidad; no hay dos sino uno. Sin embargo, hallamos aquí una proposición, según la cual lo Absoluto se manifiesta como múltiple a través del velo del tiempo, del espacio y de la causalidad. Parece, entonces, que hubiera dos; lo Absoluto y *maya* (conjunto total de tiempo, espacio y causalidad). En apariencia esta dualidad es muy convincente, pero el *advaitista* responde que no se puede decir que hay dos, pues, para que haya dos habría que admitir dos existencias absolutas, independientes, que no han sido causadas. En primer lugar, no se puede decir que el tiempo, el espacio y la causalidad sean existencias independientes. La existencia del tiempo es enteramente dependiente; varía con todos los cambios de nuestra mente. A veces, en un sueño, uno se imagina haber vivido muchos años; en otros momentos, muchos meses parecen no durar más que un segundo. De modo que el tiempo depende completamente de nuestro estado mental. En segundo lugar, la idea de tiempo a veces desaparece por completo. Lo mismo sucede con el espacio. No podemos saber qué es el espacio. Y sin embargo, está allí, indefinible, y no puede existir independientemente de toda otra cosa. Lo mismo ocurre con la causalidad.

El único atributo particular que encontramos en el tiempo, el espacio y la causalidad, es que no puedan existir separadamente de otras cosas. Traten de concebir el espacio abstracto, sin color ni límites, ni relación alguna con lo que le rodea; no podrán hacerlo. Tendrán que concebirlo como un intervalo entre dos límites o entre tres objetos. Para existir, el espacio debe ser relacionado con algún objeto. De igual modo el tiempo. No pueden tener una concepción del tiempo abstracto; es necesario que tomen dos acontecimientos, uno que precede y otro que sigue, y los liguen por la noción de sucesión. El tiempo depende de dos acontecimientos, del mismo modo que el espacio debe ser relacionado con objetos exteriores. Y la idea de causalidad es inseparable del tiempo y del espacio. Lo que tienen de particular, es que no poseen existencia autónoma; ni siquiera tienen la existencia que tiene la silla o la pared. Son como sombras alrededor de todas las cosas, pero que no se pueden asir. No tienen existencia real y, sin embargo, no son inexistentes, pues a través de ellas es que todas las cosas se manifiestan como este universo. Vemos pues, primero, que esta combinación de tiempo, espacio y causalidad, no tiene ni existencia ni no-existencia; y en segundo lugar que, a veces, hasta desaparece. Para dar una ilustración, tomemos una ola en el océano. La ola, ciertamente, no difiere del océano; sin embargo, sabemos que es una ola, y que como tal, no es la misma cosa que el océano. ¿Qué es lo que hace la diferencia? El nombre y la forma; es decir, la idea que está en la mente, y la forma. ¿Podemos pensar en una «forma de ola», como en algo separado del océano? Ciertamente no. La ola está siempre asociada con la idea de océano. Cuando la ola declina, la forma se desvanece instantáneamente; sin embargo, no era una ilusión. En tanto que la ola existió, su forma estaba allí, y estábamos obligados a verla. Esto es *maya*.

Por lo tanto, todo este Universo es, por así decirlo, una forma particular; lo Absoluto es ese océano, mientras que ustedes y yo, los soles y las estrellas y todas las otras cosas son las múltiples olas de ese océano. ¿Y qué es lo que hace a las olas diferentes? Sólo la forma, y esta forma es tiempo, espacio y causalidad; todos dependen enteramente de la ola. En cuanto la ola desaparece, ellos se desvanecen. En cuanto el individuo abandona *maya*, ésta cesa de desembarazarse de estas ligaduras del tiempo, espacio y causalidad, que son siempre obstáculos en nuestro sendero. ¿Cuál es la teoría de la evolución? ¿Cuáles son sus dos factores? Un poder potencial formidable que trata de manifestarse y circunstancias que lo contienen; un ambiente que no le permite manifestarse. Es con el fin de luchar contra ese medio, que el poder toma nuevos cuerpos una y otra vez. Una ameba, en la lucha, obtiene un nuevo cuer-

po; salva algunos obstáculos, luego obtiene otro cuerpo, y así sigue hasta que llega a ser un hombre. Pues bien, si llevan esta idea hasta su conclusión lógica, verán que debe llegar un momento en que ese poder que se hallaba en la ameba y que ha evolucionado hasta encontrarse en un hombre, habrá salvado todas las obstrucciones que la naturaleza puede oponerle y escapará, así, de su medio. Esta idea se expresará en metafísica en la siguiente forma: En toda acción hay dos elementos, uno de los cuales es sujeto y otro es objeto, y la única finalidad de la vida es que el sujeto se haga amo del objeto. Por ejemplo, yo me siento desdichado porque un hombre me riñe. Mi lucha será fortalecerme suficientemente como para vencer al ambiente, de modo que, aunque se me riña, yo no lo sienta. Así es como tratamos de vencer todo. ¿Qué se entiende por moralidad? Es hacer al sujeto fuerte, armonizándolo con lo Absoluto, a fin de que la naturaleza finita cese de tener control sobre nosotros. Una conclusión lógica de nuestra filosofía es que debe llegar un momento en que habremos conquistado todos los ambientes, puesto que la naturaleza es finita.

He aquí otra cosa que nos es necesario aprender. ¿Cómo saben ustedes que la naturaleza es finita? Sólo podrán saberlo por la metafísica. La naturaleza es lo Infinito sometido a limitaciones, por consiguiente es finita. Entonces, debe llegar un momento en que habremos triunfado sobre todas esas limitaciones. ¿Y cómo podremos lograrlo? Ciertamente, no podremos triunfar sobre todo lo que compone nuestro medio objetivo; es imposible. El pequeño pez trata de escapar de sus enemigos que se hallan en el agua. ¿Cómo lo consigue? Plegando sus aletas y volviéndose semejante a un pájaro. El pez no ha transformado ni el agua ni el aire; la transformación se ha efectuado en él mismo. El cambio es siempre subjetivo. En toda la evolución hallarán que la conquista sobre la naturaleza se obtiene por el cambio en el sujeto. Apliquen esto a la religión y a la moralidad, y encontrarán que la conquista del mal se opera por un cambio de lo subjetivo solamente. Así es como el sistema del *advaita* adquiere toda su fuerza, revelando el lado subjetivo del hombre. Es insensato hablar del mal y de la miseria, pues ellos no tienen existencia exterior. Si



estoy acostumbrado a resistir toda cólera, jamás montaré en cólera. Si soy a prueba de todo odio; jamás sentiré odio.

He aquí, pues, cómo hay que proceder para realizar esta conquista: por medio de lo subjetivo, perfeccionando lo subjetivo. Puedo animarme a decir que la única religión que concuerda y aun iría un poco más allá de las investigaciones modernas, tanto en el campo físico como en el moral es el *advaita*. Por eso tiene tanto atractivo para los sabios modernos. Ellos encuentran que las viejas teorías dualistas no son suficientes; no satisfacen sus exigencias. Un hombre no sólo debe tener fe, sino una fe intelectual también. En esta segunda mitad del siglo XIX, subsiste la idea de que toda religión que no sea la que se ha recibido en herencia, debe ser falsa, y esto nos demuestra que todavía nos aflige cierta debilidad; que debemos abandonar tales ideas. No quiero decir que el caso se presenta solamente en este país; se presenta en todos los países, y en ninguna parte más que en el mío. Jamás se ha dejado que el *advaita* llegue al pueblo. Al principio, algunos monjes se apoderaron de él y lo llevaron a los bosques; y así fue que se llegó a llamarlo «Filosofía del Bosque». Por la gracia del Señor, vino Buddha, la enseñó a las masas, y el pueblo entero se volvió budista. Mucho tiempo después, cuando los ateos y los agnósticos hubieron destruido de nuevo nuestro pueblo, se halló en el *advaita* el único medio de salvar del materialismo a la India.

De este modo, el *advaita* salvó dos veces del materialismo a la India. Antes de que viniera Buddha, el materialismo se había expandido de una manera tremenda; era un tipo de materialismo de lo más horrible que pueda imaginarse; no como el de hoy día, sino mucho peor. En cierto sentido, yo soy materialista, porque creo que solamente existe lo Uno. Esto es lo que el materialista les pide que crean. Sólo que él llama materia a este Uno, y yo lo llamo Dios. Los materialistas admiten que de esta materia ha salido la esperanza, la religión y todo lo que es. Yo digo que todo ha salido de Brahman, de Dios. Pero el materialismo que se había expandido antes de Buddha, era de esa especie grosera que enseña: «Coman, beban y estén alegres; no hay Dios; ni alma, ni cielo; la religión es sólo una maquinación de los

malos sacerdotes». Enseñaba la moral de que, mientras se vive, se debe tratar de vivir feliz: «Coman, aun si les es necesario pedir prestado el dinero para comprar la comida, y no se preocupen por devolverlo». Era el antiguo materialismo, y esta especie de filosofía se expandió a tal punto, que aun hoy lleva el nombre de «filosofía popular». Buddha sacó a la luz el Vedanta, se lo dio al pueblo y salvó a la India. Mil años después de su muerte, reinaba nuevamente un materialismo análogo. El vulgo, las masas, las diversas razas habían sido convertidas al buddhismo; pero las enseñanzas de Buddha habían degenerado con el tiempo, ya que la mayor parte de la gente era muy ignorante. El budismo no predicó ningún Dios, ningún Amo del Universo, así es que, poco a poco, las masas hicieron resurgir sus dioses, sus demonios, sus genios, y en la India el buddhismo se transformó en una extraordinaria mezcolanza. De nuevo el materialismo recuperó el primer plano, bajo la forma de libertinaje en las clases superiores y de superstición en las inferiores. Entonces, vino Shankaracharya, quien una vez más dio vida a la Filosofía Vedanta; él hizo de ella una filosofía racionalista. En los Upanishads, los argumentos suelen ser muy obscuros. Buddha insistió en el aspecto moral de esta filosofía, y Shankaracharya sobre el aspecto intelectual. Elaboró, racionalizó y dio a los hombres el admirable sistema coherente del *advaita*.

El materialismo predomina ahora en Europa. Pueden ustedes rogar por la salvación de los escépticos modernos, pero ellos no se enmendarán; quieren razones. La salvación de Europa depende de una religión racionalista, y el *advaita* —la nodualidad, la Unidad, la idea de Dios impersonal— es la única religión que puede tener un asidero para la gente intelectual. El *advaita* surge cuando la religión parece desaparecer, cuando la irreligión parece triunfar, y éste es el motivo por el cual actualmente comienza a tomar cuerpo en Europa y en América.

Quisiera agregar todavía una cosa a propósito de esta filosofía. En los antiguos Upanishads, encontramos una poesía sublime; sus autores eran poetas. Platón ha dicho que la inspiración llega al pueblo por la poesía; se diría que esos antiguos



*rishis*, esos hombres que realizaron la Verdad, han sido elevados por encima de la humanidad para mostrar esas verdades mediante la poesía. Ellos jamás predicaban, jamás filosofaban, jamás escribían. La música salía de sus corazones. En Buddha encontramos el gran corazón universal y la paciencia infinita, haciendo práctica a la religión y llevándola a cada puerta. En Shankaracharya, hallamos un poder intelectual inmenso que proyecta sobre todas las cosas el faro resplandeciente de la razón. Necesitamos, hoy, ese brillante sol de la inteligencia junto al corazón de Buddha, a ese corazón maravilloso, de amor y de compasión infinitos. Esta unión nos dará la filosofía más elevada. La ciencia y la religión volverán a encontrarse y se tenderán la mano. La poesía y la filosofía serán amigas. Ésa será la religión del porvenir; si podemos construirla, podremos estar seguros de que será para todos los tiempos y para todos los pueblos. Ésa es la única forma en que será aceptable para la ciencia moderna, ya que ésta casi ha llegado a ella. Cuando el sabio científico enseña que todas las cosas son manifestaciones de una sola fuerza, ¿no les recuerda eso a Dios, del cual les hablan los Upanishads?: «Del mismo modo que el fuego, que es uno, se manifiesta bajo diversas formas cuando penetra en el Universo, así esa Alma, que es Una, se manifiesta en todas las almas y, sin embargo, es aun infinitamente más». ¿No ven qué orientación toma la ciencia? El pueblo hindú comenzó por medio del estudio de la mente; por la metafísica y la lógica; los pueblos europeos han partido de la naturaleza exterior, y ahora, ellos también llegan a los mismos resultados. Prosiguiendo nuestra búsqueda por la mente, llegamos al final a esta Unidad, a este Uno Universal, Alma Interior de todas las cosas, Esencia y Realidad de todas las cosas; al Siempre-Libre, al Siempre-Bienaventurado, al Siempre-Existente. Por la ciencia material llegamos a la misma Unidad. Hoy la ciencia nos dice: todas las cosas son manifestaciones de una energía que no es más que la totalidad de lo que existe; y la humanidad tiende hacia la libertad, no hacia la esclavitud. ¿Por qué los hombres tienen que ser morales? Porque la moralidad es la senda que conduce a la libertad, y la inmoralidad a la esclavitud.

Otra particularidad del sistema *advaita* es que desde su comienzo es no-destructivo. Tiene su otra gloria en la audacia de predicar: «No perturben la fe de nadie, ni la de aquéllos que por ignorancia se han aferrado a formas inferiores de culto». Es el *advaita* el que nos enseña: «No provoquen trastornos; ayuden a cada uno a subir cada vez más alto; incluyan a toda la humanidad». Esta filosofía predica un Dios que es la suma total. Si buscan una religión universal que pueda aplicarse a todos, esa religión no deberá ser compuesta sólo de partes, sino que deberá ser siempre la suma total y deberá incluir todos los grados de desarrollo religioso.

Esta idea no se encuentra claramente expuesta en ningún otro sistema religioso. Todos ellos son partes de un todo y luchan por igual tratando de volverse el todo. La existencia de la parte no tiene otro objeto. Desde un principio, el *advaita* no demostró ninguna hostilidad hacia las diversas sectas que existían en la India. Hoy en día hay dualistas; son la enorme mayoría de los hindúes, pues el dualismo ejerce natural atracción sobre las mentes menos educadas. Es una explicación del universo muy cómoda, natural y de sentido común. Pero el *advaita* no busca querella a esos dualistas. Los dualistas piensan que Dios está fuera del universo, en alguna parte del cielo, y los monistas piensan que Él es su propia alma y que sería blasfemar verle como una cosa más distante. Toda idea de separación les sería terrible. Para ellos, Él es lo más íntimo. No hay palabra en ninguna lengua para expresar esta proximidad, salvo la palabra Unidad. Ninguna otra idea satisface al *advaitista*, así como al dualista le choca la concepción del *advaita* y la considera como una blasfemia. Al mismo tiempo, el *advaitista* sabe que esas otras ideas deben existir, y por eso no pelea con el dualista que está en el buen camino; según él, el dualista deberá ver la multiplicidad. Es una necesidad inherente a su posición. Dejémosle que así sea. El *advaitista* sabe que el dualista, cualesquiera que puedan ser sus teorías, va hacia la misma meta que él. En esto difiere completamente del dualista, que está obligado, por su concepción, a pensar que todas las otras opiniones son falsas. Los dualistas en el mundo entero creen naturalmente en un Dios Personal, que es netamente antropomorfo; que, semejante a un gran potentado de este mundo, está contento con algunos y descontento con otros. Está arbitrariamente contento con ciertas razas o pueblos, y hace llover bendiciones sobre ellos. El dualista llega naturalmente a la conclusión de que Dios tiene sus favoritos, y espera ser uno de ellos. En casi toda religión hallarán esta idea: «Nosotros somos los favoritos de Dios, y sólo creyendo lo que nosotros creemos podrán conquistar Su gracia». Algunos dualistas tienen tal estrechez mental, que sostienen que sólo se salvan los que han sido predestinados a la gracia de Dios; los demás pueden intentar todo lo que quieran, jamás serán elegidos. Los desafío a que me muestren una religión dualista que no sea exclusivista en mayor o menor grado. Consecuentemente, por la naturaleza de las cosas, las religiones dualistas están obligadas a querellarse y a combatirse, y esto es lo que siempre han hecho. Esos dualistas obtienen así el favor popular, pues hacen un llamado a la vanidad de las personas sin educación. Éstas gustan sentir que gozan de privilegios exclusivos. El dualista piensa que no se puede ser moral si no se tiene un Dios que, baqueta en mano, está pronto a castigar. Las masas que no reflexionan son generalmente dualistas, y esos desdichados son perseguidos en todos los países durante miles de años; su idea de la salvación es, en consecuencia, ser liberados del temor al castigo. Un pastor, en América, me preguntaba: «¡Cómo! ¿No tienen diablo en su religión? ¿Cómo es posible?». Sin embargo, encontramos que los hombres mejores y más grandes que hayan vivido en el mundo, han trabajado con esa elevada idea impersonal. Aquél, cuyo poder ha descendido sobre millones, fue quien dijo: «Yo y mi Padre somos Uno». Durante millares de años su poder ha obrado para el bien. Sabemos que el mismo hombre que era no-dualista, era compasivo con los demás. A las masas, que no podían concebir nada más elevado que un Dios Personal, les decía: «Rueguen a su Padre que está en los cielos». A otros que podían asirse a una idea más elevada, les decía: «Yo soy la vida, y ustedes son las ramas». Pero a los discípulos, a quienes Él se revelaba más plenamente, proclama la verdad más alta: «Yo y mi Padre somos Uno».

Fue el gran Buddha —aunque jamás se preocupó por los dioses dualistas, y ha sido tildado de ateo y materialista— quien, sin embargo, estaba pronto para dar su cuerpo por una pobre cabra. Las ideas morales más elevadas que un pueblo pueda tener, fueron esparcidas y puestas en movimiento por este Hombre. Por doquier exista un código moral, es un rayo de luz que ha venido de este Hombre. No podemos constreñir los grandes corazones del mundo en límites estrechos y mantenerlos allí, sobre todo en esta época de la historia de la humanidad; en este momento en que hemos alcanzado un grado de desarrollo intelectual que nunca se habría soñado hace apenas un siglo; en este momento en que se ha levantado una ola de conocimientos científicos tal que nadie hubiera imaginado hace cincuenta años. Tratando de comprimir a la gente en límites estrechos, se la degrada hasta la animalidad y se la convierte en masas irreflexivas, se mata su vida moral. Lo que nos hace falta hoy día es combinar el corazón más grande con la intelectualidad más elevada; el amor con el conocimiento infinito. El vedantista no da a Dios otros atributos sino estos tres: Él es Existencia Infinita, Conocimiento Infinito y Dicha Infinita[2], y considera a estos tres como Uno. La existencia sin el conocimiento ni el amor no podría ser; el conocimiento sin el amor, y el amor sin el conocimiento no podrían existir. Lo que necesitamos es la Armonía de la Existencia, Conocimiento y Dicha Infinitos. Porque ésta es nuestra meta. Necesitamos armonía y no unilateral desarrollo. Y es posible tener la inteligencia de un Shankaracharya con el corazón de un Buddha. Tengo la esperanza de que todos nosotros lucharemos por lograr esta bendita combinación.

[2] Sat-Chit-Ananda, concepto que también puede expresarse por: Existencia-Conciencia-Dicha Absoluta (Nota del traductor).

## DIOS EN TODO

*(Conferencia pronunciada en Londres, el 27 de octubre de 1896)*

Hemos visto cómo la mayor parte de nuestra vida debe ser inevitablemente llenada con males, sea cual fuere la resistencia que opongamos, y que esta masa de mal es prácticamente casi infinita para nosotros. Para remediarlo estamos luchando desde tiempo inmemorial y, sin embargo, todo queda poco más o menos igual. Cuantos más remedios descubrimos, más nos encontramos asediados por males de mayor sutileza. También hemos visto que todas las religiones nos proponen un Dios como el único medio de escapar a esas dificultades. Todas las religiones nos dicen que si tomamos el mundo tal como es —y hoy día la mayoría de las personas prácticas nos aconsejan hacerlo—, no nos quedará más que el mal. Por otra parte, afirman que existe algo más allá de este mundo. Esta vida en los cinco sentidos, esta vida en el mundo material, no es todo; no es sino una pequeña parte, la superficial. Detrás y más allá está lo Infinito, donde no hay más mal. Algunos lo llaman Dios, otros Alá, otros Jehová, Júpiter, etcétera. El vedantista lo llama Brahman.

A primera vista, podríamos tener la impresión de que, según las religiones, haríamos mejor en poner fin a nuestra existencia. La pregunta: «¿Cómo curar los males de la vida?», parecería tener por respuesta: «Abandona la vida». Esto nos recuerda la vieja historia del mosquito que se había posado sobre la cabeza de un hombre; un amigo, queriendo matar el mosquito, le dio un golpe tan fuerte que mató al mosquito y al hombre a la vez. El remedio ofrecido haría pensar en algo análogo. La vida está llena de males, el mundo está lleno de mal; éste es un hecho que no puede negar nadie que haya vivido lo suficiente como para conocer el mundo.

Pero, ¿cuál es el remedio propuesto por todas las religiones? Que este mundo no es nada, mientras que más allá de

este mundo hay algo más real. La dificultad es que el remedio parece destruir todo. Entonces, ¿cómo puede ser esto un remedio? ¿No hay aquí, pues, ninguna salida? El Vedanta nos dice que todo lo que pretenden las religiones es perfectamente cierto, pero que es necesario comprenderlo correctamente. A menudo lo comprendemos mal, porque las religiones no se expresan muy claramente. Lo que en realidad nos hace falta es una combinación de cerebro y corazón. En verdad, el corazón es grande; es por él que vienen las grandes inspiraciones de la vida. Yo desearía, cien veces más, tener un poco de corazón y nada de cerebro que ser todo cerebro y no tener corazón. La vida, el progreso, son posibles para aquél que tiene corazón; pero aquél que no tiene corazón y sólo tiene cerebro, muere de sequedad.

También sabemos que quien se deja guiar sólo por su corazón, tiene mucho que sufrir, pues está expuesto, a veces, a llevarse un chasco. Lo que nos hace falta es una combinación de corazón y cerebro. No quiero decir que un hombre debe renunciar a seguir su corazón por causa de su cerebro, o a la inversa, sino que cada uno debe tener una cantidad infinita de compasión y de sentimiento, y al mismo tiempo, una cantidad infinita de razón. ¿Hay algún límite para lo que necesitamos en este mundo? ¿El mundo no es infinito? Hay lugar para una cantidad ilimitada de sentimientos y también para una cantidad ilimitada de cultura y de razón. Que vengan juntas, sin límites, que fluyan juntas, por así decir, en líneas paralelas.

La mayoría de las religiones lo comprende, pero todas parecen caer en el mismo error; se dejan llevar por el corazón, por el sentimiento. Hay mal en el mundo, renuncien al mundo: he aquí la gran enseñanza, sin duda la única. Renuncien al mundo. Se está obligado a admitir que para comprender la verdad, cada uno de nosotros debe renunciar al error. Se está obligado a admitir que para tener el bien, cada uno de nosotros debe renunciar al mal. Se está obligado a admitir que para tener la vida, cada uno de nosotros debe renunciar a lo que es muerte. Sin embargo, ¿qué nos queda si esta teoría implica renunciar a la vida de los sentidos, a la vida tal como nosotros la conocemos? Por otra parte, ¿qué entendemos por vida? Si



renunciamos a ello, ¿qué nos resta?

Lo comprenderemos mejor cuando lleguemos a las partes más filosóficas del Vedanta. Por el momento me permito declarar que solamente en el Vedanta encontramos una solución racional del problema. Y aquí sólo puedo exponer ante ustedes lo que el Vedanta trata de enseñar, es decir, la deificación del mundo. En realidad, el Vedanta no denuncia al mundo. Es cierto que el ideal de la renunciación en ninguna parte llega a las alturas que alcanza en el Vedanta. Pero, al mismo tiempo, no se intenta aconsejar nuevamente el suicidio: en realidad, se trata de deificar el mundo, de renunciar al mundo tal como nosotros lo concebimos, tal como lo conocemos, tal como se nos aparece, y de saber lo que en realidad es. Deifíquenlo; es únicamente Dios. Al comienzo de uno de los más antiguos Upanishads, leemos: «Todo lo que existe en este Universo debe ser cubierto por el Señor».

Debemos cubrir todo con el Señor mismo, no con una especie de falso optimismo, no tapándonos los ojos ante el mal, sino viendo realmente a Dios en todo. Así debemos renunciar al mundo; y cuando se ha renunciado al mundo; ¿qué queda?: Dios. ¿Qué se entiende por esto? No quiere decir que si están casados deben abandonar a su esposa, sino que deben ver a Dios en ella. Abandonar a sus hijos, ¿qué quiere decir? ¿Echarlos, como hacen los brutos que hay en todas partes del mundo? Ciertamente, no. Eso sería diabólico y no religioso. Por tanto, vean a Dios en sus hijos. Y lo mismo con todas las cosas. En la vida y en la muerte, en el goce y en el dolor, el Señor está igualmente presente. El mundo entero está lleno del Señor. Abran los ojos y véanlo. Esto es lo que enseña el Vedanta. Abandonen este mundo que han construido en su mente, puesto que su conjetura tenía por base una experiencia bastante incompleta, un razonamiento muy mezquino y su propia debilidad. Renuncien a él; el mundo en el cual pensamos, al que estamos aferrados desde hace tanto tiempo, es un mundo falso que nosotros mismos hemos creado. Renuncien a él. Abran los ojos y vean que jamás ha existido como tal; era un sueño, era *maya*. Lo que existía es el Señor mismo. Es Él que está en el niño, en la esposa

El Deseo

y en el marido; es Él que está en el bien y en el mal; Él está en el pecado y en el pecador; Él está en la vida y en la muerte.

¡Es una tremenda afirmación, por cierto! Sin embargo, tal es el tema que el Vedanta quiere demostrar, enseñar y predicar. Esto no es más que el comienzo del tema. No deseando nada, evitaremos los peligros de la vida y sus males. ¿Por qué somos desdichados? La causa de todas las miserias que sufrimos es el deseo. Deseamos algo, nuestro deseo no es satisfecho y experimentamos un agudo pesar. Si no hay deseo, no hay sufrimiento. Pero, también aquí corren el riesgo de comprenderme mal. Es necesario explicar, también, lo que quiere decir renunciar al deseo y liberarse de toda aflicción. Las paredes no tienen deseos y jamás sufren, pero tampoco progresan. La silla no tiene deseos; jamás sufre, pero siempre sigue siendo silla. Hay gloria en la felicidad, hay gloria en el sufrimiento. Si puedo expresarme así, también el mal tiene su utilidad. Todos conocemos la gran lección que nos da el infortunio. Hay centenares de cosas que hemos hecho en nuestra vida y quisiéramos no haber hecho, pero que, sin embargo, nos han enseñado mucho. Por mi parte, estoy contento de haber actuado bien algunas veces, y contento de haber cometido muchos errores, porque cada uno de ellos me ha dejado una gran lección. Tal como soy actualmente, soy el resultado de todo lo que he hecho, de todo lo que he pensado. Cada acción y cada pensamiento han causado su efecto, y son esos efectos los que constituyen el conjunto global de mi progreso.

Todos nos damos cuenta de lo malo que son los deseos; pero, ¿qué entendemos por renunciar a los deseos? ¿Cómo podría continuar la vida? Sería lo mismo que un estímulo al suicidio: matar el deseo y matar el hombre al mismo tiempo. He aquí la solución: no es que no deberían ustedes tener bienes, que no deberían tener las cosas que les son necesarias, y aun las cosas lujosas o superfluas. Tengan todo lo que les es necesario, y aun más, pero sepan la verdad y compréndanla. La riqueza no pertenece a nadie. No tengan ninguna idea de propiedad, de posesión. Ustedes no son alguien, ni yo tampoco; ni quienquiera que sea. Todo pertenece al Señor, pues, el primer versículo del Isha Upanishad nos dice que debemos poner al Señor en todas las



El Deseo

cosas. Dios está en la riqueza que gozan; está en el deseo que surge en la mente de ustedes; está en las cosas que adquieren para satisfacer ese deseo; está en sus lindos vestidos y en sus hermosos ornamentos. He aquí cómo hay que pensar. Todo se metamorfoseará en cuanto comiencen a ver las cosas bajo esa luz. Si colocan a Dios en cada uno de sus movimientos, en su conversación, en sus maneras, en todo, la escena cambiará, y el mundo, en vez de parecer un lugar hecho de sufrimiento y miseria, se convertirá en cielo.

"El reino de los cielos está en su interior", dice Jesús; también lo dicen el Vedanta y todo gran maestro. «Aquél que tiene ojos para ver que vea, y aquél que tiene oídos para oír que oiga». El Vedanta prueba que la verdad que todo el tiempo estamos buscando, está presente y siempre ha estado con nosotros. En nuestra ignorancia pensamos haberla perdido y corremos por el mundo llorando y lamentándonos, luchando por hallarla; no obstante, durante todo ese tiempo, ella moraba en nuestro propio corazón. Sólo allí podremos encontrarla.

Si comprendiéramos la renunciación al mundo, según la vieja grosera acepción, se convertiría en esto: no trabajar, permanecer en la ociosidad, sentados como si fuéramos piedras, sin pensar, sin hacer nada, volvernos fatalistas, manejados por todas las circunstancias, por todas las leyes de la naturaleza, yendo a la deriva, de lugar en lugar. Tal sería el resultado; pero no es éste el sentido de la enseñanza. Debemos actuar. La mayoría de las personas acosadas a derecha e izquierda por falsos deseos, ¿qué saben del trabajo? Sólo trabaja aquél que no es movido por sus propios deseos, que no es movido por ningún egoísmo, sea cual fuere. Sólo trabaja el que no tiene delante ninguna mira ulterior. Sólo trabaja aquél que no busca recompensa a su trabajo.

¿Quién encuentra placer en un cuadro: el que lo vende o el que lo mira? El comerciante hace sus cuentas; calcula lo que va a ganar, qué beneficio le reportará el cuadro. Su cerebro está lleno de esas preocupaciones. Mira el martillo del rematador y escucha la puja. Está ocupado, observando si las ofertas suben rápido. El que realmente goza del cuadro es aquél que ha acudido sin ninguna intención de vender o de comprar; mira

el cuadro y en ello encuentra placer. Del mismo modo, todo este Universo es un cuadro. Cuando los deseos se hayan desvanecido, los hombres gozarán del mundo, y entonces, esas compras y esas ventas, esas absurdas ideas de posesión, habrán llegado a su término. Cuando se hayan ido el prestamista, el comprador y el vendedor, el mundo será un cuadro, una pintura magnífica. Jamás he leído una concepción de Dios más bella que ésta: «Él es el Gran Poeta, el Antiguo Poeta: el Universo entero es Su poema, que fluye en versos y rimas y ritmos, escritos en la dicha infinita». Cuando hayamos renunciado a los deseos, podremos descifrar este Universo de Dios y gozar de él. Entonces, todas las cosas serán deificadas. Los rincones y los recovecos, los caminos desviados y los senderos umbrosos, que nos parecían siniestros y sombríos, todo será deificado. Todo revelará su verdadera naturaleza, y nos reiremos de nosotros mismos, pensando que estos gritos y estos llantos no han sido sino juegos de niño que hemos estado observando como testigos.

Por lo tanto, realicen su trabajo, dice el Vedanta. En primer lugar, nos aconseja cómo podemos trabajar *renunciando*; renunciando al mundo aparente, transitorio. ¿Qué se entiende por esto? Ver a Dios por doquier. Es así como deben actuar. Si quieren, deseen vivir cien años, tengan todos sus deseos terrenales; pero, deifiquen esos deseos, convirtiéndolos en un cielo. Tengan el deseo de vivir sobre esta tierra una larga vida de servicio, de plena dicha y actividad. Trabajando así, encontrarán la solución. No hay otro modo. Cuando un hombre se zambulle íntegramente en la fatuidad del lujo mundano, sin saber la verdad, ha perdido su ruta, no puede llegar a la meta. Y si un hombre maldice al mundo, se retira a un bosque y allí mortifica su carne y se mata poco a poco a sí mismo por la inanición, transforma su corazón en un desierto desolado, extermina todo sentimiento, se vuelve duro, austero, seco, también ese hombre ha errado el camino. Estos son los dos extremos, los dos errores que se encuentran en cada uno. Ambos han perdido la senda, ambos han perdido la meta.

Actúen así —dice el Vedanta— poniendo a Dios en todo, y sabiendo que Él está en todo. Trabajen sin interrupción, considerando que la vida es algo deificado, como Dios Mismo; sabiendo que esto es todo lo que tenemos que hacer, todo lo que debemos pedir. Dios está en todas partes. ¿En dónde más podríamos buscarle? Él está ya en cada acto, en cada pensamiento, en cada sentimiento. Conociendo esto, debemos trabajar; es el único camino, no hay otro. De este modo, los efectos de nuestros actos no nos esclavizarán. Hemos visto cómo los falsos deseos son la causa de toda miseria y el mal que sufrimos; pero cuando ellos han sido así deificados, purificados por Dios, no traen ningún mal, ninguna desdicha. Aquéllos que no han descubierto este secreto deberán vivir en un mundo diabólico, hasta que lo descubran. Muchos no saben qué fuente inagotable de dicha tienen en sí, a su alrededor, en todas partes; todavía no la han hallado. ¿Qué es un mundo diabólico? El Vedanta dice: Ignorancia.

El Deseo



Nos estamos muriendo de sed, sentados a la orilla del más caudaloso de los ríos. Nos estamos muriendo de hambre, sentados junto a montones de víveres. El Universo de Beatitud está aquí y, sin embargo, no lo encontramos. Estamos en él todo el tiempo y no lo reconocemos. Las religiones se proponen descubrirlo para nosotros. El anhelo por alcanzar este Universo de dicha está en todos los corazones. Ha sido la búsqueda de todos los pueblos, es la única meta de la religión, y este ideal ha sido expresado en diversos idiomas, por las diferentes religiones. No es sino esto lo que produce todas esas aparentes divergencias; una expresa un pensamiento de cierta manera, otra, un poco diferentemente; sin embargo, puede ser que cada una de ellas exprese exactamente lo mismo que la otra, pero lo hace en su propio idioma.

Al respecto, se presentan aún más preguntas. Es muy fácil hablar. Desde mi infancia he oído decir que se debe ver a Dios en todas partes y en todas las cosas, a fin de poder, realmente, gozar del mundo, pero apenas me mezclo con el mundo y recibo unos pocos golpes, esta idea desaparece. Voy por la calle pensando que Dios está en todos los hombres, y de pronto me encuentro con un hombre fuerte que me atropella y me hace caer al suelo cuan largo soy. Entonces, me levanto rápidamente con los puños en alto, con la sangre agolpada en el rostro; no reflexiono más, de golpe me he vuelto loco. Todo está

olvidado; en lugar de encontrar a Dios, veo al diablo. Desde nuestro nacimiento se nos enseña a ver a Dios en todo; todas las religiones lo enseñan: ver a Dios en todas las cosas y en todas partes. ¿Recuerdan cómo Cristo lo dijo en el Nuevo Testamento? Esto se nos ha enseñado a todos; pero, es cuando pasamos a la aplicación práctica que comienzan las dificultades. Recordarán aquella fábula de Esopo en la que un ciervo, mirando su imagen reflejada en un lago, le dice a un cervatillo: «Qué fuerte soy; mira mi cabeza espléndida, mira mis miembros, cuán vigorosos y musculosos son y mira qué velozmente puedo correr». Pero oye ladrar los perros en lontananza, y huye rápidamente. Después de haber galopado kilómetros, retorna sudoroso y jadeante. Y el cervatillo le dice: «Acabas de decirme lo fuerte que eres. ¿Cómo se explica que cuando los perros ladraron saliste escapando?». «Es verdad, hijo mío, pero cuando los perros ladran, toda mi confianza desaparece». Lo mismo sucede con nosotros. Tenemos una idea elevada de la humanidad; nos sentimos fuertes y valientes, hacemos grandes proyectos, pero cuando los «perros» de la prueba y de la tentación ladran, somos como el ciervo de la fábula. Si tal es el caso, entonces, ¿para qué sirve enseñar todas estas cosas? Realmente, es de una gran utilidad. La utilidad está en que la perseverancia, al final triunfará. Nada puede ser hecho en un día.

«Primero, debes oír hablar de ese Yo[1], luego, reflexionar sobre Él, y después, meditar sobre Él». Todos pueden ver el cielo. Aun el gusano que se arrastra por tierra ve el cielo azul, pero, ¡qué lejos está de él! Lo mismo ocurre con nuestro ideal. Sin duda alguna, está alejado, pero al mismo tiempo sabemos que nos hace falta. Debemos tener, además, el más elevado ideal. Desgraciadamente, en esta vida, la mayor parte de la gente atraviesa a tientas una existencia opaca, sin tener ningún ideal. Si un hombre que tiene un ideal comete mil errores, estoy seguro de que aquél que no tiene ningún ideal cometerá cincuenta mil. Por lo tanto, es mejor tener un ideal. Y es necesario que oigamos hablar de él lo más posible, hasta que penetre en

[1] Véase la nota al pie de la página 84.

UNIDAD



nuestro corazón, en nuestro cerebro, en nuestras venas; hasta que vibre en cada gota de nuestra sangre e impregne cada uno de nuestros poros. Tenemos que meditar sobre ese ideal. «Pues es de la abundancia del corazón que la boca habla», y es, también, por la abundancia del corazón que la mano obra.

El pensamiento es la fuerza propulsora en nosotros. Llenen su mente con los pensamientos más elevados; óiganlos cada día; piensen en ellos mes tras mes. No se preocupen por los fracasos, son naturales; esos fracasos constituyen la belleza de la vida. ¿Qué sería la vida sin ellos? No valdría la pena vivirla si no fuera por las luchas que se sostienen. ¿Dónde estaría la poesía de la vida? No se inquieten por las luchas, por los errores. Jamás he oído decir una mentira a una vaca, pero no es más que una vaca, no es un hombre. Tampoco deben inquietarse por sus errores, por sus pequeñas reincidencias; tomen su ideal mil veces, y si mil veces fracasan ensayen todavía una vez más. El ideal del hombre es ver a Dios en todas las cosas. Pero, si no pueden verle en todas, véanlo en una cosa, en aquélla que más les agrade, y luego en otra. Y continúen así. El alma tiene delante una vida infinita. Tómense el tiempo necesario y llegarán a la meta.

«Él, lo Uno, vibra más rápido que la mente; tiene una velocidad tal que jamás podría tener la mente; ni aun los dioses pueden alcanzarlo, ni la mente asirlo. Cuando Él se mueve, todo se mueve. En Él todo existe. Él está en el movimiento. Él es también inmóvil. Él está cerca y Él está lejos. Él está dentro de todas las cosas. Él está fuera de todas las cosas, interpenetrando todo. Quienquiera que vea en cada ser ese Atman, y quienquiera que vea todo en ese Atman, jamás se aleja mucho de ese Atman. Cuando toda la vida y el universo entero son vistos en ese Atman, sólo entonces el hombre ha encontrado el secreto. Para él no hay más ilusión. ¿Dónde hay todavía desdicha para quien ve esta Unidad en el universo?»

Otro gran tema del Vedanta es la Unidad de la vida, la Unidad de todas las cosas. Veremos cómo el Vedanta demuestra que nuestro infortunio proviene de la ignorancia, y que esta ignorancia es la idea de multiplicidad, de separación entre hombre y

UNIDAD



hombre, entre pueblo y pueblo, entre Tierra y Luna, entre átomo y átomo. Es de esta idea de separación entre átomo y átomo que provienen todas las desdichas. Pero, el Vedanta nos dice que esta separación no existe, que no es real. Es sólo aparente, superficial. En el corazón de las cosas está siempre la Unidad. Si penetran debajo de la superficie hallarán esa Unidad entre hombre y hombre, entre raza y raza, entre altos y bajos, entre ricos y pobres, entre dioses y hombres, entre hombres y animales. Si van más profundo, todo se mostrará sólo como variaciones de lo Uno, y aquél que ha alcanzado esta concepción de la Unidad no sufre más la ilusión. ¿Qué podría ilusionarlo? Conoce la realidad de todas las cosas, el secreto de todo. ¿Dónde hay más infelicidad para él? ¿Qué podría desear? Ha hallado la realidad de todas las cosas en el Señor, en el Centro, en la Unidad de todo, que es Existencia Eterna, Conocimiento Eterno, Dicha Eterna. Allí no hay más muerte, ni enfermedad, ni pesar, ni desdicha, ni descontento. Todo allí es Unión Perfecta y Dicha Perfecta. ¿Por quién debería llorar, entonces? En la Realidad no hay muerte, no hay miseria; en la Realidad no hay por quién llorar, ni por quién afligirse. Él ha penetrado todas las cosas. Él, el Uno Puro, Sin-forma, Incorpóreo, Inmaculado; Él, el Conocedor; Él, el Gran Poeta, el Autoexistente; Él, que da a cada uno según su mérito. Andan a tientas en la oscuridad aquéllos que adoran este mundo ignorante, este mundo que proviene de la ignorancia y que consideran como Existencia; y aquéllos que viven su vida entera en este mundo, y no descubren jamás nada mejor ni más elevado, andan buscando a ciegas, en una oscuridad más densa aún. Pero el que conoce el secreto de la naturaleza, viendo Aquello que está más allá de la naturaleza, con la ayuda de la naturaleza, pasa a través de la muerte, y con la ayuda de Aquello que está más allá de la naturaleza, disfruta Eterna Dicha. «Tú, Sol, que has cubierto la Verdad con tu disco de oro, levanta el velo a fin de que yo pueda ver la Verdad que está dentro de ti. Yo he conocido la Verdad que está dentro de ti; yo he conocido el significado real de tus rayos y de tu gloria, y yo he visto Aquello que brilla en ti; he visto la Verdad en ti, y Aquello que está dentro de ti está dentro de mí, y yo soy Aquello».

## REALIZACIÓN

*(Conferencia pronunciada en Londres, el 29 de octubre de 1896)*

Voy a leerles algunos fragmentos de uno de los más simples Upanishads y que, según mi parecer, es también uno de los más poéticos. Es llamado *Katha Upanishad*. Tal vez alguno de ustedes haya leído la traducción inglesa de Sir Edwin Arnold, llamada «El secreto de la muerte». En nuestra última conferencia hemos visto cómo las preguntas que abordan, en primer lugar, el origen del mundo y la creación del Universo, no han recibido respuesta satisfactoria del exterior, y cómo, luego, se han dirigido hacia el interior. El libro del cual les hablo aborda esa idea desde el punto de vista psicológico y trata de descubrir lo que es la naturaleza interna del hombre. En primer término, se preguntaba quién había creado el mundo exterior y cómo había venido a la existencia. Ahora la pregunta es la siguiente: ¿Qué es eso en el hombre que lo hace vivir y moverse, y qué pasa con eso cuando el hombre muere? Los primeros filósofos estudiaron la sustancia material y trataron de llegar por ella a lo último. Lo mejor de su búsqueda fue encontrar un gobernador personal del universo; un ser humano inmensamente magnificado, pero, no obstante, en todos sus intentos y propósitos, un ser humano. Esto no podía ser toda la verdad; cuanto mucho podría ser sólo una verdad parcial. Vemos este universo como seres humanos, y nuestro Dios es nuestra humana explicación del universo.

Supongamos que una vaca fuera filósofo y que tuviera religión; tendría un universo bovino y una solución bovina del problema, y no le sería posible concebir nuestro Dios. Supongamos que los gatos se volvieran filósofos; ellos tendrían un universo gatuno y una solución gatuna del universo, con un gato gobernándolo. Esto nos demuestra que nuestra explicación del pro-

blema no es toda la solución. Nuestra concepción tampoco cubre la totalidad del Universo. Sería un gran error admitir esta posición tremendamente egoísta, que el hombre a menudo acepta. Toda solución del problema universal que podamos extraer del exterior, presenta, en primer término, la dificultad de que el universo que vemos es nuestro propio Universo particular, nuestro punto de vista de la Realidad. En cuanto a esta Realidad misma, no podemos percibirla con nuestros sentidos, no podemos abarcarla. Solamente conocemos el Universo tal como lo ven seres dotados de cinco sentidos. Si adquiriéramos otro sentido, todo el Universo quedaría transformado para nosotros. Supongamos que tuviéramos un sentido magnético; sería muy posible que descubriéramos, entonces, millones y millones de fuerzas que existen y que no conocemos, y para las cuales no tenemos actualmente ningún sentido o sentimiento. Nuestros sentidos son limitados, muy limitados en realidad, y dentro de estas limitaciones existe lo que llamamos nuestro Universo, y nuestro Dios es una solución de ese Universo. Sin embargo, esto no puede ser la solución de todo el problema. El hombre no puede detenerse allí. Es un ser que piensa y quiere hallar una solución que pueda explicar todos los universos, abarcándolos por completo. Quiere representarse un mundo que sea el mundo de los hombres, a la vez que el de los dioses y de todos los seres posibles, y quiere encontrar una solución que explique todo fenómeno.

Vemos que, en primer lugar, nos es necesario descubrir el Universo que comprende todos los universos; nos es menester hallar algo que, en sí mismo, sea la sustancia que se encuentra en todos los diferentes planos de la existencia, la percibamos o no con nuestros sentidos. Si pudiéramos hallar algo que fuera la propiedad común, tanto del más bajo como del más elevado de los mundos, nuestro problema estaría resuelto. Aun si por la fuerza misma de la lógica, sin nada más, pudiéramos comprender que aquí debe haber una base única de toda existencia, entonces, nos aproximaríamos a algo como una solución de nuestro problema; pero esta solución no puede, ciertamente, ser lograda sólo por intermedio del mundo que vemos y conocemos, porque éste no es más que una visión parcial de la totalidad.



Nuestra única esperanza es, entonces, profundizar más. Los pensadores de antaño descubrieron que cuanto más se alejaban del centro, más se acentuaban las variaciones y diferenciaciones, mientras que, cuanto más se aproximaban al centro, más cerca estaban de la unidad. Cuanto más cerca estemos del centro de un círculo, más cerca nos hallaremos del terreno común donde se juntan todos los rayos; cuanto más lejos estemos del centro, más se alejará de los otros el rayo sobre el cual nos hallamos. El mundo exterior está muy alejado del centro. De modo que no hay ningún terreno común donde puedan encontrarse todos los fenómenos de la existencia. A lo sumo, el mundo exterior es sólo una parte del conjunto de los fenómenos. Hay otras partes, lo mental, lo moral y lo intelectual, y los diferentes planos de existencia; y querer hallar sobre la base de la teoría o doctrina de uno de ellos la solución del todo es, sencillamente, imposible. Necesitamos, pues, encontrar primeramente un centro del cual partan, por así decirlo, todos los otros planos de existencia; y una vez situados ahí, debemos tratar de hallar una solución. Ésta es la proposición. ¿Dónde está ese centro? Dentro de nosotros. Los antiguos sabios han buscado más y más profundamente hasta que encontraron que en lo más íntimo del alma humana está el centro de todo el universo. Todos los planos gravitan hacia ese único punto; él es su fundamento común, y solamente colocándonos allí podremos encontrar una solución común. De modo que la pregunta: «¿quién ha hecho este mundo?», no es muy filosófica, ni su solución aporta gran cosa.

De esto, el citado *Katha Upanishad* nos habla en un lenguaje figurado. Hubo, en tiempos antiguos, un hombre muy rico que celebró cierto sacrificio por el cual debía dar todo lo que poseía. Pero este hombre no era sincero. Deseaba adquirir fama y gloria por haber hecho ese sacrificio, pero no donó más que las cosas que no le servían para nada: viejas vacas estériles, ciegas y mancas. Tenía un hijo llamado Nachiketas. Este muchacho vio que su padre no hacía lo que era correcto, que no cumplía con su voto, pero no sabía qué decirle. En la India, el padre y la madre son, para sus hijos, dioses vivientes. De modo que el muchacho se aproximó a su padre con el mayor respeto y

le preguntó, muy humildemente: «Padre, ¿a quién me vas a dar?, pues tu sacrificio exige que todo sea donado». Esta pregunta contrarió mucho al padre, que le respondió: "¿Qué quieres decir, hijo mío? ¿Un padre entregando a su propio hijo?». El joven hizo la pregunta por segunda vez, y luego una tercera; entonces, su padre, irritado, le respondió: «Te doy a la Muerte (Yama)». La historia cuenta que el joven fue hacia Yama, el dios de la muerte. Yama es el primer hombre que murió. Subió al cielo y se convirtió en gobernador de todos los *pitris*[1]. Todas las personas buenas que mueren van a vivir por mucho tiempo cerca de él. Yama es un ser muy puro y muy santo, casto y bueno, como lo indica su nombre.

Así, pues, el joven entró en el mundo de Yama. Pero los dioses mismos, a veces, están ausentes de sus moradas, y durante tres días Nachiketas debió esperar. Después del tercer día, Yama volvió. «¡Oh, sabio! —dijo Yama—, hace tres días que esperas sin comer; eres un huésped digno de respeto. Saludos para ti, ¡oh, *brahmín*!, y buenos auspicios para mí. Lamento mucho no haberme encontrado en mi morada. Pero deseo compensarte. Pídeme tres dones, uno por cada día». Y el muchacho respondió: «El primero es que se aplaque la cólera de mi padre contra mí, que sea bondadoso conmigo y que me reconozca cuando me autorices a partir». Yama accedió al pedido, sin reservas. El siguiente don que pidió el joven fue el de ser instruido acerca de cierto sacrificio que conducía a la gente al cielo. Ya hemos visto que la idea más antigua que encontramos en la parte *Samhita* de los Vedas, se relacionaba únicamente con el cielo, donde se tiene cuerpos luminosos y se vive con los antepasados. Progresivamente surgieron otras ideas, pero no eran satisfactorias; era necesario, todavía, algo más elevado. Vivir en el cielo no sería muy diferente de la vida en este mundo. En el mejor de los casos, no sería más que la vida de un hombre rico, muy afortunado, con muchos goces, un cuerpo sano y que no esté expuesto a enfermedades. Sería como nuestro mundo material, pero un poco más refinado, y ya hemos visto la dificultad: el

[1] Antepasados.



mundo material externo jamás podrá resolver el problema. Del mismo modo, ningún paraíso tampoco podría resolverlo. Si este mundo no lo puede, no será una reproducción de este mundo lo que podría hacerlo, pues debemos recordar siempre que la materia es sólo una parte infinitesimal de los fenómenos de la naturaleza. Una enorme parte de los fenómenos que vemos no es materia. ¡Qué gran papel desempeñan, por ejemplo, en todos los momentos de nuestra vida, el pensamiento y el sentimiento, comparados con el fenómeno material externo! ¡Cuán vasto es este mundo interior con su formidable actividad! Comparados con él, los fenómenos de los sentidos son de poca importancia. La solución de ese cielo cae en este error: sostiene que la totalidad de los fenómenos está en el tacto, en el gusto, en la vista, etcétera, por eso esta idea del cielo no dio plena satisfacción a todos. Y, sin embargo, Nachiketas, como segundo don, interrogó a Yama sobre cierto sacrificio por el cual se podía llegar a ese cielo. Había en los Vedas la creencia de que estos sacrificios placían a los dioses y llevaban al cielo a los seres humanos.

Estudiando las religiones, observarán que todo lo que es antiguo se vuelve santo. Por ejemplo, en la India nuestros antepasados escribían sobre corteza de abedul, pero, con el tiempo, aprendieron a fabricar papel. Sin embargo, todavía se considera a la corteza de abedul como muy sagrada. Cuando los utensilios que antaño se usaban en la cocina fueron perfeccionados, los modelos antiguos se volvieron sagrados. En ninguna parte se ha conservado esta idea mejor que en la India. Todavía se emplean allí viejos procedimientos que se remontan a nueve o diez mil años, como el de frotar dos pedazos de madera para hacer fuego. En el momento del sacrificio, ningún otro método es admitido. Lo mismo sucede con las otras ramas de los arios de Asia. A sus descendientes modernos todavía les agradaría prender el fuego con el rayo, mostrando así cómo lo prendían antiguamente. Aun cuando aprendieron otras costumbres, conservaron las antiguas que, entonces, se volvieron sagradas. Lo mismo ocurrió con los hebreos. Tenían la costumbre de escribir sobre pergamino. Actualmente escriben sobre papel, pero el pergamino es para ellos muy sagrado. Y en todos los pueblos,

cada rito que ahora consideran sagrado es, simplemente, una vieja costumbre, y los sacrificios védicos pertenecen a esta categoría. Con el tiempo, a medida que se fueron hallando mejores métodos de vida, las ideas se fueron perfeccionando; pero esas viejas formas quedaron para siempre, y de vez en cuando se las emplea dándoles un significado sagrado.

Luego, un grupo de hombres hicieron una profesión que preservara la realización de estos sacrificios. Fueron los sacerdotes, quienes especularon sobre los sacrificios; para ellos, los sacrificios eran todo. Los dioses venían a disfrutar del perfume de las ofrendas, y se consideraba que todo lo que está en el mundo podía obtenerse por el poder del sacrificio. Si se les hacían determinadas oblaciones, si se les cantaban ciertos cánticos, si se les construían altares de acuerdo con determinados modelos especiales, los dioses otorgaban todo. Así fue como Nachiketas preguntó qué clase de sacrificio debía hacer un hombre para alcanzar el cielo. Este segundo don también le fue rápidamente concedido por Yama, quien prometió que el sacrificio, en lo sucesivo, llevaría el nombre de «Nachiketas».

Pasamos luego al tercer don, que es con lo cual realmente comienza este Upanishad. El joven dijo: «Hay una cosa que no alcanzo a comprender: cuando un hombre muere, algunos dicen que sigue existiendo, otros que no. Instruido por ti, quisiera comprender esto». El pedido produjo una sacudida en Yama. Se había sentido muy alegre al concederle los dos dones precedentes. Ahora, dijo: «Antaño, los dioses mismos quedaban perplejos ante este punto. Esta ley sutil no es fácil de comprender. Elige otro don, ioh, Nachiketas!, no insistas en esto, relévame de la obligación de responder».

El joven estaba resuelto y replicó: «Lo que tú has dicho, ioh, Muerte!, es exacto; los dioses mismos tienen dudas al respecto y ésta no es una cuestión fácil de comprender, pero jamás encontraré otro expositor como tú, y no hay otro don que valga tanto como éste».

«Pide —respondió la Muerte— hijos y nietos que vivan cien años, mucho ganado, elefantes, oro y caballos. Pide un imperio sobre esta tierra y vivir cuantos años quieras. O bien, elige cualquier otro don que aprecies tanto como la riqueza y la larga vida. O bien, sé un rey, ioh, Nachiketas!, sobre la vasta tierra. Yo daré cumplimiento a todos tus deseos. Pídeme la satisfacción de los deseos que son difíciles de realizar en este mundo. Esas ninfas celestiales conducidas por carros y músicas, que no pueden pertenecer al hombre, son tuyas. Que ellas te sirvan, ioh, Nachiketas!, pero no me preguntes lo que pasa después de la muerte».



«Estas son cosas —dijo Nachiketas— que no duran más que un día, ioh, Muerte!; ellas gastan la energía de todos nuestros órganos sensorios. Aun la vida más larga es muy corta. Puedes conservar esos caballos y esos carros, esas danzas y esos cantos. El hombre no puede estar satisfecho con la riqueza. ¿Podemos conservar la riqueza cuando te vemos? No vivimos más que el tiempo que tú deseas. Escojo sólo el don que he pedido».

A Yama le agradó esta respuesta y dijo: «La perfección es una cosa y el placer otra; los dos tienen metas diferentes y llenan diferentemente la vida de los hombres. Aquél que elige la perfección se vuelve puro. El que elige el placer equivoca el verdadero objetivo. Los dos, la perfección y el placer, se presentan al hombre; el sabio, después de haber examinado ambos, los distingue uno de otro. Elige la perfección por ser superior al placer; pero el insensato elige el placer que produce satisfacción a su cuerpo. ¡Oh, Nachiketas!, has reflexionado sobre cosas que no son deseables más que en apariencia, y sabiamente has renunciado a ellas». Entonces, la Muerte procedió a instruir a Nachiketas.

Luego, encontramos una idea muy desarrollada de la renunciación y de la moral védica; hasta que un hombre no haya trascendido el deseo de los placeres, la verdad no brillará en él. En tanto que estos vanos deseos de nuestros sentidos nos aturdan y, por así decirlo, nos arrastren al exterior, seremos, a cada instante, esclavos de todo lo que está afuera; un poco de color, un pequeño sabor, un ligero contacto, y entonces, a despecho de todas nuestras pretensiones, ¿cómo podría expresarse en nuestros corazones la verdad.

«Aquello que está en el más allá —dice Yama—, jamás se presenta en la mente de un joven irreflexivo, ilusionado con la

locura de las riquezas. '¡Este mundo existe; el otro no existe!', piensan los hombres: y así pensando, caen una y otra vez bajo mi poder. Es muy difícil comprender esta verdad. Muchos, aun oyéndola continuamente, no la comprenden, porque el que la expone debe ser maravilloso, y también el que la escucha. El maestro debe ser maravilloso, y también debe serlo el discípulo. La mente no debe estar perturbada por vanos argumentos, pues esto no es una cuestión de argumentos sino de hechos." Se nos ha dicho siempre que todas las religiones exigen fe de nosotros. Se nos ha enseñado a creer ciegamente. Y bien, esta idea de fe ciega es, sin duda, objetable; pero si la analizamos, encontraremos que en ella se esconde una verdad muy grande. Lo que realmente quiere decir, lo veremos en lo que vamos a leer. La mente no debe ser perturbada con vanos argumentos, porque ninguna discusión nos ayudará a conocer a Dios. Ésta es una cuestión de hecho y no de controversia. Todo argumento, todo razonamiento debe estar basado sobre ciertas percepciones; sin ellas no puede haber discusión acerca de esto. El razonamiento es el método que consiste en comparar entre sí ciertos hechos ya percibidos. Mientras no los hayamos notado, no puede haber razonamiento. Si esto es verdad en cuanto a los fenómenos externos, ¿por qué no puede ser lo mismo en lo interno? El químico combina ciertas sustancias y de ello resultan ciertas reacciones. Es un hecho: ustedes lo ven, sus sentidos se lo indican, y con ello construyen la base sobre la cual apoyan sus argumentos sobre la química. Lo mismo ocurre con la física y las otras ciencias. Todo conocimiento debe reposar sobre la percepción de ciertos hechos, y es de allí que debe partir nuestro razonamiento; pero —lo que es bastante curioso— la mayor parte de la humanidad piensa, sobre todo en nuestros días, que ninguna percepción de este género es posible en religión, que la religión no puede ser conocida más que por medio de vanas argumentaciones. Por eso se nos dice que no debemos perturbar nuestra mente con estériles discusiones. La religión es una cuestión de hechos, no de palabras. Debemos analizar nuestra propia alma, ver lo que hay en ella y comprenderlo, y realizar lo que ha sido comprendido. Esto es religión. Ninguna cantidad de palabras



puede hacer la religión. De modo que, la cuestión de si hay o no hay Dios, no podrá jamás ser resuelta con argumentos, pues éstos son tan numerosos de un lado como de otro. Pero, si hay un Dios, Él está en nuestros propios corazones. ¿Lo han visto alguna vez? La cuestión de saber si el mundo existe o no, no ha sido todavía zanjada, y la discusión entre idealistas y realistas no tiene fin. No obstante, sabemos que el mundo existe, que el mundo continúa. No hacemos más que cambiar el sentido de las palabras. Por ello es que, para todos los problemas de la vida, es necesario recurrir a los hechos. Hay ciertos hechos religiosos que, como en la ciencia material, deben ser percibidos, y es sobre ellos que se construirá la religión. Evidentemente, la pretensión extrema de que hay que creer en todos los dogmas de una religión, es degradante para la mente humana. El hombre que les pide creer todo se degrada a sí mismo, y si creen, los degrada también a ustedes. Solamente los sabios espirituales del mundo tienen el derecho de decirnos que han analizado su mente, que en ella han encontrado tales hechos, y si hacemos lo mismo que ellos, creeremos, pero no antes. Esto es todo lo que hay en la religión. Deben recordar siempre esto: es un hecho que el 99,9 por ciento de los que atacan la religión, jamás han analizado su mente, jamás han hecho un esfuerzo por descubrir los hechos. Así, sus argumentos contra la religión no tienen más peso que el efecto que nos producirían las palabras de un ciego que gritara: «Son todos locos, ustedes, los que creen en el Sol».

Esta idea de realización es una gran idea que hay que comprender y retener. El tumulto, las luchas y las diferencias entre las religiones, no cesará hasta que no hayamos comprendido que la religión no se encuentra en los libros ni en los templos. La religión es una percepción real. Sólo el hombre que, realmente, ha percibido a Dios y al Ser, tiene religión. No hay ninguna diferencia real entre el más grande gigante eclesiástico, que puede hablar sobre textos enteros, y el materialista más bajo, más ignorante. Somos todos ateos; confesémoslo. Una aserción puramente intelectual no nos hace religiosos. Ya sea cristiano o mahometano, o seguidor de cualquier otra religión, todo hombre que, realmente, asimilara la verdad del Sermón de la Mon-

taña, sería perfecto e inmediatamente se volvería un Dios. Sin embargo, se dice que hay en el mundo muchos millones de cristianos. Lo que se quiere decir es que la humanidad tratará, posiblemente, algún día, de realizar las enseñanzas de este sermón. Pero, sobre veinte millones, no hay uno solo que sea un verdadero cristiano.

Igualmente, en la India se ha dicho que hay trescientos millones de vedantistas. Pero si hubiera uno sobre mil que verdaderamente hubiera realizado la religión, nuestro mundo sería rápidamente transformado. Somos todos ateos y, sin embargo, tratamos de combatir al hombre que lo admite. Estamos todos en la obscuridad. Para nosotros, la religión no es más que un simple asentimiento intelectual, una mera charla, simplemente nada. A menudo consideramos que un hombre es religioso cuando sabe hablar bien. Pero esto no es religión. «Métodos maravillosos para agrupar palabras, poderes retóricos y diferentes modos de explicar los textos de las escrituras, todo esto es sólo para el gozo de los eruditos, pero no es religión». La religión llega cuando comienza la realización verdadera en nuestra propia alma. Ésta será la aurora de la religión, y sólo entonces seremos morales. Ahora no somos mucho más morales que los animales. Sólo nos detiene el látigo en alto que esgrime la sociedad. Si ahora la sociedad nos dijera: «No te castigaré si robas», cada uno de nosotros se precipitaría sobre la propiedad ajena. Es el policía lo que nos hace morales. Es la opinión pública la que nos hace morales; en realidad, somos muy poco mejores que los animales. En lo más secreto de nuestros corazones sabemos hasta qué punto esto es verdad. Por lo tanto, no seamos hipócritas. Confesemos que no somos religiosos y que no tenemos ningún derecho a menospreciar a otros. Somos todos hermanos, y seremos realmente morales, cuando hayamos realizado la religión.

Si han visto un determinado país, y alguien los obliga a decir que no lo han visto, en el fondo de su corazón ustedes saben que han estado en él. Del mismo modo, cuando la religión y Dios se hayan vuelto tangibles en un sentido mucho más intenso en que lo es este mundo exterior, nada podrá conmover



su creencia. Entonces, tendrán real fe. Esto es lo que quiere decir esa frase de su Evangelio: «Aquél que tiene fe como un grano de mostaza». Conocerán entonces la Verdad, pues se habrán convertido en la Verdad.

He aquí la consigna del Vedanta: realizar la religión; ninguna discusión servirá a este propósito. Pero esto se consigue con gran dificultad. Él, ese anciano que habita los rincones más secretos de todo corazón humano, se ha ocultado en el interior del átomo. Los sabios espirituales lo han realizado por el poder de la introspección y han llegado más allá de ambas, alegría y desdicha, más allá de lo que llamamos virtud y vicio, más allá de las buenas y de las malas acciones, más allá del ser y del no-ser; aquél que lo ha visto, ha visto la Realidad. Pero, entonces, ¿qué hay el cielo? Fue la idea de felicidad sin la infelicidad. Es decir, que lo que deseamos es tener las alegrías de la vida sin sus aflicciones. Ésta es una idea muy buena, no hay duda; nos llega naturalmente; pero es totalmente errónea, puesto que no hay tal cosa como bien absoluto, ni cosa alguna como mal absoluto.

Habrán oído hablar de aquel rico romano que un día supo que le quedaba apenas un millón de libras, y entonces, se dijo : «¿Qué haré mañana?», y luego se suicidó. Para él, un millón de libras era la pobreza. ¿Qué es el goce y qué es el sufrimiento? Es una cantidad efímera, disminuyendo en forma continua. Cuando yo era chico pensaba que, si un día podía ser cochero, hubiera sido para mí la suprema felicidad el conducir. No pienso así ahora. ¿A cuál goce van ustedes a aferrarse? Esto es lo único que debemos tratar de comprender, y es una de las últimas supersticiones por abandonar. Cada cual tiene una idea diferente del placer. He visto a un nombre que no se siente feliz si no ingiere una bolita de opio todos los días. Quizás él puede soñar con un cielo que está cubierto de opio. Ése, sería para mí, un cielo muy malo. En los poemas árabes, a cada paso se nos habla de cielos con magníficos jardines cruzados por ríos. He pasado gran parte de mi vida en un país donde hay demasiada agua; todos los años, muchos pueblos se inundan y perecen millares de personas. Por eso, mi cielo no tendría jardines donde pasen ríos; desearía una tierra sobre la cual no cayera sino muy poca

lluvia. Nuestros placeres están siempre cambiando. Si un joven sueña con un cielo, será un cielo donde tenga una hermosa esposa. Cuando ese mismo hombre sea viejo, no necesitará más la esposa. Son nuestras necesidades las que hacen nuestro cielo, y el cielo cambia cuando cambian nuestras necesidades. Si tuviéramos un cielo como lo desearían aquéllos para los cuales los goces de los sentidos son la finalidad de la existencia, no progresaríamos. Sería la más terrible maldición que podríamos pronunciar sobre el alma. ¿Es todo lo que podemos alcanzar? Un poco de lágrimas, un poco de baile y luego, ¡morir como un perro! ¡Qué maldición echan ustedes sobre la humanidad cuando ansían esas cosas! Esto es lo que hacen cuando claman por los goces de este mundo, pues no saben lo que es el verdadero gozo. Es sobre esto que insiste la filosofía: no es menester renunciar al goce sino que hay que saber qué es realmente el gozo. El cielo de los noruegos es un terrible campo de batalla donde todos están reunidos delante de Odín; realizan una caza de jabalí y luego se hacen la guerra y se cortan en pedazos unos a otros. Pero, en una forma u otra, al cabo de pocas horas de lucha todas las heridas son curadas, y los combatientes entran en una gran sala donde se ha hecho asar el jabalí y donde tienen un festín. Después, el jabalí recobra su forma anterior, listo para ser cazado al día siguiente. Es más o menos la misma cosa que nuestro cielo, en nada peor, sólo que nuestras ideas pueden ser un poco más refinadas. Nosotros queremos cazar jabalíes e ir a un sitio donde todos los placeres continuarán, exactamente como los noruegos imaginaron que el jabalí sería cazado y comido cada día, para recobrarlo al día siguiente.

Pero, la filosofía insiste en que hay una dicha que es absoluta, que nunca cambia. Esa dicha no puede ser como los goces y placeres que tenemos en esta vida y, por eso, el Vedanta nos muestra que cada una de las cosas placenteras de esta vida no es más que una partícula de esa dicha real, pues ése es el único gozo que existe. En realidad, a cada instante estamos gozando de la absoluta dicha, aunque cubierta, erróneamente comprendida y caricaturizada. Dondequiera que haya alguna dicha, alguna bienaventuranza, algún goce, aun hasta el placer que experimenta el ladrón al robar, lo que se está manifestando es esa misma dicha absoluta, sólo que está oscurecida, enlodada, por así decir, por toda clase de condiciones extrañas y por la mala comprensión. Pero para entender esto, nos es necesario pasar por la negación y así, aparecerá el lado positivo. Debemos abandonar la ignorancia y todo lo que es falso y, entonces, la verdad comenzará a revelársenos. Cuando hayamos asido la verdad, las cosas que primero habíamos abandonado tomarán nuevos contornos y formas, se nos aparecerán bajo una nueva luz y serán deificadas. Habrán sido sublimadas, y podremos percibirlas en su verdadero aspecto. Pero, para poder comprenderlas, debemos primero tener una vislumbre de la verdad; al comienzo, debemos abandonar esas cosas, y luego, volverlas a encontrar deificadas. Tenemos que abandonar todas nuestras desdichas y pesares, todos nuestros pequeños goces.



«Aquello que declaran todos los Vedas, que proclaman todas las penitencias, por cuya búsqueda hay hombres que llevan una vida de continencia, te lo diré en una palabra, es OM». Verán ustedes que esta palabra «OM» es muy glorificada en los Vedas y se la considera que es muy sagrada.

Luego, Yama responde a la pregunta: «¿Qué pasa con el hombre cuando el cuerpo muere?». «El Sabio Ser jamás muere, nunca nació, no proviene de nada ni nada proviene de Él. No-Nacido, Eterno, Perpetuo, este Prístino Ser, nunca puede ser destruido cuando es destruido el cuerpo. Si el asesino cree que puede matar, y el asesinado cree que ha sido muerto, ninguno de los dos conoce la verdad, pues el Ser no mata ni es muerto». Es una posición tremenda. Quisiera llamar su atención sobre el adjetivo empleado en la primera línea, sobre la palabra «sabio». A medida que avancemos, veremos que el ideal del Vedanta es que toda sabiduría y toda pureza se encuentran ya en el alma, oscura o claramente expresadas; y que de esto sólo surge la diferencia entre un hombre y otro, y entre todas las cosas que comprenden la creación; no es una diferencia en esencia sino sólo de grado. La Base, la Realidad de cada uno es ese Eterno, Siempre-Bendito, Siempre-Puro y Siempre-Perfecto Ser. Es el Atman, el Alma, en el santo y en el pecador, en el hombre feliz y

en el desdichado, en el hermoso y en el feo, en los hombres y en los animales; es lo mismo penetrando todo. Es el Efulgente Ser. La diferencia es causada por el poder de expresión. En algunos, está más manifestado, y en otros, menos; pero esta diferencia de manifestación no tiene efecto sobre el Atman. Si por la manera de vestirse, un hombre muestra más que otro su cuerpo, esto no produce ninguna diferencia entre dos cuerpos; la diferencia está en su vestimenta. Aquí, haremos bien en recordar que en toda la filosofía vedanta no hay tales cosas como bien y mal; no son dos cosas diferentes; la misma cosa es buena o mala, y la diferencia es sólo de grado. La misma cosa que hoy encuentro placentera, puede ser que mañana la encuentre penosa, si me hallo en mejores circunstancias. El fuego que nos calienta, también puede quemarnos; no es culpa del fuego. Así, siendo el Alma pura y perfecta, el hombre que hace mal se miente a sí mismo; no conoce su propia naturaleza. Aun en el asesino, está presente el Alma Pura. Ella no muere. Es él quien se ha equivocado; no ha sabido manifestarla; la ha ocultado. Es el hombre quien cree que lo matan, el Alma no muere. Ella es eterna; jamás puede ser muerta ni destruida. «Infinitamente más pequeño que lo más pequeño, infinitamente más grande que lo más grande, este Señor de todo, está presente en las profundidades de cada corazón humano. Los puros, los limpios de toda miseria Lo ven, por la gracia del Señor; el Incorpóreo que, sin embargo, reside en el cuerpo; el Sin-Espacio que, sin embargo, parece ocupar el espacio; el Infinito, el Omnipotente: los sabios, que saben que tal es el Alma, jamás son desdichados».

«El Atman no puede ser realizado por el poder de la elocuencia, ni por un gran intelecto, ni por el estudio de los Vedas». Este es un modo de hablar muy osado. Pero, como se los he dicho, nuestros sabios espirituales eran pensadores muy audaces y nada los detenía. Recordarán ustedes que en la India, los Vedas gozan de mayor consideración que la Biblia a los ojos de los cristianos. La idea de ustedes sobre la revelación es que un hombre ha sido inspirado por Dios; pero, en la India, la idea es que las cosas existen porque están en los Vedas. En, y por medio de los Vedas, es que se ha manifestado toda la creación.



Todo lo que se llama conocimiento se encuentra en los Vedas. Cada palabra de los Vedas es sagrada y eterna, eterna como el alma, sin comienzo ni fin. Toda la mente del Creador, podría decirse, está en ese libro. Con este criterio es que se consideran los Vedas. ¿Por qué tal cosa es moral? Porque los Vedas lo dicen. ¿Por qué tal otra es inmoral? Porque los Vedas lo dicen. A pesar de ello, vean la audacia de esos sabios que declaran que no es por el mucho estudio de los Vedas que se hallará la Verdad. «A quien le place al Señor, a él Se manifestará». Se puede objetar que esto parece parcial, pero Yama explica: «Los que van haciendo el mal, aquéllos cuya mente no está en paz, jamás pueden ver la luz. Es a aquéllos que son veraces, puros en sus acciones y cuyos sentidos están controlados, a quienes ese Atman se manifiesta».

He aquí una imagen muy hermosa. Imagínense que el ser sea el viajero, el cuerpo su coche, el intelecto su cochero, la mente sus riendas y los sentidos sus caballos. Aquél cuyos caballos están bien dominados, cuyas riendas son sólidas y están bien mantenidas en las manos del cochero (el intelecto), alcanza la meta, que es el estado de Él, el Omnipresente. Pero cuando los caballos (los sentidos) no están controlados ni se manejan bien las riendas (la mente), se va hacia la perdición. Este Atman que está en todos los seres, no se muestra a los ojos ni a los sentidos; pero aquéllos cuya mente ha sido purificada y afinada, Lo realizan. Él, el Incambiable, está más allá del gusto y del tacto; infinito, sin principio ni fin; más allá de la naturaleza misma. Y aquél que Lo realiza se libera de las fauces de la muerte. Pero es muy difícil. Es, podría decirse, caminar sobre el filo de una navaja; el camino es largo y peligroso, mas sigan luchando; no desesperen. Despierten, levántense y no se detengan hasta alcanzar la meta.

La idea central, única, de todos los Upanishads, es la de la realización. Un gran número de problemas se presenta de tiempo en tiempo, y especialmente para el hombre moderno. Se presentará la cuestión de la utilidad, habrá otras cuestiones diversas, pero en cada una de ellas encontraremos que somos impulsados por nuestras pasadas asociaciones. Es la asociación de

ideas la que ejerce sobre nuestra mente un poder tan formidable. A aquéllos que siempre, desde su infancia, han oído hablar de un Dios Personal y de la personalidad de la mente, estas ideas les parecerán, naturalmente, muy áridas y muy austeras, pero si las oyen y reflexionan sobre ellas, pasarán a formar parte de su vida y no se asustarán más de ellas. La gran pregunta que generalmente se formula es ésta: ¿Para qué sirve la filosofía? A esto se puede responder de una sola forma: si desde el punto de vista utilitario es bueno para los hombres buscar el placer, ¿por qué los que hallan su placer en las especulaciones religiosas no irían a buscarlo allí? Porque los placeres de los sentidos son agradables a muchos, éstos los buscan; pero puede ser que no sean agradables a otros, que pretenden goces más elevados. El perro siente placer sólo en comer y beber; no puede comprender el placer del hombre de ciencia que renuncia a todo y, a lo mejor, mora en la cumbre de una montaña para observar la posición de ciertas estrellas. El perro podrá reírse de él y pensar que es un loco. Puede ser que ese pobre científico no tenga ni el dinero necesario para casarse y viva muy simplemente. Es posible que el perro se ría de él; pero el sabio le dirá: «Mi querido perro, tu placer está únicamente en los sentidos, en los cuales tú gozas y no conoces nada más; pero para mí, ésta es la vida más placentera; si tienes el derecho de buscar el placer a tu modo, yo también puedo hacer lo mismo". El error que cometemos es querer ligar el mundo entero a nuestro propio plano de pensamiento y tomar nuestra mente por modelo de todo el universo. Tal vez para ustedes, los viejos objetos de los sentidos sean la fuente de los más grandes placeres; pero no es necesario que mi placer sea el mismo que el suyo y cuando insistan en ello, discreparé con ustedes. Ésta es la diferencia entre el utilitarista mundano y el hombre religioso. El primero dice: «Mira qué feliz soy. Tengo dinero y no me rompo la cabeza con la religión. Es demasiado impenetrable, y soy feliz sin ella». Siendo así, está muy bien; muy bien, para todos los utilitaristas. Pero este mundo es terrible. Si un hombre encuentra la felicidad, no importa de qué manera, siempre que no perjudique a su prójimo, que Dios lo ayude; pero si ese mismo hombre viene a mi



encuentro y me dice: «Usted debe hacer estas cosas, pues si no las hace es un tonto», yo le responderé: «Está usted equivocado; porque las mismas cosas que son para usted placenteras no tienen para mí el menor atractivo. ¡Si tuviera que correr detrás de unos puñados de oro, para mí, mi vida no sería digna de ser vivida! ¡Me moriría!». Ésta es la respuesta que daría el hombre religioso. Lo cierto es que la religión no es posible más que para aquéllos que han terminado con todas estas cosas inferiores. Debemos tener nuestras propias experiencias; debemos completar nuestro recorrido. Únicamente cuando lo hayamos finalizado se abrirá el otro mundo para nosotros.

Los goces de los sentidos presentan, algunas veces, otro aspecto, el cual es peligroso y tentador. Habrán oído decir (desde los tiempos más remotos, en todas las religiones), que llegará un día en que todas las miserias de la vida cesarán, sólo quedarán los goces y los placeres y que esta tierra se convertirá en un cielo. Esto no lo creo. Esta tierra será siempre este mismo mundo. Ésta es la cosa más terrible de decir, sin embargo, yo no veo otra cosa. La miseria en el mundo es como un reumatismo crónico en el cuerpo: sáquenlo de un órgano e irá a otro, sáquenlo de éste e irá a otra parte. Hagan lo que hicieren, está todavía allí. En tiempos remotos, los hombres vivían en los bosques y se comían entre sí. En nuestros días, no se comen entre sí, pero se engañan unos a otros. Ciudades enteras, países enteros son arruinados por el engaño. Esto no indica un progreso muy grande. Yo veo que lo que llaman progreso en el mundo es sólo la multiplicación de los deseos. Y si una cosa es clara para mí, es que el deseo trae consigo todas las miserias; es el estado del pordiosero que siempre mendiga algo, que es incapaz de ver nada sin el deseo de poseerlo, que está siempre deseando, deseando algo más. Si el poder de satisfacer nuestros deseos aumenta en progresión aritmética, el poder de nuestros deseos aumentará en progresión geométrica. En este mundo, el total global de la felicidad, como de la desdicha, no disminuye. Si una ola se levanta en el océano provoca una depresión en otra parte. Si la felicidad llega a un hombre, la desdicha cae sobre otro, o tal vez, sobre algún animal. Los hombres aumentan en

número y los animales decrecen; nosotros los matamos y nos apropiamos de sus tierras; les quitamos todos sus medios de subsistencia. ¿Cómo podemos decir, entonces, que la felicidad aumenta? Las razas más fuertes exterminan a las más débiles. Pero, ¿creen ustedes que la raza fuerte será muy feliz? Comenzarán a matarse entre sí. En la práctica, no veo cómo esta tierra podrá convertirse en cielo. Los hechos demuestran lo contrario. Desde el punto de vista teórico, veo que esto tampoco puede ser.

La perfección es siempre infinita. Ya somos ese infinito y estamos tratando de manifestar esa infinitud. Ustedes y yo, y todos los seres, estamos tratando de manifestarlo. Hasta aquí, todo está bien. Pero partiendo de este hecho, filósofos alemanes han elaborado una teoría peculiar: que esta manifestación se volverá cada vez más elevada, hasta que lleguemos a la manifestación perfecta, hasta que lleguemos a ser seres perfectos. ¿Qué se entiende por manifestación perfecta? Perfección significa infinitud, y manifestación significa limitación, y esto querría decir que vamos a convertirnos en infinitos limitados, lo que en sí es contradictorio. Una teoría de este tipo puede gustar a los niños, pero envenena las mentes con mentiras y es muy mala para la religión. Sabemos que este mundo es una degeneración; que el hombre es una degeneración de Dios y que Adán cayó. Actualmente no hay religión que no enseñe que el hombre es una degeneración. Nos hemos degenerado hasta el animal, y ahora estamos ascendiendo para salir de esta esclavitud. Pero aquí, jamás podremos manifestar enteramente lo Infinito. Lucharemos duramente, pero llegará el momento en que hallaremos que es imposible ser perfectos aquí abajo, mientras estemos encadenados a nuestros sentidos. Y entonces sonará la hora del retorno a nuestro estado original de Infinitud.

Esto es renunciación. Para salir de la dificultad en que nos hallamos, debemos invertir el proceso que nos ha conducido hasta aquí; entonces comenzarán la moralidad y la caridad. ¿Cuál es la consigna de todos los códigos de moral? «No yo, sino tú», y este «yo» es el producto de lo Infinito que está detrás y que trata de manifestarse en el mundo exterior. Este pequeño «yo» es el resultado, y deberá retornar y unirse a lo Infinito, que es su



propia naturaleza. Cada vez que ustedes dicen: «No yo, hermano, sino tú», están tratando de regresar a su verdadera naturaleza; y cada vez que dicen: «Yo, no tú», efectúan la falsa maniobra que consiste en tratar de manifestar lo Infinito por el mundo de los sentidos. Esto trae luchas y males al mundo, pero después de un tiempo, debe venir la renunciación, la renunciación eterna. Este pequeño «yo» es muerto y enterrado. ¿Por qué preocuparse tanto de esta pequeña vida? Todos estos vanos deseos de vivir y de gozar de esta vida, aquí o donde sea, traen la muerte.

Si nosotros somos animales evolucionados, los animales también pueden ser hombres degenerados. ¿Cómo saben ustedes que no es así? Han visto que la prueba de la evolución es simplemente ésta: se encuentra una serie de cuerpos que cada vez va más alto y que se eleva según una escala de ascensión progresiva. Pero, ¿pueden insistir, sobre esta base, en que el movimiento se efectúa siempre de abajo hacia arriba, y nunca de arriba hacia abajo? El argumento tiene validez en los dos sentidos, y si hay algo de cierto es, yo creo, que la serie se repite subiendo y bajando. ¿Cómo podría haber evolución sin involución? Nuestra lucha para llegar a la vida superior demuestra que hemos descendido de una condición más elevada. Tiene que ser así, y solamente los detalles pueden variar. Siempre me aferro a la idea que han expresado a una sola voz Cristo, Buddha y el Vedanta, de que con el tiempo todos alcanzaremos la perfección, pero únicamente abandonando esta imperfección. Este mundo no es nada. En el mejor de los casos es una horrible caricatura, una sombra de la Realidad. Debemos ir hacia la Realidad. La renunciación nos llevará hacia ella. La renunciación es la base misma de nuestra verdadera vida; cada instante de bondad y de vida real que disfrutamos nos llega cuando no pensamos en nosotros mismos. Este pequeño yo separado, debe morir. Entonces encontraremos que nos hallamos en lo Real, que la Realidad es Dios, que Él es nuestra verdadera naturaleza y que Él está siempre en nosotros y con nosotros. Vivamos en Él y permanezcamos en Él; es el único estado gozoso de existencia. La vida en el plano del Espíritu es la única vida y debemos todos tratar de llegar a esta realización.

## UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

*(Conferencia pronunciada en Londres, el 3 de noviembre de 1896)*

«El Uno Autoexistente proyectó los sentidos al exterior y, por lo tanto, el hombre mira afuera y no dentro de sí mismo. Cierto sabio, deseando la inmortalidad, con sus sentidos controlados, percibió el Yo[1] interior». Como ya les he dicho, las primeras investigaciones que encontramos en los Vedas se relacionan con las cosas exteriores; más tarde se desarrolló una idea nueva, a saber, que no se puede hallar la realidad de las cosas en el mundo externo; no es mirando afuera, sino como es expresado literalmente, *dirigiendo la mirada hacia el interior*. Y la palabra empleada para el Alma es muy significativa; es Él que ha penetrado en nuestro interior, es la Realidad más íntima de nuestro ser, el centro del corazón, la médula, de donde —podría decirse— emanan todas las cosas; el Sol Central, del cual la mente, el cuerpo, los órganos sensorios y todas las otras cosas que tenemos, no son sino rayos que van al exterior. «Los hombres de intelecto infantil, la gente ignorante, corren detrás de los deseos, que son externos, y caen en la trampa de largo alcance que les tiende la muerte; pero los sabios, que comprenden la inmortalidad, jamás buscan lo Eterno en esta vida de cosas finitas.» Aquí está claramente expresada esa misma idea de que en este mundo externo, que está lleno de cosas finitas, es imposible ver y hallar lo Infinito. Lo Infinito debe ser buscado, únicamente, en lo que es infinito, y la única cosa infinita con relación a nosotros es aquélla que está en nuestro interior, nuestra propia alma. Ni el cuerpo, ni la mente, ni aun nuestros pensamientos, ni el mundo que vemos a nuestro alrededor son infinitos. El Vidente, Él, a quien todos ellos pertenecen, el Alma del hombre, Él, que está despierto en el hombre interior, sólo Él es infinito, y

[1] Véase la nota al pie de la página 84.



si queremos hallar la Causa Infinita de todo este Universo, es allí donde tenemos que buscar. Sólo en el Alma Infinita la encontraremos. «Lo que está aquí, está igualmente allá, y lo que está allá, está igualmente aquí. Aquél que ve lo múltiple, va de una muerte a otra». Hemos visto cómo al principio existía el deseo de ir al cielo. Cuando los antiguos arios estuvieron insatisfechos con el mundo que los rodeaba, naturalmente pensaron que, después de la muerte, irían a otro sitio donde todo sería felicidad, sin ninguna desdicha; multiplicaron esos lugares y los llamaron *svargas* —palabra que se puede traducir por cielo—; el gozo allí sería eterno, el cuerpo se volvería perfecto, la mente también, y los hombres vivirían en ese cielo, con sus antepasados. Pero desde que apareció la filosofía, se consideró a esto como imposible y absurdo. La idea de un lugar infinito era una contradicción en sus términos, puesto que como lugar debe tener comienzo y continuidad en el tiempo. Por lo tanto, abandonaron esta idea. Encontraron que las deidades[2] que vivían en esos cielos habían sido seres humanos sobre la tierra. Por sus buenas obras, se habían vuelto deidades, y estos *devas* —como ellos los llamaban, correspondían a estados distintos, que desempeñaban diferentes funciones; ninguno de los dioses que menciona— los Vedas es una individualidad permanente. Por ejemplo: Indra y Varuna no son los nombres de ciertas personas sino los nombres de determinadas funciones, tales como la de gobernador, etcétera. El Indra que existió antes no es el actual; aquél ha muerto, y otro hombre ha ido de la tierra a ocupar su puesto. Y lo mismo sucede con las otras deidades. Ciertos puestos son ocupados sucesivamente por almas humanas que se han elevado hasta el estado de deidades, y aun en ese estado mueren. En el viejo Rig-Veda encontramos la palabra «inmortalidad» empleada para estos dioses, pero más tarde la abandonaron completamente, pues se dieron cuenta de que no se podía hablar de inmortalidad —que está más allá del tiempo y del espacio— a propósito de una forma física cualquiera, por más sutil que sea. Por más sutil

[2] Seres luminosos, concepto equivalente al de los *devas* de los hindúes. (Nota del Traductor.)

que ella sea, debe tener un comienzo en el espacio y en el tiempo, pues los elementos que son necesarios para la constitución de la forma, están en el espacio. Traten de imaginar una forma sin espacio: es imposible. El espacio es, por así decirlo, uno de los materiales que constituye la forma, y ésta cambia continuamente. El espacio y el tiempo están en *maya*, y esa idea se expresa en este verso: «Lo que está aquí se encuentra igualmente allá». Si existen estas deidades, deben estar sometidas a las mismas leyes que se aplican aquí, y todas estas leyes implican la destrucción y la renovación, una y otra vez. Estas leyes modelan la materia en diferentes formas y luego la destruyen nuevamente. Todo lo que ha nacido debe morir y, por consiguiente, si hay cielos, las mismas leyes deben ser buenas para ellos.

En este mundo vemos que toda felicidad es seguida por la desdicha, como su sombra. La vida tiene su sombra, la muerte. Ambas deben ir juntas. No son contradictorias, puesto que no son dos existencias distintas sino manifestaciones diferentes de la misma unidad, vida y muerte; sufrimiento y felicidad; bien y mal. La concepción dualista, según la cual el bien y el mal son dos entidades separadas que se perpetúan, una y otra indefinidamente, es absurda, aun a primera vista. Son diversas manifestaciones de un solo y mismo hecho que aparece, a veces malo, otras veces bueno. La diferencia no existe en esencia sino solamente en grado. El bien y el mal difieren uno del otro por el grado de intensidad. Vemos que es un hecho que el sistema nervioso lleva, indiferentemente, las buenas sensaciones y las malas, y que cuando los nervios están dañados, no recibimos ninguna sensación. Si cierto nervio está paralizado, no recibimos las sensaciones placenteras que nos llegaban por ese canal, pero al mismo tiempo, tampoco recibimos las impresiones penosas. Nunca son dos, sino sólo una. Igualmente, una misma cosa produce, según la época de la vida, a veces placer y a veces pena. El mismo fenómeno que alegrará a uno, entristecerá a otro. El hecho de comer carne causa placer al hombre, pero ha causado sufrimiento al animal que es comido. Jamás ha habido una cosa que haya proporcionado placer a todos de igual modo. Algunos están a gusto y otros a disgusto, y las cosas continuarán así. En



consecuencia; esta dualidad de existencia es negada. ¿Qué resulta de ello? Les he dicho en mi última conferencia, que jamás lograremos que todo sea bueno en esta tierra, ni tampoco malo. Tal vez haya desagradado y asustado a alguno de ustedes, pero no puedo evitarlo y estoy dispuesto a convencerme si se me demuestra lo contrario; pero, hasta que no me sea probado y yo vea que es verdad, no puedo decirlo de otro modo.

La argumentación general contra lo que expongo y que aparentemente es muy corriente, es ésta: en el curso de la evolución, todo lo que es malo en lo que vemos alrededor de nosotros se elimina gradualmente, y el resultado sería que si esta eliminación continúa durante millones de años, llegará un momento en que todo el mal habrá sido extirpado y sólo subsistirá el bien. En apariencia es un argumento muy bueno. ¡Quiera Dios que sea cierto! Pero es falaz, por cuanto presupone que tanto el bien como el mal son cosas fijadas para la eternidad. Admite que hay una masa definida de mal, por ejemplo cien, igual al bien, y que esta masa de mal disminuye todos los días, hasta que, finalmente, no queda sino el bien. Pero, ¿esto es así? La historia del mundo nos demuestra que el mal está continuamente creciendo, lo mismo que el bien. Tomen al hombre menos evolucionado; vive en los bosques. Su sentido del goce es muy limitado, e igualmente su capacidad para sufrir. Sus miserias están enteramente en el plano sensorio; si no tiene mucho para comer, es desdichado; pero denle alimentos en abundancia y libertad para vagar y cazar, y será perfectamente feliz. Su felicidad reside únicamente en los sentidos, y sus sufrimientos también. Que ese hombre desarrolle sus conocimientos, y su felicidad será aumentada; su intelecto se abrirá y sus goces sensorios dejarán sitio a los goces intelectuales. Experimentará placer en leer un hermoso poema, y un problema de matemática será para él de un interés absorbente. Pero, al mismo tiempo, sus nervios afinados serán cada vez más sensibles a los sufrimientos mentales acerca de los cuales el salvaje ni piensa. Tomemos un ejemplo muy simple. En el Tíbet no hay matrimonio y tampoco hay celos. Sabemos, no obstante, que el matrimonio es un estado muy superior. Los tibetanos no conocen la alegría maravillosa, la ben-

dición de la castidad; la dicha de tener una esposa casta y virtuosa, o un marido casto y virtuoso. Esa gente no puede experimentar estos sentimientos. Del mismo modo, no pueden experimentar los celos intensos de la esposa casta o del marido casto, ni el dolor causado por la infidelidad de uno o de otro, con todos los pesares y las torturas que sufren aquéllos para los cuales la castidad es un ideal. Por un lado, ese marido y esa mujer ganan en felicidad, pero, por el otro, también sufren.

Tomen ustedes su país, que es el más rico del mundo y en el que hay más lujo; vean cómo la miseria es intensa en él; vean cómo tienen muchos más locos que las otras razas, simplemente porque los deseos son aquí más violentos. Un hombre debe llevar aquí cierto tren de vida; el dinero que gasta en un año, en la India sería una fortuna. No le pueden predicar la simplicidad de vida, porque la sociedad exige mucho de él. La rueda de la sociedad continúa girando: no se detiene ni por los llantos de la viuda, ni por los lamentos del huérfano. Es el mismo estado de cosas en todas partes. El sentido del placer está más desarrollado en ustedes, su sociedad es mucho más bella que otras, hay muchas más cosas de las que pueden gozar. Pero aquéllos que tienen menos, tienen también mucho menos infortunio. Pueden demostrarlo en todos los casos: más elevado es su ideal, más vasto será aquello de lo que pueden gozar y más intensos serán sus dolores. Lo uno es como la sombra de lo otro. Tal vez sea cierto que las cosas malas se eliminen, pero si es así, entonces, las cosas buenas también deben desaparecer poco a poco. ¿No será, más bien, que el mal se está multiplicando rápidamente y que el bien disminuye, si así puedo expresarme? Si el bien aumenta en progresión aritmética, el mal aumenta en progresión geométrica. Y esto es *maya*. Esto no es optimismo ni pesimismo. El Vedanta no adopta la posición de que este mundo es solamente infortunado. Esto no sería cierto. Por otra parte, sería un error decir que nuestro mundo está lleno de felicidad y bendiciones. También es en vano decir a los niños que este mundo es muy bueno, todo flores, todo leche y miel. Esto es lo que todos hemos soñado. Al mismo tiempo, es erróneo pensar que, porque un hombre ha sufrido más que otro, todo es malo. Es de



esta dualidad, es de este juego del bien y del mal que está hecho nuestro mundo de experiencias. Ante esto, el Vedanta nos dice: «No crean que el bien y el mal son dos: no crean que son dos esencias separadas, pues son una sola y misma cosa, apareciendo en diferentes grados y bajo diferentes aspectos, y provocando en la misma mente sensaciones diferentes». En esta forma, el Vedanta, desde un principio, se esforzó por encontrar la unidad en lo que es superior; es la Existencia Única manifestándose a Sí Misma, por más diversa que aparezca en su manifestación. Piensen en la vieja, cruda teoría de los persas. Dos dioses crean nuestro mundo: el bueno haciendo lo que es bien y el malo haciendo lo que es mal. A primera vista no más se nota lo absurdo de esta teoría, pues para que fuera factible, sería necesario que cada ley de la naturaleza comprendiera dos partes, de las cuales una sería aplicada por uno de los dioses, después de lo cual, ese dios se iría y vendría el otro a aplicar la otra parte. Esto presentaría una dificultad: trabajando ambos en el mismo Universo, tendrían que mantener cierto equilibrio: hacer el mal en una parte y el bien en otra. Naturalmente, éste es un ejemplo un poco burdo; es la forma más elemental de expresar la dualidad de la existencia. Ahora, tomemos la teoría más avanzada, más abstracta, según la cual este mundo es en parte bueno y en parte malo. También esto, si nos situamos en el mismo punto de vista, es absurdo. Es la ley de la unidad la que proporciona nuestra subsistencia, y es también la misma ley la que mata a mucha gente por accidente o desgracias.

Vemos, pues, que este mundo no es ni el de los pesimistas ni el de los optimistas; es una mezcla de ambos, y a medida que sigamos adelante, encontraremos que la naturaleza no debe ser culpada y que debemos cargar la totalidad de las culpas sobre nuestros propios hombros. Al mismo tiempo, el Vedanta nos muestra cuál es la salida, pero, no por la negación del mal; analiza valientemente el hecho y no trata de ocultar ninguna cosa. No es desesperado; no es agnóstico. Encuentra un remedio, pero quiere que ese remedio repose sobre una base adamantina. Cerrando la boca del niño y tapándole los ojos con engaños, se lo ilusionará sólo durante algunos días. Recuerdo cuando yo era

joven, la muerte de un hombre que dejaba a su hijo en la pobreza, con una numerosa familia a su cargo. El hijo vio que los amigos de su padre no estaban dispuestos a ayudarlo. Un día tuvo una conversación con un pastor que le dijo, a modo de consuelo: «Todo está bien; todas las cosas nos son enviadas para nuestro bien». Es el viejo método que consiste en tapar una llaga purulenta con una lámina fina de oro. Es una confesión de debilidad, y absurdo. El joven partió. Seis meses más tarde, el pastor tuvo un hijo y reunió a sus amigos para una ceremonia de acción de gracias a la cual invitó al joven. Y se puso a rezar así: «Agradezcamos a Dios por su gracia». Pero el joven se levantó y exclamó: «¡Deténgase! Todo esto es miserable». «¿Por qué?», preguntó el pastor. «Porque cuando mi padre falleció usted me dijo: 'Todo esto está bien'; cuando en apariencia era un mal; ahora, pues, lo que es un bien en apariencia, debe ser un mal en realidad.» ¿Es éste el modo de curar la miseria del mundo? Sean buenos y sean compasivos para con los que sufren. No traten de ponerle parches, nada curará al mundo; trasciéndanlo.

Éste es un mundo de bien y mal. Dondequiera que haya bien, el mal le sigue; pero más allá y detrás de todas estas manifestaciones, de todas estas contradicciones, el Vedanta descubre esa Unidad. Él nos dice: «Desechen lo que es malo y desechen lo que es bueno». Entonces, ¿qué queda? Detrás del bien y del mal hay algo que es de ustedes, su verdadero Yo, que está más allá de todo mal y también más allá de todo bien, y es ese algo que se está manifestando a sí mismo como bueno y malo. Sepan esto primero, y entonces, sólo entonces, serán verdaderos optimistas; no antes. Entonces serán capaces de controlar todas las cosas. Controlen estas manifestaciones y estarán en libertad de poder manifestar su verdadero «Yo». Sean, primeramente, amos de ustedes mismos; levántense y sean libres; vayan más allá de los límites de estas leyes, pues ellas no los gobiernan en absoluto; son sólo parte de su ser. Descubran, primero, que no son esclavos de la naturaleza, que jamás lo han sido, y que jamás lo serán. Que esta naturaleza, por más infinita que la crean, no es sino finita, es una gota en el océano y su Alma es ese océano. Ustedes están más allá de las estrellas, del Sol y de la Luna; éstos no son sino simples burbujas en comparación con su Ser infinito. Sépanlo y tendrán poder sobre el bien y sobre el mal. Sólo entonces la visión toda se cambiará y se erguirán y dirán: «¡Cuán magnífico es el bien y cuán maravilloso es el mal!»



Esto es lo que enseña el Vedanta. No nos propone un remedio tal como el de extender una hoja de oro fino sobre nuestras llagas y añadir tantas más hojas cuanto más purulentas sean las llagas. Esta vida es un hecho difícil de comprender; atraviésenla intrépidamente abriendo su camino, aunque sea duro como el diamante; poco importa, el alma es más fuerte. El Vedanta no arroja la responsabilidad sobre pequeñas divinidades, puesto que son ustedes los hacedores de su propio destino. Ustedes mismos provocan su sufrimiento, ustedes mismos se hacen bien y mal; son ustedes quienes se tapan los ojos con sus manos y luego dicen que está obscuro. Levanten las manos y vean la luz; son efulgentes, son ya perfectos, desde el comienzo. Ahora comprendemos el verso: «Aquél que ve aquí lo múltiple, va de muerte en muerte». Vean ese Uno y sean libres.

¿Cómo podemos verlo? Esta mente, tan ilusa, tan débil, que tan fácilmente se deja arrastrar, esta misma mente puede ser fuerte y puede captar un chispazo de ese conocimiento, de esa Unidad, que es lo que nos libra de morir una y otra vez. Del mismo modo que la lluvia, al caer sobre una montaña, desciende al valle en varias corrientes de agua que se deslizan por sus laderas, así, todas las energías que aquí ven provienen de esa Unidad única. Se ha vuelto múltiple volcándose sobre *maya*. No corran detrás de la multiplicidad; vayan hacia el Uno. «Él está en todo lo que se mueve, está en todo lo que es puro. Él llena el Universo, está en el sacrificio, es el invitado en la casa, está en el hombre, en el agua, en los animales, en la verdad; Él es el Gran Uno. Como el fuego llegando a este mundo se manifiesta bajo diversas formas, así, esa única Alma del Universo Se manifiesta a Sí Misma en todas estas variadas formas. Como el aire llegando a este Universo se manifiesta bajo diversas formas; así, esa única Alma de todas las almas, de todos los seres, Se manifiesta a Sí Misma en todas las formas». Esto será verdad para ustedes cuando hayan comprendido esta Unidad, mas no antes. Enton-

ces, todo es optimismo, porque Él es visto en todas partes. La cuestión es que si todo esto es verdad, si este Uno Puro, el Ser, lo Infinito, ha penetrado todo esto, ¿cómo puede ser que Él sufra?, ¿cómo puede ser que Él se vuelva miserable, impuro? Eso no ocurre, nos dice el Upanishad. «Así como el Sol es la causa de la visión de todos los seres y, sin embargo, no es afectado porque un ojo sea defectuoso, así también, el Ser de todo no es afectado por las miserias del cuerpo ni por ninguna de las desgracias que nos rodean.» Yo puedo tener una enfermedad que me haga ver todo amarillo, pero no por ello el Sol será afectado. «Él es lo Único, el Creador de todo, el Amo de todo, el Alma Interior de todo ser, Aquél que hace multiforme Su Unidad. Así, a los sabios espirituales que ven en Él el Alma de su alma, a ellos pertenece la paz eterna; a ningún otro, a ningún otro. Aquél que en este mundo cambiante encuentra al que no cambia, aquél que en este universo de muerte encuentra esa Vida Única, aquél que en esta multiplicidad encuentra la Unidad; y todos aquéllos que ven en Él el Alma de su alma, a ellos pertenece la paz eterna; a ningún otro, a ningún otro. ¿Dónde encontrarle en el mundo exterior? ¿Dónde encontrarle en los soles, las lunas y las estrellas? Allí el Sol no puede alumbrar, ni la Luna, ni las estrellas, y la luz de los relámpagos no puede iluminar el lugar. ¿Qué decir, entonces, de este fuego mortal? Cuando Él brilla, todas las otras cosas brillan. Es Su luz la que han tomado prestada, y él brilla a través de ellas". Aquí tenemos otro símil hermoso. Lo entenderán bien aquéllos de ustedes que hayan estado en la India y hayan visto cómo el baniano proviene de una sola raíz y se extiende muy lejos a su alrededor, apareciendo como múltiples plantas. Él es ese baniano; Él es la raíz de todo y ha multiplicado sus ramas hasta que se convirtió en este Universo; por más lejos que se extienda, cada uno de estos troncos y ramas están conectados.

En los Vedas, en la sección de los Brahmanas, se habla de diferentes cielos, pero la enseñanza filosófica de los Upanishads desecha la idea de ir al cielo. La felicidad no se encuentra en tal o cual cielo; está en el alma. Los lugares no significan nada. He aquí otro pasaje que muestra los diferentes estados de realización: «Como un hombre ve las cosas en un sueño, así se ve la Verdad Real en el cielo de los antepasados.» En los sueños vemos todo nebuloso y no muy claro, y así es como en ese cielo se ve la Realidad. Allí hay otro cielo llamado *gandharva*, en el cual la visión es aún menos clara; allí se ve la Realidad tal como un hombre ve su propia imagen en el agua. El cielo más elevado que conciben los hindúes es llamado *Brahmaloka*, y en él la Verdad se ve mucho más claramente, como se ven las luces y las sombras, mas sin ser enteramente clara. Pero en el alma del ser humano, la Verdad brilla como la imagen perfecta, clara y distinta, como el hombre que contempla su propia cara en un espejo. El cielo más elevado está, por consiguiente, en nuestras propias almas; el más grande templo para la adoración es el alma humana; más grande que todos los cielos, nos dice el Vedanta, pues en ninguna parte, en ningún cielo, podemos comprender la Realidad tan distinta y claramente como en esta vida, en nuestra propia alma. Cambiar de lugares no ayuda gran cosa. Cuando estaba en la India pensaba que en una caverna tendría una visión más clara. Pero me di cuenta de que no era así. Después, pensé que el bosque me daría ese resultado; luego, en Benarés. Pero, la misma dificultad existía en todas partes, por cuanto somos nosotros los que construimos nuestro propio mundo. Si yo soy malo, el mundo entero será malo para mí. Esto es lo que dice el Upanishad. Y la misma cosa se aplica a todos los mundos. Si yo muero y voy al cielo, encontraré allí el mismo estado de cosas, pues mientras no sea puro, no me servirá para nada ir a cavernas, a bosques, a Benarés o al cielo. Y si he hecho brillar mi espejo, veré la Realidad tal como es, sea cual fuere el lugar donde yo viva. Así, es en vano correr a derecha e izquierda y malgastar una energía que deberíamos emplear únicamente en pulir nuestro espejo. La misma idea es expresada nuevamente: «Nadie le ve, nadie ve Su forma con los ojos. Es en la mente, es en la mente pura, en la que Él es visto, y así se alcanza la inmortalidad».

A los que han asistido el verano pasado a las conferencias sobre *Raja-yoga*, debo decirles que lo que fue enseñado entonces era un yoga diferente. El yoga que actualmente estudiamos consiste, sobre todo, en el control de los sentidos. Cuando los

sentidos son sometidos como esclavos al alma humana, cuando no pueden perturbar la mente, el yogui ha alcanzado la meta. «Cuando todos los vanos deseos del corazón han sido abandonados, entonces, el mortal se vuelve inmortal, entonces, se vuelve uno con Dios aun aquí. Cuando todos los lazos del corazón han sido cortados, entonces, el mortal se vuelve inmortal y goza aquí de Brahman.» Aquí, sobre esta tierra, no en otra parte.

Debemos ahora, añadir algunas pocas palabras. Se les dirá que el Vedanta, que esta filosofía y los otros sistemas orientales, sólo tienen en cuenta algunas cosas del más allá y dejan pasar por alto los goces y luchas de esta vida. La idea es enteramente errónea. Los que les hablan así son las personas ignorantes que nada saben del pensamiento oriental y que jamás han tenido bastante cerebro para comprender nada de sus enseñanzas reales. Por el contrario, leemos en nuestras escrituras que nuestros filósofos no quieren ir a otros mundos, que reprueban esos otros mundos por ser lugares donde la gente llora y ríe un momento y luego muere. Mientras seamos débiles debemos pasar por estas experiencias; pero todo lo que es verdad está aquí, y ésta es el Alma humana. Y se insiste en que por el suicidio no podemos escapar a lo inevitable; no podemos eludirlo. Pero el camino recto es difícil de encontrar. El hindú es tan práctico como el occidental: solamente que no concibe la vida de la misma manera. Uno dice: «Construyamos una buena casa, tengamos buenos vestidos, buena alimentación, cultivemos nuestro intelecto, etcétera, porque esto es la totalidad de la vida»; y para eso es inmensamente práctico. Pero el hindú dice que el verdadero conocimiento del mundo significa el conocimiento del alma, la metafísica, y es ésta la vida que quiere disfrutar. En América había un gran agnóstico, un hombre muy bueno, muy noble y brillante orador. Daba conferencias sobre religión, la cual, decía, no sirve para nada; ¿para qué confundir nuestra cabeza acerca de otros mundos? Empleaba este símil: «Tenemos aquí una naranja y lo que queremos es extraer de ella todo el jugo». Cierta vez lo encontré y le dije: «Estoy enteramente de acuerdo con usted. Tengo ciertas frutas y también yo quiero exprimirles el jugo. La diferencia entre nosotros estriba en que no elegimos



las mismas frutas. Usted desea una naranja; yo, en cambio, prefiero un mango. Usted piensa que es suficiente para vivir aquí, comer, beber y adquirir algunos conocimientos científicos; pero usted no tiene el derecho de decir que esto satisfaga a todos los gustos. Para mí, tal concepción es nula. Si yo sólo tuviera que aprender cómo una manzana cae de un árbol o cómo una corriente eléctrica produce en mí una sacudida nerviosa, me suicidaría. Yo quiero comprender el corazón mismo de las cosas, su naturaleza íntima. Su estudio es la manifestación de la vida; el objeto del mío es la vida en sí. Mi filosofía declara que hay que conocer la vida y eliminar de su mente todo pensamiento de cielo, de infierno y de toda otra superstición, aunque existan en el mismo sentido que este mundo existe. Es necesario que yo conozca el corazón de esta vida, su esencia misma, lo que ella es, y no sólo cómo funciona o cuáles son sus manifestaciones. Quiero conocer el *porqué* de todas las cosas; el *cómo* lo dejo para los niños. Como decía uno de sus compatriotas: «Cuando fumo un cigarrillo, si tuviera que escribir un libro, trataría de la ciencia del cigarrillo». Está muy bien, es muy bueno ser científico, ¡que Dios los bendiga en sus búsquedas! Pero cuando un hombre dice que no existe otra cosa, dice una insensatez; él no se preocupa por conocer la *raison d'être* de la vida; jamás estudia la existencia en sí. Yo puedo argüir que todo su conocimiento es una insensatez, sin una base. Ustedes estudian las manifestaciones de la vida, y cuando les preguntan qué es la vida, dicen que no lo saben. Sea usted bienvenido por sus estudios, pero, déjeme a mí con los míos».

Yo soy práctico, muy práctico, a mi manera. De modo que su idea de que sólo Occidente es práctico, no tiene sentido. Ustedes son prácticos de una manera, y yo de otra. Hay diferentes tipos de mente. En Oriente, si se le dice a un hombre que hallará la Verdad sosteniéndose sobre una pierna durante toda su vida, seguirá el método que se le indica. Si en Occidente se dice a la gente que existe una mina de oro en algún sitio de un país no civilizado, millones de hombres irán a exponerse a todos los peligros, con la esperanza de hallar oro; y puede ser que sólo uno de ellos tenga éxito. Esos mismos hombres también han

oído decir que tienen alma, pero se contentan con dejarla al cuidado de la iglesia. El primer hombre del que les he hablado no se acercará a los salvajes; les dirá que eso puede ser peligroso. Pero si le dicen que en la cima de una elevada montaña, vive un sabio maravilloso que puede darle el conocimiento del alma, tratará de subir hasta allá, aun si debe morir en el intento. Estos dos tipos de hombres son prácticos a su modo, pero el error consiste en considerar a este mundo como la totalidad de la vida. Ustedes se apoyan en los transitorios efímeros goces de los sentidos; nada hay permanente en ello, y solamente nos trae más y más sufrimiento; pero lo mío trae paz eterna.

No digo que su punto de vista sea erróneo; pueden mantenerse en él. Puede proporcionar gran bien y bendiciones, pero por eso no condenen mi punto de vista. El mío también es práctico a su manera. Trabajemos todos, cada cual en su plano. ¡Quiera Dios que todos nosotros seamos igualmente prácticos en ambos planos! He visto a algunos científicos que eran tan prácticos de un lado como del otro, en el dominio científico y en el dominio espiritual, y es mi gran esperanza que con el tiempo toda la humanidad adquirirá igual eficiencia. Si observan el agua que comienza a hervir, verán primero una burbuja que sube, luego otra, y así continúa hasta que todas se juntan, y entonces se produce una formidable agitación. Este mundo es muy similar. Cada individuo es como una burbuja, y muchas burbujas forman un pueblo. Gradualmente, esos pueblos se juntan, y estoy seguro de que vendrá un día en que desaparecerá toda separación, y se manifestará esa Unidad hacia la cual vamos todos. Debe llegar un día en que cada hombre sea tan intensamente práctico en el mundo científico como en el mundo espiritual, y entonces, esa Unidad, la armonía de la Unidad, penetrará el mundo entero. La totalidad de la humanidad se volverá *jivanmukta*, ya libre en esta vida. Todos estamos luchando por alcanzar esta meta única por medio de nuestros celos y de nuestros odios, de nuestro amor y cooperación. Una tremenda corriente nos arrastra hacia el océano; aunque a veces flotamos sin rumbo, como briznas de paja o trozos de papel, estamos seguros, con el correr del tiempo, de unirnos al Océano de Vida y Dicha.

## LIBERTAD DEL ALMA

*(Conferencia pronunciada en Londres, el 5 de noviembre de 1896)*

El *Katha Upanishad*, que hemos estudiado, fue compuesto mucho más tarde que el *Chandogya Upanishad*; el que pasamos a considerar ahora. El lenguaje es más moderno y el pensamiento, más organizado. En los Upanishads más antiguos, el lenguaje es muy arcaico, como el de la porción de los himnos de los Vedas y, a veces, hay que atravesar una cantidad de cosas innecesarias para llegar a las doctrinas esenciales. La literatura ritualista, de la cual les he hablado, y que forma la segunda división de los Vedas, ha dejado una fuerte impresión sobre este viejo Upanishad; por eso, más de la mitad de él todavía es ritualista. No obstante, hay gran provecho en estudiar los Upanishads muy antiguos, pues en ellos se puede seguir, por así decirlo, el desarrollo histórico de las ideas espirituales. En los más recientes, las ideas espirituales han sido reunidas y agrupadas; en el *Bhagavad Gutta*, por ejemplo, que se podría considerar como el más reciente de los Upanishads, no se encuentra ninguna huella más de estas ideas ritualistas. El *Guita* es como un ramillete formado de magníficas flores, de verdades espirituales recolectadas en los Upanishads. Pero, en el *Guita* no se puede estudiar el alborear de las ideas espirituales ni llegar a su fuente de origen. Para ello, como muchos lo han señalado, hay que estudiar los Vedas. Gracias a la gran idea de santidad que se les atribuyó, estos libros, más que ningún otro en el mundo, han sido preservados de toda mutilación. Los pensamientos han sido preservados tanto en sus formas más elevadas como en las más bajas; tanto en lo esencial como en lo no-esencial. En ellos se encuentran, a la par, las enseñanzas más ennoblecedoras y los detalles menos importantes, pues nadie ha osado tocarlos. Ha habido comentaristas que han tratado de pulirlos y de ex-

traer de los viejos textos ideas nuevas y maravillosas: se esforzaron por encontrar ideas espirituales en las frases más comunes, pero los textos han quedado, y como tales, siempre pueden ser objeto del estudio histórico más maravilloso. Sabemos que en las Escrituras de todas las religiones se han efectuado modificaciones para adaptarlas a la espiritualidad creciente de los tiempos nuevos; se ha cambiado una palabra aquí, se ha agregado una allá, etcétera. Probablemente, no se ha hecho lo mismo con la literatura védica o, en todo caso, si se ha hecho, es casi imperceptible. Tenemos, pues, la gran ventaja de poder estudiar los pensamientos en su sentido original, de poder seguir su desarrollo, ver cómo de ideas materialistas han salido ideas espirituales cada vez más elevadas, hasta que, en el Vedanta, alcanzan su punto culminante. Se encuentran, también, descripciones de algunas de las viejas maneras y costumbres, las cuales casi no figuran en los Upanishads. El lenguaje empleado es peculiar, conciso y mnemónico.

Los autores de estos libros simplemente habían anotado algunas ideas para recordar, fácilmente, ciertos hechos que suponían ya bien conocidos. Al hacer un relato, quizás consideraban que aquéllos a quienes se dirigían conocían todo lo que trataban. Por eso, surge una gran dificultad; no conocemos el sentido real de la mayoría de esas variaciones, porque las tradiciones casi han desaparecido y lo poco que de ellas queda, ha sido muy exagerado. Han sido dadas muchas interpretaciones nuevas, por eso, cuando se las encuentra en los Puranas se han convertido ya en poemas líricos. En Occidente comprobamos, en el desarrollo político de sus razas, este hecho destacado: que no pueden soportar un amo absoluto, que tratan siempre de oponerse a que las gobierne un solo hombre, sea quien fuere. Progresivamente alcanzan ideas democráticas cada vez más elevadas, concepciones de la libertad física cada vez más completas. Del mismo modo, en la metafísica de la India, se manifiesta exactamente el mismo fenómeno en el desarrollo de la vida espiritual. La multiplicidad de dioses ha cedido lugar a un solo Dios del Universo, y en los Upanishads ya hay una rebelión contra ese Dios. No solamente era insoportable la idea de que muchos



seres gobiernen el Universo y rijan su destino, sino que no se ha podido tolerar que haya una persona que gobierne este Universo. Ésta es la primera cosa que nos choca. La idea se desarrolla más y más hasta que alcanza su apogeo. Vemos, por lo tanto, en casi todos los Upanishads, que este clímax culmina con el destronamiento de ese Dios del Universo. La personalidad de Dios se desvanece, la impersonalidad llega. Dios no es más una persona, no es más un ser humano que gobierna el Universo, por más magnificado y exagerado que sea. Se ha vuelto un principio encarnado en cada ser, inmanente en todo el Universo. En consecuencia, sería ilógico pasar del Dios Personal al Dios Impersonal, dejando al hombre como una persona. También es demolido el hombre personal, y se levanta en su lugar al Hombre como principio. La persona no es sino un fenómeno; el principio está detrás. Así, de los dos lados, y simultáneamente, vemos abatirse las personalidades y el acercamiento hacia los principios: el Dios Personal se acerca a lo Impersonal; el hombre personal se aproxima al Hombre Impersonal. Vienen luego los estados siguientes, la convergencia progresiva de las dos líneas que avanzan: la del Dios Impersonal y la del Hombre Impersonal. Los Upanishads representan las etapas por las cuales estas dos líneas, finalmente, forman una sola; y la última palabra de cada Upanishad es: «Tú eres Aquello.» Hay sólo Un Principio Eterno de Dicha, y este Uno, se manifiesta a Sí Mismo como toda esta variedad.

Luego vinieron los filósofos. La labor de los Upanishads parece haber terminado en ese punto; a partir de aquí fueron los filósofos los que iniciaron la tarea. La estructura general les fue dada por los Upanishads, y ellos debieron concluir los detalles. Desde luego que tuvieron que surgir muchos problemas. Admitiendo que no haya más que un Principio Impersonal que se manifiesta en todas estas formas múltiples, ¿cómo es que lo Uno se vuelve lo múltiple? Es otra manera de plantear la vieja cuestión que, bajo su forma sencilla, se presenta al corazón humano como la búsqueda de la causa del mal y otras cosas. ¿Por qué existe el mal en el mundo, y cuál es la causa? Pero esta misma pregunta ahora se ha sutilizado, se ha vuelto abstracta.

No es más desde el punto de vista de los sentidos que se pregunta por qué somos desdichados, sino desde el punto de vista de la filosofía. ¿Cómo es que este Principio Único se vuelve múltiple? La respuesta ya la hemos visto; la mejor respuesta que la India ha dado, es la teoría de *maya*, que dice que, en realidad, Él no se ha vuelto múltiple, no ha perdido nada de Su naturaleza real. La multiplicidad sólo es aparente. El hombre es sólo aparentemente una persona; es, en realidad, el Ser Impersonal. Dios es una persona sólo en apariencia: en realidad, Él es el Ser Impersonal.

Aun en esta respuesta ha habido etapas sucesivas, y los filósofos han dado distintas opiniones. Esta teoría de *maya* no la admitieron todos los filósofos de la India; tal vez, la mayor parte de ellos no la admitió. Algunos dualistas, que profesan un dualismo bastante crudo, no han permitido que se planteara la cuestión y la han sofocado desde que apareció. «No tienen derecho —decían— a plantear una cuestión tal; no tienen derecho a reclamar una explicación; todo es, simplemente, la voluntad de Dios, y debemos someternos a ella silenciosamente. No hay libertad para el alma humana. Todo está predestinado: lo que debemos hacer, lo que debemos tener, lo que debemos gozar y lo que debemos sufrir. Cuando el sufrimiento llega, es nuestro deber soportarlo pacientemente; si no lo hacemos así, seremos castigados aún más. ¿Cómo lo sabemos? Porque lo dicen los Vedas.» Así, estos dualistas tienen sus textos y sus interpretaciones y quieren imponerlos.

Hay otros que, aunque no admiten la teoría de *maya*, quedan a mitad del camino. Dicen que el conjunto de esta creación forma, por así decir, el cuerpo de Dios. Dios es el Alma de todas las almas y de la totalidad de la Naturaleza. En el caso de las almas individuales, la contracción es provocada por las malas acciones. Cuando un hombre hace algún mal, su alma comienza a contraerse, su poder disminuye y continúa disminuyendo hasta que hace buenas acciones; entonces, su alma se expande de nuevo. Hay una idea que parece común a todos los sistemas de la India, y yo creo que a todos los sistemas del mundo, lo sepan o no, y es lo que yo llamaría la divinidad del hombre. No hay en el mundo un sistema, una verdadera religión, que no sostenga



que el alma humana sea lo que fuere, y cualesquiera que sean sus relaciones con Dios, es esencialmente pura y perfecta, ya sea que esta idea se exprese en el lenguaje mitológico, alegórico o filosófico. Su naturaleza real es bienaventuranza y poder, y no debilidad y desdicha. De una manera o de otra, esta desdicha llegó. Los sistemas rudimentarios pueden llamarlo mal personificado, diablo o Ahriman, para explicar cómo apareció esta desdicha. Otros sistemas pueden tratar de presentar un Dios y un diablo en un solo ser que hace desgraciados a unos y felices a otros, sin ninguna razón. Luego hay otros, más reflexivos, que trajeron la teoría de *maya*, etcétera. Pero, un hecho se destaca claramente, y de él debemos ocuparnos. Después de todo, estas ideas y estos sistemas de filosofía, no son más que gimnasia mental, ejercicios intelectuales. La única gran idea que me parece clara y que surge entre la masa enorme de supersticiones, en todos los países y en todas las religiones, es esa idea luminosa de que el hombre es divino, que la divinidad es nuestra naturaleza real.

Todo lo que viene después es una mera superposición, como lo llama el Vedanta. Algo ha sido superpuesto, pero la naturaleza divina nunca muere. En los más degradados, así como en los más santos, está siempre presente. Hay que llamarla, y ella hará el trabajo necesario para aparecer. Debemos buscarla, y ella se manifestará. Antiguamente, la gente sabía que el fuego existe en el pedernal y la madera seca, pero se necesitaba la fricción para lograrlo. Igualmente, este fuego de libertad y de pureza es la naturaleza de cada alma, y no una cualidad, porque las cualidades pueden adquirirse y, por consiguiente, también pueden perderse. El alma es una con la Libertad, el alma es una con la Existencia, y el Alma es una con el Conocimiento. La naturaleza, la herencia del Alma, es *Sat-Chit-Ananda* (Existencia-Conciencia-Dicha Absoluta[1]). Todo lo que vemos es Su expresión, que se manifiesta más o menos brillante u obscuramente. Aun la muerte no es más que una manifestación de esta Existencia Real. El nacimiento y la muerte, la vida y la decrepitud, la degeneración y la regeneración son todas manifestaciones de esta Unidad. A

[1] Véase nota al pie de la página 84.

su vez, el conocimiento, cualquiera que sea la manera en que se manifieste, ya como ignorançia o como saber, no es sino la manifestación de este mismo *Chit*, la esencia del conocimiento; la diferencia es sólo de grado y no en su naturaleza. La diferencia entre el conocimiento del más insignificante gusano que se arrastra a nuestros pies y el del más grande genio que el mundo pueda producir, sólo es una diferencia de grado, no de naturaleza. El pensador vedantista tiene el valor de declarar que los goces de esta vida, aun los goces más bajos, no son otra cosa que manifestaciones de esa única Dicha Divina, la Esencia del Alma.

Esta idea parece ser la más predominante en el Vedanta y, como ya se los he dicho, me parece también que es sostenida por todas las religiones. Todavía tengo que hallar la religión que no la contenga. Ésta es la misma idea universal que trabaja a través de todas las religiones. Tomen, por ejemplo, la Biblia. Nos dice en una alegoría, que el primer hombre, Adán, era puro, y que esta pureza fue cubierta más tarde por las malas acciones que hizo. Esto nos muestra, claramente, que se atribuía al hombre primitivo una naturaleza perfecta. Las impurezas que vemos, los males que sentimos, no son más que superposiciones a esa naturaleza, y la historia ulterior de la religión cristiana muestra que se consideró como posible; más aún, tenían la certeza del retorno a ese estado primario. Ésa es toda la historia de la Biblia, del Antiguo y del Nuevo Testamento juntos. Y lo mismo sucede con los mahometanos; ellos también creían en Adán y en la pureza de Adán, y el camino para recobrar ese estado perdido fue abierto por Mahoma. Igualmente los budistas. Ellos creen en el estado llamado Nirvana, que está más allá de este mundo relativo. Es exactamente lo mismo que Brahman de los vedantistas; todo el sistema de los budistas reposa sobre la idea del retorno a ese estado de Nirvana que ha sido perdido. En todo sistema encontramos esta doctrina, de que no pueden ustedes obtener nada que no les pertenezca ya. No deben nada a nadie en este Universo. No hacen más que reclamar su herencia, como lo ha expresado en forma muy poética un gran filósofo vedantista, en el título de uno de sus libros: *El logro de nuestro propio imperio*. Este imperio es nuestro; lo hemos perdido y debemos



recuperarlo. Sin embargo, el *mayavadin* (el monista que sostiene la teoría de *maya*), dice que la pérdida de su imperio fue una alucinación: ustedes jamás lo han perdido. Ésta es la única diferencia.

Aunque todos los sistemas están de acuerdo en admitir que teníamos este imperio y que lo hemos perdido, nos dan consejos variados sobre la forma de recuperarlo. Uno dice que para reconquistarlo, debemos celebrar ciertas ceremonias, ofrecer determinadas sumas de dinero a ciertos ídolos, comer ciertos alimentos, vivir de una manera particular. Otro declara que para conseguirlo, es necesario llorar y prosternarse e implorar el perdón de algún Ser que está más allá de la naturaleza. Otro, a su vez, nos dice que es suficiente amar a un determinado Ser, con todo el corazón. Todos estos diferentes consejos se encuentran en los Upanishads; a medida que continúe, verán ustedes que esto es así. Pero el último y el más grande de todos los consejos es que no necesitamos llorar en absoluto. Tampoco es necesario adherirse a todas esas ceremonias, ni preocuparse por la manera de recuperar ese imperio, puesto que jamás se ha perdido. ¿Por qué ir a buscar lo que no se ha perdido? Ya son puros, ya son libres, si piensan que son libres, libres serán en este mismo momento; si piensan que están ligados, ligados estarán. Ésta es una declaración muy osada y, como se los he dicho al comienzo de estas conferencias, así les hablaré siempre, con toda intrepidez. Tal vez, estas ideas ahora les asusten, pero cuando reflexionen sobre ellas y las realicen en su vida, entonces, llegarán a saber que lo que les digo es verdad. En efecto, suponiendo que la libertad no es su naturaleza, no hay ningún medio posible por el cual ustedes puedan volverse libres. Si suponemos que eran libres y de alguna manera han perdido aquella libertad, eso demuestra que nunca fueron libres. Si lo han sido, ¿qué es lo que pudo haber hecho perderla? Lo independiente no puede ser convertido en dependiente; si es realmente dependiente, su independencia fue una alucinación.

De estos dos aspectos, ¿cuál van a tomar? Si decimos que el alma, por su propia naturaleza, es pura y libre, se sigue, naturalmente, que nada en este universo podría ligarla o limitarla.

Pero, si hay algo en la naturaleza que pudiera encadenar el alma, naturalmente se desprende que el alma no es libre, y la afirmación de que es libre fue una ilusión. Por eso, si es posible para nosotros alcanzar la libertad, es forzoso concluir que el alma es por naturaleza libre. No podría ser de otra forma. Libertad significa independencia de todo lo que es exterior, y esto significa que nada exterior puede actuar sobre el alma como causa. El alma no tiene causa, y es de donde fluyen todas las grandes ideas que tenemos. No pueden ustedes probar la inmortalidad del alma mientras no admitan que el alma, por naturaleza, es libre o, en otros términos, que nada exterior puede actuar sobre ella. La muerte es un efecto producido por alguna causa exterior. Yo tomo un veneno y muero, demostrándose así que sobre mi cuerpo puede actuar algo exterior que se llama veneno. Pero, si es verdad que el alma es libre, se desprende naturalmente, que nada puede afectarle y que jamás podrá morir. La libertad, la inmortalidad, la beatitud, dependen del hecho de que el alma está más allá de la ley de causalidad, que está más allá de *maya*. ¿Cuál de las dos van a elegir? O considerarán como ilusión a lo primero, o a lo segundo. Ciertamente, para mí lo segundo es ilusión. Está más en consonancia con mis sentimientos y aspiraciones. Yo estoy absolutamente consciente de que soy libre por naturaleza, y no admitiré que esta esclavitud sea verdadera y que mi libertad sea ilusoria.

Esta discusión, bajo una u otra forma, prosigue en todas las filosofías. Aun en las más modernas filosofías encontrarán este mismo debate. Hay dos grupos de partidarios. Uno declara que no hay alma, que la idea del alma es una ilusión producida por el repetido pasaje de partículas de materia que producen la combinación que llamamos el cuerpo o el cerebro; que la impresión de libertad es el resultado de las vibraciones, de los movimientos, del continuo pasaje de estas partículas. Hubo sectas budistas que han sostenido esta tesis y la han explicado con el siguiente ejemplo: si tomamos una antorcha y la hacemos girar rápidamente, se producirá un círculo de luz. Este círculo, en realidad, no existe, por cuanto la antorcha está cambiando de lugar constantemente. Del mismo modo, nosotros somos



haces de pequeñas partículas, cuyo rápido girar produce la ilusión de un alma permanente. Los partidarios del otro sistema dicen que, en la rápida sucesión del pensamiento, es la materia la que aparece como una ilusión, pero que no tiene existencia real. Vemos, pues, que unos pretenden que el espíritu es ilusorio, en tanto que otros sostienen que la materia es lo ilusorio. ¿De qué lado se quedan ustedes? Desde luego, nosotros tomamos el espíritu y negaremos la materia. Los argumentos son similares en los dos casos, solamente que del lado del espíritu el argumento es un poco más sólido. Nadie ha visto nunca qué es la materia. Sólo podemos sentirnos a nosotros mismos. Nunca he conocido quien pudiera sentir la materia fuera de él mismo; nadie ha podido jamás saltar fuera de sí mismo. Por consiguiente, la argumentación es un poco más fuerte del lado del espíritu. En segundo lugar, la teoría del espíritu explica el Universo, mientras que el materialismo no. Por eso, la explicación materialista es ilógica. Si exprimen todas las filosofías y las analizan, hallarán que se reducen a adoptar una u otra de estas posiciones. Encontrarán bajo una forma más complicada, bajo una forma más filosófica, la misma cuestión de la pureza y de la libertad naturales. Unos dicen que la ilusión está aquí, otros que está allá. Pero, desde luego, nosotros nos colocaremos al lado de los que creen que nuestra esclavitud es una ilusión.

La solución del Vedanta es que no somos esclavos sino que ya somos libres. No sólo esto, sino que es peligroso decir o pensar que estamos ligados; es un error, es autohipnotismo. Desde el momento en que dicen: «estoy esclavizado», «soy débil», «estoy desamparado», ¡desdichados de ustedes!, remachan un nuevo eslabón a la cadena que ustedes mismos fraguaron. No lo digan, no lo piensen. He oído el relato de un hombre que vivía en un bosque y que repetía día y noche: «*Shivoham*» («Yo soy el Bendito»). Cierto día, un tigre se arrojó sobre él y se lo llevó para devorarlo. Algunos que estaban en la otra ribera del río vieron la escena y oyeron que continuaba repitiendo, aun en las fauces del tigre, y hasta que le quedó aliento: «*Shivoham*». Ha habido muchos hombres como ése. Ha habido hombres que, mientras se los cortaba en pedazos, han bendecido a sus enemigos: «Yo

soy Aquello; yo soy Aquello y tú eres Aquello también. Yo soy puro y perfecto, y mis enemigos también lo son. Tú eres Aquello y yo también». Ésta es la actitud del fuerte. Sin embargo, en las religiones de los dualistas hay cosas grandes y maravillosas. Maravillosa es la idea del Dios Personal, separado de la naturaleza, a quien amamos y adoramos. A veces, esta idea es muy tranquilizadora. Pero —dice el Vedanta— este efecto sedante es como el que produce un estupefaciente; no es natural. Trae debilidad con el tiempo, y lo que el mundo necesita, ahora más que nunca, es fuerza. Es la debilidad —nos dice el Vedanta— la causa de toda la miseria del mundo. La debilidad es la única causa del sufrimiento. Nos volvemos miserables porque somos débiles. Mentimos, robamos, matamos y cometemos crímenes, porque somos débiles. Sufrimos porque somos débiles. Morimos porque somos débiles. Donde no haya nada que nos debilite, no hay muerte ni dolor. Somos miserables por culpa de la ilusión. Renunciemos a la ilusión y todo eso se desvanecerá. En verdad, esto es simple y claro. A través de todas estas discusiones filosóficas y de esta formidable gimnasia mental, hemos llegado a esta idea religiosa, la más simple de todo el mundo.

El Vedanta monista es la forma más simple en que se puede presentar la verdad. La enseñanza del dualismo fue un tremendo error cometido en la India, y en cualquiera otra parte, porque los hombres no se han preocupado de los primeros principios y sólo han pensado en el proceso que, realmente, es muy intrincado. Para muchos, estas terribles proposiciones filosóficas y lógicas eran alarmantes. Pensaban que estas cosas no podían hacerse universales, no podían ser seguidas en la vida práctica cotidiana y que, por consiguiente, cobijándose en una filosofía tal se corría el riesgo de que se produjera un gran relajamiento en el modo de vivir.

Pero yo no creo, en absoluto, que la prédica de las ideas monistas produciría inmoralidad y debilidad. Por el contrario, tengo razones para creer que es el único remedio que hay. Si ésta es la verdad, ¿por qué hacer beber a la gente agua estancada, cuando la corriente de vida fluye al lado? Si ésta es la verdad, si somos puros, ¿por qué no enseñarlo al mundo entero



ahora mismo? ¿Por qué no enseñarlo con voz de trueno a todo hombre que viene al mundo, al santo y al pecador, a la mujer y al niño, al rey en su trono y al barrendero en la calle?

Al presente, esto parece grande, una enorme tarea; para muchos parece algo espantable, pero es por causa de la superstición, nada más. A fuerza de comer toda clase de alimentos malos e indigestos o de nutrirnos mal, somos incapaces de apreciar una buena comida. Desde nuestra infancia escuchamos palabras de debilidad. Oímos a la gente decir que no creen en fantasmas, pero al mismo tiempo, hay muy pocos que no se estremecen cuando se hallan en la obscuridad. Esto es simple superstición. Igual cosa sucede con todas las supersticiones religiosas. Hay en este país personas que, si yo les dijera que no hay tal ser como el diablo, pensarían que toda religión está perdida. Muchas personas me han preguntado: ¿Cómo puede existir la religión sin un diablo? ¿Cómo puede haber una religión sin alguien que nos dirija? ¿Cómo podemos vivir sin alguien que nos gobierne? Nos gusta ser tratados así, porque nos hemos habituado a ello. No somos dichosos si no sentimos que seremos retados por alguien todos los días. ¡Siempre la misma superstición! Pero por más terrible que esto pueda parecernos ahora, llegará un día en que miraremos hacia atrás, hacia lo que somos, y nos reiremos de todas estas supersticiones que cubren el alma pura y eterna; un día en que repetiremos con alegría, con verdad, con fuerza: «Yo soy libre y fui libre y siempre seré libre». Esta idea monista sale del Vedanta y es la única idea que dignifica la vida. Las Escrituras podrían desaparecer mañana. Poco importa que la idea haya surgido en la mente de los hebreos o en la de gente que habita las regiones polares. Porque es la verdad, y la verdad es eterna y la verdad misma nos enseña que no es propiedad exclusiva de ningún individuo o pueblo. Los hombres, los animales y los dioses, todos son recipientes comunes de esta verdad única. ¡Que la reciban todos! ¿Por qué admitir que la vida sea desdichada? ¿Por qué dejar que los hombres caigan en toda clase de supersticiones? Yo daría diez mil vidas si veinte de ellos abandonaran sus supersticiones. Si ustedes dicen esta verdad a otros, les causarán miedo; y no sola-

mente en este país, sino también en los países donde nació. Ellos dicen: «Esa idea es para los *sanyasines*, que renuncian al mundo y viven en los bosques; para ellos está bien. Pero para nosotros, pobres jefes de familia... debemos tener cierta clase de temor, debemos hacer ciertas ceremonias», y cosas por el estilo.

Las ideas dualistas han reinado en el mundo demasiado tiempo, y éste es el resultado. ¿Por qué no hacer un nuevo experimento? Tal vez sean necesarias muchas etapas de la humanidad para que todas las mentes acepten el monismo, pero, ¿por qué no comenzar ahora? Si hablamos del monismo a veinte personas solamente, durante nuestra vida, hemos hecho una gran obra.

Una idea que a menudo se opone al monismo es: Está muy bien decir: «Yo soy el Puro, yo soy el Bienaventurado», pero yo no puedo manifestarlo siempre en mi vida. Esto es cierto; el ideal es siempre muy difícil de realizar. Todo niño que nace ve el cielo sobre su cabeza, muy lejos, pero, ¿es ésta una razón para que no miremos el cielo? ¿Irían mejor las cosas si nos entregamos a la superstición? Si no podemos encontrar néctar, ¿mejoraremos las cosas bebiendo veneno? Porque no podamos realizar inmediatamente la Verdad, ¿nos ayudará en algo sumergimos en la oscuridad y abandonarnos a la debilidad y a la superstición?

No tengo ninguna objeción contra el dualismo en muchas de sus formas. Me agradan muchas de ellas, pero mi objeción va hacia toda forma de enseñanza que inculque la debilidad. Ésta es la pregunta que hago a todo hombre, mujer o niño que se prepara física, mental o espiritualmente: «¿Es usted fuerte?». «¿Se siente usted fuerte?». Pues sé que sólo la verdad da fuerza. Sé que sólo la verdad da vida, que nada nos volverá fuertes sino el ir hacia la realidad, y que nadie llegará a la verdad mientras no sea fuerte. En consecuencia, no son de mi agrado esos sistemas que debilitan la mente, que los vuelven supersticiosos, que los deprimen, que los hacen desear toda suerte de locas imposibilidades, misterios y supersticiones, porque sus efectos son peligrosos. Estos sistemas jamás dan nada bueno: crean un estado mental mórbido, debilitan la mente, hasta tal punto que, con el tiempo, la incapacitan para recibir la verdad o vivir para

Responsabilidad de Yo Soy



alcanzarla. La fuerza es, por consiguiente, la única cosa necesaria. La fuerza es el remedio para la enfermedad que sufre el mundo. La fuerza es el remedio que necesitan los pobres cuando los ricos los tiranizan. La fuerza es el remedio que deben tener los ignorantes cuando son oprimidos por los instruidos. La fuerza es el remedio para los pecadores cuando los tiranizan otros pecadores, y nada nos da tanta fuerza como esta idea de monismo. Nada nos hace tan morales como esta idea de monismo. Nada nos hace trabajar tan bien, mejor y más elevado, como cuando toda la responsabilidad es asumida por nosotros mismos. Los desafío a todos ustedes. ¿Qué harían si les pongo un bebé en los brazos? Su vida entera cambiará en esos momentos; quienquiera que sean, tendrán que ser inegoístas durante esos instantes. Todos sus pensamientos criminales se irán desde que asuman esa responsabilidad; su carácter todo cambiará. En la misma forma, si toda la responsabilidad es echada sobre nuestros hombros, daremos lo mejor y más elevado de nosotros. Cuando no tengamos a nadie de quien asirnos ni diablo a quien echar las culpas ni Dios Personal que cargue con nuestro fardo, cuando seamos los únicos responsables, entonces alcanzaremos lo más elevado y mejor. Yo soy responsable de mi destino; soy yo quien me produzco el bien a mí mismo y soy yo quien me acarreo el mal. Yo soy el Puro y el Bienaventurado. Debemos rechazar todos los pensamientos que afirman lo contrario. «No tengo muerte ni temor, ni tengo casta ni credo, no tengo padre ni madre, ni nacimiento, ni amigo, ni enemigo, porque yo soy Existencia-Conocimiento-Dicha Absoluta[2]; yo soy el Bienaventurado, yo soy el Bienaventurado. No estoy ligado por la virtud ni por el vicio ni por la felicidad ni por la desdicha. Las peregrinaciones, las escrituras y los ritos, no tienen poder sobre mí. No tengo hambre ni sed; el cuerpo no es mío; no estoy sujeto a las supersticiones ni a la decadencia que atacan el cuerpo. Yo soy Existencia-Conocimiento-Dicha Absoluta[2]; yo soy el Bienaventurado, yo soy el Bienaventurado.»

[2] Véase la nota al pie de la página 84.

Ésta es —dice el Vedanta— la única plegaria que deberíamos repetir. El único medio de alcanzar la meta es decirnos a nosotros mismos y decir a todos, que somos divinos. Y a medida que lo repitamos, la fuerza vendrá. Aquél que vacila al principio se volverá cada vez más fuerte, y la voz adquirirá más volumen, hasta que la verdad se apodere de nuestro corazón, circule por nuestras venas e impregne nuestros cuerpos. La ilusión se irá desvaneciendo a medida que la luz se haga más y más intensa; las capas de ignorancia caerán una tras otra, y entonces, llegará un tiempo en que todo lo demás habrá desaparecido y únicamente el Sol brillará.

# EL COSMOS

## EL MACROCOSMOS

*(Conferencia dada en Nueva York, el 19 de enero de 1896)*

Las flores que por todas partes nos rodean son hermosas; hermosa es la salida del Sol por la mañana; hermosas son las tonalidades multicolores de la naturaleza. El Universo todo es bello, y el hombre ha estado disfrutando de él desde su aparición en la tierra. Son sublimes e inspiran reverencia las montañas, los gigantescos y rugientes ríos que corren hacia el océano, los inexplorados desiertos, el océano infinito, los cielos estrellados; todo es imponente, majestuoso, inspirador, sublime; verdaderamente bello. El conjunto todo de la existencia que llamamos Naturaleza ha estado actuando sobre la mente humana desde tiempo inmemorial. Ha estado actuando sobre el pensamiento del hombre, y como reacción, han surgido las preguntas: «¿Qué es todo esto? ¿De dónde proviene?» Desde tiempos tan remotos como la más antigua porción de los Vedas —el más viejo de los escritos humanos— hallamos formulada la misma pregunta: «¿De dónde procede esto? Cuando no existía nada que podía afirmarse o negarse, y las tinieblas se ocultaban en las tinieblas, ¿quién proyectó este Universo? ¿Cómo? ¿Quién conoce el secreto?». Y la pregunta ha llegado hasta nosotros, en los tiempos presentes. Millones de intentos han sido hechos para contestarla; sin embargo, millones de veces tendrá que ser contestada nuevamente. No es que cada respuesta haya sido un fracaso; cada una de las respuestas a esta pregunta contenía una parte de verdad, y esta verdad adquiere fuerza a medida que transcurre el tiempo. Procuraré presentarles un bosquejo de la respuesta que he reunido entre las que dieron los antiguos filósofos de la India, en armonía con el conocimiento moderno.

Encontramos que en ésta, la más antigua de las preguntas, unos cuantos puntos han sido ya resueltos. El primero es que hubo un tiempo en que no «existía nada que podía afirmarse o negarse», cuando este mundo no existía; nuestra madre tierra, con los mares y océanos, ríos y montañas, ciudades y aldeas, razas humanas, animales, plantas, pájaros, planetas y astros, toda esa variedad infinita de la creación, no tenía existencia. ¿Estamos seguros de esto? Procuraremos señalar cómo se llega a esta conclusión. ¿Qué es lo que ve el hombre en torno de sí? Tomen una pequeña planta. Se pone una semilla en la tierra y, algo más tarde, la planta asoma, se eleva lentamente sobre el suelo y crece hasta que se convierte en un árbol gigantesco. Después muere dejando solamente las semillas. Completa, así, el círculo: procede de la semilla, se hace árbol y vuelve a la semilla. Miren un pájaro: vean cómo sale del huevo, vive su vida y luego muere; dejando otros huevos, semillas de futuros pájaros. Igual cosa ocurre con los animales; lo mismo acontece con los hombres. En la Naturaleza todo comienza, diríamos, de ciertas semillas, de ciertos rudimentos, de ciertas formas sutiles; se hacen éstas más y más densas y se desarrollan, siguiendo de este modo por cierto tiempo; luego se sumergen y vuelven de nuevo a esa forma sutil. La gota de lluvia, en la que juega el rayo de Sol, surgió del océano en forma de vapor, fue muy lejos por los aires, y alcanzó una región donde se condensó en agua, luego cayó en su forma presente y más tarde se convirtió de nuevo en vapor. Así ocurre con toda la Naturaleza que nos rodea. Sabemos que las inmensas montañas son labradas por ventisqueros y ríos que, lenta pero seguramente, las desgastan y pulverizan convirtiéndolas en arena, la cual es arrastrada al océano, en cuyo lecho se asienta, capa tras capa, se vuelve dura como las rocas, para ser acumulada, una vez más, en montañas de una generación futura. De nuevo serán desgastadas y pulverizadas, y así prosigue el ciclo. De la arena surgen las montañas; a la arena vuelven.

Si es cierto que la Naturaleza es uniforme en todo; si es verdad —y hasta ahora ninguna experiencia humana lo ha contradicho— que el mismo método por el cual es creado un grano de arena, es aplicado a la creación de gigantescos soles y estrellas, y de todo el Universo; si es cierto que todo este Universo es construido exactamente con el mismo plan que lo fue un átomo: si es verdad que la misma ley impera en todo el Universo, entonces, como ya ha sido dicho en los Vedas: «Conociendo un terrón de arcilla conoceremos la naturaleza de toda la arcilla que hay en el Universo». Tomemos una pequeña planta, estudiemos su vida y conoceremos el Universo tal como es. Si conocemos un grano de arena, comprenderemos el secreto de todo el Universo. Aplicando este proceso de razonamiento a los fenómenos, hallamos, en primer lugar, que todas las cosas son casi iguales al principio y al final. La montaña viene de la arena y a la arena vuelve; el río viene del vapor y vuelve al vapor; el vegetal viene de la semilla y semilla vuelve a ser; el hombre procede del germen humano y vuelve al germen humano. El Universo, con sus estrellas y planetas, ha surgido de un estado nebuloso y debe volver a él. ¿Qué aprendemos de esto? Que lo manifestado, o estado denso, es el efecto, y que el estado sutil es la causa. Ya ha sido demostrado hace millares de años por Kapila, el gran padre de toda la filosofía, que destrucción significa el retorno a la causa. Si esta mesa fuera destruida, volvería a su causa, a aquellas formas y partículas sutiles que, combinadas, constituyen esta forma que llamamos mesa. Si un hombre muere, volverá a los elementos que le dieron su cuerpo; si esta tierra termina, volverá a los elementos que le dieron su forma. Esto es lo que se llama destrucción. Volver a la causa. Por lo tanto, aprendemos que el efecto es igual a la causa, no diferente; sólo está en otra forma. Este vaso es un efecto y tuvo su causa, y esa causa está presente en esta forma. Cierta cantidad de material llamado vidrio, sumada a la fuerza en las manos del que lo hizo, son las causas, material e instrumental que, combinados, produjeron esta forma llamada vaso. La fuerza que estaba en las manos del fabricante está presente en el vaso como el poder de cohesión sin el cual las partículas se separarían; y el material —vidrio— está también presente. El vaso es sólo una manifestación de esas causas sutiles en una nueva forma, y si se rompiera en pedazos, la fuerza que estaba presente en forma de cohesión,

volvería a reunirse con sus propios elementos, y las partículas de vidrio volverían a quedar igual, hasta que tomaran nuevas formas.

Así, pues, vemos que el efecto nunca es diferente de la causa; sólo es una reproducción de ésta, en una forma más densa. Luego, aprendemos que todas estas formas particulares que llamamos plantas, animales u hombres, se están repitiendo *ad infinitum*, subiendo y cayendo. La semilla produce el árbol; el árbol produce la semilla que, de nuevo, crece como otro árbol, y así sucesivamente; esto no tiene fin. El agua desciende de la montaña al océano y asciende de nuevo como vapor; vuelve a la montaña y otra vez llega al océano. Así, elevándose y descendiendo, el ciclo continúa. Lo mismo ocurre con nuestras vidas y con toda la existencia que podemos ver, sentir, oír o imaginar. Todo lo que está dentro de los límites de nuestro conocimiento actúa de la misma manera, como la inhalación y la exhalación en el cuerpo humano. Todo en la creación prosigue en esta forma; una ola sube, otra baja; de nuevo se eleva y otra desciende. Cada ola tiene su depresión, cada depresión tiene su ola. La misma ley debe aplicarse al Universo tomado como un todo, en razón de su uniformidad. Todo este Universo debe resolverse en sus causas; el Sol, la Luna, las estrellas y la tierra, el cuerpo y la mente y todo en este Universo, debe volver a sus causas más sutiles, desaparecer y, podría decirse, ser destruido. Pero vivirán en las causas, como formas sutiles; y de estas formas sutiles emergerán otra vez como nuevas tierras, soles, lunas y estrellas.

Hay algo más que aprender acerca de este aparecer y desaparecer. La semilla viene del árbol, pero no se convierte en árbol inmediatamente sino que tiene un período de inactividad o más bien, un período de acción inmanifestado, muy sutil. La semilla necesita trabajar durante algún tiempo, bajo tierra. Se rompe en pedazos, degenera —podría decirse— y viene la regeneración de esta degeneración. Al comienzo, la totalidad de este Universo tiene también que trabajar de modo semejante, durante un período, en esa forma diminuta, invisible e inmanifestada que se llama caos, y de nuevo surge una nueva proyección. El período total de una manifestación de este Universo, su descenso a la forma sutil, su permanencia en ella por algún tiempo y su resurgimiento, en sánscrito se llama *kalpa* o ciclo. Luego viene una pregunta muy importante, especialmente para los tiempos modernos. Vemos que las formas más sutiles se desarrollan muy despacio y, gradualmente, se vuelven más y más densas. Hemos visto que la causa es lo mismo que el efecto, y que el efecto es sólo la causa en otra forma. Por lo tanto, este Universo todo no puede ser producido de la nada. Nada viene sin una causa, y la causa es el efecto en otra forma.



Entonces, ¿de qué ha sido producido este Universo? De un Universo sutil precedente. ¿De qué ha sido producido el hombre? De una forma sutil precedente. ¿De qué ha sido producido el árbol? De la semilla; el árbol total estaba en la semilla. De ésta surge y se manifiesta. Así, la totalidad de este Universo ha sido creado de ese mismo Universo que existía en forma sutil y que ahora se ha hecho manifiesto. De nuevo volverá a esa forma sutil, y luego se manifestará otra vez. Vemos que las formas sutiles van surgiendo lentamente y se hacen más y más densas hasta que alcanzan su límite; cuando lo alcanzan vuelven a retroceder y se hacen otra vez sutiles. Este surgir de las formas sutiles que se vuelven densas, como si cambiaran simplemente la disposición de sus elementos, es lo que en los tiempos modernos se llama evolución. Esto es muy cierto, perfectamente cierto; lo vemos en nuestras vidas. Ningún hombre capaz de razonar puede tener disputa alguna con los evolucionistas. Pero tenemos que aprender una cosa más y tenemos que dar un paso más y ¿cuál es? Que toda evolución es precedida por una involución. La semilla es el padre del árbol, pero otro árbol fue el padre de la semilla. La semilla es la forma sutil de la cual procede el árbol frondoso, y otro árbol frondoso fue la forma que involucionó en esa semilla. La totalidad de este Universo estaba presente en el universo cósmico sutil. La pequeña célula que se vuelve hombre es simplemente el hombre involucionado y que evoluciona como hombre. Si esto es claro, no disputaremos con los evolucionistas, porque vemos que si ellos admiten este paso, en vez de destruir la religión serán los más grandes sostenedores de ella.

Vemos, pues, que nada puede ser creado de la nada. Todo existe y existirá a través de la eternidad. Únicamente el movimiento se efectúa en ondas sucesivas, retornando a las formas más sutiles y apareciendo en manifestaciones densas. Esta involución y evolución prosiguen en la Naturaleza entera. Toda la serie de los ciclos de evolución, empezando con la más baja manifestación de vida y llegando hasta la más elevada, al hombre perfecto, debe corresponder a la involución de algo. La pregunta es: ¿la involución de qué?; ¿qué estaba involucionado? Dios. El evolucionista les dirá que la idea de que era Dios es errónea. ¿Por qué? Porque ustedes dicen que Dios es inteligente, y vemos que la inteligencia se desarrolla mucho más tarde en el curso de la evolución. Es en el hombre y en los animales superiores donde encontramos inteligencia, pero pasaron millones de años en este mundo antes de que esta inteligencia llegara. Esta objeción de los evolucionistas no es lógica, como lo veremos aplicando nuestra teoría. El árbol procede de la semilla y vuelve a la semilla; el principio y el final son iguales. La tierra procede de su causa y vuelve a ella. Sabemos que si hallamos el principio, podemos hallar el final y viceversa, si hallamos el final podemos hallar el principio. Si esto es así, tomen toda esta serie evolutiva, desde el protoplasma en un extremo hasta el hombre perfecto en el otro. Toda esta serie es una vida; al final hallamos al hombre perfecto; de modo que, en el principio, debe haber sido lo mismo. Por lo tanto, el protoplasma era la involución de la más elevada inteligencia. Pueden ustedes no verla, pero esa inteligencia involucionada es lo que se está desarrollando hasta manifestarse en el hombre perfecto. Esto puede ser matemáticamente demostrado. Si la ley de conservación de la energía es cierta, no pueden obtener nada de una máquina si primero no ponen en ella esa energía. El trabajo que lograrán de una máquina es exactamente lo que han puesto en ella en forma de agua y carbón: ni más ni menos. El trabajo que yo estoy haciendo ahora es exactamente lo que he puesto en mí en forma de aire; alimento y otras cosas. Sólo es cuestión de cambio y manifestación. No puede ser añadida ni quitada, a la economía de este Universo, ni una partícula de materia ni una libra de



fuerza. Si éste es el caso, ¿qué es esa inteligencia? Si no estaba presente en el protoplasma, debe haber venido de repente; debe ser algo procedente de la nada, lo cual es absurdo. Por lo tanto, arribamos a la conclusión absoluta de que el hombre perfecto, el hombre libre, el hombre-Dios, que ha ido más allá de las leyes de la Naturaleza y lo ha trascendido todo, que no tiene que pasar más por este proceso de evolución a través del nacimiento y de la muerte, ese hombre llamado el «hombre-Cristo» por los cristianos, el «hombre-Buddha» por los budistas y el «Libre» por los yoguis, ese hombre perfecto que está al final de la cadena evolutiva, estaba involucionado en la célula del protoplasma que está en el otro extremo de la misma cadena.

Aplicando el mismo razonamiento a la totalidad del Universo, vemos que la inteligencia debe ser el Señor de la creación, la causa. ¿Cuál es la noción más evolucionada que el hombre tiene de este Universo? La inteligencia, el ajuste de la parte a la parte, el desarrollo de la inteligencia, de la cual la antigua teoría del designio era un intento de expresión. Por lo tanto, al principio era inteligencia. Al comienzo esa inteligencia involuciona, y al final esa inteligencia evoluciona. La suma total de la inteligencia que hay en el Universo debe ser, en consecuencia, la inteligencia universal involucionada que se está desplegando a sí misma. Esta inteligencia cósmica universal es lo que llamamos Dios. Llámenla por cualquier otro nombre, pero es absolutamente cierto que al principio existía esa infinita inteligencia cósmica. Esa inteligencia cósmica involuciona, y se manifiesta, evoluciona de sí misma hasta que se convierte en el hombre perfecto, en el «hombre-Cristo», en el «hombre-Buddha». Después vuelve a su propio origen. Por eso dicen todas las Escrituras: «En Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestra existencia». Por eso todas las Escrituras predican que de Dios venimos y a Dios volvemos. No se asusten por los términos teológicos; si los asustan los términos no son aptos para ser filósofos. Esta inteligencia cósmica es lo que los teólogos llaman Dios.

Se me ha preguntado muchas veces: «¿Por qué usa usted esa vieja palabra: Dios?». Porque es la mejor palabra para nuestro propósito; no podrán hallar una palabra mejor, porque to-

das las esperanzas, aspiraciones y felicidad de la humanidad han sido concentradas en esa palabra. Es imposible ahora cambiar la palabra. Palabras como ésa fueron forjadas por primera vez por grandes santos, que realizaron su importancia y comprendieron su significado. Pero a medida que se hicieron corrientes en la sociedad, la gente ignorante las tomó, y el resultado es que perdieron su espíritu y su gloria. La palabra «Dios» ha sido usada desde tiempo inmemorial, y la idea de esta inteligencia cósmica y de todo lo que es grande y santo, está asociada con ella. ¿Quiere decir que porque algún tonto diga que no es buena, debemos desecharla? Otro hombre puede venir y decir: «Tomen *mi* palabra», y otro también: «Tomen *mi* palabra». Así, no habrá fin para las palabras insensatas. Usen la vieja palabra, pero úsenla solamente en el verdadero espíritu; límpienla de toda superstición y realicen plenamente lo que significa esta grande y antigua palabra. Si comprenden el poder de las leyes de asociación, sabrán que tales palabras están usadas y adoradas por millones de almas humanas, y asociadas a todo lo mejor y más elevado, a todo lo que es racional, a todo lo que es digno de amor, a todo lo que es grande en la naturaleza humana. Y ellas vienen como sugestión de esas asociaciones y no pueden ser abandonadas. Si hubiera procurado explicarles todo esto diciéndoles solamente que Dios creó el Universo, no hubiera logrado llevar ningún convencimiento hacia ustedes. Sin embargo, después de toda esta lucha, hemos vuelto a Él, el Anciano y Supremo Uno.

Vemos, ahora, que todas las diversas formas de energía cósmica, como la materia, el pensamiento, la fuerza, la inteligencia y demás son simplemente la manifestación de esa inteligencia cósmica o como la llamaremos de aquí en adelante, el Señor Supremo. Todo lo que vemos, sentimos u oímos, todo el universo, es Su creación; o para ser un poco más exactos, es Su proyección; o para ser más exactos todavía, es el Señor Mismo. Él es el que brilla como el Sol y las estrellas, Él es la madre tierra, Él es el océano. Nos llega en forma de grata lluvia, en el apacible aire que respiramos, y Él es el que actúa como fuerza en el cuerpo. Él es el discurso que se pronuncia, Él es el orador,



Él es el auditorio que está aquí. Él es plataforma sobre la cual estoy, Él es la luz que me permite ver sus caras. Todo es Él. Él Mismo es, a la vez, lo material y la causa eficiente de este Universo; Él es el que se halla involucionado en la diminuta célula y evolucionado en el otro extremo y se hace Dios otra vez. Él es el que desciende y llega a ser el átomo más inferior y, desenvolviendo lentamente Su naturaleza, se une a Sí Mismo. Éste es el misterio del Universo. «Tú eres el hombre, Tú eres la mujer; Tú eres el hombre fuerte que marcha orgulloso de su juventud; Tú eres el anciano cuyo andar vacilante busca el apoyo de su bastón; Tú resides en todas las cosas, Tú eres todas las cosas, ¡oh, Señor!». Ésta es la única solución del Cosmos que satisface al intelecto humano. En una palabra, de Él nacimos, en Él vivimos, y a Él volvemos.

## EL COSMOS

# EL MICROCOSMOS

*(Conferencia pronunciada en Nueva York, el 26 de enero de 1896)*

La mente humana, naturalmente, quiere salir al exterior; asomarse fuera del cuerpo, podríamos decir, a través de los canales de los órganos. El ojo debe mirar, el oído debe oír, los sentidos deben sentir el mundo externo y, naturalmente, las bellezas y sublimidades de la Naturaleza son lo primero que cautivó la atención del hombre. Las primeras preguntas que surgieron en el alma humana fueron acerca del mundo externo. La solución del misterio fue pedida al cielo, a las estrellas, a los cuerpos celestes, a la tierra, a los ríos, a las montañas, al océano; y en todas las religiones antiguas encontramos rastros de cómo la mente humana, a tientas, se aferraba primero a las cosas externas. Había un *deva* (ser luminoso) de los ríos, un *deva* del cielo, un *deva* de las nubes, un *deva* de la lluvia; todo lo externo, todo lo que ahora llamamos poderes de la Naturaleza se metamorfoseó, se transfiguró en voluntades, en *devas*, en mensajeros celestiales. A medida que la pregunta se fue haciendo más y más profunda, estas manifestaciones externas ya no satisfacían la mente humana, finalmente, la energía retornó a lo interno y la pregunta fue hecha al alma misma del hombre. Desde el cosmos fue llevada al microcosmos; desde el mundo externo, la pregunta se reflejó en lo interno. Del análisis de la Naturaleza externa, el hombre es llevado a analizar lo interno; y este inquirir en el hombre interno surge con un estado más elevada de civilización, con un conocimiento más profundo de la naturaleza y con un elevado estado de desarrollo.

El tema a examinar esta tarde es este hombre interno.



Ninguna cuestión es tan íntima y querida al corazón del hombre como ésta del hombre interno. ¡Cuántos millones de veces y en cuántos países ha sido planteado este problema! Sabios y reyes, pobres y ricos, santos y pecadores; cada hombre, cada mujer, todos, de tiempo en tiempo, han hecho esta pregunta: ¿No hay algo permanente en esta fugaz vida humana? ¿No hay algo —han preguntado— que no muera cuando este cuerpo muere? ¿No hay algo que viva cuando esta forma queda hecha polvo? ¿No hay alguna cosa que sobreviva al fuego que reduce el cuerpo a cenizas? Y si es así, ¿cuál es su destino? ¿Adónde va? ¿De dónde vino? Estas preguntas han sido hechas una y otra vez, y mientras esta creación perdure, mientras haya cerebros humanos que piensen, esta pregunta tendrá que ser formulada. Sin embargo, no es que no haya habido respuesta; ha venido en cada época, y a medida que transcurra el tiempo adquirirá más fuerza. La pregunta ha sido contestada, de una vez por todas, hace miles de años, y durante todo el tiempo que siguió, ha sido nuevamente expuesta e ilustrada, hecha más clara a nuestro intelecto. Lo que tenemos que hacer, por lo tanto, es una nueva exposición de la respuesta. No pretendemos arrojar ninguna nueva luz sobre esos problemas tan absorbentes, pero sí, tratar de presentarles la antigua verdad en el lenguaje de los tiempos modernos; expresar los pensamientos de los antiguos con el lenguaje de los modernos, los pensamientos de los filósofos en el lenguaje del pueblo, exponer los pensamientos de los ángeles con el lenguaje de los hombres, expresar los pensamientos de Dios con el lenguaje de la pobre humanidad, para que los hombres los comprendan; porque la misma esencia divina de la cual emanaron estas ideas está siempre presente en el hombre y, por lo tanto, puede comprenderlas siempre.

Los estoy mirando. ¿Cuántas cosas son necesarias para esta visión? Primero, los ojos. Porque si soy perfecto en toda otra forma, pero no tengo ojos, no podré verlos. En segundo lugar, el órgano real de la visión. Porque los ojos no son los órganos; sólo son los instrumentos de la visión; detrás de ellos está el órgano verdadero, el centro nervioso en el cerebro. Si este centro es dañado, el hombre puede tener el más claro par

de ojos, pero no será capaz de ver nada. De modo que este centro u órgano verdadero es necesario. Lo mismo sucede con todos nuestros sentidos. El oído externo es sólo el instrumento para llevar las vibraciones del sonido al centro cerebral. Sin embargo, esto no es suficiente. Supongan que están en su biblioteca, leyendo atentamente un libro; el reloj da la hora y ustedes no la oyen. El sonido está allí; las vibraciones están en el aire, el oído y el centro respectivo están también; estas vibraciones han sido llevadas al centro por medio del oído y, sin embargo, no las oyen. ¿Qué es lo que falta? La mente no está allí. Así, pues, vemos que la tercera cosa necesaria es que la mente esté ahí. Primero, el instrumento externo; luego, el órgano al cual este instrumento llevará la sensación; por último, la conexión entre el órgano y la mente. Cuando la mente no está unida al órgano, éste y el oído pueden tomar la impresión, pero nosotros no seremos conscientes de ello. La mente, a su vez, es tan sólo un conductor; ella tiene que llevar la sensación aún más lejos: tiene que presentarla al intelecto. El intelecto es la facultad determinativa, la que decide sobre lo que le es presentado. Todavía esto no es suficiente. El intelecto debe llevar la impresión más allá y presentarla al que gobierna este cuerpo: al alma humana, al rey en su trono. Ante él se presenta todo, y entonces él da la orden de hacer o no hacer tal cosa; la orden desciende en la misma sucesión, al intelecto, a la mente y a los órganos; los órganos la llevan a los instrumentos, y la percepción es completa.

Los instrumentos están en el cuerpo externo, en el cuerpo denso del hombre; pero la mente y el intelecto no. Ellos forman lo que en la filosofía hindú es llamado cuerpo sutil, y en la teología cristiana se ha llamado cuerpo espiritual del hombre. Este es más sutil, mucho más sutil que el cuerpo, pero no es, sin embargo, el alma. El alma está más allá de todos ellos. El cuerpo externo perece al cabo de algunos años; cualquier simple causa puede perturbarlo o destruirlo. El cuerpo sutil no es tan fácilmente perecedero, sin embargo, algunas veces degenera y otras, se hace fuerte. Vemos cómo en el anciano la mente pierde su fuerza, cómo —cuando el cuerpo es vigoroso— la mente se hace vigorosa, cómo la afectan determinadas drogas y medicamentos, cómo todo lo externo actúa sobre ella y cómo reacciona ante el mundo externo. Así como el cuerpo tiene su progreso y su decadencia, también lo tiene la mente. En consecuencia, la mente no es el alma, porque el alma no puede decaer ni degenerar. ¿Cómo podemos saber esto? ¿Cómo podemos saber que hay algo detrás de esta mente? Porque el conocimiento, que es luminoso por sí mismo y constituye la base de la inteligencia, no puede pertenecer a la materia densa y muerta. Nunca se ha visto materia alguna que tuviera inteligencia como su propia esencia. Ninguna materia densa o muerta puede iluminarse a sí misma. Es la inteligencia la que ilumina toda materia. Esta sala está aquí sólo por la inteligencia, porque, como sala, su existencia sería desconocida, a menos que una inteligencia la hubiera construido. Este cuerpo no es autoluminoso; si lo fuera, también lo sería en un hombre muerto. Tampoco la mente ni el cuerpo espiritual pueden ser luminosos de por sí. No son la esencia de la inteligencia. Lo que es autoluminoso no puede decaer. La luminosidad de aquello que brilla con luz prestada, viene y se va; pero, a eso que es la luz en sí, ¿qué es lo que puede hacerla ir y venir, decaer y resplandecer otra vez? Vemos que la Luna mengua y crece porque brilla con la luz que le presta el Sol. Si se pone al fuego un pedazo de hierro hasta que se vuelva rojo, luce y brilla, pero su luz se desvanecerá porque ha sido prestada. Así, pues, la decadencia es posible sólo en toda luz prestada y no en lo que es esencialmente luz.

Ahora vemos que el cuerpo, la forma externa, no tiene luz como su propia esencia, no es luminoso de por sí y no puede conocerse a sí mismo; tampoco lo puede la mente. ¿Por qué? Porque la mente mengua y crece, porque unas veces es vigorosa, y otras es débil, porque cada cosa y todas las cosas pueden actuar sobre ella. Por lo tanto, la luz que brilla a través de la mente no es luz propia. Entonces, ¿de quién es? Debe pertenecer a aquello que la tiene como su propia esencia y que, como tal, nunca puede decaer o morir, hacerse más fuerte o más débil; es autoluminosa; *es* la luminosidad misma. No puede ser que el alma conozca; el alma *es* la conciencia misma. El alma no puede tener existencia, *es* la existencia. El alma no puede ser dichosa, *es* la dicha. Aquello que es feliz ha tomado prestada su felicidad; y aquello que

tiene conocimiento ha recibido este conocimiento; y aquello que tiene existencia relativa, sólo tiene una existencia reflejada. Dondequiera que haya cualidades, ellas han sido reflejadas sobre la sustancia; pero, el alma no tiene conciencia, existencia y dicha como cualidades; ellas son la esencia misma del alma.

Desde luego, puede preguntarse: ¿Por qué hemos de aceptar esto? ¿Por qué hemos de admitir que el alma tiene conocimiento, dicha y existencia como esencia y no que le han sido prestados? Puede argüirse: ¿por qué no decir que la luminosidad del alma, su dicha, su conocimiento, le son prestados, del mismo modo que la luminosidad del cuerpo es prestada por la mente? Lo falaz de este modo de argumentar es que no habrá límite. ¿De quién se tomaron prestados? Si decimos de alguna otra fuente, la misma pregunta será hecha de nuevo. Así tendremos que llegar, por último, a algo que sea luminoso por sí mismo; para abreviar, el modo lógico es detenernos donde alcanzamos la propia luminosidad y no seguir adelante.

Vemos, entonces, que este ser humano está compuesto, en primer lugar, por la envoltura exterior, que es el cuerpo. En segundo lugar, por el cuerpo sutil, que comprende la mente, el intelecto y el ego. Detrás de ellos está el Ser real del hombre. Hemos visto que todas las cualidades y poderes de este cuerpo denso se toman prestados de la mente, y que la mente, el cuerpo sutil, toma prestados sus poderes y luminosidad del alma, que está detrás.

Muchísimas preguntas surgen ahora acerca de la naturaleza del alma. Si la existencia del alma es admitida por el argumento de que es luminosa de por sí, de que el conocimiento, la existencia y la dicha son su esencia, naturalmente resulta que el alma no puede haber sido creada. Una existencia luminosa de por sí, independiente de cualquier otra existencia, jamás pudo ser el producto de cosa alguna. Siempre existió; nunca hubo un tiempo en el cual no existiera, porque si el alma no existió, ¿dónde estaba el tiempo? El tiempo está en el alma; cuando el alma refleja sus poderes sobre la mente y ésta piensa, surge el tiempo. Cuando no había alma, ciertamente no había pensamiento, y sin pensamiento no había tiempo. Por lo tanto, ¿cómo puede



decirse que el alma existe en el tiempo, cuando el tiempo mismo existe en el alma? El alma no tiene nacimiento ni muerte, pero pasa por esos diferentes estados; se manifiesta lenta y gradualmente, desde lo más inferior hasta lo más elevado, y así sucesivamente. Está expresando su propia grandeza, utilizando la mente para obrar sobre el cuerpo; y mediante el cuerpo está tratando de abarcar el mundo externo y de comprenderlo. Toma un cuerpo y lo usa; cuando éste ha decaído y está gastado, toma otro, y de este modo sigue su marcha.

Aquí se presenta una cuestión muy interesante, esa cuestión que es generalmente conocida como reencarnación del alma individual. Algunas veces, la gente se asusta de esta idea; la superstición es tan fuerte que, hasta los hombres reflexivos creen que son generados de la nada. Luego, con la mayor lógica, tratan de deducir la teoría de que, aunque han salido de la nada, después serán eternos. Aquéllos que vienen de la nada, ciertamente tendrán que volver a la nada. Ni ustedes ni yo ni ninguno de los presentes, hemos venido de la nada ni tendremos que volver a la nada. Hemos existido y existiremos eternamente; y no hay poder bajo el Sol o sobre él, que pueda deshacer la existencia de ustedes o la mía, o volvernos a la nada. Así pues, esta idea de la reencarnación, no sólo no debe asustar sino que es esencialísima para el bienestar moral de la raza humana. Es la única conclusión lógica a que pueden llegar los hombres que piensan profundamente. Si van a existir por toda la eternidad en el futuro, tienen que haber existido por toda la eternidad en el pasado. Procuraré contestar algunas objeciones que, generalmente, se aducen contra esta teoría. Aunque muchos de ustedes piensen que son objeciones muy necias, tenemos, sin embargo, que contestarlas, porque algunas veces hallamos que los hombres más reflexivos están prontos a emitir las ideas más tontas. Bien se ha dicho que nunca habrá una idea, por absurda que sea, que no encuentre filósofos para defenderla. La primera objeción es: ¿por qué no recordamos nuestro pasado? ¿Recordamos todo nuestro pasado de esta vida? ¿Cuántos de ustedes recuerdan lo que hicieron cuando eran niños? Ninguno de ustedes recuerda su primera infancia, y si de la memoria depende su

existencia, entonces este argumento prueba que no existían como niños porque no lo recuerdan. Es, simplemente, una insensatez sin atenuante decir que nuestra existencia depende de lo que recordamos. ¿Por qué tenemos que recordar el pasado? Aquel cerebro se ha ido, se ha deshecho, y uno nuevo ha sido elaborado. Lo que ha recibido este cerebro es la resultante, la suma total de las impresiones que han sido adquiridas en nuestro pasado y con las que la mente ha venido a habitar el nuevo cuerpo.

Yo, tal como estoy aquí, soy el efecto, el resultado de todo el infinito pasado que está ligado a mí. Y, ¿por qué es necesario para mí recordar todo el pasado? Cuando un gran sabio antiguo, un vidente o un profeta de antaño, que llegó a estar cara a cara con la verdad, dice algo, los hombres modernos se ponen de pie y exclaman: «¡Bah; era un loco!». Pero mencionen otro nombre: «Lo dice Huxley o Tyndall», entonces, debe ser cierto y lo aceptan. En lugar de las antiguas supersticiones, se han erigido las supersticiones modernas; en lugar de los antiguos papas de la religión, han instalado a los modernos papas de la ciencia. Vemos, pues, que la objeción relativa a la memoria no es válida, y ésta es la única objeción seria que se hace a esta teoría. Aunque hemos visto que no es necesario el recuerdo de las vidas pasadas para sostener esta teoría, estamos, sin embargo, en situación de asegurar que hay ejemplos que muestran que este recuerdo viene y que cada uno de nosotros tendrá ese recuerdo de las vidas pasadas en aquella vida en que se libere. Sólo entonces verán que este mundo no es sino un sueño; sólo entonces realizarán, en lo más profundo de su alma, que son tan sólo actores y que el mundo es el escenario; sólo entonces vendrá a ustedes, con el poder del trueno, la idea del desapego; entonces, todo esta sed de placeres, este apego a la vida y al mundo se desvanecerán para siempre; entonces, la mente verá con la claridad del día, cuántas veces ha existido todo esto para ustedes; cuántos millones de veces tuvieron padre y madre, hijos e hijas, marido y esposa, parientes y amigos, riquezas y poder. Todo eso vino y se fue. ¡Cuántas veces estuvieron en la cresta de la ola y cuántas descendieron al fondo de la desesperación! Cuando la memoria les presente esto, sólo entonces, serán como héroes y



sonreirán cuando el mundo los repudie. Sólo entonces se pondrán de pie y dirán: «No me importas ni siquiera tú, ¡oh, Muerte! ¿Qué terrores tienes tú para mí?». Esto llegará a todos.

¿Hay algún argumento, alguna prueba racional de la reencarnación del alma? Hasta ahora hemos estado exponiendo el lado negativo, mostrando que los argumentos opuestos no tienen valor. ¿Hay algunas pruebas positivas? Las hay, y muy valiosas también. Ninguna otra teoría, excepto la de la reencarnación, da razón de la gran divergencia que encontramos entre hombre y hombre en sus poderes para adquirir conocimiento. Primero consideraremos el proceso por medio del cual es adquirido el conocimiento. Supongan que salgo a la calle y veo un perro. ¿Cómo conozco que es un perro? Envío su imagen a mi mente, y en mi mente hay grupos de mis pasadas experiencias, podríamos decir, clasificadas y encasilladas. Tan pronto como llegue una nueva impresión, la tomo y la coloco en alguno de los viejos casilleros, y si encuentro que ya existe un grupo de esas impresiones, la coloco en él y quedo satisfecho. Conozco que es un perro porque coincide con impresiones ya existentes. Cuando no hallamos en el interior una experiencia análoga a la nueva, quedamos insatisfechos, y ese estado mental es llamado «ignorancia». Pero cuando hallamos que ya existían esas impresiones nos sentimos satisfechos; esto es llamado «conocimiento». Cuando los hombres vieron por primera vez caer una manzana, quedaron insatisfechos. Después, gradualmente, hallaron el grupo. ¿Cuál fue el grupo que hallaron? Que todas las manzanas caían, y lo llamaron «gravitación». Ahora vemos que, sin un fondo de experiencia ya existente, sería imposible una nueva experiencia porque no habría nada a qué referir la nueva impresión. Así, pues, si como piensan algunos filósofos europeos, el niño viniera al mundo como una *tabula rasa*, tal niño no alcanzaría ningún grado de poder intelectual, porque no tendría nada a qué referir sus nuevas experiencias. Vemos que el poder de adquirir conocimiento varía en cada individuo, y esto muestra que cada uno de nosotros ha venido con su propio fondo de conocimiento. El conocimiento sólo puede ser conseguido de una manera: por vía de la experiencia; no hay otra forma de conocer. Si

no hemos tenido la experiencia en esta vida, debemos haberla tenido en otras. ¿Por qué el temor a la muerte está en todas partes? Un pollito sale del cascarón, viene un águila, y el pollito huye espantado hacia la madre. Hay una vieja explicación (difícilmente puedo honrarla con este nombre), que es el llamado instinto. ¿Qué es lo que hace que un polluelo recién salido del huevo tenga miedo de morir? ¿Por qué los patitos empollados por una gallina, en cuanto se acercan al agua se echan a nadar? Nunca nadaron antes ni vieron nadar a nadie. La gente lo llama instinto. Es una gran palabra, pero nos deja donde estábamos antes. Estudiemos este fenómeno del instinto. Una niña comienza a tocar el piano. Al principio necesita prestar toda su atención a cada tecla que toca, pero a medida que practica durante meses y años, su ejecución se hace casi involuntaria, instintiva. Lo que fue hecho primero conscientemente, será hecho más tarde sin esfuerzo alguno de la voluntad. Ésta no es todavía una prueba completa. Queda la otra mitad, y ésta consiste en que casi todas las acciones que ahora son instintivas, pueden ser traídas bajo el control de la voluntad. Cada músculo del cuerpo puede ser puesto bajo control. Esto es perfectamente conocido. Así, la prueba es completa. Por este doble método, lo que ahora llamamos instinto es la degeneración de acciones voluntarias; por lo tanto, si la analogía se aplica a la totalidad de la creación, si toda la Naturaleza es uniforme, entonces, lo que es instinto en los animales inferiores así como también en los hombres, debe ser la degeneración de la voluntad.

Aplicando la ley de la que nos ocupamos al tratar el tema del macrocosmos —de que cada involución presupone una evolución, y cada evolución una involución— vemos que *el instinto es la razón involucionada*. Lo que llamamos instinto en hombres o animales debe ser, por lo tanto, acciones voluntarias degeneradas, involucionadas, pues las acciones son imposibles sin experiencia. La experiencia inició ese conocimiento, y ese conocimiento está allí. El temor a la muerte; los patitos metiéndose en el agua y todas las acciones involuntarias del ser humano que se han vuelto instintivas, son el resultado de experiencias pasadas. Hasta aquí hemos procedido claramente, y hasta aquí la ciencia



más adelantada está con nosotros. Pero ahora tropezamos con una nueva dificultad. Los hombres de ciencia modernos están volviendo a los antiguos sabios espirituales, y hasta donde han llegado, están en perfecto acuerdo. Admiten que cada hombre y cada animal nace con un fondo de experiencia y que todas las acciones de la mente son el resultado de experiencias pasadas. «Pero, ¿cuál es —preguntan— la utilidad de decir que esas experiencias pertenecen al alma individual? ¿Por qué no decir que pertenecen al cuerpo y solamente al cuerpo? ¿Por qué no es transmisión hereditaria?». Ésta es la última pregunta. ¿Por qué no decir que todas las experiencias con que he nacido son el efecto de las experiencias de mis antepasados? La suma total de la experiencia desde el pequeño protoplasma hasta el ser humano más elevado está en mí, pero ha pasado de cuerpo a cuerpo en el curso de la transmisión hereditaria. ¿Dónde está la dificultad? Esta pregunta está muy bien, y nosotros admitimos una parte de esta transmisión hereditaria. ¿Hasta dónde la admitimos? En cuanto a la provisión del material. Nosotros, por nuestras acciones pasadas, nos conformamos a un cierto nacimiento en cierto cuerpo y el único material apropiado para ese cuerpo, viene de los padres que se han hecho aptos para tener a esa alma como hijo.

La simple teoría hereditaria da por sentada, sin prueba alguna, la proposición más sorprendente: que la experiencia mental puede ser registrada en la materia y estar involucionada en ella. Cuando los miro, en el lago de mi mente se produce una onda. Esa onda se sumerge, pero subsiste en forma sutil como impresión. Comprendemos que una impresión física permanezca en el cuerpo, pero ¿qué prueba hay para suponer que una impresión mental pueda permanecer en el cuerpo cuando éste se destruye? ¿Qué es lo que la lleva? Aun admitiendo la posibilidad de que cada impresión mental permanezca en el cuerpo; de que cada impresión, comenzando desde el primer hombre hasta mi padre, estaba en el cuerpo de éste, ¿cómo pudo serme transmitida? ¿Por medio de la célula bioplasmal? ¿Cómo pudo ser eso? Porque el cuerpo del padre no viene al hijo *in toto*. Los mismos padres pueden tener varios hijos; luego; de esta teoría

de la transmisión hereditaria, donde la impresión y lo impresionado (es decir, lo material) son uno, se desprende, rigurosamente, que por cada hijo que nace, los padres tienen que perder una parte de sus propias impresiones o, si los padres transmitieran la totalidad de sus impresiones, entonces, después del nacimiento del primer hijo, sus mentes quedarían vacías.

Además, si en la célula bioplasmal ha entrado la suma infinita de impresiones de todos los tiempos, ¿cómo y dónde está? Ésta es la posición más imposible de sostener, y mientras esos hombres de ciencia no puedan probar cómo y dónde esas impresiones viven en la célula y qué es lo que quieren decir con lo de una impresión mental durmiendo en la célula física, su posición no puede ser aceptada. Hasta aquí, entonces, es claro que esa impresión está en la mente; que la mente efectúa su nacimiento y renacimiento, y usa el material más apropiado para ello; y que la mente que se ha hecho adecuada para una clase particular de cuerpo, tendrá que aguardar hasta que consiga ese material. Esto lo comprendemos. De modo que la teoría llega a esto: que hay transmisión hereditaria en lo tocante a la provisión del material para el alma. Pero el alma emigra y fabrica cuerpo tras cuerpo, y cada pensamiento que pensamos, cada acción que ejecutamos son almacenados en formas sutiles, prontas a surgir otra vez y tomar una nueva forma. Cuando los miro, una onda se produce en mi mente; se sumerge, puede decirse, se hace más y más sutil, pero no muere. Está pronta a surgir como onda en forma de memoria. Así, pues, todas esas impresiones están en mi mente, y cuando yo muera, la fuerza resultante de ellas estará en mí. Hay aquí una pelota, cada uno de nosotros toma una paleta en sus manos y comienza a darle golpes de todos lados; la pelota va de un lado a otro de este local, y cuando llegue a la puerta saldrá, ¿Qué lleva consigo? La resultante de todos esos golpes. Esto le dará la dirección. Igualmente, ¿qué es lo que dirige al alma cuando el cuerpo muere? La resultante, la suma total de todas las acciones que ha hecho, de todos los pensamientos que ha pensado. Si el resultado es tal que el alma tenga que fabricar un nuevo cuerpo para obtener más experiencias, irá hacia aquellos padres que estén preparados para proporcionarle el material adecuado para ese cuerpo. Así, irá de cuerpo en cuerpo, subiendo algunas veces a un cielo, y bajando otras a la tierra, haciéndose hombre o algún animal inferior. De este modo, seguirá hasta que haya finalizado su experiencia y completado el círculo. Entonces, conocerá su naturaleza real; sabrá lo que es, y la ignorancia se desvanecerá; sus poderes se manifestarán y se volverá perfecta; ya no habrá para el alma ninguna necesidad de trabajar por medio de cuerpos físicos, cuerpos sutiles o mentales. Brillará en su propia luz y será libre, para nunca más nacer, para nunca más morir.



No entraré en los detalles, pero expondré ante ustedes un punto más respecto de esta teoría de la reencarnación. Es la teoría que propone la liberación del alma humana. Es la única teoría que no echa la culpa de nuestras debilidades sobre algún otro, lo cual es un común error humano. Nosotros no vemos nuestras propias faltas; los ojos no se ven a sí mismos, ven los ojos de los demás. Nosotros, los seres humanos, somos muy lentos en reconocer nuestras propias debilidades, nuestras propias faltas, siempre que podamos echar la culpa sobre otros. Los hombres, en general, echan toda la culpa de la vida sobre sus semejantes o, en su defecto, sobre Dios; si no, evocan un fantasma diciendo que es el destino. ¿Dónde está y quién es el destino? Cosechamos lo que sembramos: somos los artífices de nuestro propio destino. Nadie más que nosotros merece el reproche o la alabanza. El viento sopla: aquellas naves cuyas velas están desplegadas, lo reciben y adelantan en su camino, pero aquéllas que tienen sus velas recogidas no lo reciben. ¿Es culpa del viento? ¿Es culpa del Padre Misericordioso, cuyo viento de misericordia está soplando sin cesar, día y noche; cuya misericordia no conoce mengua? ¿Es por Su culpa que algunos de nosotros seamos felices y otros desdichados? Nosotros forjamos nuestro propio destino. Su Sol brilla tanto para el débil como para el fuerte; Su viento sopla, igualmente, para el santo y el pecador. Él es el Señor de Todo, el Padre de todo, Misericordioso e Imparcial. ¿Quieren decir que Él, el Señor de la Creación, mira las pequeñeces de nuestra vida del mismo modo que lo hacemos nosotros? ¡Qué idea degenerada de Dios sería ésa!

Somos como cachorritos, haciendo de nuestras peleas cuestión de vida o muerte, y pensamos, tontamente, que hasta Dios Mismo tomará esto en serio como lo hacemos nosotros. Él sabe lo que el juego entre cachorritos significa. Nuestro empeño en echarle la culpa, en hacerlo responsable de castigarnos o recompensarnos muestra nuestra falta de sentido. Él, ni castiga ni recompensa a nadie. Su infinita misericordia está abierta a cada uno, en todos los momentos, en todos los sitios, bajo todas las condiciones; infalible, invariable. De *nosotros* depende el uso. De *nosotros* depende cómo utilizarla. No culpen ni al hombre ni a Dios ni a nadie en el mundo. Cuando se encuentran sufriendo, cúlpense a ustedes mismos y traten de proceder mejor.

Ésta es la única solución al problema. Aquéllos que culpan a otros y, ¡ay! el número de ellos aumenta cada día, son, generalmente, miserables, con cerebros incapaces; se han creado ese estado a sí mismos mediante sus errores, y culpan a los demás, pero el hacerlo, no altera su posición; no les sirve en modo alguno. Ese intento de echar la culpa sobre otros sólo los debilita más. Por consiguiente, no culpen a nadie de sus propias faltas; párense sobre sus pies y tomen toda la responsabilidad sobre ustedes mismos. Digan: «Esta desdicha que estoy sufriendo ha sido producida por mí, y eso prueba que tendrá que ser deshecha sólo por mí». «Aquello que yo he creado, yo puedo demolerlo; aquello que es creado por algún otro, nunca seré capaz de destruirlo.» Por lo tanto, levántense, sean valientes, sean fuertes. Tomen toda la responsabilidad sobre sus propios hombros y sepan que son los forjadores de su propio destino. Toda la fuerza y el socorro que necesitan están dentro de ustedes mismos. Por lo tanto, forjen su propio futuro. «Dejen que el pasado, ya muerto, entierre a sus muertos.» El futuro infinito está delante de ustedes y deben recordar siempre que, cada palabra, cada pensamiento, cada acción, quedan almacenados para ustedes, y que así como los malos pensamientos y los malos actos están listos para saltar sobre ustedes como tigres, así también, existe la esperanza inspiradora de que los buenos pensamientos y las buenas acciones están listos, con el poder de cien mil ángeles, para defenderlos siempre y para siempre.

## INMORTALIDAD

*(Conferencia dada en los Estados Unidos de América)*

¿Qué pregunta ha sido hecha el mayor número de veces? ¿Qué idea ha impulsado más al hombre a buscar una respuesta en el Universo? ¿Cuál es la cuestión que está más inseparablemente conectada con nuestra existencia, que ésta de la inmortalidad del alma humana? Ha sido el tema de los poetas y de los sabios, de los sacerdotes y de los profetas; los reyes en sus tronos lo han discutido, los mendigos en la calle lo han soñado. Los mejores de la humanidad han abordado el problema, y los peores de los hombres han puesto alguna esperanza en él. El interés por el tema no ha muerto aún y no morirá mientras exista la naturaleza humana. Mentalidades diversas han dado al mundo respuestas variadas. En cada época de la historia, miles de personas han abandonado la disquisición y, sin embargo, la cuestión permanece tan fresca como siempre. A menudo, en medio de la lucha y el torbellino de nuestra vida, parecemos olvidarla, pero de improviso muere alguien, tal vez alguien a quien amamos; alguien que es querido a nuestro corazón nos es arrebatado, y entonces, durante unos instantes, la lucha, el ruido, el vértigo del mundo cesan alrededor de nosotros, y el hombre se formula la vieja pregunta: «¿Qué hay después de esto? ¿Qué sucede con el alma?»

Todo conocimiento humano procede de la experiencia; nada podemos saber si no es por medio de la experiencia. Todo nuestro razonamiento tiene por base una experiencia generalizada; todo nuestro conocimiento no es otra cosa que experiencia armonizada. Mirando a nuestro alrededor, ¿qué es lo que vemos? Un continuo cambio. La planta sale de la semilla, crece y se convierte en árbol, completa el círculo y vuelve a la semilla. El animal nace, vive durante un tiempo, muere y completa el círcu-

lo. Lo mismo sucede con el hombre. Las montañas se destruyen lenta, pero seguramente; del mismo modo se desecan los ríos; la lluvia sale del mar y vuelve al mar. Por doquier, los ciclos se completan; nacimiento, crecimiento, desarrollo y decadencia se suceden con una precisión matemática. Ésta es nuestra experiencia de todos los días. En el interior de todo esto, detrás de toda esta masa enorme que llamamos vida, que comprende millones de formas y aspectos diferentes, millones y millones de variedades, desde el mínimo átomo hasta el hombre más altamente espiritualizado, encontramos que existe cierta unidad. Todos los días vemos derrumbarse la muralla que nos parecía separar las cosas, unas de otras, y la ciencia moderna admite que toda la materia no es sino una sola sustancia que se manifiesta de diferentes maneras y bajo diversas formas; la vida única que atraviesa todas las cosas es como una cadena continua cuyas formas diferentes son los eslabones; eslabón tras eslabón, casi hasta el infinito, es siempre la misma y única cadena. Esto es lo que se llanta evolución. Es una vieja, muy vieja idea, tan vieja como la sociedad humana, solamente que se renueva a medida que el conocimiento humano progresa. Hay otra cosa más que los antiguos advirtieron, pero que, en los tiempos modernos, no se percibe todavía tan claramente, y ésta es la involución. Es la semilla la que se convierte en planta; jamás un grano de arena se convertirá en una planta. Es del padre que proviene el niño; jamás un terrón de tierra se convertirá en un niño. ¿De dónde viene esta evolución? He allí la cuestión que se plantea. ¿Qué era la semilla? Era lo mismo que el árbol. Todas las posibilidades del futuro árbol están contenidas en la semilla; todas las posibilidades del hombre futuro están contenidas en el bebé; todas las posibilidades de cualquier vida futura están en el germen. ¿Qué es esto? Los antiguos filósofos de la India lo llamaban involución. Vemos, pues, que toda evolución presupone una involución. Nada puede evolucionar si no está ya ahí. Aquí, nuevamente, la ciencia moderna viene en nuestra ayuda. Un razonamiento matemático les ha enseñado que la suma total de energía que existe en el Universo es constante. No pueden agregar o quitar al Universo, un átomo de materia ni una



ínfima porción de fuerza. Como tal, la evolución no puede provenir de la nada. Entonces, ¿de dónde viene? De una previa involución. El niño es el hombre involucionado; el hombre es el niño evolucionado. La semilla es el árbol involucionado; el árbol es la semilla evolucionada. Todas las posibilidades de la vida existen en el germen. El problema se vuelve ya un poco más claro. Agreguen a esto la primera idea de la continuidad de la vida. Desde el protoplasma más inferior hasta el ser humano más perfecto, no existe, en realidad, sino una sola vida. Así como en una vida hay tantas fases diversas de expresión —desde el protoplasma desarrollándose hasta el bebé, el niño, el joven y el anciano—, así encontramos que desde el protoplasma hasta el hombre más perfecto, hay una vida única y continua, una cadena ininterrumpida. Esto es evolución. Pero hemos visto que cada evolución presupone una involución. La totalidad de esta vida, que se manifiesta lentamente, se desarrolla desde el protoplasma hasta el ser humano perfecto, la Encarnación de Dios sobre la tierra; toda esta serie no es más que una sola vida, y la totalidad de esta manifestación debe haber estado involucionada en ese mismo protoplasma. Toda esta vida, este verdadero Dios sobre la tierra, estaba allí involucionada y de allí ha salido lentamente, manifestándose a sí misma. La más elevada expresión ha debido estar en el estado germinal, en forma diminuta. Así, pues, esta fuerza única, esta cadena toda entera, es la involución de la vida cósmica que está en todas partes. Es esa masa única de inteligencia que, desde el protoplasma hasta el hombre más perfecto, se desenvuelve y se desarrolla lentamente. No es que crezca; desechen de su mente toda idea de crecimiento. La idea de crecimiento se asocia con algo que viene del exterior, algo extraño, lo que desmentiría la verdad según la cual, lo Infinito, latente en toda vida, es independiente de todas las condiciones exteriores. Lo Infinito nunca puede crecer; siempre estuvo ahí y no hace más que manifestarse a sí mismo.

El efecto es la causa manifestada. No hay diferencia esencial entre el efecto y la causa. Tomen este vaso, por ejemplo. Hubo la materia prima; esa materia y la voluntad del fabricante han formado el vaso. Éstas son las dos causas que están pre-

sentes en el vaso. ¿Bajo qué forma? Bajo la forma de cohesión. Si esta fuerza no estuviera allí, cada partícula de materia caería. Entonces, ¿qué es el efecto? Es lo mismo que la causa, pero ha tomado una forma diferente, una composición diferente. Cuando la causa es transformada y limitada durante algún tiempo, se convierte en efecto. Debemos recordar esto, si lo aplicamos a nuestra concepción de la vida: el conjunto de la manifestación de esta serie de ciclos, del protoplasma al hombre más perfecto, debe ser exactamente la misma cosa que la vida cósmica. Primero involucionó, se volvió sutil. Después, de esa cosa sutil que era la causa, evolucionó, manifestándose y haciéndose densa.

Pero el problema de la inmortalidad no está todavía resuelto. Hemos visto que todo en este Universo es indestructible. No hay nada nuevo; no habrá nada nuevo. Las mismas series de manifestaciones se presentan alternativamente, como si subieran o bajaran sobre una rueda que gira. En este Universo, todo movimiento es en forma de olas; sube y baja sucesivamente. Unos tras otros, los sistemas salen en formas sutiles, evolucionan y toman formas más densas; luego se sumergen, por así decir, y retornan a las formas sutiles. De nuevo surgen, evolucionan durante algún tiempo y vuelven, luego, lentamente, a su causa. Así sucede con toda vida. Cada manifestación de vida, primero se eleva y luego desciende. ¿Qué es lo que cae? La forma. La forma se disgrega, luego surge nuevamente. En un sentido, las formas y los cuerpos son igualmente eternos. ¿Cómo? Supongamos que tomamos unos dados y los echamos, y dan la combinación 6, 5, 3, 4. Arrojémoslos de nuevo, tantas veces como sea necesario; debe llegar un momento en que se reproducirá la misma combinación, en que saldrán los mismos números. Así, cada partícula, cada átomo de este Universo, lo tomo por un dado, y todos estos dados son arrojados y se combinan incesantemente. Todo lo que ven delante de ustedes es una de esas combinaciones. He aquí las formas de un vaso, de una mesa, de una jarra, etcétera; es una de las combinaciones. Con el tiempo, todo esto será destruido. Pero deberá llegar un momento en que se representará exactamente la misma combinación; ustedes estarán aquí y yo también; se tratará este mismo tema, y



esta jarra estará aquí. Esto se ha producido ya un número infinito de veces y se repetirá infinitas veces todavía. Esto en lo que atañe a las formas físicas. ¿Qué encontramos? Que aun la combinación de las formas físicas se repite eternamente.

Una conclusión muy interesante que se puede sacar de esta teoría es la explicación de hechos como el siguiente: tal vez algunos de ustedes hayan visto personas que pueden leer la vida pasada de otras y predecir su porvenir. ¿Cómo es posible, para quienquiera que sea, prever el porvenir si éste no está regulado? Los efectos del pasado se reproducen en el porvenir, y nosotros vemos que esto es así. Ustedes han visto la Gran Rueda en la exposición de Chicago. La rueda gira y las banquetas que de ella están suspendidas siguen una tras otra. La gente entra en ellas, y después de haber hecho toda la vuelta de la rueda, sale; luego, otros toman su sitio. Cada uno de esos grupos es como una de estas manifestaciones, desde el animal más inferior hasta el hombre más elevado. La Naturaleza es como la cadena de la Gran Rueda, interminable, infinita, y sus silletas son los cuerpos o las formas en las cuales circulan nuevos grupos de almas, que suben más y más alto hasta que se vuelven perfectas y salen de la rueda. Pero la rueda continúa girando. En tanto los cuerpos de los hombres estén en la rueda, puede predecirse, absoluta y matemáticamente, adónde irán. Pero no se puede hacer otro tanto con las almas. Así, es posible leer con precisión el pasado y el futuro de la Naturaleza, Vemos, pues, que en ciertas épocas se produce un retorno de los fenómenos materiales y que las mismas combinaciones se han producido eternamente. Pero esto no es la inmortalidad del alma. Ninguna fuerza puede morir, ninguna materia puede ser destruida. ¿Qué sucede con ellas? Continúan transformándose, avanzando y retrocediendo hasta que vuelven a la fuente de donde salieron. No hay movimiento en línea recta; todo se mueve en círculo. La línea recta, cuando se prolonga al infinito, se convierte en un círculo. Si tal es el caso, no puede haber decadencia eterna para alma alguna. No puede ser. Todo debe completar el círculo y retornar a su origen. ¿Qué somos, ustedes y yo, y todas estas almas? En nuestra discusión sobre la evolución y la involución, hemos visto que

nosotros debemos ser parte de la conciencia cósmica, de la vida cósmica, de la mente cósmica, que ha evolucionado y debemos completar el círculo y volver a esa inteligencia cósmica que es Dios. Esta inteligencia cósmica es lo que la gente llama Señor, o Dios, o Cristo o Buddha, o Brahman; lo que los materialistas perciben como Fuerza, y los agnósticos como ese más allá infinito e inexpresable. Todos nosotros somos partes de eso.

Esta es la segunda idea, y sin embargo, no es suficiente; todavía habrá más dudas. Es muy bueno decir que ninguna fuerza es destruida. Todas las fuerzas y todas las formas que vemos son combinaciones. Esta forma que se halla delante de nosotros está compuesta de muchos elementos y, por lo mismo, toda fuerza que vemos es igualmente un compuesto. Si ustedes toman la idea científica sobre la fuerza y la llaman el total, la resultante de varias fuerzas, ¿qué sucede con su individualidad? Todo lo que es compuesto debe, tarde o temprano, volver a sus elementos. Todo lo que en este Universo es el producto de combinaciones de materia o de fuerza debe, tarde o temprano, retornar a sus elementos. Todo lo que es el resultado de ciertas causas deberá morir, deberá ser destruido. Aquello se despedaza, se dispersa y se resuelve en sus componentes. El alma no es una fuerza; tampoco es el pensamiento. El alma es lo que fabrica el pensamiento, pero no es el pensamiento; el alma es la que fabrica el cuerpo, pero no es el cuerpo. ¿Por qué? Vemos que el cuerpo no puede ser el alma. ¿Por qué razón? Porque no es inteligente. Un cadáver no es inteligente ni tampoco la carne expuesta en una carnicería. ¿Qué entendemos por inteligencia? El poder de reacción. Examinemos esto un poco más de cerca. He aquí un jarro. Yo lo veo. ¿Cómo? Rayos de luz me llegan de él, entran en mis ojos y dibujan en la retina una imagen que es transmitida a mi cerebro. Sin embargo, no hay visión todavía. Lo que los fisiólogos llaman nervios sensoriales llevan al interior la impresión recibida. Pero hasta aquí, no hay ninguna reacción. El centro nervioso que está en el cerebro transmite la impresión a la mente, y la mente reacciona. En cuanto se produce esta reacción, el jarro aparece en mi mente. Tomemos otro ejemplo más común: supongan que están muy atentos escuchándome, y que un mosquito se les posa sobre su nariz y les produce esa sensación tan placentera que los mosquitos saben causar; pero ustedes están tan absorbidos por lo que les digo, que ni sienten al mosquito. ¿Qué ha pasado? El mosquito ha picado la piel en un sitio donde hay nervios; éstos han transmitido a la mente cierta sensación, pero, aunque la impresión se ha producido, la mente, ocupada en otra cosa, no reaccionó; por eso no fueron conscientes de la presencia del mosquito. Cuando se presenta una impresión nueva, si la mente no reacciona no tenemos conciencia de ella; pero cuando la reacción llega, sentimos, vemos, oímos, etcétera. Con la reacción llega la iluminación, como la llaman los filósofos *sankhyas*. Vemos que el cuerpo no puede dar esa iluminación, porque en ausencia de la atención no es posible ninguna sensación. Se han visto casos en que, en circunstancias muy particulares, un hombre que jamás había aprendido determinado idioma, se encontró con que podía hablarlo. Las investigaciones efectuadas posteriormente mostraron que, en su infancia, este hombre había vivido entre gente que hablaba esa lengua. Las impresiones habían quedado en su cerebro; permanecieron allí almacenadas hasta el momento en que, por alguna razón, la mente reaccionó y la iluminación se produjo. Así es como este hombre pudo hablar ese idioma. Esto nos muestra que la mente sola no es suficiente, que la mente en sí es un instrumento en manos de alguien. En el caso del que les hablaba, la mente del niño contenía ese idioma sin que él lo supiera. Posteriormente, llegó un momento en que se dio cuenta de ello. Esto demuestra que hay algo más que la mente y que cuando era niño, ese alguien utilizó su poder; más tarde, ya grande, lo aprovechó e hizo uso de él. En primer lugar, tenemos el cuerpo; en segundo lugar, la mente o instrumento del pensamiento; y en tercer lugar, detrás de la mente, está el Ser del hombre. La palabra sánscrita es *Atman*. Como los filósofos modernos han identificado el pensamiento con cambios moleculares producidos en el cerebro, no saben explicar un caso como el narrado y, generalmente, lo niegan. La mente está íntimamente conectada al cerebro, el cual muere cada vez que se cambia el cuerpo. El Ser es quien ilumina, y la mente es el instrumento en

sus manos. Por intermedio de este instrumento, el Ser se conecta al instrumento externo, y es así como se produce la percepción. Los instrumentos externos recogen impresiones y las llevan a los órganos, porque ustedes deben recordar siempre que los ojos y los oídos no son más que instrumentos de recepción; son los órganos internos, los centros situados en el cerebro, los que actúan. En sánscrito, estos centros se llaman *indriyas*; ellos llevan las sensaciones a la mente, y la mente las transmite más adentro todavía, a otro estado de la mente que en sánscrito se llama *chitta*. Allí son transformadas en voluntad y presentadas, en lo interno, al Rey de los reyes, al Monarca en su trono, al Ser del hombre. Entonces Él ve y da Sus órdenes. Luego, la mente actúa inmediatamente sobre los órganos, y éstos sobre el cuerpo exterior. El real Perceptor, el real Regulador, el Gobernador, el Creador, el Manipulador de todo esto es el Ser del hombre.

Vemos, pues, que el Ser del hombre no es el cuerpo; tampoco es el pensamiento. No puede ser un compuesto. ¿Por qué no? Porque todo lo que es un compuesto puede ser visto o imaginado. Eso no lo podemos imaginar ni ver, no lo podemos juntar, no es fuerza, o materia, o causa, o efecto, y no puede ser un compuesto. El dominio de los compuestos llega sólo hasta donde se extiende nuestro universo mental, el universo de nuestro pensamiento. No va más allá de donde reina la ley. Si existe algo más allá de la ley, no puede ser, en absoluto, un compuesto. Estando más allá de la ley de causalidad, el Ser del hombre no es un compuesto. Es siempre libre y el Gobernador de todas las cosas que están sometidas a la ley. No morirá jamás, porque morir significa volver a sus elementos constitutivos, y lo que nunca ha sido un compuesto jamás podrá morir. Decir que el Ser del hombre muere es una insensatez sin nombre.

Pisamos ahora un terreno que se vuelve cada vez más sutil y, tal vez, alguno de ustedes se asustará. Hemos visto que este Ser, que está más allá del pequeño universo de materia y fuerza y pensamiento, es simple y que, como tal, no puede morir. Aquello que no muere no puede vivir. Porque vida y muerte son sólo el anverso y reverso de una medalla. Vida es otro nombre de la muerte; muerte es otro nombre de la vida. Un particular



modo de manifestación es lo que llamamos vida; otro particular modo de manifestación de la misma cosa es lo que llamamos muerte. Cuando la ola sube, está la vida; cuando baja, está la muerte. Si algo está más allá de la muerte, vemos, naturalmente, que también debe estar más allá de la vida. Es necesario que les recuerde aquí, nuestra primera conclusión: el alma del hombre es parte de la energía cósmica existente, que es Dios. Vemos, ahora, que ella está más allá de la vida y de la muerte. Ustedes jamás han nacido y jamás morirán. ¿Qué son ese nacimiento y esa muerte que vemos alrededor de nosotros? Sólo pertenecen al cuerpo, pues, el alma es omnipresente. «¿Cómo puede ser esto?» —pueden ustedes preguntar. «¿Tanta gente está sentada en esta sala y usted dice que el alma es omnipresente?». ¿Qué hay aquí —les pregunto— que pueda limitar lo que está más allá de la ley, más allá de la causalidad? Este vaso es limitado; no es omnipresente, porque la materia que lo rodea lo fuerza a tomar esa forma, no le permite extenderse. Está condicionado por todo lo que lo rodea y, en consecuencia, está limitado. Pero lo que está más allá de la ley, allá donde nada puede hacerle sufrir su influencia, ¿cómo puede ser limitado? Es menester que sea omnipresente. Están ustedes por doquier en el Universo. ¿Cómo puede ser, entonces, que yo haya nacido y que vaya a morir? Esto lo dice la ignorancia, la alucinación del cerebro. Ustedes no han tenido nacimiento, no renacerán, no tienen ni vida ni encarnación ni nada. ¡Qué significa esto de ir y venir! Insensatez, bobería. Ustedes están en todas partes. Entonces, ¿qué es esto de ir y venir? Ésta es una alucinación producida por el cambio de ese cuerpo sutil que llaman mente. Eso es lo que sucede; del mismo modo que una pequeña nube que pasa por el cielo puede, al desplazarse, producir la ilusión de que el cielo se mueve. A veces, cuando ven pasar una nube delante de la Luna, tienen la impresión de que es la Luna la que se mueve. Cuando están en un tren creen ver desfilar el paisaje; cuando están sobre un barco piensan que el agua se aleja detrás de ustedes. En realidad, ustedes no van ni vienen; no han nacido ni renacerán. Son infinitos, siempre presentes, más allá de toda causalidad y siempre libres. Plantear una cuestión tal está fuera

de lugar, es pura insensatez. ¿Cómo podría haber mortalidad, cuando no ha habido nacimiento?

Para llegar a una conclusión lógica, es necesario dar un paso más todavía. No podemos detenernos a mitad del camino. Somos metafísicos y no podemos refugiarnos en un rincón, para lamentarnos. Si estamos más allá de toda ley, debemos ser omniscientes y siempre bienaventurados; todo conocimiento, todo poder y toda bienaventuranza deben estar en nosotros. Ciertamente, ustedes son el ser omnisciente y omnipresente del Universo. Pero, ¿puede haber muchos de tales seres? ¿Puede haber cien mil millones de seres omnipresentes? Seguramente que no. Entonces, ¿qué sucede con todos nosotros? Todos ustedes son sólo Uno; no hay más que un Ser, y ese Ser Único son ustedes. Detrás de esta pequeña naturaleza que vemos está lo que llamamos Alma. Solamente hay Una Existencia; un Ser, siempre puro, omnipresente, omnisciente, sin nacimiento, sin muerte. «Por Su control, el cielo se expande; por Su control, el aire penetra; por Su control, el Sol brilla y por Su control todo vive. Él es la Realidad en la naturaleza. Él es el Alma de su alma; más todavía, ustedes son Él, son uno con Él». Dondequiera que haya dos, hay temor, hay peligro, hay conflicto, hay esfuerzo. Cuando todo es Uno, ¿a quién se puede odiar, con quién se puede luchar? Cuando todo es Él, ¿con quién pueden combatir? Esto explica la verdadera naturaleza de la vida; esto explica la verdadera naturaleza del Ser. Esto es perfección, y esto es Dios. Mientras vean lo múltiple, estarán bajo la ilusión. "Aquél que ve lo Uno en este mundo de multiplicidad, aquél que, en ese mundo siempre cambiante, Lo ve a Él, que nunca cambia, como el Alma de su alma, como su propio Ser, ése es libre, es bendito, ha alcanzado la meta.» Sabe, pues, que tú eres Él, tú eres el Dios de este Universo: *Tat Tvam Asi*. Todas esas diferentes ideas de que soy hombre, soy mujer, estoy enfermo, sano, fuerte, débil, o que amo u odio, o tengo algún poder, son sólo alucinaciones. ¡Afuera con ellas! ¿Qué los debilita? ¿Qué les hace temer? Son el Ser único del universo. ¿Qué es lo que los asusta? Yérganse, entonces, y sean libres. Sepan que todo pensamiento y toda palabra que los debilita es el único mal que existe en este mundo. Todo lo que hace a los hombres, débiles y temerosos, es el único mal que debemos evitar. ¿Qué los atemoriza? Si los soles caen, si las lunas son reducidas a polvo, si todos los sistemas son, uno tras otro, precipitados hacia su aniquilamiento, ¿qué es eso para ustedes? Permanezcan como una roca; son indestructibles. Son el Ser, el Dios del Universo. Digan: «Yo soy Existencia Absoluta, Dicha Absoluta, Conocimiento Absoluto; yo soy Él», y como un león que rompe su jaula, rompan sus cadenas y sean libres para siempre. ¿Qué temen? ¿Qué es lo que los subyuga? Únicamente la ignorancia y la ilusión; ninguna otra cosa puede ligarlos. Son lo Puro, el Siempre Bienaventurado.



Los tontos les dicen que son pecadores, y ustedes se van a llorar a un rincón. ¡Es una necedad, una maldad, una absoluta ruindad, decir que son pecadores! Todos ustedes son Dios. ¿No ven a Dios y lo llaman hombre? Entonces, si se atreven, levántense sobre este pedestal y modelen su vida sobre esa base. Si un hombre les corta la garganta, no digan nada, puesto que son ustedes que cortan su propia garganta. Cuando ayuden a un pobre, no sientan el menor orgullo. Esto es un culto para ustedes y no motivo de orgullo. ¿No son acaso el universo todo? ¿Dónde hay alguien que no sea ustedes mismos? Son el Alma de este Universo. Son el Sol, la Luna y las estrellas, son ustedes que brillan en todas partes. Todo el Universo son ustedes. ¿A quién van a odiar, o pelear? Sepan, pues, que son él, y modelen toda su vida en consecuencia, y aquél que sabe esto y modela así su vida, no andará más a tientas en la oscuridad.

## EL ATMAN

*(Conferencia dada en los Estados Unidos de América)*

Muchos de ustedes han leído el celebrado libro de Max Müller: *Three Lectures on the Vedanta Philosophy* (Tres conferencias sobre filosofía Vedanta), y algunos de ustedes, quizás, hayan leído, en alemán, el libro del Profesor Deussen, sobre la misma filosofía. En lo que se ha escrito y enseñado en Occidente, acerca de los pensamientos religiosos de la India, se ha presentado, principalmente, una escuela del pensamiento hindú, el llamado *advaitismo*, el lado monista de la religión hindú; y, algunas veces, se ha pensado que todas las enseñanzas de los Vedas están comprendidas en este único sistema de filosofía. Hay, sin embargo, varias fases en el pensamiento hindú, y quizás, esta forma no-dualista está en minoría, comparada con las otras fases. Desde los más lejanos tiempos, ha habido varias escuelas de pensamiento en la India, y como nunca hubo una iglesia formalizada o reconocida, o algún cuerpo de hombres que anotaran las doctrinas que debían ser aceptadas por cada escuela, la gente era completamente libre de elegir su propia forma, hacer su propia filosofía y establecer su propia secta. Por lo tanto, encontramos que la India, desde los tiempos más remotos, estuvo llena de sectas religiosas. En la época presente, yo no sé cuántos centenares de sectas tenemos en la India; nuevas sectas vienen a la existencia cada año. Parece que la actividad religiosa de ese pueblo es simplemente inagotable.

De estas variadas sectas, en primer lugar, pueden hacerse dos divisiones principales: ortodoxos y no ortodoxos. Aquéllos que creen en las Escrituras hindúes, los Vedas, como revelaciones eternas de la Verdad, son llamados ortodoxos, y quienes se basan en otras autoridades, rechazando los Vedas, son los heterodoxos de la India. Las principales sectas no ortodoxas



modernas de la India son los *yainas* y los budistas. Entre los ortodoxos, algunos declaran que las escrituras tienen mayor autoridad que la razón; otros, también dicen que solamente debe ser aceptada la parte que sea racional de las Escrituras, debiendo ser rechazado el resto.

De las tres divisiones ortodoxas: los *sankhyas*, *naiyayikas* y los *mimamsakas*, las dos primeras, a pesar de existir como escuelas filosóficas, no formaron ninguna secta. La única secta que hoy cubre la India es la última de los *mimamsakas* o *vedantistas*. Su filosofía es llamada *vedantismo*. Todas las escuelas de filosofía hindú tienen su punto de partida en el *Vedanta* o *Upanishads*, pero los monistas tomaron el nombre para ellos, como una especialidad, porque querían basar la totalidad de su teología y filosofía sobre el Vedanta únicamente. Con el correr del tiempo, el Vedanta perduró, y todas las variadas sectas de la India que hoy existen pueden ser referidas a una u otra de sus escuelas. Sin embargo, estas escuelas no tienen unanimidad de opiniones.

Encontramos que hay tres principales variaciones entre los vedantistas. En un punto todos concuerdan, y éste es, que todos ellos creen en Dios. Todos estos vedantistas también creen que los Vedas son la palabra revelada de Dios, quizás, no en el mismo sentido que lo creen los cristianos y mahometanos, sino en un sentido muy peculiar. Su idea es que los Vedas son una expresión del conocimiento de Dios, y como Dios es eterno, su conocimiento es eternamente con ÉL y, por eso, los Vedas son eternos. Hay otra base común de creencia: la creación en ciclos; que la totalidad de la creación aparece y desaparece, es proyectada y se vuelve más y más densa, y luego, al término de un incalculable período de tiempo, deviene más y más sutil, se disuelve y cesa y, entonces, viene un período de reposo. Nuevamente comienza a aparecer y sigue por medio del mismo proceso. Ellos postulan la existencia de un principio esencial que llaman *akasha*, que es algo parecido al éter de los científicos, y de una fuerza que ellos llaman *prana*. Acerca de este *prana* declaran que, por su vibración, este Universo es producido. Cuando un ciclo termina, toda esta manifestación de la naturaleza se

vuelve más y más sutil, y se disuelve en este *akasha*, que no puede ser visto ni sentido, aun cuando todas las cosas son manufacturadas de él. Todas las fuerzas que nosotros vemos en la naturaleza, tales como la gravitación, atracción y repulsión, o como pensamiento, sentimiento y emoción nerviosa, todas estas fuerzas se disuelven en ese *prana* y la vibración del *prana* cesa. En ese estado permanece hasta el comienzo de otro ciclo. El *prana*, entonces, comienza a vibrar; esta vibración actúa sobre el *akasha*, y todas estas formas son emitidas en regular sucesión.

La primera escuela de la que les hablaré es denominada escuela dualista. Los dualistas creen que Dios, que es el Creador del Universo y su Gobernador, está eternamente separado de la naturaleza, eternamente separado del alma humana. Dios es eterno; la naturaleza es eterna; lo mismo son las almas. La naturaleza y las almas se manifiestan y cambian, pero Dios siempre permanece igual. Según los dualistas, también Dios es personal, en cuanto Él tiene cualidades, no porque tenga un cuerpo. Él tiene atributos humanos; Él es misericordioso, justo, poderoso, todopoderoso; a Él podemos acercarnos; Él puede ser motivo de la oración; Él puede ser amado. Él, en recíproca correspondencia, ama, y así por el estilo. En una palabra, Él es un Dios humano, sólo que es infinitamente más grande que el hombre; Él no tiene ninguna de las cualidades malas que el hombre tiene. «Él es el receptáculo de un número infinito de benditas cualidades», ésta es su definición. Él no puede crear sin materiales, y la naturaleza es la sustancia primaria con la cual Él crea todo el Universo. Hay algunos dualistas, no vedantistas, llamados «atomistas», que creen que la naturaleza no es nada más que un infinito número de átomos, y Dios, actuando sobre estos átomos, crea. Los vedantistas niegan la teoría atomista; dicen que es perfectamente ilógica. Los átomos indivisibles son parecidos a puntos geométricos, sin partes o magnitudes, así que una cosa sin partes ni magnitudes quedará igual, aun cuando se multiplique un infinito número de veces. Una cosa que no tiene partes no hará nunca algo que tenga partes; un número de ceros puestos juntos no hará un solo número. Así, pues, si estos



átomos no tienen partes ni magnitud, la creación del Universo es simplemente imposible a partir de estos átomos. Por lo tanto, de acuerdo con el Vedanta dualista, hay lo que ellos llaman una naturaleza indivisible o indiferenciada, y de ésta, Dios crea el Universo. La enorme masa del pueblo hindú es dualista. La naturaleza humana, comúnmente, no concibe ninguna cosa superior. Encontramos que el noventa por ciento de la población de la tierra que cree en alguna religión, es dualista. Todas las religiones de Europa y del oeste de Asia son dualistas; y tenían que serlo. El hombre común no puede pensar en una cosa que no sea concreta. Naturalmente, quiere aferrarse a todo lo que el intelecto puede alcanzar. Es decir que sólo puede concebir ideas grandes espirituales, trayéndolas a su propio nivel. Sólo puede alcanzar pensamientos abstractos haciéndolos concretos. Ésta es la religión de las masas, en todas partes del mundo. Creen en un Dios que está enteramente separado de ellos, un gran rey, un eminente, poderoso monarca, por así decirlo. Al mismo tiempo, Lo consideran más puro que los monarcas de la tierra; le dan a Él todas las buenas cualidades, despojado de toda mala cualidad. ¡Como si fuera posible la existencia del bien sin el mal; como si pudiera haber alguna concepción de luz sin el concepto de oscuridad!

La primera dificultad que surge en toda teoría dualista es: ¿cómo es posible que, bajo el gobierno de un Dios justo y misericordioso, depositario de un infinito número de buenas cualidades, pueda haber tantos males en este mundo? Esta pregunta tiene lugar en toda religión dualista, pero los hindúes nunca inventaron un Satanás como respuesta a ella. Los hindúes, unánimemente echan la culpa al hombre, y ha sido fácil para ellos hacer esto. ¿Por qué? Porque, como ya les he dicho, ellos no creen que las almas han sido creadas de la nada. Nosotros vemos en esta vida, que podemos proyectar y modelar nuestro futuro; cada uno de nosotros, cada día, está tratando de formar el día de mañana. Hoy, fijamos el destino de mañana; mañana, lo estableceremos para pasado mañana, y así sucesivamente. Es completamente lógico que este mismo razonamiento pueda aplicarse hacia atrás. Si por nuestros actos modelamos nuestro

destino futuro, ¿por qué no aplicar la misma regla para el pasado? Si en una cadena infinita, un cierto número de eslabones están alternativamente repetidos, y uno de esos grupos de eslabones tiene su explicación, podemos tener, entonces, la explicación de toda la cadena. Así pues, si pudiéramos cortar una porción de esa extensión infinita de tiempo, y explicárnosla y comprenderla, tendríamos que, si es cierto que la naturaleza es uniforme, esa misma explicación sería aplicada a la totalidad de la cadena del tiempo. Si es verdad que nosotros estamos modelando nuestro destino en el corto tiempo de una vida, si es verdad que todas las cosas deben tener una causa como lo vemos aquí, también tiene que ser verdad que lo que somos ahora es el efecto de la totalidad de nuestro pasado; por lo tanto, ninguna otra persona es necesaria para modelar el destino de la humanidad, fuera del hombre mismo. Los males que hay en el mundo no son causados más que por nosotros mismos. Nosotros hemos causado todo este mal; y así, como vemos constantemente que la miseria es el resultado de las malas acciones, podemos ver que la mayor parte del infortunio existente en el mundo es el efecto de la maldad pasada del hombre. De acuerdo con esta teoría, el hombre sería, por lo tanto, el único responsable; Dios no tiene la culpa; Él, el eterno Padre misericordioso, no puede ser culpado en absoluto. «Cosechamos lo que sembramos».

Otra peculiar doctrina de los dualistas es que toda alma, en última instancia, tiene que llegar a la salvación. Ninguna puede rezagarse. A través de varias vicisitudes, a través de varios sufrimientos y placeres, cada una de ellas se emancipará al final. ¿Se emancipará de qué? La idea común de todas las sectas hindúes es que todas las almas tienen que liberarse de este Universo. Ni el Universo que vemos y sentimos, ni ningún otro Universo imaginario, puede ser verdadero, real, porque ambos están mezclados con bien y mal. De acuerdo con los dualistas, hay más allá de este Universo un lugar lleno solamente de felicidad y de bien, y cuando se llega a él, no hay más necesidad de nacer y renacer, de vivir y morir; y esta idea es muy querida por ellos. Allí no hay más enfermedad ni muerte. Allí habrá eterna felicidad, y estarán todo el tiempo en presencia



de Dios, disfrutando de Él. Creen que todos los seres, desde el más bajo gusano hasta los más elevados ángeles y otros seres sutiles, tarde o temprano alcanzarán ese mundo donde no habrá más sufrimiento. Nuestro mundo nunca terminará; seguirá infinitamente, moviéndose en ondas. Aunque se mueve en ciclos, nunca tendrá término. La cantidad de almas que deberán salvarse, que deben ser perfeccionadas, es infinita. Algunas están en las plantas; otras en los animales inferiores; otras en los hombres; algunas están en las deidades, pero todas ellas, aun las deidades más elevadas, son imperfectas, están ligadas. ¿Qué es esta ligadura, esta esclavitud? La necesidad de nacer y la necesidad de morir. Aun las deidades más elevadas mueren. ¿Qué son estas deidades? Son ciertos estados, ciertos oficios. Por ejemplo, Indra, que es el rey de los dioses, es sólo la designación de un cargo que desempeña; algún alma que fue muy elevada ha ido a llenar esa función en este ciclo, y después de este ciclo tendrá que nacer de nuevo como hombre, y venir a esta tierra, y el hombre que es muy bueno en este ciclo irá y ocupará ese puesto en el ciclo venidero. Así ocurre con todas estas deidades; representan ciertos puestos que han sido llenados, alternativamente, por millones y millones de almas, las cuales, después de desempeñar esos oficios, bajan y toman la forma de hombres. Aquéllos que hacen buenas obras en este mundo y ayudan a los demás, pero que lo hacen con el fin de obtener alguna recompensa, esperando ganar el cielo o lograr la alabanza de sus semejantes, cuando mueren, deben cosechar los beneficios de sus buenas obras; la salvación nunca viene para quien espera recompensa. Todo lo que el hombre desea, el Señor se lo da. Los hombres desean el poder, la fama, desean placeres como los que disfrutan los dioses, y todos esos deseos son satisfechos, pero no hay efecto que sea eterno; el efecto se extingue después de cierto tiempo; puede durar eones, pero después de este lapso, terminará, y estos *devas* tienen que descender nuevamente y ser hombres y aprovechar esta nueva ocasión para alcanzar su liberación. Los animales inferiores tienen que ascender y llegar a hombres, a *devas* quizás, y luego volver a ser hombres, o retroceder hacia el animal, hasta el momento en que abandonen

todo deseo de goce, sed de vivir y este apego a «mi» y lo «mío». Este «mi» y «lo mío» es la raíz de todo el mal de este mundo. Si preguntan a un dualista: «¿Es suyo su hijo?», les dirá: «Es de Dios. Mi propiedad no es mía, es de Dios». Todas las cosas deben ser tenidas en cuenta como siendo de Dios.

Ahora bien, estas sectas dualistas de la India son de grandes vegetarianos, grandes predicadores de la no matanza de animales. Pero su idea al respecto es completamente distinta de la de los budistas. Si preguntan a un budista: «¿Por qué predican en contra de la matanza de animales?», contestará: «No tenemos derecho a tomar ninguna vida», y si la pregunta es dirigida a un dualista: «¿Por qué no matan ningún animal?», dirá: «Porque es del Señor». Así pues, el dualista dice que este «yo y lo mío» debe ser aplicado a Dios, únicamente a Dios, pues Él es el único «yo», y todas las cosas son de Él. Cuando un hombre ha llegado al estado en que no tiene más «yo» ni «mío», cuando todas las cosas las entrega al Señor, cuando ama a todos y está listo a dar su vida hasta por un animal, sin ningún deseo de recompensa, entonces, su corazón se purifica, y cuando el corazón se ha purificado, en dicho corazón entrará el amor de Dios. Dios es el centro de atracción de cada alma, y el dualista dice: «Una aguja cubierta de arcilla no es atraída por el imán, pero sí lo es en cuanto se la limpia de la arcilla». Dios es el imán, y el alma humana, la aguja, y los malos actos son la suciedad y el polvo que la cubren. Tan pronto como el alma se purifica, irá por natural atracción hacia Dios y quedará con Él para siempre, pero eternamente separada de Él. El alma perfeccionada, si así lo quiere, puede tomar cualquier forma; puede tomar cien cuerpos, si quiere, o no tener ninguno en absoluto. Se vuelve casi todopoderosa, salvo que no puede crear; ese poder de crear pertenece a Dios solamente. Ninguno, aun siendo perfecto, puede manejar los asuntos del Universo; esa función pertenece a Dios. Pero todas las almas, cuando se vuelven perfectas, se sienten felices para siempre y viven eternamente con Dios. Ésta es la doctrina dualista.

Los dualistas predican otra idea también. Protestan contra la idea de orar a Dios: «Señor, dame esto y aquello». Piensan



que esto no debe hacerse. Si un hombre pide dones materiales debe hacerlo dirigiéndose a seres inferiores; debe pedir a los *devas* o ángeles, o a un ser elevado, esas cosas temporales. Dios está sólo para ser amado. Es casi una blasfemia orar a Dios así: «Señor, dame esto o aquello». Según los dualistas, por lo tanto, lo que el hombre necesita lo tendrá, tarde o temprano, por el ruego a alguno de los *devas*, pero si quiere la salvación, debe adorar a Dios. Ésta es la religión de las masas, en la India.

La real filosofía Vedanta comienza con los llamados monistas calificados, o no-dualistas calificados. Ellos opinan que el efecto nunca es diferente de la causa; el efecto, es sólo la causa reproducida en otra forma. Si el Universo es el efecto y Dios es la causa, el Universo debe ser Dios Mismo; no puede haber ninguna otra cosa. Ellos comienzan con la aserción de que Dios es ambas cosas: la causa eficiente y elemento esencial del Universo; de que Él Mismo es el Creador, y que Él Mismo es el material constituyente de toda la Naturaleza. La palabra «creación», en el idioma de ustedes, no tiene su equivalente en sánscrito, porque no hay ninguna secta en la India que crea en la creación, como es considerada en Occidente, como algo surgiendo de la nada. Parece que hubo algunos que, en cierto tiempo, tuvieron tal idea, pero muy pronto fueron silenciados. En el momento presente, yo no conozco ninguna secta que sustente una idea así. Lo que nosotros entendemos por creación es la proyección de algo que ya existía. Por eso, de acuerdo con este sistema, el Universo todo es Dios Mismo. Él es el principio esencial del Universo. Se lee en los Vedas: «Así como la *urnanábhi* (araña) produce la hebra sutil de su propio cuerpo... así ha surgido el universo todo, de ese Ser».

Si el efecto es la causa reproducida, la pregunta es: «¿Cómo es que nosotros encontramos que este Universo material, insensible, no inteligente, ha sido producido por Dios, que no es material y es eterna inteligencia? ¿Cómo, si la causa es pura y perfecta, puede el efecto ser diferente?». ¿Qué nos dicen estos monistas calificados? La teoría de ellos es muy peculiar. Dicen que esas tres existencias: Dios, Naturaleza y Alma son una. Por así decir, Dios es el Alma, y la Naturaleza y las almas son el

cuerpo de Dios. Así como yo tengo un cuerpo y tengo un alma, así el Universo todo y todas las almas son el cuerpo de Dios y Dios es el Alma de las almas. Por eso, Dios es la causa primaria del Universo. El cuerpo puede ser cambiado —puede ser joven o viejo, fuerte o débil—, pero esto no afecta al alma, en absoluto. Es la misma eterna existencia que se manifiesta a través del cuerpo. Los cuerpos vienen y se van, pero el alma no cambia. Igualmente, el Universo todo es el cuerpo de Dios, y en este sentido, es Dios. Pero los cambios que se producen en el Universo no afectan a Dios. De este principio esencial, Él crea el Universo, y al final de un ciclo, Su cuerpo se hace sutil, se contrae; al comienzo de otro ciclo, se expande nuevamente, y de él se desarrollan todos estos mundos.

Los dualistas y los monistas calificados admiten que el alma es, por naturaleza, pura, pero que, por sus propios actos, se vuelve impura. Los monistas calificados expresan esto en forma más bella que los dualistas, diciendo que la pureza y perfección del alma se contrae y, nuevamente, se hace manifiesta; lo que estamos nosotros ahora tratando de hacer es volver a manifestar la inteligencia, pureza y poder, que es lo natural del alma. Las almas tienen innumerables cualidades, pero no la de omnisapiencia ni la de omnipotencia. Cada acto malo contrae la naturaleza del alma, y cada acto bueno la expande, y todas esas almas son partes de Dios. «Así como de un llameante fuego estallan millones de chispas de la misma naturaleza, del mismo modo, de este Infinito Ser, Dios, han venido esas almas». Todas tienen la misma meta. El Dios de los monistas calificados también es un Dios Personal, el depositario de un infinito número de benditas cualidades, sólo que Él interpenetra todas las cosas en el Universo. Es inmanente en todas las cosas y en todas partes; y cuando las Escrituras dicen que Dios está en todas partes, quiere decirse que Dios está interpenetrando todas las cosas, no de que Dios se ha vuelto la pared, sino que Dios está en la pared. No hay una partícula ni un átomo en el Universo en donde Él no esté. Las almas están limitadas; no son omnipresentes. Cuando consiguen la expansión de sus poderes y se vuelven perfectas, no hay más nacimiento ni muerte para ellas; viven con Dios para siempre.



Ahora, llegamos al monismo[1], la última y —pensamos— la más bella flor de la filosofía y religión que haya sido producida en pueblo alguno, y donde el pensamiento humano alcanza la cima más elevada de su expresión e incluso llega a develar el misterio que aparecía como impenetrable. Éste es el Vedantismo no dualista. Es demasiado abstruso, demasiado elevado, para ser la religión de las masas. Aun en la India, su lugar de nacimiento, donde ha reinado supremo durante los últimos tres mil años, no ha sido capaz de penetrar las masas. A medida que vayamos entrando en él, encontraremos que aun para los más reflexivos hombres y mujeres de cualquier país, es difícil comprender el monismo. ¡Nos hemos debilitado y rebajado tanto! Podemos pretender grandes cosas, pero, naturalmente, necesitamos siempre a alguien en quien apoyarnos. Somos parecidos a esas pequeñas plantas debiluchas, que necesitan sostén. ¡Cuántas veces se me ha pedido una «religión cómoda»! Muy pocos hombres buscan la verdad, menos, todavía, osan aprender la verdad y muchos menos aún desean seguirla y llevarla a la práctica en todos sus aspectos. No es culpa de ellos; todo se debe a la debilidad del cerebro. Cualquier nuevo pensamiento, especialmente si es de una calidad superior, crea una perturbación, trata de marcar un nuevo canal, por así decirlo, en la materia cerebral, y esto altera el sistema, lleva al hombre a la pérdida de su equilibrio. Están acostumbrados a ciertas formas y tienen que trascender una enorme masa de antiguas supersticiones, supersticiones ancestrales, superstición de clase, superstición de ciudad, superstición de país y, detrás de todo, la enorme masa de supersticiones innatas en cada ser humano. Sin embargo, hay unas pocas almas intrépidas en este mundo, que se atreven a concebir la verdad, que se atreven a incluirla en sus vidas y seguirla hasta el final.

¿Qué es lo que declara el monismo? Dice que hay un Dios; ese Dios tiene que ser la causa eficiente y el principio esencial del universo. No solamente Él es el Creador, sino, también, Él es lo creado. Él Mismo es el Universo. ¿Cómo puede ser esto?

[1] *Advaita* = no-dualismo. (Nota del Traductor)

Dios, el puro, el espíritu, ¿se ha vuelto el Universo? Sí; aparentemente es así. Aquello que toda persona ignorante ve como Universo, realmente no existe. ¿Qué son ustedes y yo, y todas estas cosas que vemos? Simple autohipnotismo; hay sólo Una Existencia, lo Infinito, el Todobienaventurado. En esta existencia, nosotros soñamos variados sueños. Es el Atman, más allá de todo, lo Infinito, más allá de lo conocido, más allá de lo cognoscible; en y a través de Aquello nosotros vemos al Universo. Es la única Realidad. Es la mesa; es el auditorio que está ante mí; es la pared; es todas las cosas, menos *nombre y forma*. Quiten la forma de la mesa, quiten su nombre; lo que queda es Aquello. El Vedantista no lo llama Él ni Ella; éstas son ficciones, ilusión del cerebro humano; no hay sexo en el alma. La gente que se halla bajo la ilusión, que se ha vuelto parecida a los animales, ve un hombre o una mujer; los dioses vivientes no ven hombres ni mujeres. ¿Cómo pueden ellos, que han trascendido todo, tener alguna idea de sexo? Cada uno y todas las cosas son el Atman —el Ser— sin sexo, puro, siempre bienaventurado. Es el nombre, la forma, el cuerpo —que son materiales— los que hacen toda esta diferencia. Si quitan estas dos diferencias de nombre y forma, el Universo todo es Uno; no hay dos sino Uno en todas partes. Ustedes y yo somos Uno. No hay ni Naturaleza ni Dios ni Universo, sólo es la Existencia Infinita Única, de la cual, por medio del nombre y forma, todo esto ha sido manufacturado. ¿Cómo conocer al Conocedor? No puede ser conocido. ¿Cómo pueden ver su propio Ser? Ustedes sólo pueden reflejarse a ustedes mismos. Y así, todo este Universo es el reflejo de aquel Ser Eterno, el Uno, el Atman, y como la reflexión cae en buenos o malos reflectores, es que tenemos buenas o malas imágenes. Así, en el asesino, el reflector es malo, y no el Ser. En el santo, el reflector es puro. El Ser, el Atman, es por su propia naturaleza, puro. Es la misma, la Única Existencia del Universo, que se está reflejando a Sí misma desde el gusano hasta el más elevado y puro de los seres. La totalidad de este Universo es Una Unidad, Una Existencia, física, mental, moral y espiritual. Estamos viendo esa Existencia Única en diferentes formas y creando todas estas imágenes acerca de Ella. Para los seres



que se han limitado a sí mismos en la condición de hombres, aparece como el mundo del hombre. Para los seres que están en un plano superior, aparece como cielo. Hay sólo un Alma en el Universo, no dos. No viene ni se va. No ha nacido, no morirá, no reencarna. ¿Cómo puede morir? ¿A dónde puede ir? Todos estos cielos, todas estas tierras y todos estos lugares son sólo imaginaciones de nuestra mente. No existen; nunca existieron en el pasado y nunca existirán en el futuro.

Yo soy omnipresente, eterno. ¿A dónde puedo ir? ¿Dónde está el lugar donde no estoy ya? Yo estoy leyendo este libro de la naturaleza. Voy terminando página tras página y, al darlas vuelta, uno tras otro los sueños de la vida van pasando. Otra página de vida es abierta; otro sueño de la vida viene y pasa, y así dando vuelta una tras otra las páginas, termino mi lectura y tiro el libro, y la totalidad de las cosas llega a su fin. ¿Qué es lo que predica el monista? Destrona para siempre a todos los dioses que existieron o que existirán en el Universo y ubica en ese trono al Ser del hombre, al Atman, más elevado que el Sol, que la Luna y que los cielos, más grande que este gran Universo mismo. Ningún libro, ninguna escritura, ninguna ciencia, pueden jamás imaginar la gloria del Ser que aparece como hombre, el más glorioso Dios que haya existido, el único Dios que siempre existió y siempre existirá. Yo debo adorar, por lo tanto, nada más que mi Ser. ¿A quién pediré ayuda? ¿Quién puede ayudarme a mí, el Infinito Ser del Universo? Estos son sueños locos, alucinaciones; ¿quién ayudó a alguien nunca? Nadie. Dondequiera que vean a un hombre débil, un dualista, llorando e implorando ayuda de alguna parte situada más arriba que los cielos, es porque no sabe que los cielos también están en él. Necesita ayuda del cielo, y la ayuda viene. Vemos que llega; pero viene de lo íntimo de él mismo y cree, equivocadamente, que viene de afuera. Algunas veces, un enfermo tendido sobre su cama puede oír un llamado a la puerta. Se levanta y abre, pero no encuentra a nadie. Vuelve a la cama y, nuevamente, oye el llamado. Se levanta y abre la puerta. Nadie hay ahí. Al final, se da cuenta de que era el latido de su propio corazón que él confundía con el golpe en la puerta. Así, también, el hombre, después

de su vana búsqueda en pos de varios dioses, fuera de sí mismo, completa el círculo y vuelve al punto de partida —el alma humana— y encuentra que Dios, al cual estaba buscando en cumbres y llanos, en cada libro, en cada templo, en iglesias y en cielos, Dios, a quien imaginó sentado en el cielo rigiendo al mundo, es su propio Ser. Yo soy Él, y Él es yo. Nadie más que yo era Dios, y este pequeño yo nunca existió.

Sin embargo, ¿cómo pudo ese Dios perfecto ser engañado? Nunca lo fue. ¿Cómo pudo un Dios perfecto haber estado soñando? Él nunca soñó. La verdad nunca sueña. La pregunta real de cuándo nació esta ilusión es absurda. La ilusión nace únicamente de la ilusión. No habrá ninguna ilusión, tan pronto como la verdad sea vista. La ilusión siempre se sostiene sobre la ilusión; nunca se sostiene sobre Dios, sobre la Verdad, el Atman. Ustedes no están nunca en la ilusión; es la ilusión que está en ustedes, ante ustedes. Hay una nube aquí; otra viene, la empuja y toma su lugar. Luego viene otra y hace lo mismo con ésta. Así como en el eterno azul del cielo aparecen nubes de variado espesor y colores, permanecen cierto tiempo y luego desaparecen, dejando el mismo azul del cielo, así son ustedes eternamente puros, eternamente perfectos; ustedes son el verdadero Dios del Universo, pues, no hay dos; sólo hay Uno. Es un error decir: «Tú y yo»; digan: «Yo». «Soy yo quien está comiendo por millones de bocas; ¿cómo puedo tener hambre? Soy yo quien está trabajando a través de un infinito número de manos: ¿cómo puedo estar inactivo? Soy yo quien está viviendo la vida de todo el Universo: ¿dónde hay muerte para mí? Yo estoy más allá de toda vida, más allá de toda muerte. ¿Dónde voy a buscar libertad, si soy libre por naturaleza? ¿Quién puede limitarme a mí, que soy el Dios del Universo? Las escrituras del mundo no son más que pequeños mapas, que quisieran delinear mi gloria; soy la única existencia del universo. Entonces, ¿qué son esos libros para mí?». Así dice el monista.

«Conoce la verdad y sé libre al instante.» Toda la oscuridad se desvanecerá entonces. Cuando el hombre se ha visto a sí mismo como el Infinito Ser del Universo, cuando todo estado de separación cesa; cuando todo hombre o mujer, todo *deva* o ángel, todo animal o planta, y el Universo todo, se ha fundido en esta Unidad, todo temor desaparece. ¿Puedo herirme a mí mismo? ¿Puedo matarme a mí mismo? ¿Puedo injuriarme a mí mismo? ¿A quién temer? ¿Pueden atemorizarse a sí mismos? Entonces, toda aflicción desaparecerá. ¿Qué puede causarme aflicción? Yo soy la Única Existencia del Universo. Entonces, todo celo desaparecerá: ¿de quién puedo sentir celos? ¿De mí mismo? Entonces, todo mal sentimiento, desaparece. ¿Contra quién puedo tener un mal sentimiento? ¿Contra mí mismo? No hay nadie más en el Universo que yo. Y éste es el único camino —dice el Vedantista— hacia el Conocimiento. Extirpen esta diferenciación; extirpen esta superstición de que hay muchos. «Aquél que en este mundo de los muchos ve ese Uno; aquél que en esta masa insensible ve al Único Ser Sensible; aquél que en este mundo de sombras ve aquella Realidad, a él pertenece la eterna paz, a ningún otro, a ningún otro.»



Éstos son los puntos más sobresalientes, de los tres aspectos que el pensamiento religioso de la India ha tomado con respecto a Dios. Hemos visto que comienza con lo Personal, un Dios extracósmico. Luego, va de lo externo al cuerpo cósmico interno, Dios inmanente en el Universo, y termina identificando el alma misma con ese Dios y haciendo una sola Alma, una unidad, de todas esas variadas manifestaciones del Universo. Ésta es la última palabra de los Vedas. Comienza con el dualismo, sigue a través de un monismo calificado y termina en el monismo perfecto. Sabemos cuán pocos en este mundo pueden llegar a lo último, o siquiera atreverse a creer en ello, y muchos menos son los que osan actuar de acuerdo con el monismo. No obstante, vemos que ahí reside la explicación de toda ética, de toda moralidad y de toda la espiritualidad del Universo. ¿Por qué es que todos dicen: «Haz bien a los demás»? ¿Dónde está la explicación? ¿Por qué es que todos los grandes hombres han predicado la fraternidad humana, los más grandes aun, la fraternidad de toda vida? Porque, sean ellos conscientes o no de esto, detrás de todo, a través de sus supersticiones irracionales y personales, estaba penetrando la eterna luz del Ser, negando toda multiplicidad y afirmando que el Universo todo no es más que Uno.

Además, la última palabra nos da un Universo que, por los sentidos, lo vemos como materia, por el intelecto, como almas y, por el espíritu, como Dios. Para el hombre que echa sobre sí los velos que el mundo llama debilidad y mal, este Universo cambiará y se convertirá en un lugar terrible; para otro hombre, que ansía placeres, este mismo Universo cambiará su apariencia y será su cielo, y para el hombre perfecto, toda la cosa se desvanecerá y se convertirá en su propio Ser.

Ahora bien; como existe actualmente la sociedad, estas tres etapas son necesarias; una no niega a la otra; una es, simplemente, el complemento de la otra. El monista o el monista calificado no dicen que el dualista está equivocado; es un punto de vista correcto, pero inferior. Está en el camino de la verdad, por lo tanto, dejen a cada uno que elabore su propia visión de este Universo, de acuerdo con sus propias ideas. No causen daño a nadie; no nieguen la posición de nadie; tomen al hombre donde está y, si pueden, extiendan la mano en su ayuda y súbanlo un escalón más, pero no dañen ni destruyan. Con el correr del tiempo, todos alcanzarán la verdad. «Cuando todos los deseos del corazón sean vencidos, entonces, este mortal se volverá inmortal»; entonces, el hombre se volverá Dios.

## EL ATMAN; SU LIGADURA Y SU LIBERTAD

*(Conferencia dada en los Estados Unidos de América)*

De acuerdo con la filosofía monista[1], hay sólo una cosa real en el Universo, la cual es llamada Brahman; toda otra cosa es irreal, manifestada y manufacturada de Brahman, por el poder de *maya*. Retornar a ese Brahman, es nuestra meta. Nosotros somos, cada uno de nosotros, ese Brahman esa Realidad, más esta *maya*. Si podemos librarnos de esta *maya* o ignorancia, entonces volveremos a ser lo que realmente somos. Según esta filosofía, el hombre consiste de tres partes: el cuerpo, el órgano interno o mente, y detrás de eso, lo que se llama Atman, el Ser. El cuerpo es la envoltura externa, y la mente es la envoltura interna del Atman, el cual es el real perceptor, el real gozador, el Ser en el cuerpo, el que hace trabajar al cuerpo por medio del órgano interno o mente.

El Atman, que es inmaterial, es la única existencia en el cuerpo humano. Como es inmaterial, no puede ser un compuesto, y por no ser un compuesto, no obedece a la ley de causa y efecto, y por eso es inmortal. Aquello que es inmortal no puede tener comienzo, porque todo lo que tiene comienzo tiene que tener un fin. De esto, se sigue que debe ser sin forma también; no puede haber ninguna forma sin materia. Todo lo que tiene forma debe tener un comienzo y un fin. Ninguno de nosotros ha visto una forma que no haya tenido comienzo y que no vaya a tener fin. La forma se produce de una combinación de fuerza y materia. Esta silla tiene una forma peculiar, es decir, que una cierta cantidad de materia es actuada por cierta cantidad de fuerza, y el resultado es que ha asumido una forma particular. La forma es el re-

[1] Filosofía Advaita = no-dualista. (Nota del Traductor)

sultado de una combinación de materia y fuerza. La combinación no puede ser eterna; llegará el tiempo, para cada combinación, en que se disolverá, Por lo tanto, todas las formas tienen principio y fin. Nosotros sabemos que nuestro cuerpo morirá; tuvo un comienzo y tendrá un fin. Pero el Ser, no teniendo forma, no puede ser limitado por la ley de comienzo y fin. Está existiendo en el tiempo infinito; así como el tiempo es eterno, es eterno, también, el Ser del hombre. Luego, debe ser omnipenetrante. Sólo la forma está condicionada y limitada por el espacio; aquello que no tiene forma no puede ser limitado por el espacio. Así pues, de acuerdo con el Vedanta Monista; el Ser, el Atman, en ustedes, en mí, en todos es omnipresente. Ustedes están ahora tanto en el Sol como en la Tierra, tanto en Inglaterra como en América, pero el Ser actúa a través de la mente y el cuerpo, y donde éstos están, su acción es visible.

Cada acción que ejecutamos, cada pensamiento que pensamos, produce sobre la mente una impresión, llamada en sánscrito *samskara*, y la suma total de estas impresiones deviene en la tremenda fuerza llamada «carácter». El carácter del hombre es lo que él ha creado por sí mismo; es el resultado de las acciones mentales y físicas que ha hecho en su vida. La suma total de los *samskaras* es la fuerza que, después de la muerte, da la nueva dirección al hombre. Un hombre muere; su cuerpo cae y retorna a los elementos, pero los *samskaras* quedan adheridos a la mente que, siendo de materia sutil, no se disuelve; porque mientras más sutil es el material, más persistente es. Pero, con el tiempo, la mente también se disuelve y justamente para eso estamos luchando. Al respecto, se me ocurre que lo que mejor ilustra esto es el torbellino. Diferentes corrientes de aire, viniendo de distintas direcciones, se encuentran y en el lugar del choque se unen y luego siguen girando; mientras giran, forman nubes de polvo, atrayendo trozos de papel, pajas, etcétera, para llevarlos de un sitio a otro, y así siguen girando y formando cuerpos de los materiales que se encuentran ante él. Del mismo modo, las fuerzas llamadas *prana* en sánscrito, se juntan y forman de la materia el cuerpo y la mente, y los mueven hasta que el cuerpo cae, y entonces toman otros materiales para hacer otro cuerpo, y cuando éste cae; otro surge y así continúa el proceso. Las fuerzas no pueden viajar sin la materia. Por eso, cuando el cuerpo cae la substancia mental queda y sobre ella actúa el *prana* en forma de *samskaras* y, entonces, se va hacia otra parte, levanta otro torbellino con nuevos materiales y comienza otro movimiento, viajando de este modo de lugar en lugar hasta que toda la fuerza es gastada y cae, terminando su recorrido. Así, cuando la mente termine, rompiéndose enteramente en pedazos, sin dejar ningún *samskara*, seremos enteramente libres, y mientras eso no ocurre estamos esclavizados; hasta entonces, el Atman está cubierto con el torbellino de la mente e imagina que es llevada de lugar en lugar. Cuando el torbellino se disuelve, el Atman encuentra que es omnipenetrante. Puede ir donde quiere, es enteramente libre y capaz de manufacturar el número de mentes o de cuerpos que desee, pero hasta ese momento, no puede ir nada más que con el torbellino. Esta libertad es la meta hacia la cual todos nosotros vamos marchando.



Supongan que hay una pelota en esta habitación y que cada uno de nosotros tiene una paleta, y comenzamos a pegarle, dándole cientos de golpes, llevándola de un lado para otro hasta que sale fuera de la habitación. ¿Con qué fuerza y en qué dirección irá afuera? Será determinada por las fuerzas que estuvieron actuando sobre ella mientras estuvo en el interior de la habitación. Todos los diferentes golpes que se le dieron tendrán sus efectos. Cada una de nuestras acciones, mentales y físicas, es como uno de estos golpes. La mente humana es una pelota que está siendo golpeada. Nosotros somos golpeados durante todo el tiempo en esta habitación, que es el mundo, y nuestra salida está determinada por todas las fuerzas de esos golpes. En cada caso, la velocidad y la dirección de la pelota es determinada por los golpes recibidos; así pues, nuestras acciones en este mundo determinarán nuestro futuro nacimiento. Nuestro nacimiento presente, por lo tanto, es el resultado de nuestro pasado. Tomemos un ejemplo; supongan que yo les doy una cadena interminable, en la cual hay un eslabón negro y otro blanco alternativamente, sin comienzo y sin fin, y supongan que

les pregunto cuál es la naturaleza de la cadena. Al principio encontrarán difícil determinar su naturaleza, siendo la cadena infinita hacia ambos lados, pero al final, encontrarán que es una cadena. Pronto descubrirán que esa infinita cadena es una repetición de los eslabones, uno blanco y otro negro, y que, multiplicados infinitamente, constituyen la cadena. Si conocieron la naturaleza de uno de estos eslabones, conocerían la naturaleza de toda la cadena, porque es una repetición perfecta. Todas nuestras vidas, pasadas, presentes y futuras, forman —puede decirse— una infinita cadena, sin comienzo y sin fin, cada uno de cuyos eslabones es una vida, con dos terminales: nacimiento y muerte. Lo que somos y hacemos aquí va siendo repetido una y otra vez, con muy poca variación. Por eso, si nosotros conocemos estos dos eslabones, conoceremos todos los pasajes que tendremos que atravesar en este mundo. Vemos, por lo tanto, que nuestro pasaje por este mundo ha sido determinado por nuestros pasajes previos. Igualmente, estamos en este mundo por nuestras propias acciones. Así como nos vamos con la suma total de nuestras acciones presentes, así vemos que llegamos a él con la suma total de nuestras acciones pasadas; eso que nos lleva afuera, es la misma cosa que nos hace entrar. ¿Qué nos hace entrar? Nuestras pasadas acciones. ¿Qué nos hace salir? Nuestras propias acciones de aquí, y así seguimos el mismo proceso. Igual como el gusano que produce la hebra de su propia boca y construye su capullo, y al final se encuentra preso en él, nosotros nos hemos limitado a nosotros mismos por nuestro alrededor. Hemos puesto en movimiento la ley de causalidad y encontramos difícil librarnos de ella. Así, pues, esta filosofía nos enseña que nosotros vamos siendo ligados invariablemente por nuestros propios actos, buenos o malos.

El Atman nunca viene ni va, nunca nace ni muere. Es la naturaleza la que se mueve frente al Atman, y este movimiento se refleja en el Atman y el Atman, ignorantemente, piensa que se está moviendo, y no que es la naturaleza la que lo hace. Cuando el Atman piensa eso, está en la esclavitud, pero cuando llega a encontrar que nunca se mueve, que es omnipresente, la libertad llega. El Atman ligado se llama *jiva*. Por lo tanto, ustedes ven



que, cuando se dice que el Atman va y viene, se dice únicamente para facilitar su entendimiento, tal como si para conveniencia del estudio de la astronomía, se les pidiera que supusieran que el Sol se mueve alrededor de la Tierra, aunque éste no sea el caso. Así el *jiva*, alma individual, llega a estados elevados o bajos. Ésta es la bien conocida ley de la reencarnación, y esta ley limita toda creación.

La gente de este país piensa que es demasiado horrible que el hombre pueda venir de un animal. ¿Por qué? ¿Cuál sería el final de estos millones de animales? ¿Ellos no son nada? Si nosotros tenemos un alma, también ellos la tienen, y si ellos no la tienen, tampoco la tendríamos nosotros. Es absurdo decir que sólo el hombre tiene alma y los animales no. Yo he visto hombres peores que animales.

El alma humana ha morado en formas inferiores y superiores, migrando de una a otra, de acuerdo con los *samskaras* —impresiones del pasado— pero es solamente en la forma más elevada, como hombre, que alcanza su liberación. La forma humana es más elevada aún que la forma de ángel y que toda otra forma; el hombre es el ser más elevado de la creación, porque él logra la liberación.

Todo este Universo estaba en Brahman y fue, por así decirlo, proyectado de él, y ha ido sufriendo cambios, para retornar a la fuente de donde fue proyectado; así como la electricidad que sale de la dínamo completa su circuito y retorna a ella. Lo mismo ocurre con el alma. Proyectada desde Brahman, pasa por toda clase de formas vegetales y animales y, al final, está en el hombre, y el hombre es lo más cercano a Brahman. Retornar a Brahman, desde el cual hemos sido proyectados, es la lucha más grande de la vida. Que la gente sepa esto o no, no importa, pero es así. En el Universo, cualquier cosa que vemos en movimiento: lucha de minerales, o plantas, o animales, es un esfuerzo para retornar al centro y descansar. Hubo un equilibrio, y éste fue destruido, y todas las partes, átomos y moléculas están luchando para encontrar nuevamente su perdido equilibrio. En esta lucha, se combinan y dan lugar a variadas formas, produciendo todo este maravilloso fenómeno de la Naturaleza. Toda

lucha social y las guerras, no son más que expresiones de esa eterna lucha que está queriendo recuperar ese equilibrio.

Este andar del nacimiento a la muerte, este viaje, es llamado en sánscrito *samsara*, que quiere decir literalmente, ronda de nacimiento y muerte. Toda creación, pasando por esa ronda, será libre tarde o temprano. Puede preguntarse: si todos nosotros tenemos que llegar a la liberación, ¿por qué tenemos que luchar para alcanzarla? Si todos están yendo hacia la libertad, nos sentaremos a esperar. Es cierto que cada ser se liberará tarde o temprano; ninguno quedará perdido. Nada llega a la destrucción; todo deberá alcanzarla. Si esto es así, ¿para qué sirve nuestra lucha? En primer lugar, la lucha es el único medio que nos llevará al centro, y en segundo lugar, nosotros no sabemos por qué luchamos. Tenemos que hacerlo. "Entre miles de hombres, algunos han despertado a la idea de que volverán a ser libres". La enorme masa de la humanidad se contenta con las cosas materiales, pero hay algunos que despiertan y buscan el camino de retorno, pues ya han tenido bastante participación en el juego de aquí abajo. Luchan conscientemente, mientras que el resto lo hace inconscientemente.

El alfa y omega de la filosofía Vedanta es "renunciar al mundo", abandonando lo irreal y buscando la realización de lo real. Aquéllos que están enamorados del mundo pueden preguntar: "¿Por qué debo abandonar el mundo para retornar al centro? Supongamos que todos hemos venido de Dios, pero para mí este mundo es placentero y bello; entonces, ¿por qué no hemos de disfrutar más y más del mundo? ¿Por qué debemos tratar de salir de él?». Ellos dicen: Miren las maravillosas mejoras que cada día se van produciendo en el mundo; cuántas cosas placenteras están manufacturándose para nosotros. Esto es digno de disfrutarse; ¿por qué debemos abandonarlo y luchar por algo que no es todo esto? La respuesta es que el mundo morirá, se romperá en pedazos, y que muchas veces hemos tenido los mismos placeres. Todas las formas que estamos viendo ahora han sido manifestadas una y otra vez, y el mundo en el cual estamos viviendo ha sido vivido por nosotros, muchas veces antes. Yo he estado aquí y les he hablado muchas veces antes. Ustedes sabrán que esto es así, y que las mismas palabras que han estado escuchando ahora, las han escuchado muchas veces antes. Y muchas veces más será lo mismo. Las almas nunca fueron diferentes, los cuerpos han estado constantemente disolviéndose y manifestándose nuevamente. Más aún; estas cosas han estado periódicamente ocurriendo. Supongan que aquí hubiese tres o cuatro dados, y cuando los echamos, uno queda en cinco, otro en cuatro, otro en tres y otro en dos. Si seguimos tirando los dados, llegará el momento en que estos mismos números se repetirán. Y si continuamos echándolos, sin importarnos cuál sea el intervalo, estos números vendrán nuevamente. No puede asegurarse cuántas veces se lograrán estos mismos números; ésta es la ley de la suerte en el juego. De igual modo ocurre con las almas y sus asociaciones. Por más distantes que sean los períodos, las mismas combinaciones y disoluciones se producirán una y otra vez. El mismo nacimiento, corrida y bebida, y luego la muerte, vienen una y otra vez. Algunos no encuentran nada más elevado que los placeres del mundo, pero aquéllos que desean volar alto encuentran que estos placeres no son lo último, sino sólo cosas del camino.



Toda forma, comenzando por el pequeño gusano y terminando con el hombre, es como una de las banquetas del Ferris Wheel[1] de Chicago, que está continuamente en movimiento; sólo cambian los ocupantes. Un hombre sube y se pone en movimiento la rueda. La rueda gira y gira. Un alma toma una forma, reside en ella por un tiempo, luego la deja y toma otra, abandonándola a ésta también para tomar una tercera, Así seguimos girando, hasta que salimos de la rueda y quedamos libres.

Asombrosos poderes para leer el pasado y el futuro de la vida de los hombres se han conocido en cada país y en toda época. La explicación de esto es que, mientras el Atman está dentro del reino de la causalidad —aunque su inherente libertad no ha sido enteramente perdida y puede afirmarse a sí misma, aun hasta el grado de sacar el alma fuera de la cadena causal como lo hace en el caso de los hombres que devienen li-

[1] La Gran Rueda de Chicago.

bres—, sus acciones son grandemente influidas por la ley causal y esto hace posible, a los hombres que poseen la visión interior, rastrear la consecuencia de los efectos y leer el pasado y el porvenir.

Mientras haya deseo o necesidad, es señal segura de que hay imperfección. Un ser perfecto, libre, no puede tener ningún deseo. Dios no puede necesitar ninguna cosa. Si Él desea, no puede ser Dios, sería imperfecto. Por eso, todo ese hablar de que Dios desea esto y aquello, y que se manifiesta enojado o alegre, es mera charla de niños que no tiene ningún significado. Por eso todos los Maestros han enseñado: «No desees nada, desecha todo deseo y permanece plenamente satisfecho».

El niño viene al mundo gateando y sin dientes, y el anciano se va sin dientes y arrastrándose. Los extremos son semejantes, pero uno no tiene experiencia de la vida, mientras que el otro la ha atravesado íntegramente. Cuando las vibraciones del éter son muy lentas, no vemos la luz; cuando son muy rápidas, el resultado es también la oscuridad. Los extremos aparecen, generalmente, como siendo iguales, aun cuando uno está tan distante del otro como los polos entre sí. La pared no tiene deseos; lo mismo ocurre con el hombre perfecto. Pero la pared no es lo suficientemente sensible para desear, mientras que para el hombre perfecto no hay nada que pueda desear. Hay idiotas que no tienen deseos en este mundo porque su cerebro es imperfecto. Lo mismo, en el estado más elevado no tenemos deseos, pero ambos son polos opuestos. Uno está cerca del animal y el otro está cerca de Dios.

## EL HOMBRE REAL Y EL HOMBRE APARENTE

*(Conferencia dada en New York)*

Estamos aquí y nuestros ojos miran, a veces, millas hacia adelante. El hombre ha estado haciendo esto desde que comenzó a pensar. Siempre mira hacia adelante, siempre avizora el más allá, Quiere saber adónde va, aun después de la disolución de su cuerpo. Varias teorías se han propuesto, han surgido sistemas, todos con el propósito de dar la explicación respectiva. Algunos han sido rechazados, mientras que otros han sido aceptados, y esto seguirá así en tanto el hombre esté aquí y mientras el hombre piense. Hay algunas verdades en cada uno de estos sistemas. Hay también en ellos una gran porción que no es verdad. Trataré de exponer la suma y la sustancia de todos ellos, el resultado obtenido en la India en estas investigaciones. Procuraré armonizar los variados pensamientos sobre el tema, tal cual surgieron, de tiempo en tiempo, entre los filósofos de la India. Trataré de armonizar al psicólogo con el metafísico y, si es posible, incluiré en esta armonía al pensador científico moderno.

El único tema de la filosofía Vedanta es la búsqueda de la unidad. La mente hindú no se preocupa por lo particular; sigue lo general, más bien, lo universal. «¿Qué es aquello que una vez conocido, no queda nada por conocer?». Éste es el único tema. «Así como por el conocimiento de un puñado de arcilla toda la arcilla es conocida, ¿qué es aquello que siendo conocido da el conocimiento del Universo todo?». Ésta es la única búsqueda. La totalidad de este Universo, de acuerdo con los filósofos hindúes, puede ser resuelto en un único principio esencial, llamado por ellos *akasha*. Todo lo que a nuestro alrededor vemos, sentimos, tocamos, gustamos, es simplemente una manifestación diferenciada de este *akasha*. Es omnipenetrante, sutil; todo lo que nosotros llamamos sólidos, líquidos o gases, figuras, for-

mas, o cuerpos; la Tierra, el Sol, la Luna y las estrellas, todo está compuesto de este *akasha*.

¿Qué fuerza es la que actúa sobre el *akasha* y manufactura de su material este Universo? Junto con el *akasha* existe un poder universal; todo lo que es poder en el Universo, manifestado como fuerza, o atracción —más aún, como pensamiento—, no es sino una manifestación diferente de ese único poder que los hindúes llaman *prana*. Este *prana*, actuando sobre el *akasha*, está creando el Universo todo. En el comienzo de un ciclo, este *prana* está como dormido, podría decirse, en el infinito océano del *akasha*. Al principio, sin movimiento. Luego, se produce el movimiento en el océano del *akasha* por la acción del *prana* y cuando este *prana* comienza a moverse, a vibrar, de ese océano surgen los varios sistemas celestes, soles, lunas, estrellas, tierra, seres humanos, animales, plantas, y la manifestación de todas las variadas fuerzas y fenómenos. Por lo tanto, de acuerdo con dichos filósofos, toda manifestación de fuerza es *prana*. Toda manifestación material es *akasha*. Cuando este ciclo llegue a su fin, todo lo que nosotros llamamos sólido se convertirá en la forma siguiente, más fina, o sea la forma líquida; ésta se convertirá en gaseosa, y ésta, en una más fina y más uniforme vibración caliente, y todo retornará al original *akasha*, y lo que nosotros llamamos ahora atracción, repulsión y movimiento, lentamente, se irá resolviendo en el *prana* original. Luego, se dice que el *prana* duerme por un período, para emerger otra vez y dar expresión a todas estas formas; y cuando este período llegue a su término, la totalidad de las cosas volverá, nuevamente, al estado de reposo. Así es como este proceso de la creación va decreciendo y ascendiendo, oscilando hacia atrás y hacia adelante; en el lenguaje de la ciencia moderna, diríamos que se vuelve estático durante un período y dinámico en otro. En cierto momento, deviene potencial, y en el próximo período, se hace activo. Esta alternativa ocurre así a través de la eternidad.

Sin embargo, este análisis es solamente parcial. La mayor parte de esto ha sido conocido ya por la ciencia física moderna. Más allá, la investigación de la ciencia física no puede seguir.



Pero la búsqueda no se detiene por eso. No hemos encontrado todavía ese Uno, conocido el cual, toda otra cosa es conocida. Hemos resuelto al Universo en dos componentes, en lo que es llamado *materia* y *energía*, o como los antiguos filósofos de la India los llamaban: *akasha* y *prana*. El próximo paso es resolver este *akasha* y *prana*, en su origen. Ambos pueden ser resueltos en una entidad superior llamada mente. Es de la mente, *mahat* —el pensamiento-poder universalmente existente— que ambos han sido producidos. El pensamiento es una manifestación más fina aún que el *akasha* o el *prana*. El pensamiento es el que se ha dividido en ellos dos. El pensamiento universal existía en el comienzo; se manifestó, cambió; evolucionó en sí mismo, formando estos dos: *akasha* y *prana* y, por la combinación de estos dos, el Universo todo ha sido producido.

Ahora llegamos a la psicología. Yo los estoy mirando. Las sensaciones externas llegan a mí por los ojos; son llevadas por los nervios sensorios al cerebro. Los ojos no son los órganos de la visión; son sólo los instrumentos externos, porque si el órgano real que está detrás, aquél que lleva la sensación al cerebro, fuera destruido, yo podría tener veinte ojos y, sin embargo, no los podría ver. La imagen en la retina puede ser lo más completa posible, sin embargo, puedo no verlos. Por lo tanto, el órgano es diferente de sus instrumentos; detrás de los instrumentos, los ojos, debe estar el órgano. Así ocurre con todas las sensaciones; la nariz no es el sentido del olfato; es el instrumento y detrás está el órgano. En cada sentido que tenemos, está primero el instrumento externo en el cuerpo físico y detrás, en el mismo cuerpo físico, está el órgano; sin embargo, éstos no son suficientes. Supongan que estoy hablando y ustedes me escuchan con toda atención. Algo pasa, digamos que una campanilla suena, no obstante, puede ser que ustedes no la escuchen. Las vibraciones de ese sonido llegan a sus oídos, golpean los tímpanos y las impresiones son llevadas por los nervios a sus cerebros; si todo el proceso ha sido completo hasta llegar el impulso al cerebro, ¿por qué no lo oyeron? Algo más se necesitaba: la mente no estaba adherida al órgano. Cuando la mente está separada del órgano, el órgano puede llevarle cualquier noticia, pero la mente

no la recibirá. Cuando se adhiere al órgano, solamente entonces, es posible para la mente recibir la noticia. Sin embargo, aun esto no es completo en su totalidad. Los instrumentos pueden llevar la sensación del exterior, los órganos pueden conducirla al interior, la mente puede estar adherida al órgano y todavía la percepción no ser completa. Un factor más es necesario: tiene que haber una reacción interna. Con esta reacción viene el conocimiento. Aquello que está afuera envía, por así decirlo, la corriente de noticias a mi cerebro. Mi mente la capta y la presenta al intelecto, el cual la agrupa en relación con las impresiones anteriormente recibidas y envía una corriente de reacción y con esta reacción viene la percepción. Luego, tenemos la voluntad. El estado mental que reacciona es llamado *buddhi*, intelecto. No obstante, aún no está completo el proceso. Se requiere un paso más. Supongan que aquí tenemos un proyector y una pantalla ahí, y yo deseo proyectar una película sobre ella. ¿Qué debo hacer? Debo guiar varios rayos de luz a través de la cámara para que caigan sobre la pantalla y se agrupen en ella. Alguna cosa que no se mueva es necesaria para que la película se proyecte. No puede proyectarse una película sobre algo que se está moviendo; este algo debe estar quieto, porque los rayos de luz que estoy proyectando están en movimiento, y estos rayos de luz que se mueven deben ser reunidos, unificados, coordinados y completados sobre algo que no tenga movimiento. Es similar el caso de las sensaciones que nuestros órganos están llevando al interior y presentando a la mente, y que la mente a su vez presenta al intelecto. Este proceso no será completo, a menos que haya algo permanente detrás, sobre lo cual diríamos, pueda formarse el cuadro, la imagen, unificando las diferentes impresiones. ¿Qué es aquello que da unidad al todo cambiante de nuestro ser? ¿Qué es aquello que mantiene la identidad de lo mutable, instante tras instante? ¿Qué es aquello sobre lo cual todas nuestras impresiones son mantenidas juntas, sobre lo cual las percepciones, diríamos, llegan juntas, quedan y forman un todo unido? Vemos que para lograr este fin debe haber alguna cosa, y vemos también que esta cosa debe ser, con relación al cuerpo y a la mente, carente de movimiento. La pantalla en donde se proyecta el cuadro es, con relación a los rayos de luz, sin movimiento; de otro modo, no tendríamos el cuadro. Es decir, que el perceptor tiene que ser un individuo. Este algo sobre el cual la mente está pintando todos los cuadros, este algo sobre el cual nuestras sensaciones, llevadas por la mente y el intelecto, son ubicadas y agrupadas y formadas en una unidad, es lo que llamamos el alma del hombre.



Ya hemos visto que la mente universal cósmica es la que se divide a sí misma en *akasha* y *prana*, y más allá de la mente hemos encontrado el alma en nosotros. En el Universo, detrás de la mente universal, hay un Alma que existe y es llamada Dios. En el individuo es el alma del hombre. En este Universo, en el cosmos, así como la mente universal evolucionó al *akasha* y *prana*, igualmente podemos ver que el Alma Universal Misma se expresa como la mente. ¿Ocurre así realmente con el hombre individual? ¿Es su mente el creador de su cuerpo, y su alma la creadora de su mente? Esto es: ¿su cuerpo, su mente y su alma son tres diferentes existencias o son tres en una, o más bien son diferentes estados de existencias del mismo único ser? Trataremos, gradualmente, de encontrar una respuesta a esta pregunta. El primer paso dado es éste: aquí está el cuerpo externo; detrás de este cuerpo externo están los órganos, la mente, el intelecto y detrás, el alma. En principio, hemos encontrado, por así decirlo, que el alma se halla separada del cuerpo, separada de la mente. Las opiniones acerca de esto, en el mundo religioso, se hallan divididas y su punto de partida es el que sigue: todas las opiniones religiosas que, generalmente, pasan por ser dualistas, sostienen que el alma es cualificada, es decir, que tiene varias cualidades; que todos los sentimientos de placer y dolor, realmente pertenecen al alma. Los no-dualistas no admiten que el alma tenga cualidad alguna; dicen que es no cualificada.

Tomaré primero el dualismo y trataré de presentarles su posición con respecto al alma y su destino; luego, me ocuparé del sistema que lo contradice y, por último, buscaremos la armonía que el monismo nos brindará. El alma del hombre, por estar separada de la mente y del cuerpo, por no estar compues-

ta de *akasha* y *prana*, debe ser inmortal. ¿Por qué? ¿Qué queremos decir por mortal? Descomposición; y ésta es sólo posible en cosas que son el resultado de una composición; toda cosa que sea hecha de dos o tres ingredientes debe llegar a descomponerse; solamente aquello que no sea el resultado de una composición, no será nunca descompuesto y, por lo tanto, nunca podrá morir. Es inmortal. Su existencia es permanente; es no creada. Cada parte de la creación es, simplemente, una composición; nadie vio nunca una creación que surgió de la nada. Todo lo que nosotros conocemos de la creación es una combinación de cosas ya existentes que asumen nuevas formas. Por ser esto así, el alma del hombre, siendo simple, ha debido estar existiendo por siempre y seguirá existiendo eternamente. Cuando este cuerpo cae, el alma sigue subsistiendo. Según los vedantistas, cuando este cuerpo se disuelve, las fuerzas vitales del hombre retornan a su mente y la mente, por así decirlo, se disuelve en el *prana*, y este *prana* entra en el alma del hombre, y el alma del hombre sale afuera, diríamos, con eso que ellos llaman cuerpo sutil, cuerpo mental o cuerpo espiritual, o como a ustedes más les agrade llamar. En este cuerpo sutil están los *samskaras* del hombre. ¿Qué son los *samskaras*? Esta mente es semejante a un lago, y cada pensamiento es como una ola producida en este lago. Así como en el lago se levantan olas que van muriendo y luego desaparecen, lo mismo ocurre con las olas de pensamiento que, continuamente, se levantan en la sustancia mental y desaparecen, pero con la diferencia de que no desaparecen para siempre. Se vuelven más y más sutiles, pero están todas allí, prontas para surgir en otro momento, cuando sienten el estímulo de hacerlo así. La memoria es, simplemente, hacer volver a la forma de ola algunos de aquellos pensamientos que habían pasado a ese estado más sutil de existencia. Así, pues, todo lo que nosotros hemos pensado, cada acción que hemos ejecutado, es alojada en la mente; todo queda allí en forma sutil, y cuando el hombre muere, la suma total de esas impresiones está en la mente, la cual actúa luego sobre un material un poco más sutil como medio. El alma, por así decirlo, vestida con estas impresiones y el cuerpo sutil, sale del cuerpo, y el destino



del alma es determinado por las diferentes impresiones. Según nosotros, hay tres metas distintas para el alma, de las que nos ocuparemos a continuación.

Quienes son muy espirituales, cuando mueren, siguen los rayos solares y llegan a lo que se llama esfera solar; a través de ella alcanzan la llamada esfera lunar y, pasando por ésta, llegan a la esfera del relámpago; se encuentran con un alma que es bienaventurada y que guía al recién llegado hacia la más elevada de todas las esferas, que se llama *Brahmaloka*, la esfera de Brahma. Allí, estas almas alcanzan la omnisciencia y la omnipotencia, volviéndose casi tan poderosas y todoconocedoras como Dios Mismo; y ahí residen siempre, según los dualistas o bien, de acuerdo con los monistas, al final del ciclo se unen con lo Universal. La clase de personas que sigue es la de aquéllos que han hecho buenas obras con motivos egoístas; cuando mueren son llevados, por el resultado de sus buenas obras, a lo que se llama la esfera lunar, donde hay varios cielos y donde toman cuerpos sutiles, cuerpos de *devas*. Se vuelven *devas*, viven ahí y disfrutan goces celestiales por un largo período; después cuando este período termina, el antiguo *karma* vuelve a ellos y tienen que retornar a la Tierra; descienden a través de las esferas del aire y de nubes, y de todas estas variadas regiones, y al final, llegan a la tierra como gotas de lluvia. En la Tierra se adhieren a algún cereal que es, finalmente, comido por un hombre apto para suministrarles el material para nuevos cuerpos. La última clase, o sea los malvados, cuando mueren se convierten en duendes o demonios y viven en la parte intermedia entre la esfera lunar y esta Tierra. Algunos tratan de perturbar a la humanidad, otros son amigables y después de vivir ahí por cierto tiempo, vuelven a descender a la Tierra y se convierten en animales. Después de vivir por algún tiempo en cuerpo animal, quedan libres de esa existencia y retornan otra vez con cuerpo humano; así es como tienen una nueva oportunidad de trabajar para su salvación. Vemos, entonces, que quienes llegaron casi a alcanzar la perfección, en los cuales resta solamente muy poco de impureza, van al *Brahmaloka* por los rayos solares; quienes han sido gente que se halla en un término medio, que han hecho

algunas buenas obras aquí, con la idea de ir al cielo, van a los cielos de la esfera lunar y allí logran cuerpos de *devas*; pero otra vez deben volver a ser hombres, y así tienen una nueva oportunidad para luchar por el logro de su perfección. Quienes son muy malos se vuelven duendes y demonios, y luego puede ser que tengan que convertirse en animales; después de esto, toman nuevamente la forma de hombre y tienen una nueva posibilidad de mejorarse a sí mismos. Esta Tierra es llamada *karma-bhumi*, esfera del *karma*. Únicamente aquí es donde el hombre produce su buen o mal *karma*. Cuando un hombre desea ir al cielo y hace buenas obras con tal propósito, se vuelve *deva* y en este estado no acumula ningún mal *karma*; disfruta los efectos de las buenas obras hechas en la tierra, y cuando este buen *karma* queda exhausto, vienen a él las fuerzas resultantes del mal *karma* que acumuló en su vida pasada y esto lo empuja nuevamente hacía la tierra. En la misma forma, quienes se volvieron duendes, permanecen en ese estado sin producir nuevo *karma* y sólo sufren el mal resultado de sus pasados errores; más tarde tienen que residir por un tiempo en cuerpo animal, en el cual tampoco producen nuevo *karma*. Cuando este período ha terminado, ellos vuelven a ser hombres otra vez. Los estados de recompensa o castigo, debidos a los buenos o malos *karmas*, están desprovistos de la fuerza generadora de nuevos *karmas*; solamente pueden ser disfrutados o sufridos. En el caso de *karmas* extraordinariamente buenos o extraordinariamente malos, los frutos se producen rápidamente. Por ejemplo, si un hombre ha estado cometiendo malos actos toda su vida, pero hace un acto bueno, el resultado de este acto bueno puede venir rápidamente, pero cuando este resultado desaparezca, todos los malos actos producirán también sus resultados. Todo hombre que hace ciertos buenos y grandes actos, pero cuyo tenor de vida ha sido, en general, no correcto se volverá *deva*, y después de vivir por cierto tiempo en cuerpo de *deva*, disfrutando el poder que ellos tienen, tendrá que regresar al cuerpo del hombre; cuando el poder de los buenos actos concluye, el viejo mal surge, produciendo su resultado. Quienes hicieron actos extraordinariamente malos, tienen que tomar cuerpos de duendes o demonios, y cuando el efecto de aquellos malos actos ha llegado a su fin, la pequeña buena acción que permaneció asociada a ellos, les permite nuevamente volver a ser hombres. La senda de *Brahmaloka*, de la cual no hay más caída o retorno, es llamada *devayana*, esto es, la senda hacia Dios; la senda hacia el cielo es llamada *pitriyana*, o sea, la senda hacia los antepasados.



El hombre, por lo tanto, de acuerdo con la filosofía Vedanta, es el Ser más grande que hay en el Universo, y este mundo de la acción es el mejor lugar, porque solamente aquí tiene la más grande y mejor oportunidad para ser perfecto. Los ángeles o *devas*, o cualquiera que sea el nombre que les plazca darles, tienen todos que volver a ser hombres si desean lograr la perfección. Esta vida humana es el gran centro de atracción, el maravilloso campo para la reflexión profunda y la maravillosa oportunidad.

Llegamos, luego, al otro aspecto de la filosofía. Hay budistas que niegan toda la teoría del alma cuya exposición he estado haciendo. «¿Para qué sirve —dice el budista— poner un *substratum*, como base de este cuerpo y esta mente? ¿Por qué no aceptamos el continuo fluir de los pensamientos? ¿Para qué admitir una tercera sustancia más allá de este organismo, compuesto de cuerpo y mente, una tercera sustancia llamada alma? ¿De qué sirve? ¿No es suficiente este organismo para explicarse a sí mismo? ¿Por qué agregar una tercera cosa?". Estos argumentos son muy poderosos. Este razonamiento es muy fuerte. Vemos que, según lo que puede alcanzar la investigación externa, este organismo es suficiente explicación de sí mismo; al menos, muchos de nosotros lo vemos así. ¿Por qué, entonces, se necesita un alma como *substratum*, como una cosa que no es ni mente ni cuerpo, sino que permanece como fundamento de ambos, mente y cuerpo? Dejemos sólo la mente y el cuerpo. Cuerpo es el nombre de una corriente de materia que cambia permanentemente. Mente es el nombre de una corriente de conciencia o pensamiento, cambiando continuamente. ¿Qué produce la aparente unidad entre los dos? Esta unidad realmente no existe, permítasenos decir. Tomen, por ejemplo, una antorcha encendida y háganla girar con rapidez ante uste-

des. El círculo realmente no existe, pero la antorcha está continuamente moviéndose y produce la apariencia de un círculo. Así pues, no hay unidad en esta vida; es una masa de materia en continuo movimiento, y la totalidad de esta masa es lo único que podemos llamar una unidad, nada más. Así es, también, la mente; cada pensamiento está separado del otro; es, solamente, la impetuosa corriente que deja detrás la ilusión de la unidad; no hay necesidad de una tercera sustancia. Este fenómeno universal, de cuerpo y mente, es todo lo que realmente es; no coloquen nada detrás. Ustedes encontrarán que este pensamiento budista ha sido adoptado por varias sectas y escuelas en los tiempos actuales, y todas ellas proclaman que sus ideas son nuevas, que son de su propia invención. Ésta ha sido la idea central de la mayoría de las filosofías budistas, de que este mundo es en sí omnisuficiente; que no se necesita buscar una base; todo lo que es, es este universo sensorio, ¿para qué sirve buscar algo que sea el sostén de este universo? Todas las cosas son el agregado de cualidades, ¿por qué tendría que haber una hipotética sustancia en la cual ellas pudieran estar unidas? La idea de sustancia viene por el rápido intercambio de cualidades, no por alguna cosa inmutable que exista detrás de ellas. Vemos cuán maravillosos son algunos de estos argumentos y cómo ellos encuentran fácil acogida en la experiencia ordinaria de la humanidad; es un hecho que ni uno, entre un millón de hombres, puede pensar en otra cosa que no sea el fenómeno. Para la enorme mayoría de los hombres, la naturaleza aparece siendo una masa cambiante, giratoria, que se combina, mezcla y transforma. Pocos de nosotros han tenido alguna vez una vislumbre del mar sereno, calmo que hay detrás. Para nosotros está siempre encrespado; este Universo se nos aparece, solamente, como una masa agitada de olas. De este modo, nos encontramos frente a dos opiniones. Una, es que hay alguna cosa detrás del cuerpo y la mente, que es una sustancia incambiable e inmutable; y la otra, es que no hay tal cosa como inmovilidad o inmutabilidad en el Universo; todo es cambio y nada más que cambio. La solución de esta diferencia se tiene en el otro paso a seguir, es decir, en el no-dualismo o *monismo*.



El monista dice que los dualistas tienen razón al encontrar alguna cosa que está detrás de todo, como fondo, que no cambia; no podemos concebir el cambio sin haber algo incambiable. Podemos concebir alguna cosa que es mutable, conociendo algo que sea menos cambiante, y ésta, también, parecerá más cambiante en comparación con alguna otra que lo sea menos, y así por el estilo, hasta que estemos obligados a admitir que debe haber alguna cosa que nunca cambia en absoluto. La totalidad de esta manifestación debió haber estado en un estado de no-manifestación, calmo y silencioso, siendo el equilibrio de las fuerzas opuestas, por así decirlo, cuando ninguna fuerza operaba, porque la fuerza actúa cuando se produce una perturbación del equilibrio. Este Universo está siempre precipitándose velozmente para retornar a ese estado de equilibrio, nuevamente. Si estamos seguros de algún hecho, cualquiera que éste sea, estamos seguros de él. Cuando los dualistas sostienen que hay alguna cosa que no cambia, están en lo cierto, pero su análisis de que es una cosa subyacente, que no es ni el cuerpo ni la mente, sino una cosa separada de ambos, es erróneo. Cuando los budistas dicen que el Universo todo es una masa cambiante, tienen perfecta razón; porque, mientras yo esté separado del Universo, en tanto yo esté parado atrás y mire algo delante de mí, mientras haya dos cosas —el que mira y la cosa vista—, parecerá siempre que el Universo es de cambio, algo continuamente cambiando, durante todo el tiempo. Pero la realidad es que en este Universo hay cambio e inmutabilidad. No es que el alma, la mente y el cuerpo son tres existencias separadas, porque este organismo hecho de los tres, es realmente uno. Es la misma cosa la que aparece como el cuerpo, como la mente y lo que está más allá de la mente y el cuerpo, pero no ocurre esto al mismo tiempo. Quien ve el cuerpo, no ve la mente; quien ve la mente, no ve esa cosa que llama alma; y para quien ve el alma, se han desvanecido el cuerpo y la mente. Quien ve únicamente el movimiento, no ve nunca la calma absoluta; y para quien ve absoluta calma, el movimiento ha cesado. Una soga es confundida con una serpiente. Quien ve la soga como serpiente, no reconoce tal soga; y cuando la ilusión cesa y ve la soga, la serpiente ha desaparecido.

No hay, entonces, más que una sola existencia que lo comprende todo y ésta aparece como múltiple. Este Ser o Alma, o Sustancia es todo cuanto existe en el Universo. Ese Ser, o sustancia o Alma es, en el lenguaje de los monistas, *Brahman*, que aparece como múltiple por la interposición de *nombre* y *forma*. Miren las olas del mar. Ninguna ola es realmente diferente del mar, ¿pero qué es lo que hace a la ola, aparentemente diferente? El nombre y la forma; la forma de la ola y el nombre que nosotros le damos a ella: «ola». Es esto lo que la diferencia del mar. Cuando el nombre y la forma desaparecen, es el mismo mar el que queda. ¿Quién podría establecer una diferencia real entre la ola y el mar? Así, este Universo en su totalidad es esa Sola Única Existencia; son el nombre y la forma los que han creado todas estas variadas diferencias. Cuando el Sol brilla sobre millones de gotas de agua, sobre cada una se ve el más perfecto reflejo del Sol; lo mismo acontece con la única Alma, el único Ser, la Única Existencia del Universo: al ser reflejada en estas numerosas gotas, de nombre y forma, parece asumir aspectos diferentes. Pero es, en realidad, solamente una. No hay «yo» ni «tú»; es todo Uno. O bien, es todo «yo» o todo «tú». Esta idea de dualidad, de dos, es enteramente falsa, y el Universo todo, como comúnmente nosotros lo conocemos, es el resultado de este falso conocimiento. Cuando viene el discernimiento y el hombre encuentra que no hay sino Uno, se da cuenta de que él es, en sí mismo, este Universo. «Soy yo quien soy este universo tal como existe ahora, una continua masa de cambios. Soy yo quien está más allá de todo cambio, de toda cualidad, el eternamente perfecto, el eternamente bienaventurado».

Hay, por lo tanto, sólo un *Atman*, un Ser eternamente puro, eternamente perfecto, inmutable, incambiable; jamás cambió y todos estos cambios del Universo son sólo apariencias de ese Ser Único.

Sobre este Atman, el nombre y la forma han pintado todos estos sueños; es la forma la que hace a la ola diferente del mar. Supongan que la ola se aplaca, ¿quedará la forma? No; desaparecerá. La existencia de la ola era enteramente dependiente de la existencia del mar, pero la existencia del mar no dependía en



nada de la existencia de la ola. La forma subsiste el tiempo que dura la ola, pero tan pronto como la ola desaparece, se desvanece, no tiene más existencia. Este nombre y forma es el producto de lo que es llamado *maya*. Es esta *maya* la que hace los individuos, la que los hace aparecer diferentes entre sí. Sin embargo, ella no tiene existencia. No puede decirse que *maya* existe. No se puede decir que la forma existe, porque ella depende de la existencia de otra cosa. No puede tampoco decirse que ella no existe, dado que es la causa de toda esta diferencia. De acuerdo con la filosofía Vedanta Monista (*advaita*) esta *maya* o ignorancia (o nombre y forma; o como ha sido llamada en Europa: «tiempo, espacio y causalidad») se halla fuera de esta Única Infinita Existencia, mostrándonos la multiplicidad del Universo; en sustancia, este Universo es Uno. Mientras se piense que hay dos últimas realidades, se está en el error. Se está en lo cierto cuando llega a comprenderse que sólo hay Uno. Esto es lo que se nos está probando todos los días, en el plano físico, en el plano mental y también en el plano espiritual. Ha sido demostrado en nuestros días que ustedes y yo, el Sol, la Luna y las estrellas, no somos sino diferentes nombres de diferentes espacios limitados en el océano todo igual de la materia, y que esta materia está continuamente cambiando en su configuración. La partícula de energía que estaba en el Sol hace algunos meses, puede estar en el ser humano hoy; mañana, podrá estar en un animal, pasado mañana en una planta; está siempre yendo y viniendo. Es todo una masa de materia infinita, ininterrumpida, solamente diferenciada por el nombre y forma. Un punto es llamado Sol; otro, Luna; otros, estrellas; otro, hombre; otro, animal; otro, planta, y así sucesivamente. Y todos esos nombres son imaginarios; no tienen realidad, porque el todo es una continua masa de materia cambiante. Este mismo Universo, desde otro punto de vista, es un océano de pensamiento, en donde cada uno de nosotros es un punto llamado una mente particular.Ustedes son una mente, yo soy una mente, cada uno es una mente; y el Universo, visto desde el punto de vista del conocimiento —cuando los ojos ya no son engañados por el espejismo, cuando la mente se ha purificado—, apa-

rece siendo un Ininterrumpido y Absoluto Ser, siempre puro, inmutable, inmortal.

¿Qué queda, entonces, de esa triple escatología de los dualistas, de que cuando un hombre muere va al cielo, o a esta o a aquella esfera, y que las personas malas se vuelven fantasmas, y animales, etc.? Nadie entra ni sale, dice el monista. ¿Cómo pueden ustedes ir y venir? Son infinitos, ¿dónde está el lugar para irse? En cierta escuela se estaba examinando a varios niños. El examinador había puesto a los niños, neciamente, toda clase de dificultades. Entre otras, había hecho esta pregunta: «¿Por qué no se cae la tierra?». Su intención fue hacer pensar a los niños en la gravitación o cualquier otra intrincada verdad científica. La mayoría de ellos no pudo ni entender la pregunta, y así, dieron una cantidad de respuestas equivocadas. Pero una inteligente niña le respondió con otra pregunta: «¿Dónde se caería?». La pregunta en sí del examinador no tenía sentido, no hay alto ni bajo en el Universo; la idea es sólo relativa. Lo mismo ocurre con respecto al alma; la cuestión del nacimiento y de la muerte con referencia al alma es pura insensatez. ¿Quién va y quién viene? ¿Dónde están ustedes ya? ¿Dónde está el cielo que no está ya en vuestro interior? El Ser del hombre es omnipresente. ¿Dónde tiene que ir? ¿Dónde no tiene que ir? Está en todas partes. De modo que todo este soñar propio de niños, y las ilusiones pueriles como las del nacimiento y muerte, de cielos y cielos superiores y de mundos inferiores, todo se desvanece para el hombre que llega a la perfección; para el casi perfecto se desvanece todo esto después de haber visto las diferentes escenas desde el *Brahmaloka*. Esta ilusión sólo continúa para el ignorante.

¿Cómo es que todo el mundo cree en la ascensión al cielo, y en morir y en renacer? Yo estoy estudiando un libro; página tras página va siendo leída y pasada. Una nueva página viene y nuevamente es dejada. ¿Quién cambia? ¿Quién viene y va? No soy yo, es el libro. Toda la naturaleza es un libro abierto ante el alma, capítulo tras capítulo va siendo leído, y una vez terminado, se pasa a otro, y a cada momento tenemos una nueva escena; seguimos leyendo y damos vuelta la página. Otra escena aparece, pero el alma es siempre la misma, eterna. Es la naturaleza la que está cambiando, no el alma del hombre. Ésta nunca cambia. El nacimiento y la muerte están en la naturaleza, no en ustedes. Sin embargo, el ignorante sigue en el error; así como nosotros, bajo la ilusión, decimos que el Sol se está moviendo y no la Tierra, en la misma, forma, nosotros pensamos que estamos muriendo, y no que lo está la naturaleza. Todas éstas son, por lo tanto, formas engañosas creadas por nuestra imaginación; algo semejante a lo que ocurre cuando creemos que los campos se mueven y no el tren; exactamente en la misma forma, se produce la alucinación del nacimiento y la muerte. Cuando los hombres se encuentran en un estado mental similar, ven esta existencia como la Tierra, el Sol, la Luna, las estrellas y así, todos ven las mismas cosas. Entre ustedes y yo, puede haber millones de seres, en diferentes planos de existencia. Ellos nunca nos verán a nosotros, ni nosotros a ellos; sólo vemos los que están en el mismo estado mental y en el mismo plano que nosotros. Podríamos decir, que sólo responden aquellos instrumentos musicales que están en el mismo tono de vibración; si el estado de vibración —que ellos llaman «vibración-hombre»— fuera cambiado, los hombres no serían vistos más aquí; todo el «universo-hombre» se desvanecería, y en lugar de esta escena, otra aparecería ante nosotros, quizás una de *devas* o el universo-*deva*, o quizás, para los hombres malvados, diablos y el mundo diabólico; pero todo sería, solamente, diferentes apariencias del mismo único Universo. Es este Universo el que, para el plano humano, es visto como Tierra, Sol, Luna, estrellas y las otras cosas propias del mismo y es este mismo Universo, que visto desde el plano de la maldad, aparece como un lugar de castigo. Y este mismo Universo, es visto como cielo por quienes quieren verlo como tal. Los que han estado soñando en ir hacia un Dios que está sentado en su trono, y quedarse allí elevando sus preces a Él durante toda su vida, cuando mueran, tendrán simplemente la visión de lo que ellos tenían en sus mentes; este mismo Universo cambiará, simplemente, en un vasto cielo, con toda suerte de seres alados volando en él y estará Dios sentado en un trono. Todos estos cielos son gestados por el hombre mis-

mo. Por eso, lo que dice el dualista es verdad —dicen los monistas— pero todo es, meramente, su propia producción. Estas esferas y dominios, y *devas* y reencarnaciones y transmigraciones son todo mitología; así también lo es la vida humana. El gran error que comete siempre el hombre es creer que sólo esta vida es verdadera; ellos entienden perfectamente cuando otras cosas son consideradas mitología, pero, nunca quieren admitir lo mismo acerca de su propia posición. Todo el asunto, tal como aparece, es mera mitología, y la más grande de las mentiras es que nosotros somos cuerpos, lo cual no hemos sido ni seremos nunca. La más grande de todas las mentiras es que somos simplemente hombres; somos el Dios del Universo. En la adoración a Dios, nosotros hemos estado siempre adorando a nuestro propio oculto Ser. La peor de las mentiras que pueden decirse a ustedes mismos es que han nacido pecadores o que son malos. Es pecador solamente el que ve a un pecador en el otro hombre. Supongan que aquí hubiera un niño y que ustedes dejan una bolsa de oro sobre la mesa. Supongan que viene un ladrón y se lleva el oro. Para el niño sería igual, porque, como él no tiene el ladrón dentro, no puede verlo afuera. Para los pecadores y los hombres malvados hay vileza afuera, no para el hombre bueno. Por eso, los malvados ven a este Universo como un infierno, y los parcialmente buenos, como cielo, mientras que los seres perfectos lo realizan como Dios. Sólo entonces, cae el velo de los ojos, y el hombre, purificado y limpio, encuentra que su visión toda ha cambiado. Las pesadillas que lo han estado torturando por millones de años, todo desaparece, y quien estaba pensando de sí mismo como siendo hombre, o *deva*, o demonio, quien estaba pensando en sí mismo como viviendo en lugares inferiores, o superiores, sobre la tierra, en el cielo, etcétera, encuentra que es, realmente, omnipresente, que todo el tiempo está en él, y que él no está en el tiempo; que todos los cielos están en él pero él no está en el cielo, y todos los dioses que el hombre siempre adora están en él aunque él no está en ninguno de aquellos dioses. Él fue el que creó a los *devas* y demonios, a los hombres y las plantas, a los animales y las piedras, y la naturaleza real del hombre aparece develada ante él como si fuera superior al cielo, más perfecta que este Universo nuestro, más infinita que el infinito tiempo, más omnipresente que el omnipresente éter. Únicamente así, el hombre ya no teme nada y se vuelve libre. Entonces, toda ilusión cesa, toda miseria se desvanece y todo temor acaba para siempre. El nacimiento se va y, con él, la muerte; el dolor se va y con él se van los placeres; se desvanecen las tierras y con ellas, los cielos; los cuerpos desaparecen y con ellos también se van las mentes. Podría decirse que para tal hombre, desaparece el Universo todo. Este buscar, este actuar y esta continua lucha de fuerza se detienen para siempre, y aquello que se estaba manifestando a sí mismo como fuerza y materia, como lucha de la naturaleza, como la naturaleza misma, como cielos y tierras, y plantas, y animales, y hombres y ángeles, todo queda transfigurado en una existencia infinita, ininterrumpida, inmutable, y el hombre que posee este conocimiento encuentra que él es uno con esa existencia. «Como las nubes de variados colores están en el cielo, permanecen ahí por un segundo y luego se desvanecen», así, ante el alma, llegan todas estas visiones de tierras y cielos, de Luna y de *devas*, de placeres y dolores; pero todas pasan, dejando el único, infinito, azul, inmutable cielo. El cielo nunca cambia; es la nube la que cambia. Es un error pensar que el cielo cambia; es un error pensar que somos impuros, que somos limitados, que estamos separados. El hombre real es la Única Existencia.



Ahora, vienen dos preguntas. La primera es: «¿Es posible realizar esto? Hasta aquí es una doctrina, una filosofía, pero, ¿es posible realizarla?» Sí, es posible. Hay hombres que están aún viviendo en este mundo y cuya ilusión se ha desvanecido para siempre. ¿Mueren ellos inmediatamente después de tal realización? No tan pronto como nosotros podríamos pensar. Dos ruedas unidas por un eje corren juntas. Si yo detengo una de ellas y con un hacha corto el eje, la otra rueda será llevada todavía por su propio impulso y, luego de correr cierto trecho, caerá al suelo. Esta existencia pura y perfecta —el alma— es una rueda, y la alucinación externa del cuerpo y de la mente es la otra rueda, mantenidas unidas por el eje de la acción, del *karma*. El hacha del conocimiento nos servirá para separar la

unidad de ambas, y la rueda del alma se detendrá; entonces, se detendrá el pensamiento de que está yendo y viniendo, viviendo y muriendo, de que es naturaleza y tiene necesidades y deseos, y encontrará que es perfecta, libre de deseos. Pero sobre la otra rueda, la del cuerpo y la mente, actuará el impulso de las pasadas acciones. Así pues, vivirá por algún tiempo, hasta que el impulso de las pasadas acciones se agote, hasta que el impulso haya sido consumido, y entonces, el cuerpo y la mente caerán, y el alma quedará libre. No hay más eso de ir al cielo y retornar, ni siquiera la ida al *Brahmaloka* o a cualquiera de las más elevadas esferas, porque, ¿quién viene y quién va? El hombre que ha alcanzado en esta vida ese estado, para quien, por un minuto al menos, cambió la visión ordinaria del mundo y vio que su realidad es sólo aparente, es llamado: «libre en vida». Ésta es la meta de los Vedantistas: alcanzar la libertad en esta misma vida.

Cierta vez, en el Oeste de la India, yo viajaba por un lugar desierto, sobre la costa del océano Índico. Durante días y días andaba a pie a través del desierto, y cuál no sería mi sorpresa al ver todos los días hermosos lagos, rodeados de árboles, que arrojaban su acogedora sombra. «¡Qué maravillosos son!, y ellos llaman a esto, un país desierto», me decía. Viajé cerca de un mes, viendo estos maravillosos lagos, árboles y plantas. Un día, estaba sediento y deseaba tomar un poco de agua, por lo que me decidí a ir hasta uno de esos hermosos y cristalinos lagos, pero al acercarme, se desvaneció. Y como un relámpago vino a mi mente: «Éste es un espejismo, sobre el cual he leído tantas veces en mi vida», y con esto vino también la idea de que durante todo el mes de mi viaje, cada día, había estado frente a un espejismo y yo no lo sabía. A la mañana siguiente, reanudé mi marcha. Ahí estaba otra vez el lago, mas con él vino la idea de que era un espejismo y no un lago verdadero. Así ocurre con el Universo. Estamos todos viajando en este espejismo del mundo, día tras día, meses y meses, años tras años, sin conocer que es un espejismo. Algún día se romperá el hechizo, aunque regresará nuevamente; el cuerpo tiene que permanecer un tiempo por el poder del pasado *karma*, y por eso el espejismo volverá. Este mundo retornará a nosotros mientras estemos ligados por el



*karma*: hombres, mujeres, animales, plantas, nuestras ligaduras y deberes, todo vendrá a nosotros, pero no con el mismo poder. Bajo la influencia del nuevo conocimiento, el poder del *karma* quedará roto, su veneno se perderá. Se transforma, porque con él viene la idea de que ahora lo conocemos, de que la sutil distinción entre la realidad y el espejismo la conocemos ya.

Entonces, este mundo no será el mismo mundo de antes. Hay aquí, sin embargo, un peligro. Nosotros vemos, en todas partes, gente que acepta esta filosofía y dice: «Yo estoy más allá de toda virtud y vicio, por lo tanto, no estoy ligado por ninguna ley moral; puedo hacer lo que quiero». Ustedes pueden encontrar muchos tontos en este país, en el momento actual, diciendo: "No estoy ligado; yo soy Dios Mismo; déjenme hacer lo que me agrada». Esto no es correcto, aun cuando es verdad que el alma está más allá de todas las leyes, ya sean físicas, mentales o morales. En la ley hay esclavitud; más allá de la ley está la libertad. Es también cierto que la libertad es la naturaleza real del alma, es su herencia; esa libertad real del alma brilla a través de velos de materia, en la forma de la aparente libertad del hombre. A cada momento de sus vidas, ustedes sienten que son libres. No podemos vivir, hablar, respirar por un momento, sin sentir que somos libres; pero, al mismo tiempo, un pequeño pensamiento nos demuestra que somos como máquinas y no libres. ¿Cuál es la verdad, entonces? ¿Esta idea de libertad es una ilusión? Unos dicen que la idea de libertad es una ilusión: otros dicen que la idea de esclavitud es una ilusión. ¿Cómo ocurre esto? El hombre es realmente libre, el hombre real no puede ser más que libre; se limita cuando entra en el mundo de *maya*, en el nombre y la forma. Libre albedrío es una expresión errónea. La voluntad no puede ser nunca libre. ¿Cómo podría serlo? Solamente cuando el hombre real ha quedado ligado es que esa voluntad viene a la existencia, no antes. Esta voluntad del hombre es limitada, pero lo que es el cimiento de esta voluntad es eternamente libre. Así, pues, aun en el estado de esclavitud que nosotros llamamos vida humana o vida de *devas*; sobre la tierra o en el cielo, nos queda todavía la reminiscencia de la libertad, que es nuestra por derecho divino. Y consciente o incons-

cientemente, todos estamos luchando para llegar a ella. Cuando un hombre ha logrado su propia libertad, ¿cómo puede estar limitado por ley alguna? No hay ninguna ley en el Universo que pueda ligarlo, porque este Universo es suyo.

Él es todo el Universo. Ya se diga que él es el Universo todo o bien que para él no hay Universo, ¿cómo puede tener él, entonces, todas esas ideas estrechas acerca del sexo y con respecto al país donde se nace? ¿Cómo puede decir: soy un hombre, soy una mujer, soy un niño? ¿No son éstas, mentiras? Él sabe que lo son. ¿Cómo puede decir que éstos son derechos para el hombre y, esos otros, derechos para las mujeres? Nadie tiene derechos; nadie existe separadamente. No hay hombre ni mujer; el alma no tiene sexo, es eternamente pura. Es una mentira decir: soy un hombre o una mujer, o bien decir que pertenecemos a éste u otro país. El mundo entero es mi patria, todo el Universo es mío, porque yo me he cubierto con él, siendo mi cuerpo. Hay también gente, en este mundo, que está lista para sostener estas doctrinas y que, al mismo tiempo, hace cosas que nosotros llamamos denigrantes; y si les preguntamos por qué lo hacen, nos dirán que es producto de nuestra ilusión y que ellos no pueden hacer nada erróneo. ¿A qué condiciones debemos someterlos para poder juzgarlos? Lo veremos en seguida.

Aunque mal y bien son manifestaciones condicionadas del alma, el mal es la envoltura más externa y el bien es la que está más cerca del hombre real, del Ser. Y entre tanto el hombre no pase la capa del mal, no llegará a la del bien, y sin pasar las capas del bien y mal, no podrá alcanzar el Ser. Quien ha alcanzado el Ser, ¿qué es lo que tiene todavía adherido? Un pequeño *karma*, un pequeño impulso del pasado, pero todo ese impulso es bueno. Hasta tanto el impulso no termine y las impurezas del pasado no sean enteramente quemadas, es imposible para ningún hombre percibir y realizar la verdad. Por eso, lo que queda en el hombre que ha alcanzado el Ser y realizado la verdad, es el remanente de las buenas impresiones de su vida pasada, el buen impulso. Aun viviendo en el cuerpo y trabajando incesantemente, él actúa únicamente para el bien; sus labios dejan salir sólo



bendiciones para todos; sus manos sólo hacen buenas obras; su mente sólo puede pensar buenos pensamientos; su presencia es una bendición dondequiera que vaya. Una persona así cambiará, con su sola presencia, hasta al más malvado en santo. Aun sin hablar, su sola presencia es una bendición para la humanidad. ¿Puede un hombre así hacer algún mal? ¿Puede cometer algún acto malo? Ustedes deben recordar que hay la misma diferencia que existe entre uno y otro polo, entre realización y meras palabras. Cualquier tonto puede hablar. Hasta los loros hablan. Hablar es una cosa y realizar es otra. Las filosofías y doctrinas, y argumentos y libros, y teorías, e iglesias y sectas, y todas estas cosas, son buenas en cierto grado; pero, cuando esa realización llega, todo eso cae. Por ejemplo, los mapas son buenos, pero cuando ustedes ven al país tal cual es y miran de nuevo el mapa, ¡qué enorme diferencia encuentran! Por eso, quienes han realizado la verdad, no requieren el raciocinio lógico ni ninguna otra gimnasia intelectual para hacer entender la verdad; es para ellos la vida de sus vidas concretizada, hecha más tangible. Es, como dicen los sabios del Vedanta: «Tener el fruto en la palma de la mano»; pueden levantarse y decir: Aquí está. Por eso, quienes han realizado la verdad pueden levantarse y decir: «Aquí está el Ser». Pueden ustedes argumentar años con ellos, pero ellos sólo sonreirán; considerarán todo eso mera cháchara infantil. Ellos han realizado la verdad y están plenos. Supongan que ustedes han visto un país, y una persona viene y trata, con argumentos, de convencerlos de que ese país nunca existió; él podrá seguir arguyendo indefinidamente, pero la única actitud mental de ustedes será la de ver en este hombre un candidato para un asilo de lunáticos. Así es como el hombre de realización dice: «Todo este hablar en el mundo de sus pequeñas religiones, es simple charla; la realización es el alma, la esencia real de la religión». La religión debe ser realizada. ¿Están ustedes listos? ¿La quieren? Si la quieren, lograrán la realización; serán verdaderamente religiosos. Hasta tanto no hayan logrado la realización, tendrán muy poca diferencia con los ateos. Los ateos son sinceros, pero el hombre que dice que cree en la religión y nunca intenta realizarla, no es sincero.

La próxima cuestión, es saber qué ocurre después de la realización. Supongan que nosotros hemos realizado la unidad del Universo, que somos ese Ser Único Infinito; y que hemos realizado que este Ser es la Única Existencia, y que es el mismo Ser que se está manifestando en todas estas variadas formas fenomenales, ¿qué queda de nosotros después de esto? ¿Nos volveremos inactivos; iremos a un rincón y sentados ahí aguardaremos la muerte? «¿Qué bien haría esto al mundo?» ¡Ésta es la vieja pregunta! En primer lugar, ¿por qué debería hacer bien al mundo? ¿Hay alguna razón para que así sea? Qué razón tiene aquél que quiere hacer la pregunta: «¿Qué bien haría esto al mundo?» ¿Qué quiere decirse con eso? Un niño quiere caramelos. Supongan que ustedes están llevando a cabo investigaciones relacionadas con algún tema de electricidad y el niño les pregunta: «¿Con eso se compra caramelos?» «No», será la respuesta. «Entonces, ¿para qué sirve?», dirá el niño. Así pasa con el hombre que se para y dice: «¿Qué bien hará esto al mundo; nos dará dinero?». «No». «Entonces, ¿para qué sirve?». Eso es lo que los hombres quieren decir por hacer bien al mundo. Sin embargo, la realización religiosa hace todo el bien al mundo. La gente tiene miedo de que cuando sea alcanzada, cuando ellos realicen que sólo hay Uno, las fuentes del amor se secarán, todas las cosas de la vida se desvanecerán y todo cuanto ellos aman desaparecerá, podríamos decir; en ésta y en la otra vida. La gente no se detiene nunca a pensar que quienes conceden muy poca importancia a su individualidad, han sido los más grandes trabajadores del mundo. El hombre recién ama cuando encuentra que el objeto de su amor no es ninguna cosa baja, pequeña, mortal. El hombre ama sólo cuando encuentra que el objeto de su amor no es un pedazo de arcilla sino que es Dios Mismo. La esposa amará más al esposo cuando piense que el esposo es Dios Mismo. El esposo amará más a la esposa cuando él sepa que la esposa es Dios Mismo. La madre amará más al hijo, cuando vea en el hijo a Dios Mismo. Este hombre amará a su propio enemigo, cuando sepa que su propio enemigo es Dios Mismo. Un hombre amará al santo, cuando sepa que el santo es Dios Mismo; y ese mismo hombre amará al menos santo de los



seres humanos, porque él sabe que el fondo de este hombre es Dios, el Señor. Tal hombre se convierte en un impulsor del mundo porque en él, su pequeño yo ha muerto y sólo queda en su lugar Dios. Para él, todo el Universo queda transfigurado. Todo lo que es doloroso y miserable se desvanecerá; las luchas vendrán y se irán. Este Universo, en lugar de una prisión en la cual diariamente luchamos y combatimos por un pedazo de pan, será para nosotros un campo de deporte. ¡Qué hermoso será este Universo entonces! Sólo ese hombre tiene el derecho de pararse y decir : «¡Qué hermoso es este mundo!». Sólo él tiene derecho de decir que todo es bueno. Éste sería el mejor bien para el mundo; el resultado de tal realización haría que el mundo, en lugar de seguir con esta fricción y choque continuo, cambiara su aspecto total; si la humanidad realizara un poco de esta gran verdad, transformaría este sitio de lucha y querellas en un reino de paz. Este indecente y brutal impulso que nos arrastra a enfrentar a los demás, desaparecerá del mundo. Con él, desaparecerán toda lucha, todo odio, todo celo, y todo el mal se desvanecerá para siempre. Entonces, los *devas* podrán vivir sobre la Tierra. Esta misma Tierra se convertirá en cielo y, ¿qué mal podrá haber cuando los dioses jueguen con los dioses, cuando los dioses trabajen con los dioses y los dioses amen a los dioses? Ésta es la gran utilidad que tiene la realización divina. Entonces, todas las cosas de la sociedad serán cambiadas y transfiguradas. Nunca más ustedes pensarían del hombre como mal, y esto sería lo primero que se ganaría. Nunca más mirarían con desdén al pobre hombre o mujer que haya cometido un error. Nunca más, señoras, mirarían agraviantes a la pobre mujer que recorre las calles de noche, porque verían también allí a Dios Mismo. Nunca más pensarían en los celos y el castigo. Todo eso se desvanecerá, y el amor, el gran ideal del amor, será tan poderoso, que no se necesitarán para guiar a la humanidad ni látigo, ni cadenas.

Si una millonésima parte de los hombres y mujeres que viven en este mundo se sentaran por unos minutos y dijeran simplemente: «¡Todos ustedes son Dios, oh, ustedes los hombres; oh, ustedes los animales, y todos los seres vivientes, uste-

des son todos la manifestación de esa única Divinidad viviente!», el mundo, en su totalidad, cambiaría en una media hora. En lugar de estar tirando tremendas bombas de odio en cada rincón, en vez de estar proyectando corrientes de celos y de malos pensamientos, la gente debería pensar en todos los de la Tierra pues todo es Él. Todo lo que ven y sienten es Él. ¿Cómo pueden ver el mal?, es porque el mal está en ustedes. ¿Cómo pueden ver al ladrón?, es que lo tienen ahí, sentado en lo más íntimo de su corazón. ¿Cómo pueden ver al criminal si no lo fueran ustedes también? Sean buenos, y el mal se desvanecerá para ustedes. De ese modo, el Universo todo cambiará. Ésa es la mayor conquista para la sociedad. Es el mayor beneficio al que puede aspirar el organismo humano. Estos pensamientos fueron pensados y completados por individuos de la antigua India. Por varias razones, tales como el exclusivismo de los Maestros y las invasiones extranjeras, no hubo posibilidad de que estos pensamientos fueran esparcidos. Sin embargo, son grandes verdades y, donde quiera que ellas han penetrado, el hombre se ha vuelto divino. Mi vida toda ha sido cambiada por el toque de uno de estos hombres divinos, respecto del cual les hablaré el domingo próximo; y el tiempo está llegando en que estos pensamientos serán esparcidos por el mundo entero. En vez de vivir en monasterios, en lugar de estar confinados en libros de filosofía para ser estudiados únicamente por los eruditos, en vez de ser posesión exclusiva de sectas o de pocos eruditos, serán sembrados en el inmenso campo del mundo entero; así se convertirán en la propiedad común del santo y del pecador, de los hombres y de las mujeres y de los niños, y de los instruidos como de los iletrados. Ellos penetrarán la atmósfera del mundo, y el mismo aire que respiramos nos dirá, en cada una de sus pulsaciones: «Tú eres Aquello». Y el Universo todo, con sus miríadas de soles y de lunas, a través de todo lo que habla, a una sola voz dirá: «Tú eres Aquello».

# VEDANTA PRÁCTICO

## Primera Parte

*(Conferencia dada en Londres, el 10 de noviembre de 1896)*

Se me ha pedido que diga algo acerca de la parte práctica de la filosofía Vedanta. Como ya les he dicho, la teoría es muy buena por cierto, ¿pero cómo podemos llevarla a la práctica? Ninguna teoría tiene valor alguno si es absolutamente impracticable, salvo como simple gimnasia intelectual. El Vedanta, por lo tanto, por ser una religión, tiene que ser intensamente práctico. Debemos ser capaces de ponerlo en práctica en cada acto de nuestra vida. Y no solamente esto, debemos hacer desaparecer esa diferenciación ficticia entre la religión y la vida del mundo, porque el Vedanta enseña la Unidad: una sola vida a través de todo. Los ideales de la religión deben cubrir todo el campo de la vida, entrar en todos nuestros pensamientos y ser llevados cada vez más a la práctica. A medida que avance en el tema, iré, gradualmente, tratando el lado práctico. Pero debe tenerse en cuenta que esta serie de conferencias se refiere a un tema básico y que, por eso, primero debemos aplicarnos a la teoría y ver cómo ha sido elaborada, siguiéndola desde su origen en los bosques hasta llegar a las populosas calles y ciudades; y una característica particular que encontramos es que la mayoría de estos pensamientos no han sido la expresión del retiro en el bosque, sino que vinieron de personas de las cuales se supone que han debido llevar la más ocupada de las vidas, de monarcas reinantes.

Shvetaketu era hijo de Aruni, un sabio, que, probablemente, llevaba una vida de reclusión. Había sido criado en el bosque, pero se fue a la ciudad de Panchalas y apareció en la corte

del rey Pravahana Yaivali. El rey le preguntó: «¿Sabes tú cómo los seres parten después de la muerte?». «No, señor.» «¿Sabes cómo retornan aquí otra vez?». «No, señor.» «¿Conoces la senda de los antepasados y la de los *devas*?». «No, señor.» Luego, el rey le hizo otras preguntas que Shvetaketu no pudo responder. Entonces, el rey le dijo que no sabía nada. El joven fue a ver a su padre y éste admitió que él mismo no podría contestar esas preguntas. No se trataba de que no quisiera contestárselas o no enseñárselas a su hijo, sino que no sabía esas cosas. Así fue como Shvetaketu volvió a ver al rey, con su padre, y ambos le pidieron que les enseñara esos secretos. El rey les dijo que esas cosas habían sido conocidas, hasta entonces, solamente por los reyes; los sacerdotes nunca las habían conocido. Sin embargo, procedió a enseñarles lo que deseaban. En varios Upanishads podemos ver que esta filosofía Vedanta no ha sido expresada solamente por quienes meditaban en los bosques, sino que la mayor parte de ella ha sido enseñada y expresada por cerebros que estaban ocupados en asuntos del diario vivir. No podemos concebir un hombre más ocupado que un monarca absoluto reinando sobre millones de súbditos y, sin embargo, algunos de ellos fueron profundos pensadores.

Todo nos irá demostrando que esta filosofía debe ser muy práctica y, más adelante, cuando lleguemos al *Bhagavad Guita* —quizás muchos de ustedes lo han leído; es el mejor comentario sobre la filosofía Vedanta—, curiosamente, veremos cómo la escena tiene lugar en medio del campo de batalla, donde Krishna enseña esta filosofía a Arjuna, y la doctrina, que surge luminosa en cada página del *Guita*, es la de intensa actividad, pero en medio de ella, eterna calma. Éste es el secreto de la acción, cuyo logro es la meta del Vedanta. Inactividad, como nosotros la entendemos, en el sentido de pasividad, no puede ser de ninguna manera la meta. Si así fuese, las paredes que nos rodean serían lo más inteligente; ellas son inactivas. Los terrones de tierra, los troncos de árboles serían los más grandes sabios de la Tierra; son inactivos. Tampoco la inactividad se convierte en actividad cuando se combina con la pasión. La actividad real, que es la meta del Vedanta, es combinada con eterna calma, la calma que



no puede ser alterada, el equilibrio de la mente que no puede ser perturbado, pase lo que pasare. Y nosotros conocemos, por nuestra experiencia de la vida, que ésta es la mejor actitud para el trabajo.

Muchas veces se me ha preguntado cómo podríamos trabajar sin la pasión que generalmente sentimos por el trabajo. Yo también pensaba en esa forma años atrás, pero a medida que los años pasan y voy adquiriendo más experiencia, encuentro que eso no es verdad. Menos pasión hay, mejor es el trabajo. Cuanto más calmos estemos, mejor será para nosotros, y podremos realizar mayor cantidad de trabajo. Cuando nos dejamos llevar por la emoción, gastamos mucha energía, estropeamos nuestros nervios, perturbamos nuestras mentes y el trabajo que realizamos es menor. La energía que debió ser utilizada en el trabajo, se gastó en mero sentimiento que nada produce. Es sólo cuando la mente está en calma y concentrada, que la totalidad de su energía puede ser empleada en la realización del trabajo. Y si leemos la vida de los grandes hombres de acción que el mundo ha producido, encontraremos que todos ellos fueron eminentemente calmos. Nada, por así decirlo, puede quitarles su equilibrio. Por eso el hombre que se enoja nunca puede realizar un gran trabajo, ocurriendo lo contrario con quien nunca se enoja. El hombre que da rienda suelta a la ira, al odio o a cualquier otra pasión, lo único que hace es destruirse y no hace nada práctico. Es la mente calma, comprensiva, bien equilibrada, la que realiza el máximo de trabajo.

El Vedanta predica el ideal, y el ideal, como sabemos, es algo que está siempre más allá de lo real, de lo práctico, si así podemos llamarlo. Hay dos tendencias en la naturaleza humana: una es armonizar el ideal con la vida; y la otra, elevar la vida hacia el ideal. Es de gran importancia que entendamos esto, pues la tentación es querer moldear nuestras vidas, siguiendo la primera tendencia. Yo pienso que puedo hacer solamente cierta clase de trabajo. Quizá, la mayor parte de él es malo; quizá tiene pasión detrás, ira, codicia o egoísmo. Entonces, si llega a mí un hombre y me enseña un ideal cuyo primer paso es abandonar mi egoísmo, mi deseo de goce personal, pienso que es impracti-

cable. Pero cuando me traen un ideal que se puede conciliar con mi egoísmo, me lleno de alegría, y me sumerjo en él. Este lo llamo ideal para mí. Así como la palabra «ortodoxo» ha sido manejada en diversas formas, así ha sido la palabra «práctico»; mi doxia es «ortodoxia»; la de ustedes es «heterodoxia». Así ocurre con la practicidad. Lo que yo pienso que es práctico, es para mí lo único práctico que hay en el mundo. Si yo soy tendero, pienso que el único ideal práctico a seguir en el mundo es mi manera de comerciar. Si soy ladrón, creo que el único ideal práctico es robar; los demás, no son prácticos. Vemos cómo, todos nosotros, usamos esta palabra *práctica* para las cosas que a *nosotros* nos gustan y podemos hacer. Por lo tanto, yo quiero pedirles que entiendan que el Vedanta es intensamente práctico, pero siempre en el sentido de seguir su ideal. En una palabra, este ideal es que ustedes *son divinos*. «Tú eres Aquello.» Ésta es la esencia del Vedanta; después de todas sus ramificaciones y gimnasias intelectuales, llegamos a saber que el alma humana es pura y omnisciente, y vemos que tales supersticiones, como las de nacimiento y muerte, son enteramente sin sentido cuando se habla de ellos con relación al alma. El alma nunca nació y nunca morirá, y todas esas ideas de que vamos a morir, y tenemos miedo de morir, son meras supersticiones. Ideas tales como las de que podemos hacer esto o no podemos hacer aquello, son supersticiones. Podemos hacer todo. El Vedanta enseña que el hombre debe tener, antes que nada, fe en sí mismo. Así como ciertas religiones dicen que un hombre que no cree en un Dios Personal apartado de él es un ateo, el Vedanta dice: *Un hombre que no cree en sí mismo es un ateo.* El no creer en la gloria de nuestra propia alma es lo que el Vedanta llama ateísmo. Para muchos, no hay duda, esto es una idea terrible, y la mayoría de nosotros pensamos que este ideal no puede ser nunca alcanzado, pero el Vedanta insiste en que debe ser realizado por todos. No hay hombre ni mujer ni chico ni diferencia de raza o sexo ni cosa alguna que se levante como barrera ante la realización del ideal, porque el Vedanta muestra que ya está realizado, que ya está ahí.

Todos los poderes del Universo ya son nuestros. Somos



nosotros los que hemos puesto nuestras manos en los ojos y gritamos que todo está oscuro. Sepan que no hay ninguna oscuridad alrededor de nosotros. Quiten las manos y verán la luz que estaba desde el comienzo. La oscuridad nunca existió, la debilidad nunca existió. Nuestra insensatez nos lleva a decir que somos débiles; nuestra insensatez nos hace decir que somos impuros. Así es como el Vedanta, no sólo insiste en que el ideal es práctico sino en que siempre lo fue, y este Ideal, esta Realidad es nuestra propia naturaleza. Toda otra cosa que vean ustedes es falsa, carente de realidad. Tan pronto como digan: «Yo soy un pequeño ser mortal», están diciendo una cosa que no es verdad, mintiéndose a sí mismos, hipnotizándose y sintiéndose una cosa vil, débil y lastimosa.

El Vedanta no reconoce ningún pecado; sólo reconoce el error. Y el más grande error —afirma el Vedanta— es decir que tú eres débil, que eres un pecador, una criatura miserable, que no tienes ningún poder y no puedes hacer esto o aquello. Cada vez que piensas en esta forma, por así decirlo, sellas un eslabón más en la cadena que te tiene atado, agregas una nueva capa de hipnotismo sobre tu propia alma. Por lo tanto, quienquiera que piense que es débil, está equivocado, quienquiera que piense que es impuro, está equivocado y está lanzando un mal pensamiento al mundo. Debemos tener bien presente en nuestra mente, que el Vedanta no trata de conciliar la vida actual, la vida hipnotizada, esta falsa vida que hemos aceptado erróneamente, con el ideal, sino que esta vida falsa debe irse, y la vida real —que siempre existe— debe manifestarse, debe irradiar hacia fuera. Ningún hombre deviene más y más puro, es una cuestión de mayor manifestación. El velo cae, y la naturaleza innata del alma comienza a manifestarse. Todo es nuestro ya: infinita pureza, libertad, amor y poder.

El Vedanta dice, además, que esto no sólo puede ser realizado en lo profundo del bosque o de las cavernas, sino también por personas en cualquier condición de vida. Hemos visto que las personas que descubrieron estas verdades no vivían ni en los bosques ni en las cavernas, ni seguían las profesiones comunes de la vida, sino que se trataba de hombres que, tenemos

toda la razón de creer, llevaban una vida de lo más ocupada, hombres que debían mandar ejércitos, sentarse en tronos y velar por el bienestar de millones de individuos. Y todo esto ocurría en los tiempos de la monarquía absoluta, y no como en nuestros días, en que un rey es en gran parte una figura decorativa. Sin embargo, ellos tenían tiempo para pensar en estas ideas, realizarlas y enseñarlas a la humanidad. Cuánto más práctico no será para nosotros hacerlo, siendo vidas de ocio las nuestras, comparadas con las de ellos. El que no podamos realizar estos ideales es una vergüenza, viendo que, comparativamente, tenemos libre todo el tiempo, con muy poco que hacer. Mis requerimientos son casi nulos, comparados con los de un antiguo monarca absoluto. Mis necesidades son casi nada, en relación con las demandas de Arjuna en el campo de batalla de Kurukshetra, mandando un numeroso ejército y, sin embargo, él pudo encontrar tiempo, entre el violento ruido y el tumulto de la batalla, para hablar de la más alta filosofía y llevarla a la práctica en su propia vida. Con seguridad, nosotros debemos poder hacer mucho más en nuestras vidas, comparativamente libres, fáciles y cómodas. La mayoría de los que estamos aquí tenemos mucho más tiempo de lo que podamos pensar si, realmente, queremos utilizarlo para el bien. Con la cantidad de libertad que disfrutamos, podemos alcanzar doscientos ideales en esta vida, si así lo queremos, pero no debemos degradar el ideal a lo práctico del presente. Una de las cosas más seductoras que llega a nosotros está representada por esas personas que disculpan todos nuestros errores y nos enseñan cómo excusarnos por todas nuestras necesidades vanas y tontos deseos; y nosotros pensamos que ese ideal es el único que necesitamos. Pero no es así. El Vedanta no enseña tal cosa. Lo práctico debe ser conciliado con el ideal; la vida actual debe hacerse coincidir con la vida eterna.

Ustedes deben recordar siempre que el único ideal central del Vedanta es la Unidad. No hay dos en ninguna cosa, no hay dos vidas ni dos diferentes formas de vida para los dos mundos. Encontrarán en los Vedas referencias a cielos, y cosas por el estilo, pero es sólo al principio, pues más adelante, cuando



arriban a los más elevados ideales de filosofía, barren todas esas cosas. No hay más que Una Vida, Un Mundo, Una Existencia. Todo es ese Uno, la diferencia es de grado y no en esencia. El Vedanta niega absolutamente ideas tales como las de que los animales están separados del hombre y que ellos han sido creados por Dios para ser usados como alimento nuestro.

Algunas personas han formado una sociedad en contra de la vivisección. Yo pregunté a uno de sus miembros: «¿Por qué piensa usted, amigo mío, que es perfectamente legal matar para alimento, y no matar uno o dos para experimentos científicos?». Él replicó: «La vivisección es de lo más horrible, pero los animales nos han sido dados para nuestro alimento». La unidad incluye todos los animales. Si la vida del hombre es inmortal, lo es, también, la de los animales. La diferencia es sólo de grado y no de esencia. La ameba y yo somos lo mismo, la diferencia es sólo de grado, y desde el punto de vista de la vida elevada, todas estas diferencias se desvanecen. Un hombre puede ver una gran diferencia entre una mata de hierba y un pequeño árbol, pero si él asciende muy alto, la hierba y el más grande de los árboles no se distinguirán entre sí. De modo que, desde el punto de vista del más elevado ideal, el más bajo de los animales y el más grande de los hombres son lo mismo. Si ustedes creen que hay un Dios, los animales y las criaturas más elevadas deben ser lo mismo. Un Dios que es parcial para sus hijos llamados hombres, y cruel para sus hijos llamados bestias, es peor que un demonio. Yo preferiría morir cien veces antes que adorar a un Dios así. Toda mi vida sería una lucha contra tal Dios. Pero no hay ninguna diferencia, y quienes dicen que la hay, son irresponsables, gente sin corazón, que no sabe. Ahora, veremos un caso en el cual la palabra «práctica» está usada con sentido erróneo. Yo, personalmente, puedo no ser un vegetariano muy estricto, pero comprendo bien el ideal respectivo. Cuando como carne, sé que cometo un error. Aun, si estoy obligado a comerla bajo ciertas circunstancias especiales, sé que es cruel hacerlo. No debo rebajar mi ideal a la situación actual y justificar lo malo de mi conducta. El ideal es no comer carne, no matar ningún ser, porque todos los animales son mis hermanos. Si ustedes

pueden pensar en ellos como siendo hermanos nuestros, han hecho un pequeño progreso en el camino hacia la fraternidad de todas las almas, ¡ni qué hablar de la fraternidad humana! Esto es un juego de niños. Ustedes, generalmente, encuentran que esto no es muy aceptable para muchos, porque enseña a abandonar lo actual e ir ascendiendo hacia el ideal. Pero si fabricamos una teoría que se adapte a su conducta ordinaria, ellos la considerarán como enteramente práctica.

Hay una poderosa tendencia conservadora en la naturaleza humana; no queremos dar un paso hacia adelante. Yo pienso en toda la humanidad, cuando leo la noticia de aquellas personas que mueren de frío en la nieve; todas ellas, se dice, desean dormir, y si se trata de levantarlos replican: «Déjeme dormir. Es tan hermoso dormir en la nieve», y ese sueño los lleva a la muerte. Así es nuestra naturaleza. Eso es lo que estamos haciendo toda nuestra vida, helándonos desde los pies a la cabeza y deseando todavía dormir. Por lo tanto, deben luchar, para lograr el ideal, y si un hombre quiere bajar el ideal hasta ustedes y enseñar una religión que no enarbola el estandarte de un ideal elevado, no lo escuchen. Para mí, eso sería una religión impracticable. Pero si un hombre enseña una religión que represente un ideal elevado, yo estoy listo para él. Estén alertas cuando un hombre trata de disculpar sus vanidades y debilidades. Si alguien quiere predicar tal camino para nosotros y lo seguimos, pobres de nosotros, no progresaremos nunca, por habernos convertido en terrones de tierra, limitados por los sentidos. Yo he visto mucho de estas cosas, he tenido alguna experiencia de la vida, y mi país es la tierra donde las sectas religiosas crecen como hongos. Cada año aparecen nuevas sectas. Pero una cosa he advertido y es que sólo progresa aquél que jamás trata de conciliar al hombre de carne con el hombre de verdad. Dondequiera que haya esta falsa idea de conciliar las vanidades de la carne con los más elevados ideales, o la de traer a Dios al nivel de los hombres, viene la decadencia. El hombre no debe ser degradado a la esclavitud de lo mundano sino que debe Ser elevado hacia Dios.

Al mismo tiempo, hay otro lado de la cuestión. No debemos mirar con desprecio a los demás. Todos estamos marchando hacia un mismo ideal. La diferencia entre debilidad y fuerza es sólo de grado; la diferencia entre virtud y vicio es sólo de grado; la diferencia entre cielo e infierno es sólo de grado; la diferencia entre vida y muerte es sólo de grado; todas las diferencias de este mundo son sólo de grado y no en lo esencial, porque Unidad es el secreto de todo. Todo es ese Uno que se manifiesta a Sí mismo, ya sea como pensamiento, vida o alma o cuerpo, y la diferencia es solamente de grado. Por lo cual, no tenemos derecho a mirar hacia abajo, con desprecio, a aquéllos que no han desarrollado exactamente el mismo grado al que nosotros hemos llegado. No condenen a nadie; si pueden extender la mano para ayudar a alguien, háganlo. Si no pueden, junten sus manos, bendigan a sus hermanos y déjenlos que sigan su propio camino. Derribando y condenando, no es el modo de obrar. Nunca el trabajo se realiza de esa manera. Nosotros gastamos nuestra energía, en condenar a los demás. La crítica y la condena es una forma vana de utilizar nuestras energía porque, con el correr del tiempo, aprendemos que todos están buscando la misma cosa, se están acercando más o menos al mismo ideal y que la mayoría de nuestras diferencias son, simplemente, diferencias de expresión.



Tomen la idea del pecado. Ya les he dicho la idea Vedántica acerca del pecado; la otra idea es que el hombre es un pecador. Son prácticamente las mismas, nada más que una toma el lado positivo y la otra, el negativo. Una muestra al hombre su fuerza y, la otra, su debilidad. Puede haber debilidad, dice el Vedanta, no importa, pues nosotros queremos crecer. La enfermedad tuvo su aparición tan pronto el hombre nació. Cualquiera conoce su enfermedad; no necesitamos que otro venga a decirnos qué enfermedad padecemos. Sin embargo, pensando todo el tiempo en que estamos enfermos, no nos curaremos; una medicina es necesaria. Podemos olvidar todo lo de afuera, podemos tratar de volvernos hipócritas para el mundo exterior, pero en lo más íntimo de nuestro corazón, todos conocemos nuestra debilidad. El recuerdo de nuestra debilidad, dice el Vedanta, no nos sirve de ayuda; den fuerza, la fuerza no viene con pensar todo el tiem-

po en la debilidad. El remedio para la debilidad no es anidar sobre ella sino pensar sobre la fuerza. Enseñen a los hombres la fuerza que ya existe en lo íntimo de ellos mismos. En lugar de decirles que son pecadores, el Vedanta toma la posición opuesta y les dice: «Tú eres puro y perfecto, y lo que tú llamas pecado, no te pertenece». Los pecados son manifestaciones muy bajas del Ser; manifiesten su Ser en un grado elevado. Ésta es la única cosa por recordar; todos nosotros podemos hacerlo. Nunca digan: «No»; nunca digan: «No puedo», porque son infinitos. Aun el tiempo y el espacio, comparados con su naturaleza real, no son nada. Ustedes pueden hacer cada cosa y todas las cosas; ustedes son todopoderosos.

Éstos son los principios éticos, pero ahora tendremos que descender y trabajar sobre los detalles. Veremos cómo este Vedanta puede ser traído a nuestra vida diaria, la vida de la ciudad, la vida del país, la vida nacional y la vida de hogar de cada pueblo. Porque poco sirve una religión que no pueda ayudar al hombre, cualquiera que sea, dondequiera que esté; sería, entonces, una teoría para unos pocos elegidos. La religión, para ayudar a la humanidad, debe estar pronta y ser capaz de ayudar, esté el hombre en la condición que estuviere: ya sea en la servidumbre, como en la libertad, en las profundidades de la degradación, como en las cumbres de la pureza; tiene que ser capaz de ir en su ayuda, igualmente, en cualquier parte donde estuviere. Los principios del Vedanta, o el ideal de la Religión, o como quieran llamarlo, serán cumplidos por su capacidad de realizar esta gran función.

El ideal de la fe en nosotros mismos es una ayuda muy grande para nosotros. Si la fe en sí mismo hubiera sido enseñada y practicada más ampliamente, estoy seguro de que la mayoría de los males y miserias que padecemos hubieran desaparecido. Vemos, a través de toda la historia, que si hubo un poder motor más potente que otros en la vida de los grandes hombres o mujeres, ése es el de la fe en sí mismos. Nacieron con la conciencia de que tenían que llegar a ser grandes y llegaron a serlo. Dejen que un hombre descienda a lo más bajo concebible: llegará un momento en que, sumido en la más grande desesperación, tomará una curva ascendente y aprenderá a tener fe en sí mismo. Pero, es mejor para nosotros saber esto desde el comienzo. ¿Para qué pasar por todas esas amargas experiencias para tener fe en sí mismo? Podemos ver que toda la diferencia que existe entre hombre y hombre, se debe a que unos tienen fe en sí mismos y otros no. La fe en nosotros mismos hará todo lo que queramos. Yo lo he experimentado en mi propia vida y lo sigo haciendo, y a medida que los años pasan, esa fe se hace más y más fuerte. Es un ateo aquél que no cree en sí mismo. *Las religiones antiguas decían que era ateo aquél que no creía en Dios; la nueva religión dice que ateo es quien no cree en sí mismo.* Pero no es una fe egoísta, porque el Vedanta, además, es la doctrina de la Unidad. Significa fe en todo, porque ustedes son todo. Amor hacia ustedes mismos significa amor por todo, amor a los animales, amor hacia todas las cosas, porque todos ustedes son Uno. Es la gran fe que hará al mundo mejor. Estoy seguro de ello. Es el más grande de los hombres quien puede decir en verdad: «Yo conozco todo con respecto a mí mismo». ¿Conocen ustedes cuánta energía, cuántos poderes, cuántas fuerzas están todavía ocultas detrás de esa forma suya? ¿Los científicos han conocido todo lo que está en el hombre? Millones de años han pasado desde que el hombre hizo su aparición aquí y, sin embargo, sólo una infinitesimal parte de sus poderes ha sido manifestada. Por eso, jamás deben decir que son débiles. ¿Acaso saben, ustedes, las posibilidades que existen detrás de la degradación que se ve en la superficie? Conocen muy poco de lo que hay en su interior. Porque detrás de ustedes, en lo íntimo, está el océano infinito del poder y la bienaventuranza.

«Primero hay que oír hablar sobre este Atman.» Escuchen, día y noche, que son el Alma. Repitan ustedes mismos, día y noche, hasta que penetre en sus venas, hasta que hormiguee en cada gota de sangre, hasta que esté en su carne y sus huesos. Llenen todo el cuerpo con este ideal: «Yo soy el Alma, sin nacimiento, sin muerte, plena de dicha, omnisciente, omnipotente, siempre gloriosa». Piensen sobre este ideal, día y noche; piensen acerca de él, hasta que se haya convertido en parte de su vida. Mediten sobre él, y de él surgirá el trabajo, la acción. «De

la plenitud del corazón es de lo que la boca habla», y de la plenitud del corazón es, también, que la mano trabaja. La ficción vendrá, llénense del ideal; cualquiera que sea la cosa que hagan, piensen en él. Todas sus acciones serán magnificadas, transformadas, deificadas, por el poder del pensamiento. Si la materia es poderosa, el pensamiento es omnipotente. Tomen ese pensamiento y sustenten su vida en él, cólmense con el pensamiento de su omnipotencia, su majestad y su gloria. ¡Quiera Dios que en sus cerebros no haya entrado ninguna superstición! ¡Quiera Dios que no hayamos sido rodeados, desde nuestro nacimiento, por todas esas influencias supersticiosas y paralizantes ideas, de que somos débiles y mezquinos! ¡Quiera Dios que la humanidad pueda tener una senda más fácil que seguir para llegar a las verdades más nobles y elevadas! Pero el hombre tiene que pasar por todo esto; no hagan la senda más dificultosa para aquéllos que marchan detrás de ustedes.

Éstas son, algunas veces, doctrinas terribles para ser enseñadas. Conozco a personas que se horrorizan de estas ideas, pero para aquéllos que quieren ser prácticos, ésta es la primera cosa por aprender. Nunca se digan a ustedes mismos, ni digan a los demás que son débiles. Hagan el bien si pueden, pero no denigren al mundo. Ustedes saben, en lo íntimo de sus corazones, que muchas de sus ideas limitadas, esta humillación de ustedes mismos y el orar y llorar ante Seres imaginarios, son supersticiones. Díganme de algún caso en que esas oraciones han sido respondidas. Todas las respuestas que vinieron, partieron de sus propios corazones. Saben que no hay fantasmas, pero no bien están en la oscuridad sienten una ligera sensación nerviosa. Eso ocurre porque en nuestra niñez teníamos metidas en nuestro cerebro todas esas ideas de miedo. Pero, no enseñen estas cosas a los otros por temor a la sociedad, a la opinión pública, por temor a provocar el odio de sus amigos o por temor a perder supersticiones por largo tiempo sustentadas. Sean dueños de todo esto. ¿Qué más puede ser enseñado en religión que la Unidad del Universo y la fe en sí mismo? Todo el trabajo de la humanidad en los miles de años pasados ha sido para el logro de esta única meta, y la humanidad sigue trabajando hacia



su realización. Les ha llegado el turno a ustedes, ahora, y ya conocen la verdad. Ha sido enseñada en todos los aspectos. No sólo la filosofía y la psicología lo han proclamado, sino también las ciencias materialistas. ¿Dónde está hoy el hombre de ciencia que tema reconocer la verdad de la Unidad del Universo? ¿Quién se atreve a hablar de muchos mundos? Todo esto es superstición. Hay solamente una vida y un mundo, y esta única vida y este único mundo aparece ante nosotros como múltiple. Esta multiplicidad es como un sueño. Cuando se sueña, un sueño pasa y viene otro detrás. Ustedes no viven en sus sueños. Los sueños vienen unos tras otros; escena tras escena se desarrolla ante ustedes. Así ocurre en este mundo del noventa por ciento de miseria y diez por ciento de felicidad. Quizás, por un momento, se nos aparezca como siendo el noventa por ciento de felicidad y lo llamaremos cielo, pero para el sabio llega un momento en que la cosa toda se desvanece, y este mundo aparece como Dios mismo y su propia alma también como Dios. No es, por lo tanto, que hay muchos mundos, no es que hay muchas vidas; toda esta multiplicidad es la manifestación de ese Uno. Ese Uno se está manifestando a Sí Mismo como muchos: como materia, espíritu, mente, pensamiento y toda otra cosa. Es ese Uno el que se está manifestando como los muchos. Por lo tanto, el primer paso para nosotros es aprender la verdad y enseñarla a otros.

Hagan resonar en el mundo este ideal y que desaparezca la superstición. Díganlo a los hombres débiles y persistan en la repetición: Eres Lo Puro; yérguete y despierta, ¡oh, Poderoso, este sueño no eres tú! Yérguete y despierta, esto no es digno de ti. No pienses que eres débil y miserable. Todopoderoso, yérguete y despierta y manifiesta tu propia naturaleza. No es digno que pienses que eres pecador. No es digno que pienses que eres débil. Di eso al mundo, dítelo a ti mismo y mira cuál es el resultado práctico que logras; verás cómo, ante la vívida luz del relámpago, cada cosa ha cambiado para ti. Díselo a la humanidad y muestra a los otros su poder. Entonces, aprenderemos a aplicarlo en nuestras vidas diarias.

Para ser capaces de usar lo que llamamos *viveka* (discer-

nimiento), para saber qué hacer en cada momento de nuestra vida, en cada una de nuestras acciones, para discernir entre lo que es erróneo y verdadero, entre lo que es verdad y lo falso, debemos conocer la prueba de la verdad, la cual es Pureza, Unidad. Todo lo que conduce hacia la Unidad es verdad. Amor es verdad, y odio es falsedad, porque él favorece la multiplicidad. Es el odio el que separa a los hombres, por lo tanto, es erróneo y falso. Es un poder desintegrante que separa y destruye.

El amor une, se dirige hacia la Unidad. Ustedes se vuelven uno: la madre con el hijo, las familias con la ciudad, el mundo todo deviene uno con los animales. Porque el amor es Existencia, Dios Mismo, y todo esto es la manifestación de este Único Amor, más o menos expresado. La diferencia es sólo de grado, pero a través de toda esta manifestación está ese Único Amor. Por lo tanto, debemos juzgar todas nuestras acciones para saber si se dirigen a la diversidad o a la Unidad. Si van hacia la diversidad, debemos desecharlas, si lo hacen hacia la Unidad, estaremos seguros de que son buenas. Lo mismo debemos hacer con nuestros pensamientos; debemos saber si se dirigen a la desintegración, multiplicidad, o hacia la unidad, uniendo alma con alma y produciendo una influencia benéfica que los mantenga. Si lo hacen así debemos adoptarlos, si no, echarlos fuera como criminales.

La idea total de la ética es que ella no depende de alguna cosa incognoscible, que no enseña nada desconocido, sino que, en el lenguaje del Upanishad: «El Dios a quien nosotros adoramos como un Dios desconocido, es el mismo que yo te predico a ti». Es por medio del Ser que ustedes conocen todo. Yo veo la silla, pero para ver la silla, tengo primero que percibirme a mí mismo y luego a la silla. Es en y por medio del Ser que la silla es percibida. Es en y por medio del Ser que ustedes son conocidos por mí, que el mundo entero es conocido por mí y, por lo tanto, decir que el Ser es desconocido, es pura insensatez. Quiten el Ser, y el Universo todo se desvanece. En, y por medio del Ser, llega todo conocimiento. Por lo tanto, es lo mejor conocido de todo. Es su mismo ser, al cual llaman ustedes «yo». Puede maravillarlos el saber que este yo mío pueda ser el yo de ustedes. Puede maravillarlos cómo este limitado yo pueda ser el ilimitado Infinito, pero es así. Lo limitado es una mera ficción. Lo Infinito ha sido cubierto, por así decirlo, y un poco de este Infinito se está manifestando cómo este yo. Nunca puede producirse la limitación de lo ilimitado; es una ficción. El Ser es una presencia conocida, por lo tanto, para cada uno de nosotros, hombre, mujer o niño, y aun para los animales. Sin estar en relación con Él no podríamos vivir ni movernos ni tener nuestra existencia; sin unión con este Señor de todo, no podríamos respirar o vivir un segundo. El Dios del Vedanta es lo más conocido de todo y no es un producto de la imaginación.



Si esto no es predicar un Dios práctico, ¿de qué otro modo podrían enseñar un Dios práctico? ¿Dónde hay un Dios más práctico que él, a quien yo veo delante de mí, un Dios omnipresente, más real que nuestros sentidos? Porque ustedes son él, el Omnipresente Dios Todopoderoso, el Alma de sus almas, y si yo digo que no lo son, digo una falsedad, pues yo lo conozco, sea que lo realice o no en todo momento. Él es la Unidad de todo, la Realidad de toda vida y de toda existencia.

Estas ideas del Vedanta sobre la ética deben ser elaboradas cuidadosamente en sus detalles, y por eso, deben tener paciencia. Como he dicho, necesitamos tomar el tema en sus detalles y luego acabarlo completamente, para ver cómo las ideas crecen desde los más bajos ideales y cómo el gran Ideal de la Unidad se ha desarrollado y ha asumido la forma del amor universal; por eso, debemos estudiarlos, para evitar riesgos. El mundo no encuentra tiempo para llegar a una conclusión empezando desde lo más bajo. ¿Pero de qué sirve que nos situemos en los peldaños más altos si no podemos dar la verdad a los otros que vienen detrás? Por lo tanto, es mejor estudiarlo en todos sus aspectos y, antes que nada, es absolutamente necesario aclarar la parte intelectual, aunque sabemos bien que la intelectualidad casi nada es; porque es el corazón lo que más importa. Es por medio del corazón que el Señor es realizado y no por el intelecto. El intelecto es sólo el barrendero que limpia el camino para nosotros, un obrero auxiliar, el policía; pero el policía no es una necesidad positiva para los trabajos de la socie-

dad. Está, solamente, para evitar perturbaciones, evitar malos actos, y éste es todo el trabajo requerido al intelecto. Cuando ustedes leen libros intelectuales y los llegan a dominar, piensan: «Bendito sea el Señor que me ha librado de ellos», porque el intelecto es ciego y no puede moverse por sí mismo, no tiene manos ni pies. Es el sentimiento el que obra, el que se mueve con una velocidad superior a la de la electricidad y cualquiera otra cosa. La cuestión es: «¿Sienten ustedes?» Si es así, realizarán a Dios. Es el sentimiento que tienen hoy el que deben intensificar, deificar, elevarlo a lo más elevado, hasta sentir todas las cosas, la unidad en todo, hasta sentir a Dios en ustedes mismos y en los otros. El intelecto nunca puede hacer eso. «Diferentes maneras de expresar las palabras, diferentes métodos de explicar los textos son para deleite de los eruditos, pero no sirven para la salvación del alma» (Vivekachudámani, 58).

Aquéllos de ustedes que han leído a Tomás de Kempis, saben cómo él insiste en esto, y casi todos los santos del mundo han insistido en lo mismo. El intelecto es necesario, porque sin él caemos en errores graves y cometemos toda clase de equivocaciones. El intelecto los evita, pero más allá de esto no pretendan construir nada sobre él. Es una ayuda inactiva, secundaria; la ayuda real es el sentimiento, el amor. ¿Se conduelen de los demás? Si lo sienten así, están creciendo hacia la Unidad. Si no se conduelen de los demás, pueden ser el gigante intelectual más grande que jamás haya nacido, pero no serán nada; serán intelecto seco y quedarán así. En cambio, si sienten, aun cuando no puedan leer ningún libro y no conozcan ningún idioma, están en el camino recto. El Señor es suyo.

¿No han observado, recorriendo la historia del mundo, en qué consistía la fuerza de los profetas? ¿Dónde estaba? ¿En el intelecto? ¿Alguno de ellos escribió algún hermoso libro sobre filosofía, con el más intrincado razonamiento lógico? Ninguno. Dijeron, solamente, pocas palabras. Sientan como Cristo y serán un Cristo; sientan como Buddha y serán un Buddha. El sentimiento es la vida, la fuerza, la vitalidad. Sin él, ninguna cantidad de actividad intelectual puede alcanzar a Dios. El intelecto es como miembros que carecieran del poder de locomoción. Solamente cuando entra el sentimiento y les da movimiento, es que actúan sobre los otros. Esto es así en todo el mundo, y es una cosa que ustedes deben tener siempre presente. Es una de las cosas más prácticas de la moral vedántica, pues la enseñanza del Vedanta es que ustedes todos son profetas y que todos deben llegar a ser profetas. El libro no es prueba de su conducta, pero ustedes son la prueba del libro. ¿Cómo saben que un libro enseña la verdad? Porque ustedes son la verdad y la sienten. Eso es lo que dice el Vedanta. ¿Cuál es la prueba de los Cristos y los Buddhas del mundo? Que ustedes y yo sentimos como ellos. Por eso, ustedes y yo comprendemos que ellos fueron la verdad. Nuestra alma-profeta es la prueba de sus almas-profeta, nunca hubo, entonces, cosa alguna verdadera acerca de Dios. Si ustedes no son Dios, nunca hubo ningún Dios y nunca lo habrá. Éste, dice el Vedanta, es el ideal a seguir. Cada uno de nosotros debe volverse un profeta y ustedes ya lo son. Solamente necesitan *saberlo*. Nunca piensen que hay alguna cosa imposible para el alma. Es la más grande de las herejías el pensar así. Si hay pecado, el único pecado es decir que son débiles o que los demás son débiles.

# VEDANTA PRÁCTICO

## Segunda Parte

*(Conferencia dada en Londres, el 12 de noviembre de 1896)*

Les relataré una historia muy antigua del *Chandogya Upanishad*, en la que vemos cómo un muchacho obtuvo el conocimiento. La forma del relato es muy cruda, pero encontramos en él un principio. Un chicuelo dijo a su madre : «Voy a estudiar los Vedas. Dime el nombre de mi padre y mi casta». Su madre no era una mujer casada, y en la India el hijo de una mujer que no ha sido casada se considera un descastado, no es reconocido por la sociedad y no tiene derecho a estudiar los Vedas. Así es que la pobre madre le dijo: «Hijo mío, yo no conozco el nombre de tu familia; yo fui sirvienta y estuve sirviendo en diferentes lugares; no sé quién es tu padre, pero mi nombre es Yabala y tu nombre es Satyakama». El niño fue a un sabio y le pidió que lo aceptara como discípulo. El sabio le preguntó: «¿Cuál es el nombre de tu padre y cuál es tu casta?». El muchacho le repitió lo que había oído de su madre. El sabio dijo al momento: «Nadie que no sea un *brahmín* puede decir de sí mismo una verdad que lo rebaje tanto. Tú eres un *brahmín*, y te enseñaré. No te has apartado de la verdad». Así, pues, lo aceptó como discípulo y lo educó.

Ahora veremos algo de los métodos peculiares de educación utilizados en la antigua India. Este maestro dio a Satyakama cuatrocientas vacas flacas, débiles, y lo envió al bosque para que las cuidara. Allá se fue y vivió por algún tiempo. El maestro le había dicho que no volviera con el ganado hasta que hubiera aumentado al número de mil. Después de algunos años, oyó Satyakama a un gran toro de su rebaño que le decía: «Somos mil, ahora. Llévanos a tu maestro. Yo te enseñaré algo de Brahman». «Habla, señor», dijo Satyakama. Entonces, el toro, dijo: «El este es una parte del Señor, así es el oeste, el sur y el norte. Los cuatro puntos cardinales son las cuatro partes de Brahman. El fuego te dirá, también, alguna cosa de Brahman». En aquellos días, el fuego era un gran símbolo, y todo estudiante debía procurarse fuego y hacer ofrendas. Entonces, Satyakama, al día subsiguiente, partió para la casa de su *gurú* (maestro espiritual) y cuando, al atardecer, había hecho sus oblaciones y adorado al fuego, estando sentado junto a él, oyó una voz que venía del fuego: «Oh, Satyakama». «Habla, señor», dijo Satyakama. (Quizás ustedes recordarán un relato muy similar del Viejo Testamento, de cómo Samuel escuchó también una voz misteriosa.) «Oh, Satyakama, yo vengo a enseñarte algo de Brahman. Esta tierra es una porción de ese Brahman. El firmamento y el cielo son partes de Él. También el océano es parte de ese Brahman.» Entonces, el fuego le dijo que cierto pájaro le enseñaría también algo. Satyakama continuó su viaje y al día siguiente, después de haber hecho su sacrificio, a la hora del crepúsculo, vino hacia él un cisne y le dijo: «Te enseñaré algo sobre Brahman. Este fuego que tú adoras, oh, Satyakama, es una parte de aquel Brahman. El Sol, la Luna, el relámpago son partes de Brahman. Un pájaro llamado Madgu, te dirá más acerca de Él». A la tarde siguiente fue visitado por el pájaro y una voz similar fue escuchada por Satyakama: «Te diré algo sobre Brahman. El aliento es una parte de Brahman, la vista es una parte, el oído es una parte, la mente es una parte». Entonces, el muchacho llegó al lugar donde vivía su maestro y se presentó ante él con debida reverencia. Apenas vio el maestro a su discípulo observó: «¡Satyakama, tu rostro brilla como el de un conocedor de Brahman! ¿Quién te ha enseñado, entonces?». «Otros seres que no son el hombre», respondió Satyakama. «Pero yo deseo, señor, que tú me enseñes. Porque he oído, de hombres como tú, que sólo el conocimiento aprendido de un *gurú* es el que conduce al supremo bien», Entonces, el sabio le enseñó el mismo conocimiento que él había recibido de los dioses[1]. «Y nada fue omitido, sí, nada fue omitido».

[1] Véase nota al pie de pág. 129.

Dejando de lado las alegorías que enseñan el toro, el fuego y los pájaros, vemos la tendencia del pensamiento y la dirección que se le imprimía en aquellos días. La gran idea, de la cual aquí vemos su germen, es que todas esas voces están dentro de nosotros. A medida que comprendemos mejor esas verdades, encontramos que la voz está en nuestro propio corazón, y el estudiante comprendió que todo el tiempo estaba escuchando la verdad, pero su explicación no fue correcta. Estaba interpretando que las voces venían del mundo externo, mientras que en todo momento estaban dentro de él. La segunda idea que encontramos aquí, es la de hacer práctico el conocimiento de Brahman. El mundo está siempre buscando las posibilidades prácticas de la religión, y nosotros encontramos en estos relatos cómo ha ido haciéndose cada día más práctica. La verdad fue mostrada por medio de todas las cosas con las cuales el estudiante estaba familiarizado. El fuego que adoraba era Brahman, la tierra, una parte de Brahman, y así sucesivamente.

El relato siguiente se refiere a Upakosala Kamalayana, un discípulo de este Satyakama, que fue a pedirle que lo instruyera y vivió con él por algún tiempo. Cierta vez, Satyakama tuvo que salir de viaje, y el discípulo quedó muy descorazonado. Cuando la esposa del maestro vino, le preguntó por qué no comía, y el muchacho dijo: «Soy tan infeliz, que no tengo deseos de comer». Entonces, una voz partió del fuego que estaba adorando, diciendo: «Esta vida es Brahman, Brahman es el éter y Brahman es la felicidad. Conoce a Brahman». «Yo sé, señor —replicó el muchacho— que la vida es Brahman, pero qué es el éter y la felicidad, no lo sé.» A esto le explicó que las dos palabras: éter y felicidad significaban una sola cosa en realidad: el éter senciente (pura inteligencia) que reside en el corazón. Así pues, le enseñó Brahman como siendo la vida y el éter del corazón. Luego, el fuego le enseñó: «Esta tierra, el alimento, el fuego y el Sol, a quien tú adoras, son formas de Brahman. La persona que es vista en el Sol, yo soy Él. Aquél que conoce esto y medita en Él, todos sus pecados se desvanecen y tiene larga vida y felicidad. Aquél que vive en los cuatro puntos cardinales, en la Luna, las estrellas y las aguas, yo soy Él. Aquél que vive en esta vida, en el éter, en los cielos y en el relámpago, yo soy Él». Aquí volvemos a ver la misma idea de una religión práctica. Las cosas que ellos adoraban, tales como el fuego, el Sol, la Luna, etcétera, y la voz que les era familiar, constituyen el tema de los relatos que ellos explicaban y les daban un significado más elevado. Y esto es el lado real, práctico del Vedanta. No destruye el mundo sino que lo explica; no destruye la persona sino que la explica; no destruye la individualidad sino que la explica, mostrando la individualidad real. No demuestra que este mundo es vano y que no existe sino que dice: «Comprende lo que es este mundo, así no te herirá». La voz no dice a Upakosala que el fuego que él estaba adorando, el Sol o la Luna, o el relámpago, o cualquiera otra cosa, todo eso era erróneo; antes bien, le mostró que el mismo espíritu que estaba dentro del Sol, y de la Luna; y del relámpago, y en el fuego, y en la tierra, estaba en él, y todas las cosas se transformaron, por así decirlo, a los ojos de Upakosala. El fuego, que antes era meramente un fuego material para hacer oblaciones, asumió un nuevo aspecto, el del Señor. La tierra quedó transformada, la vida se transformó, el Sol, la Luna, las estrellas, los relámpagos, todas las cosas se transformaron y deificaron. Quedó conocida su naturaleza real. El tema del Vedanta es ver al Señor en todas las cosas, verlas en su real naturaleza, no como ellas aparecen. Luego, otra lección es enseñada en los Upanishads: «Aquél que brilla por el ojo es Brahman; Él es el Hermoso, el Esplendoroso. Él brilla en todos estos mundos». Una cierta luz característica, dice un comentador, que viene del hombre puro, es lo que se quiere decir por luz en los ojos, y se dice que cuando un hombre es puro, esa luz brilla en sus ojos y que esa luz pertenece, realmente, al Alma íntima, la cual está en todo. Es la misma luz que brilla en los planetas, en las estrellas y en los soles.

Ahora, les leeré alguna otra doctrina de esos antiguos Upanishads, relativas al nacimiento y a la muerte, etcétera. Puede ser que les resulte interesante. Shvetaketu fue a ver al rey de los Panchalas, y el rey le preguntó: «¿Sabes tú adónde va la gente cuando muere? ¿Sabes cómo retornan aquí? ¿Sabes por qué el otro mundo no se llena?». El muchacho contestó que no sa-

bía nada de eso. Luego se fue a ver a su padre y le hizo las mismas preguntas. El padre dijo: «No lo sé»; y se fue a ver al rey. El rey dijo que este conocimiento nunca había sido dado a los sacerdotes; lo poseían solamente los reyes, y ésa era la razón por la cual los reyes gobernaban el mundo. Este hombre se quedó con el rey por algún tiempo, puesto que el rey consintió en instruirle sobre esas verdades. «El otro mundo, oh, Gautama, es el fuego. El Sol es su combustible. Los rayos son el humo. El día es la llama. La Luna es el rescoldo. Y las estrellas son las chispas. En este fuego los dioses vierten libaciones de fe y de esta libación nace el rey Soma.» Luego continuó: «Tú no necesitas hacer oblaciones en este pequeño fuego; el mundo todo es este fuego; esta oblación, este culto, está llevándose a cabo continuamente. Los dioses, los ángeles y todos están adorándolo. El hombre; el cuerpo del hombre es el más grande símbolo del fuego». Aquí también vemos al ideal haciéndose práctico y Brahman es visto en todas las cosas. El principio que subyace en todos estos relato es que los simbolismos inventados pueden ser buenos y servir de ayuda, pero ya existen mejores símbolos que los que pueden inventarse. Ustedes pueden inventar una imagen por la cual adorar a Dios, pero la imagen ya existe, es el hombre viviente. Ustedes pueden construir un templo donde adorar a Dios, y esto puede ser bueno, pero ya existe uno mejor y más elevado; es el cuerpo humano.

Ustedes recordarán que los Vedas tienen dos partes, la ceremonial y la relativa al conocimiento. En un tiempo, las ceremonias se multiplicaron y se volvieron tan intrincadas, que era casi desesperante querer desenredarlas. Por eso, en los Upanishads vemos que casi se han abandonado del todo las ceremonias aunque, con simpatía, se dio una explicación de ellas. Vemos que en los tiempos antiguos ellos hacían estas oblaciones y sacrificios, pero luego vinieron los filósofos, y en lugar de arrebatarles de sus manos los símbolos que usaban los *ignorantes*, en vez de tomar la posición negativa que, desgraciadamente, es lo general en las reformas modernas, les dieron algo que ocupara su lugar. «Aquí está el símbolo del fuego», ellos dijeron. «¡Muy bueno! Pero aquí hay otro símbolo, la tierra. ¡Qué gran símbolo!



Aquí está este pequeño templo, pero el Universo todo es un templo; el hombre puede rendir su culto en cualquier parte. Hay figuras peculiares que el hombre erigió sobre la Tierra; están los altares, pero aquí está el más grande de los altares, el viviente, consciente cuerpo humano. Adorar en este altar es más grande que hacerlo con cualquiera de esos símbolos sin vida».

Llegamos, ahora, a una doctrina peculiar. Yo, personalmente, no entiendo mucho de ella. Si ustedes pueden descifrarla en parte, les leeré un poco sobre el particular. Cuando un hombre muere, habiéndose purificado a sí mismo por la meditación y alcanzado el conocimiento, va primero hacia la luz; luego de la luz, al día; del día a la suave luz de la Luna; de ella, a los seis meses cuando el Sol va hacia el norte; de ahí, al año; del año, al Sol; del Sol, a la Luna; de la Luna, al relámpago, y cuando él pasa a la esfera del relámpago encuentra una persona que no es humana, y esa persona lo conduce a Brahma (el aspecto condicionado de Brahman). Éste es el camino de los *devas*. Cuando los sabios espirituales mueren, siguen esta senda de la cual no retornan. Lo que quiere decirse por este mes y año, y todas estas cosas, ninguno lo comprende claramente. Cada uno le da su propia interpretación, y algunos dicen que todo es una tontería. Qué significa ir al mundo de la Luna y del Sol, y esta persona que viene en ayuda del alma después de haber alcanzado la esfera del relámpago, ninguno lo sabe. Hay una idea, entre los hindúes, de que la Luna es un lugar donde la vida existe, y veremos cómo la vida ha venido de ahí. Aquéllos que no alcanzaron el conocimiento, pero que han hecho buenas obras en la vida, cuando mueren, primero, van al humo; luego, a la noche; después, a los quince días oscuros de la Luna; luego, a los seis meses, cuando el Sol va hacia el sur; y de allí, van a la esfera de los antepasados; luego, al éter; de ahí, a la región de la Luna; ahí, se convierten en alimento de los *devas* y, más tarde, nacen como *devas* y viven así tanto tiempo como sus buenas obras se lo permiten. Y cuando el efecto de las buenas obras ha terminado, vuelven a la tierra por la misma senda. Primero, se vuelven éter y luego, aire; luego, humo, niebla, nube; y caen después como lluvia sobre la tierra; entran en los alimentos, que son

comidos por los seres humanos; y, finalmente, se convierten en sus hijos. Aquéllos cuyas obras han sido muy buenas, nacen en buenas familias, y aquéllos cuyas obras han sido malas, tienen malos nacimientos, llegando a nacer hasta en cuerpos de animales. Los pequeños animales están continuamente viniendo y saliendo de esta tierra. Por eso es que la tierra no está llena ni vacía.

Algunas ideas podemos tomar también de esto y, más adelante, quizás seremos capaces de entenderlo mejor y podamos reflexionar un poco sobre su significado. La última parte, que trata de aquéllos que estuvieron en el cielo y retornan, es más clara quizás que la primera parte, pero la idea en sí, parece ser que no hay cielo permanente sin la realización de Dios. Ahora bien, cierta gente que no ha realizado a Dios, pero que ha hecho buenas obras en el mundo, con el propósito de disfrutar de los resultados, cuando mueren van a través de este y aquel lugar, hasta que alcanzan el cielo, y ahí, nacen en la misma forma como estamos aquí, como hijos de los *devas*, y viven allí tanto tiempo como se lo permiten sus buenas obras. De esto surge una idea básica del Vedanta, de que toda cosa que tiene nombre y forma es transitoria. Esta tierra es transitoria porque tiene nombre y forma, y lo mismo deben ser los cielos, pues allí también hay nombre y forma. Un cielo que fuera eterno sería contradictorio en los términos, porque todo lo que tiene nombre y forma debe comenzar en el tiempo, existir en el tiempo y terminar en el tiempo. Éstas son doctrinas establecidas por el Vedanta, y en ellas no hay cielos eternos.

Hemos visto en el «Samhita», que se tiene la idea de un cielo eterno más o menos predominante, como el de los mahometanos y cristianos. Los mahometanos, lo concretizan un poco más. Dicen que es un lugar donde hay jardines, entre los que corren ríos. En el desierto de Arabia se desea muchísimo el agua, por eso, los mahometanos siempre conciben el cielo como un lugar donde abunda el agua. Yo he nacido en un país donde llueve durante seis meses al año. Yo pensaría, supongo, en un cielo que fuera un lugar seco, y lo mismo harían, sin duda, los ingleses. Estos cielos del «Samhita» son eternos, y los que moran allí tienen hermosos cuerpos, y viven con sus antepasados y



son felices para siempre. Allí se encuentran con sus padres, hijos y otros parientes, y llevan una vida más o menos parecida a la que llevaban aquí, pero mucho más feliz. Todas las dificultades y obstáculos para el logro de la felicidad han desaparecido y quedan sólo las cosas buenas y los placeres. Pero, por más confortable que la humanidad pueda considerar este estado, la verdad es una cosa y la comodidad otra. Hay casos en que la verdad no es consoladora hasta que no alcanzamos su clímax. La naturaleza humana es muy conservadora. Hace alguna cosa y, habiéndola hecho una vez, encuentra difícil desligarse de ella. La mente no quiere recibir nuevos pensamientos porque eso le desagrada.

En los Upanishads vemos que se parte de un punto de vista tremendo. Se declara que esos cielos, en los cuales el hombre vive con sus antepasados después de muerto, no pueden ser permanentes, dado que todo lo que tiene nombre y forma debe extinguirse. Si hay cielos con formas, esos cielos deben desvanecerse con el correr del tiempo; pueden durar millones de años, pero llegará el momento en que deberán desaparecer. Con esa idea viene otra, de que esas almas deben retornar a la tierra, y que los cielos son lugares donde ellas disfrutan el resultado de sus buenas acciones, y después que estos efectos han terminado, vuelven nuevamente a la vida terrena. Una cosa surge clara de esto, y es que la humanidad ha tenido la percepción de la filosofía de la causalidad, desde muy remotas épocas. Más tarde veremos cómo nuestros filósofos la expusieron en el lenguaje de la filosofía y de la lógica, pero aquí nos encontramos con un lenguaje casi infantil. Algo que deben tener muy en cuenta en la lectura de estos libros es que en ellos, todo es percepción íntima. Si me preguntan si son prácticos, mi respuesta es: fueron prácticos primero y filosóficos después. Pueden ver que, primero, estas cosas han sido percibidas y realizadas y luego, escritas. Este mundo les hablaba a los antiguos pensadores; las aves les hablaban a ellos, los animales, el Sol y la Luna, les hablaban; y poco a poco, ellos realizaban las cosas y entraban en el corazón de la naturaleza; no por razonamiento ni por la fuerza de la lógica; ni picoteando los cerebros de otros y haciendo un gran

libro, como es moda en los tiempos modernos, ni tampoco como estoy haciendo yo, que he tomado uno de sus escritos y hago una larga conferencia, sino que ellos encontraron la verdad por medio de paciente investigación y, basados en sus descubrimientos, realizaron la verdad. Su método esencial fue practicar, y así debe ser siempre. La religión es siempre una ciencia práctica. Nunca hubo y nunca habrá una religión teológica. La práctica viene primero y el conocimiento después. La idea de que las almas retornan está ya allí. Aquellas personas que hacen buenas obras con la idea del resultado, los obtienen, pero el resultado no es permanente. Encontramos aquí la idea de causalidad, hermosamente establecida, de que el efecto es sólo proporcional a la causa. Como es la causa será el efecto. Siendo la causa finita, el efecto debe ser finito. Si la causa es eterna, el efecto puede ser eterno, pero todas esas causas de hacer buenas obras y otras cosas, son todas causas finitas, y como tales no pueden producir un resultado infinito.

Ahora llegamos al otro aspecto de la cuestión. Como no puede haber cielo eterno, con el mismo fundamento, no puede haber un infierno eterno. Supongan que yo soy un hombre malo, que estoy haciendo el mal en cada minuto de mi vida. Aun así, mi vida aquí, comparada con mi vida eterna, es nada. Si hubiera un eterno castigo, ello querría decir que hay un efecto infinito producido por una causa finita; lo cual no puede ser. Si hago el bien toda mi vida, no puedo tener un cielo infinito: sería cometer el mismo error. Pero hay un tercer camino, que se refiere a aquéllos que han conocido la Verdad, que la han realizado. Ése es el único modo de ir más allá del velo de *maya*: realizar la Verdad; y los Upanishads indican lo que significa realizar la Verdad.

Significa: no percibir el bien ni el mal, sabiendo que todo viene del Ser; que el Ser está en todas las cosas. Significa negar el Universo; cerrar los ojos ante él; ver al Señor tanto en el infierno como en el cielo; ver al Señor en la muerte como en la vida. Ése es el curso seguido por el pensamiento, en este pasaje que les he leído; la tierra es un símbolo del Señor; el cielo es el Señor; el lugar que ocupamos, es el Señor; todo es Brahman. Y



todo esto debe ser percibido, realizado íntimamente, no simplemente hablado y pensado. Cuando el ser individual ha realizado que todo está lleno del Señor, de Brahman, podemos ver como una consecuencia lógica, que no tendrá ya la preocupación de si irá al cielo, al infierno, o a cualquier otra parte; dónde volverá a nacer, si en esta tierra o en el cielo. Estas cosas han dejado ya de tener sentido para él, porque todo lugar es lo mismo, todo lugar es el templo del Señor, todo lugar se ha vuelto santo, y la presencia del Señor es todo lo que se ve en el cielo, el infierno o en cualquier parte. Ni bien ni mal, ni vida ni muerte; sólo el único infinito Brahman existe.

De acuerdo con el Vedanta, cuando un hombre ha alcanzado esa percepción, se ha liberado, y ése es el único hombre verdaderamente capacitado para vivir en este mundo. Los otros, no. El hombre que ve el mal, ¿cómo puede vivir en el mundo? Su vida es un montón de miserias. Para el hombre que ve peligros, su vida es miserable; para el hombre que ve la muerte, su vida es miserable. El único que puede vivir en este mundo, que puede decir: «Yo disfruto esta vida, soy feliz con esta vida» es aquél que ha realizado la Verdad, la Verdad en todas las cosas. De paso, les diré que la idea del infierno no tiene lugar en los Vedas. Viene con los Puranas, mucho más tarde. El peor castigo, según los Vedas, es volver a la tierra, pero ello le brinda otra oportunidad en el mundo. Desde el comienzo, vemos que la idea se tornaba impersonal. Las ideas de castigo y recompensa son muy materiales, y sólo están en consonancia con la idea de un Dios humano, que ama a unos y odia a otros, igual como hacemos nosotros. Castigo y recompensa son sólo admisibles con la existencia de un Dios así. Tenían un Dios como éste en el «Samhita», y allí encontramos la idea del temor, pero tan pronto llegamos a los Upanishads, la idea de temor se desvanece y la idea impersonal toma su lugar. Es, naturalmente, la cosa más difícil para el hombre, entender esta idea impersonal, porque siempre se está aferrando a una persona. Aun personas que se consideraron grandes pensadores, sienten disgusto por la idea de un Dios impersonal. Pero, para mí, resulta igualmente absurdo eso de pensar en Dios como hombre. ¿Cuál es la idea

más elevada: un Dios viviente o un Dios muerto? ¿Un Dios que nadie ve, nadie conoce, o un Dios conocido?

El Dios Impersonal es un Dios viviente, un principio. La diferencia entre personal e impersonal es que el personal es solamente un hombre, y la idea impersonal es que Él es el ángel, el hombre, el animal, alguna cosa más que no podemos ver, porque la Impersonalidad incluye todas las personalidades; es la suma total de todo en el Universo e infinitamente más grande todavía. «Así como el único fuego al llegar a la tierra se está manifestando a sí mismo en tantas formas, siendo, además, infinitamente más», así es lo Impersonal.

Nosotros necesitamos adorar un Dios viviente. Yo no he visto otra cosa que a Dios en toda mi vida, lo mismo que ustedes. Para ver esta silla ustedes ven primero a Dios, luego a la silla en y a través de Él. Él está en todas partes, diciendo «Yo soy». En el momento en que dicen «Yo soy», son conscientes de la Existencia. ¿A dónde iremos para encontrar a Dios, si no lo vemos en nuestros propios corazones y en todo ser viviente? «Tú eres el hombre, Tú eres la mujer, Tú eres la niña, Tú eres el niño. Tú eres el anciano que marcha vacilante apoyándose en su bastón. Tú eres el joven que marcha orgulloso de su fortaleza». Tú eres todo lo que existe, un maravilloso Dios viviente que es la única realidad en el Universo. Esto aparece, para muchos, como una terrible contradicción con el tradicional Dios que vive detrás de un velo en alguna parte y a quien nadie ve nunca. ¡Los sacerdotes nos aseguran que únicamente si los seguimos, escuchamos sus admoniciones y recorremos el camino que ellos nos trazan, cuando muramos nos darán un pasaporte que nos permita llegar a ver el rostro de Dios! ¿Qué son todas estas ideas de cielos, sino simples modificaciones de esta insensatez sacerdotal?

Desde luego que la idea Impersonal es muy destructiva; elimina todo negocio a los sacerdotes, iglesias y templos. ¡En la India hay hambre ahora, pero en ella hay templos y, en cada uno, joyas icon cuyo valor podría rescatarse un rey! Si los sacerdotes enseñaran esta idea Impersonal a la gente, su ocupación terminaría. Sin embargo, tenemos que enseñarla inegoístamente,



libre de toda artimaña sacerdotal. Ustedes son Dios y yo también lo soy; ¿quién obedece a quién? ¿Quién adora a quién? Ustedes son el templo más elevado de Dios; yo prefiero adorar a ustedes más que a ningún templo, imagen o Biblia. ¿Por qué hay gente tan contradictoria en su manera de pensar? Son escurridizos como anguilas. Dicen que son hombres eminentemente prácticos. Muy bien. Pero, ¿qué más práctico que hacer la adoración aquí, adorándose a ustedes mismos? Yo los veo, los siento y sé que ustedes son Dios. Los mahometanos dicen que no hay otro Dios que Alá. El Vedanta dice: Nada hay que no sea Dios. Puede asustar esta idea a más de uno, pero la irán comprendiendo gradualmente. El Dios viviente está dentro de ustedes y, sin embargo, ustedes construyen iglesias y templos, y aceptan creencias que son un cúmulo de tonterías imaginarias. El único Dios para adorar es el alma humana, en el cuerpo humano. Desde luego que todos los animales son templos también, pero el hombre es el más elevado, el Taj Mahal de los templos. Si no puedo adorar en éste, ningún otro templo representará mayor ventaja. En el momento en que yo me pare reverente ante cada ser humano y vea a Dios en él, en ese mismo momento, seré libre de toda esclavitud, todo lo que me limita se desvanecerá y, en ese momento, soy libre.

Éste es el más práctico de todos los cultos. Aunque atemoriza a muchos, nada tiene que ver con la teoría y la especulación. Ellos dicen que no es correcto. Teorizan sobre las viejas ideas que les hicieron llegar sus abuelos, de que hay un Dios en alguna parte del cielo, quien dijo a alguien que él era Dios. Desde aquellos tiempos, nosotros tenemos nada más que teorías. ¡Esto es práctico, según ellos, y las otras ideas nuestras son impracticables! No hay duda: el Vedanta dice que cada uno debe seguir su senda, pero la senda no es la meta. La adoración de Dios, en el cielo, y todas esas cosas por el estilo, no es malo, pero son solamente pasos hacia la verdad, y no la Verdad en sí. Son buenas y hermosas, y en ellas encontramos algunas ideas maravillosas, mas el Vedanta dice sobre cada punto: «Amigo mío, Aquél al que tú estás adorando como desconocido, yo lo adoro en ti. Aquél que adoras como desconocido y estás bus-

cando a través de todo el Universo, has sido tú durante todo el tiempo. Tú estás viviendo a través de Él, y Él es el Testigo Eterno de todo el Universo». «Aquél que todos los Vedas adoran, más aún, Aquel que está siempre presente en el eterno «Yo», existiendo Él, el Universo entero existe. Él es la luz y la vida del Universo. Si el «yo» no existiera en ti, no verías el Sol, todo sería una masa oscura. Brillando Él, tú ves el mundo».

Generalmente, se hace una objeción a todo esto, y es que puede llevarnos a un montón tremendo de dificultades. Cada uno de nosotros pensará: «Yo soy Dios, y todo lo que haga o piense debe ser bueno, porque Dios no puede hacer ningún mal». En primer lugar, aun tomando esta interpretación errónea como aceptable, ¿puede ser probado que en el otro caso no existe este mismo peligro? Ellos han estado adorando a Dios, en el cielo, separado de ellos, y a quien le tienen mucho miedo. Han nacido temblando de miedo, y toda su vida seguirá siendo un continuo temblor. ¿Se ha mejorado el mundo con esto? ¿De qué lado se han producido los grandes trabajadores del mundo, los gigantes de la acción, los gigantes del poder moral, entre los que comprendieron y adoraron un Dios personal, o entre aquéllos que comprendieron y adoraron un Dios impersonal? Ciertamente, entre los adoradores de lo Impersonal. ¿Cómo pueden esperar el desarrollo de la moralidad por medio del miedo? Nunca puede ser esto. «Donde uno ve a otro, donde uno hiere a otro, eso es *maya*. Cuando uno no ve a otro, cuando uno no hiere a otro, cuando todas las cosas han devenido en Atman, ¿quién ve a quién, quién percibe a quién»? Todo es Él, y todo soy yo, al mismo tiempo. El alma ha quedado libre de toda impureza. Entonces, sólo entonces, podremos comprender qué es amor. El amor no puede venir por el temor. Su base es libertad. Cuando nosotros realmente comenzamos a amar el mundo, recién entonces es cuando empezamos a comprender qué quiere decir fraternidad y humanidad, y no antes.

Así pues, no es justo decir que la idea Impersonal traerá un mal tremendo al mundo, como si la otra doctrina nunca lo hubiera traído; como si no hubiera conducido al mundo a un sectarismo que lo inundó de sangre y llevó al hombre a destruirse mutuamente. «Mi Dios es el Dios más grande, decidamos esto por una libre lucha». Esto es el producto del dualismo en todo el mundo. Salgan a disfrutar de la plena luz del día, dejen las sendas estrechas, ¿por qué el alma infinita tiene que contentarse con vivir y morir en esos estrechos senderos? Entren en el Universo de la Luz. Todo en el Universo es suyo, extiendan sus brazos y abrácenlo con amor. Si alguna vez han sentido la necesidad de hacer esto, han sentido a Dios. Recuerden aquel pasaje del sermón de Buddha, en el cual él envió un pensamiento de amor hacia el sur, norte, este y oeste, arriba y abajo, hasta que el Universo todo se llenó con este amor, tan grande e infinito. Cuando tengan el sentimiento, habrán logrado la verdadera personalidad. El Universo todo es una persona; dejen las pequeñas cosas. Abandonen lo pequeño por lo Infinito, abandonen los pequeños placeres para quedarse con la dicha infinita. Todo es suyo, porque lo Impersonal incluye lo personal. Por lo tanto, Dios es Personal e Impersonal al mismo tiempo. Y el Hombre, el Infinito, el Hombre Impersonal, se está manifestando a Él Mismo como persona. Nosotros, lo Infinito, nos hemos limitado a nosotros mismos, por así decirlo, en pequeñas partes. El Vedanta dice que nuestra propia naturaleza es lo Infinito; nunca se desvanece, ella morará por siempre. Pero nosotros nos estamos limitando con nuestro *karma*, el cual es como una cadena que hemos puesto alrededor de nuestros cuellos y que nos ha arrastrado a esta limitación. Rompan la cadena y sean libres. Pongan la ley bajo sus pies. No hay ley en la naturaleza humana, no hay destino ni hado fatal. ¿Cómo puede haber ley para lo Infinito? Libertad es su consigna. Libertad es su naturaleza, su herencia. Sean libres, y luego tengan la cantidad de personalidades que quieran. Entonces actuaremos como el actor que sube al escenario y hace el papel de mendigo. Compárenlo con el mendigo real que recorre las calles. La escena es quizás la misma en ambos casos, las palabras son también, quizás, las mismas, pero, sin embargo, ¡qué diferencia hay entre el actor y el mendigo verdadero! Uno disfruta de su estado de mendicante y el otro sufre su miseria. Y, ¿qué es lo que hace esta diferencia? Uno es libre y el otro está ligado. El actor sabe que su mendicidad no es

verdadera, que sólo representa un papel, mientras que el mendigo real piensa que es su condición normal, que tiene que llevar con o sin agrado. Ésta es la ley. Hasta que no conozcamos nuestra naturaleza real, somos mendigos, empujados de aquí para allá por cada una de las fuerzas de la naturaleza, y siendo esclavos de cada cosa en la naturaleza, pedimos ayuda a todos en el mundo, y la ayuda no llega; gritamos a seres imaginarios y, sin embargo, nunca vienen. Pero mientras esperamos que la ayuda llegue, llorando y suspirando, se pasa la vida, y el mismo juego se repite.

Sean libres; no esperen nada de nadie. Yo estoy seguro de que, si miran para atrás en sus vidas, comprobarán que siempre estuvieron esperando la ayuda de alguien que nunca llegó. Toda la ayuda que vino, fue de ustedes mismos. Tienen solamente los frutos de su trabajo y, sin embargo, siempre esperaban ayuda exterior, durante todo el tiempo. La sala de recibo de un rico está siempre llena, pero si observan bien no encontrarán nunca las mismas personas. Los visitantes están siempre esperando conseguir alguna cosa de los hombres ricos, pero nunca lo consiguen. Así transcurren nuestras vidas, esperando, esperando y esperando, sin dar término a nuestra esperanza. Abandonen la esperanza, dice el Vedanta. ¿Por qué deben esperar? Tienen todas las cosas, más aún, *son* todas las cosas. ¿Qué están esperando? Si un rey se vuelve loco y vaga en busca del rey de su país, nunca lo encontrará, porque el rey es él mismo. Puede recorrer cada aldea y cada ciudad de su país, buscar en cada caso, llorando y lamentándose, pero nunca lo encontrará, porque él mismo es el rey. Es mejor que sepamos que somos Dios y que dejemos esa insensata búsqueda de Él; y conociendo que somos Dios, estaremos felices y contentos. Abandonen toda esa loca búsqueda y cumplan su papel en el Universo, como un actor sobre la escena.

La visión total cambia, y en lugar de una eterna prisión, este mundo se convierte en un campo de deportes; en lugar de una tierra de competencia, encontramos una tierra de dicha, donde es perpetua primavera, con flores en capullo y mariposas jugueteando entre ellas. Este mismo mundo se vuelve cielo, así como antes era infierno. Para los ojos del hombre ligado es un lugar de tremendos tormentos, pero a los ojos del liberado, es una cosa completamente distinta. Esta vida es la Vida Universal; los cielos y todo otro lugar están aquí. Todas las deidades están aquí: los prototipos del hombre. Las deidades no han creado al hombre según sus tipos, sino que los hombres crearon las deidades. Y aquí están los prototipos; aquí están Indra; aquí está Varuna y todas las deidades del Universo. Hemos estado proyectando nuestros pequeños dobles, y nosotros somos el original de esas deidades, somos lo real, las únicas deidades a ser adoradas. Éste es el punto de vista del Vedanta, y esto es su aspecto práctico. Cuando nos hayamos vuelto libres, no necesitaremos enloquecernos y abandonar la sociedad y salir precipitadamente, para ir a morir al bosque o a la cueva; nos quedaremos donde estamos; sólo que tendremos el conocimiento total. El fenómeno seguirá siendo el mismo, pero tendrá un nuevo significado. Nosotros no conocemos el mundo todavía; solamente por medio de la libertad podremos ver lo que es y entender su naturaleza. Veremos, entonces, que la así llamada ley, o hado, o destino, ocupa solamente una parte infinitesimal de nuestra naturaleza. Fue un lado únicamente, pero en el otro lado hubo siempre libertad; nosotros no sabíamos esto, y por eso hemos estado tratando de salvarnos del mal, ocultando nuestras caras en el suelo, lo mismo que la liebre perseguida. Nuestra ilusión nos ha llevado a tratar de olvidar nuestra naturaleza y, sin embargo, no hemos podido; siempre nos ha estado implorando y toda nuestra búsqueda de Dios o dioses, o libertad externa, fue la búsqueda de nuestra naturaleza real. Nosotros confundimos la voz. Pensamos que vino del fuego, o de un dios, o del Sol, o de la Luna, o de las estrellas, pero al final, hemos visto que sólo venía de nosotros mismos. Dentro de nosotros está esa etérna voz hablando de la eterna libertad; su música sigue eternamente. Parte de esta música del Alma se convirtió en tierra, ley, este Universo, pero siempre fue nuestro y siempre lo será. En una palabra, el ideal del Vedanta es conocer al hombre como realmente es, y éste es su mensaje: si no puedes rendir culto a tu próji-

mo, el Dios manifestado, ¿cómo puedes adorar a un Dios inmanifestado?

Recuerden lo que dice la Biblia: «Si no puedes amar a tu hermano, a quien has visto, ¿cómo puedes amar a Dios a quien no has visto?». Si no pueden ver a Dios en la cara humana, ¿cómo pueden verlo en las nubes o en imágenes hechas de materia insensible, inerte, o en meras imaginaciones de sus cerebros? Yo los llamaré religiosos, el día en que comiencen a ver a Dios en hombres y mujeres, y entonces, comprenderán qué quiere decir poner la mejilla izquierda al hombre que les ha pegado en la derecha. Cuando vean al hombre como Dios, todo, aun el tigre será bienvenido. Cualquiera que venga a ustedes no es sino el Señor, el Eterno, el Bendito, apareciendo ante nosotros en formas variadas, como nuestro padre, madre, amigo e hijos; ellos son nuestra propia alma jugando con nosotros.

Así como nuestras relaciones humanas pueden, de este modo, volverse divinas, así nuestro parentesco con Dios puede tomar cualquiera de estas formas, y podremos verlo como a nuestro padre o madre, o amigo, o bienamado. Llamar a Dios Padre, es un ideal más elevado que llamarlo Padre, y llamarlo Amigo es aún más elevado, pero el más elevado de todos es considerarlo como el Bienamado. El punto más elevado de todos es no ver diferencia entre el amante y el bienamado. Ustedes recordarán, quizás, el antiguo relato persa, de cómo el amante al llamar a la puerta de su amada fue interrogado: «¿Quién eres tú?». él contestó: «Soy yo», y no obtuvo respuesta. Volvió por segunda vez, y exclamó: «Yo estoy aquí»; pero la puerta no se abrió. La tercera vez volvió, y la voz de adentro preguntó: «¿Quién está ahí?». Él respondió: «Yo soy tú, mi bienamada», y la puerta se abrió. Así es la relación entre Dios y nosotros. Él está en todo, él es todo. Cada hombre y mujer es el Dios palpable, dichoso, viviente. ¿Quién dice que Dios es desconocido? ¿Quién dice que debe ser buscado? Nosotros hemos encontrado eternamente a Dios. Hemos estado viviendo en él eternamente. En todas partes, él es eternamente conocido, eternamente adorado.

Entonces, viene otra idea, la de que otras formas de culto no son erróneas. Éste es uno de los puntos de suma importancia que debe ser recordado. No están equivocados quienes adoran a Dios por medio de ceremonias y formas, por más crudas que ellas nos parezcan. Es un viaje de verdad a verdad, de una verdad menor a otra mayor. Oscuridad es menos luz; mal es menos bien; impureza es menos pureza. Debemos llevar en nuestras mentes la idea de ver a los otros con ojos de amor, con simpatía, sabiendo que ellos vienen por la misma senda que nosotros ya hemos recorrido. Si tú eres libre debes saber que todos serán libres tarde o temprano, y siendo libre, ¿cómo puedes ver lo impermanente? Si tú eres realmente puro, ¿cómo puedes ver lo impuro? Porque, lo que está dentro, está fuera. No podemos ver la impureza si no la tenemos dentro. Éste es uno de los lados prácticos del Vedanta, y yo espero que todos nosotros tratemos de practicarlo en nuestras vidas. Toda nuestra vida aquí debe ser dedicada a ponerlo en práctica, pero el gran paso que debemos dar es que, en lugar de estar descontentos o insatisfechos, trabajemos con satisfacción y alegría porque sabemos que la Verdad está dentro de nosotros, que es nuestra por derecho natural y que sólo debemos manifestarla y hacerla tangible.

# VEDANTA PRÁCTICO

## Tercera Parte

*(Conferencia dada en Londres, el 17 de noviembre de 1896)*

En el *Chandogya Upanishad*, leemos que un sabio llamado Nárada fue a ver a otro llamado Sanatkumara, a quien le hizo varias preguntas, una de las cuales fue: si la religión es la causa de que las cosas sean como son. Y Sanatkumara lo llevó, por así decirlo, paso a paso, diciéndole que había algo más grande que la Tierra, y algo más grande aún, y así sucesivamente, hasta llegar al *akasha*, éter. El éter es más grande que la luz, porque en el éter están el Sol y la Luna, el relámpago y las estrellas; en el éter vivimos y en el éter morimos. Luego formuló la pregunta de si había algo más, y Sanatkumara, le dijo que esto es el *prana*. Este *prana*, según el Vedanta, es el principio de la vida. Es como el éter, un principio omnipresente; y todo movimiento, en el cuerpo o en cualquier otra parte, es el trabajo del *prana*. Es superior al *akasha* y por medio de él vive todo. El *prana* está en la madre, en el padre, en la hermana, en el maestro; el *prana* es el conocedor.

Les leeré otro pasaje, en donde Shvetaketu interroga a su padre sobre la Verdad, y el padre le enseña diferentes cosas y concluye diciéndole: «Aquello que es la causa sutil de todas estas cosas; de Aquello es de lo que están hechas todas las cosas. Aquello es el Todo, es la Verdad, tú eres Aquello, oh, Shvetaketu». Y luego, le dio varios ejemplos: «Como la abeja liba su miel de diferentes flores, y así como las diferentes mieles ignoran que son de diferentes árboles, y de variadas flores, así todos nosotros, habiendo venido a esta Existencia, no sabemos que hemos hecho lo mismo. Por lo tanto, Aquello, que es la esencia sutil, es el Ser en todo lo que existe. Es la Verdad. Es el Ser, y tú, oh, Shvetaketu, eres Aquello». Le dio otro ejemplo, el de los ríos corriendo hacia el océano. «Así como los ríos cuando están en el océano no saben que fueron varios ríos, así, aun cuando nosotros venimos de esa Existencia, no sabemos que somos Aquello. ¡Oh!, Shvetaketu, tú eres Aquello». Y, de este modo, continuó con sus enseñanzas.



Hay dos principios de conocimiento. Uno es que podemos conocer refiriendo lo particular a lo general, y lo general a lo universal; y el segundo, que cualquier cosa cuya explicación se busca debe ser explicada, tanto como sea posible, por su propia naturaleza. Tomando el primer principio, vemos que todo nuestro conocimiento consiste realmente en clasificación en escala ascendente. Cuando alguna cosa ocurre aislada, quedamos, podría decirse, insatisfechos. Cuando puede ser demostrado que la misma ocurre una y otra vez, quedamos satisfechos y lo llamamos ley. Cuando vemos que una manzana cae, estamos insatisfechos; pero cuando encontramos que todas las manzanas caen, lo llamamos ley de gravitación y nos sentimos satisfechos. El hecho es que, por lo particular, deducimos lo general.

Cuando deseamos estudiar religión, debemos aplicar ese proceso científico. El mismo principio también es aplicable aquí y, efectivamente, encontramos que ése ha sido el método utilizado en todos los casos. Leyendo estos libros, de los cuales algo les he traducido, la idea primaria que puedo delinear es, justamente, este principio de ir de lo particular a lo general. Vemos cómo los seres luminosos tuvieron su origen en un mismo principio e, igualmente, en las ideas del cosmos encontramos a los antiguos pensadores yendo más y más arriba. Ellos fueron de los elementos sutiles a los más sutiles aún, que abarcaban más, y de éstos llegaron al éter omnipresente y de éste, todavía llegaron a una fuerza que lo abraza todo, el *prana*; y, a través de esto, surge el principio de que ninguno está separado de los otros. Es el mismo éter el que existe en la forma superior de *prana*, o la más elevada forma de *prana* se condensa, por así decirlo, volviéndose éter, y ese éter se densifica aún más, y así sucesivamente. También, viene al caso la generalización de Dios Personal. Hemos visto cómo fue alcanzada esta generalización; se la

llamó la suma total de toda conciencia. Pero presenta una dificultad; es una generalización incompleta. Tomamos solamente un lado de los hechos de la naturaleza, el hecho de la conciencia, y sobre esto generalizamos, pero el otro lado es abandonado. Así pues, en su primer aspecto, es una generalización defectuosa. Hay otra insuficiencia, y ésta se refiere al segundo principio. Todo debe ser explicado por su propia naturaleza. Puede haber personas que piensen que cada manzana que cae al suelo ha sido arrancada por un duende, pero la explicación es la ley de gravitación; y aunque nosotros sabemos que no es una explicación perfecta, resulta mejor que otra porque se deriva de la naturaleza de la cosa en sí, mientras que la otra estipula una causa externa. Así ocurre en todos los grados de conocimiento; la explicación que está basada sobre la naturaleza del objeto en sí es una explicación científica, siendo no científica la explicación que recurre a un agente externo.

Así, pues, la explicación de Dios Personal como Creador del Universo, tiene que ser sometida a esa prueba y pasar. Si ese Dios está fuera de la naturaleza, no teniendo nada que hacer con la naturaleza, y esta naturaleza es la manifestación de las órdenes de este Dios y producida de la nada, es una teoría realmente no científica, y éste ha sido el punto débil de toda religión teísta, a través de todos los tiempos. Encontramos estos dos defectos en lo que es conocido, generalmente, como teoría del monoteísmo: la teoría de un Dios Personal, con todas las cualidades de un ser humano inmensamente aumentadas, quien, por Su voluntad, creó este Universo de la nada y quedó separado de él. Esto nos conduce hacia dos dificultades.

Como hemos visto, no es una generalización eficiente, y en segundo lugar, no es una explicación de un concepto por su propia naturaleza. Establece que el efecto no es la causa, que la causa es algo enteramente separado del efecto. Sin embargo, todo conocimiento humano demuestra que el efecto no es sino la causa en otra forma. Cada día más, los descubrimientos de la ciencia moderna van tendiendo hacia esa idea; la última de las ideas —que ha sido aceptada en todas partes— es la teoría de la evolución, el principio de la cual es que el efecto es la causa en otra forma, un reajuste de la causa y, así, la causa toma la forma del efecto. La teoría de la creación, surgida de la nada, sería motivo de risa para el hombre de ciencia moderno.



Ahora bien, ¿la religión puede pasar estas pruebas? Si hubiera teorías religiosas que pudieran satisfacer esas dos pruebas, serían aceptables para la mente moderna, para la mente reflexiva. El hombre moderno no acepta una teoría cualquiera por el hecho de estar basada en la autoridad sacerdotal, o de las iglesias, o de las Escrituras. El resultado es una odiosa masa de irreligiosidad. Aun en aquéllos que demuestran ser muy creyentes, sus corazones están colmados de falta de fe, de irreligiosidad. El resto huye de la religión, por así decirlo, la rechaza, considerándola únicamente como una artimaña sacerdotal.

La religión ha sido reducida a una suerte de forma nacional. En lo social es una de las mejores tradiciones que tenemos; dejemos que perdure. Pero la necesidad real que sentía por ella el abuelo del hombre moderno, se ha ido; éste no la encuentra ya satisfactoria para su razón. La idea de un Dios Personal y una creación así, la idea que se conoce como monoteísmo en toda religión, no puede sostenerse por más tiempo. En la India no pudo continuar a causa de los budistas, y éste fue realmente el punto que determinó su victoria en los tiempos antiguos. Demostraron que si nosotros atribuimos a la naturaleza un poder infinito, y que si la naturaleza puede satisfacer todas las necesidades, es simplemente innecesario insistir en que haya algo además de la naturaleza. Aun el alma es innecesaria.

La discusión respecto de la sustancia y las cualidades es muy antigua, y a veces podrán encontrar que la vieja superstición vive todavía en el presente. La mayoría de ustedes han leído cómo durante la Edad Media, y siento decirlo, aun más tarde, uno de los temas en discusión era si las cualidades adherían a la materia; si largo, ancho y espesor adherían a lo que llamamos materia inerte y si permanecía la materia, estuvieren o no las cualidades. A esto, nuestros budistas decían: «No tienen fundamento para mantener la existencia de una sustancia tal; las cualidades son todo lo que existe; ustedes no ven más allá de ellas». Ésta es la posición de la mayoría de nuestros modernos

agnósticos. Porque es esta lucha de la sustancia y las cualidaes que, en un plano más elevado, toma la forma de la lucha entre *noúmeno* y fenómeno. Hay el mundo fenomental, el Universo de continuo cambio, y hay alguna cosa detrás que no cambia, y esta dualidad de existencia, *noúmeno y* fenómeno, algunos sostienen que es verdadera, pero otros, con mayor razón, dicen que no tenemos derecho a admitir las dos, porque lo que nosotros vemos, sentimos y pensamos es solamente el fenómeno. No tenemos derecho a aseverar que hay alguna cosa más allá del fenómeno; y no hay respuesta a esto. La única respuesta que tenemos viene de la teoría monista del Vedanta. Es verdad que solamente existe uno, y ese uno es fenómeno o *noúmeno*. No es cierto que haya dos, algo cambiante, y en y a través de esto, alguna cosa que no cambia, sino que es la misma y única cosa que aparece como cambiando y que es, en realidad, incambiable. Nosotros hemos llegado a pensar que el cuerpo, la mente y el alma son varias cosas, pero realmente hay sólo uno; y ese uno está apareciendo como las variadas formas. Tomen la bien conocida ilustración de los monistas: la soga apareciendo como serpiente. Alguien, en la oscuridad o por cualquier otra causa, confunde la soga con la serpiente, pero cuando el conocimiento viene, la serpiente se desvanece y se encuentra con que es una soga. Por esta ilustración vemos que cuando la serpiente existe en la mente, la soga se desvanece, y cuando la soga existe, la serpiente se ha ido. Cuando vemos alrededor de nosotros solamente fenómenos y fenómenos, el *noúmeno* se ha desvanecido, pero cuando vemos el *noúmeno*, lo inmutable, naturalmente se deduce que el fenómeno se ha desvanecido. Ahora, nosotros entendemos mejor la posición de ambos, los realistas y los idealistas. Los realistas ven el fenómeno solamente, y los idealistas ven el *noúmeno*. Para el idealista, el idealista realmente genuino, que ha arribado verdaderamente al poder de percepción, por el cual ha podido alejar de sí toda idea de cambio, para él el Universo cambiante se ha desvanecido y tiene el derecho de decir que todo es ilusión, que no hay cambio. El realista también contempla el mutable Universo. Para él, lo inmutable se ha desvanecido, y tiene el derecho de decir que esto es todo real.



¿Cuál es la conclusión de esta filosofía? Es que la idea de Dios Personal no es suficiente. Tenemos que llegar a algo superior, a la idea Impersonal. Es el lírico paso lógico que podemos dar. No se trata de destruir la idea personal ni de dar la prueba de la no existencia de Dios Personal, sino que debemos llegar a lo Impersonal por la explicación de lo personal, porque lo Impersonal es una generalización más elevada que lo personal. Lo Impersonal solamente puede ser Infinito, lo personal es limitado. Así, preservamos lo personal y no lo destruimos. A menudo nos viene la duda de que, si llegamos a la idea de un Dios Impersonal, el Personal será destruido; si tenemos la idea de un hombre Impersonal se perderá la persona. Pero la idea vedántica no es la destrucción de lo individual, sino su preservación real. No podemos probar lo individual por ningún otro medio que no sea refiriéndolo a lo universal, probando que este individuo es realmente universal. Si pensamos del individuo como separado de todo lo demás del Universo, no puede perdurar un solo minuto. Una cosa tal nunca existió.

Luego, por la aplicación del segundo principio, de que la explicación de todo debe venir de la naturaleza de la cosa, somos conducidos a una idea mucho más elevada todavía y más difícil de entender también. No es nada menos que ésta: que el Ser Impersonal, nuestra generalización más elevada, reside en nosotros mismos, y que nosotros somos Aquello. «Oh, Shvetaketu, tú eres Aquello». Ustedes son el Ser Impersonal, el Dios al que han estado buscando siempre en todo el Universo es su propio Yo, no en el Sentido Personal sino en el Impersonal. El hombre que conocemos ahora, el manifestado, es lo personificado, pero la realidad de éste es lo Impersonal. Para entender lo personal tenemos que referirlo a lo Impersonal, lo particular debe ser referido a lo general y este Impersonal es la Verdad, el Ser del hombre.

Surgirán varias preguntas en relación con esto y trataré de dar la respuesta a medida que sigamos adelante. Muchas dificultades aparecerán, pero primero procuremos entender claramente la posición del monismo. Como seres manifestados, nosotros aparecemos como separados, pero nuestra realidad es

una, y mientras menos pensemos que estamos separados del Uno, mejor para nosotros. Cuanto más pensemos que estamos separados del Todo, más miserables seremos. De este principio monista, llegamos a la base de la ética, y yo me aventuro a decir que no podemos sacar ninguna ética de otra parte. Nosotros sabemos que la más antigua idea sobre ética era la voluntad de algún ser particular o seres, pero pocos están preparados para aceptar eso ahora, porque esto puede ser, solamente, una generalización parcial. Los hindúes dicen que debemos hacer esto o aquello, porque así se dice en los Vedas, pero los cristianos no están dispuestos a obedecer la autoridad de los Vedas. Los cristianos dicen que debemos hacer esto o aquello porque está en la Biblia. Esto no será obligatorio para quienes no creen en la Biblia. Pero nosotros debemos tener una teoría que sea lo bastante amplia, como para incluir todos estos fundamentos. Así como hay millones de personas que están listas a creer en un Creador Personal, ha habido también millares de las más luminosas mentes de este mundo, para quienes tales ideas no eran suficientes y sentían la necesidad de algo más elevado. Dondequiera que la religión no fue bastante amplia para incluir estas mentes, el resultado fue que estas mentes luminosas de la sociedad quedaron siempre fuera de la religión; y nunca fue esto tan marcado como en la época actual, especialmente, en Europa.

Para incluir estas mentes, por lo tanto, la religión debe ser bastante amplia. Todas sus demandas deben ser juzgadas por el punto de vista de la razón. Por qué las religiones no se consideran obligadas a hacer uso de la razón, nadie lo sabe. Si no se usa el cartabón de la razón no puede haber ningún juicio verdadero, aun en el caso de las religiones. Una religión puede prescribir alguna cosa muy horrible. Por ejemplo, la religión mahometana permite a los mahometanos matar a los que no son de su religión. Está claramente establecido en el Corán: «Maten a los infieles si no se convierten en mahometanos». Ellos deben ser convertidos ya sea por el fuego o por la espada. Ahora bien, si nosotros decimos a un mahometano que eso es erróneo, naturalmente, nos responderá: «¿Cómo sabe usted eso? ¿Cómo sabe usted si no es bueno? Mi Escritura dice que lo es». Si ustedes dicen que su libro es viejo, vendrá el budista y les dirá que su libro es más viejo aún. Luego vendrá el hindú, quien dice: «Mis libros son los más antiguos de todos. Por lo tanto, refiriéndonos a los libros, no llegaremos a ninguna conclusión. ¿Dónde está la norma que podamos seguir para hacer la comparación? Ustedes dirán, busquen en el Sermón de la Montaña; y el mahometano responderá, busquen en la ética del Corán. El mahometano dirá, ¿quién es el árbitro que pueda juzgar cuál es mejor? Ni el Nuevo Testamento ni el Corán pueden ser el árbitro en una discusión entre ellos. Tiene que haber alguna autoridad independiente, y no puede ser ningún libro sino algo que sea universal; ¿y qué es más universal que la razón? Se ha dicho que la razón no es suficientemente poderosa; que no siempre nos ayuda a encontrar la Verdad; que muchas veces comete errores y, por lo tanto, ¡la conclusión es que debemos acatar la autoridad de una iglesia! Eso me fue dicho a mí por un católico romano, pero yo no pude ver la lógica de ello. Por mi parte, podría decir que si la razón es débil, un cuerpo de sacerdotes es más débil, y yo no voy a aceptar su veredicto, sino a cobijarme en mi razón; porque a pesar de toda su debilidad, tendré cierta oportunidad de alcanzar la verdad por medio de ella, mientras que, por otros medios, no tengo ninguna esperanza de lograrla.

Debemos, por lo tanto, seguir la razón y también simpatizar con quienes no tienen ninguna clase de creencia y siguen la razón. Porque es mejor que la humanidad se vuelva atea por seguir la razón, que creer ciegamente en doscientos millones de dioses bajo una autoridad cualquiera. Lo que necesitamos es progreso, desarrollo, realización. Ninguna teoría hizo nunca grande a los hombres. No hay cantidad suficiente de libros que pueda ayudarnos a volvernos puros. El único poder está en la realización, y ésta yace en nosotros mismos y viene por la reflexión. ¡Dejen pensar a los hombres! Un terrón de tierra no piensa nunca, pero sigue siendo siempre un puñado de tierra. La gloria del hombre es que es un ser pensante. La naturaleza del hombre es razonar y, en esto, se diferencia de los animales. Yo creo en la razón y sigo la razón, pues he visto bastante de los males que

acarrea la autoridad, porque he nacido en un país donde se llegó a la extrema autoridad.

Los hindúes creen que la creación surgió de los Vedas. ¿Cómo saben ustedes que hay una vaca? Porque la palabra «vaca» está en los Vedas. ¿Cómo saben ustedes que hay un hombre afuera? Porque esa palabra «hombre» está en ellos. Si no hubiera estado, no hubiera habido ningún hombre en el mundo. Eso es lo que ellos dicen. ¡Autoridad con venganza! Y no son estudiados como yo los he estudiado, sino que algunas de las mentes poderosas los han tomado y han hilado a su alrededor maravillosas teorías lógicas. Los han razonado y ahí está todo un sistema de filosofía; miles de brillantes intelectos se han dedicado, por miles de años, a sacar sus conclusiones de estas teorías. Tal ha sido el poder de la autoridad. Grande es el peligro que ello representa. Esto detiene el desarrollo de la humanidad, y no debemos olvidar que nosotros necesitamos crecer. En la verdad relativa, más que en la verdad misma, necesitamos el ejercicio. Así es nuestra vida.

La teoría monista tiene el mérito de ser la más racional de todas las teorías religiosas que podamos concebir. Toda otra teoría, toda otra concepción de Dios, que sea parcial, pequeña y personal, no es racional. Y sin embargo, el monismo tiene esta grandeza, y es que abraza todas estas concepciones parciales de Dios y las considera necesarias para muchos. Algunos dicen que esta explicación personal es irracional. Pero es consoladora; necesitan una religión que los consuele y comprendemos que para ellos es necesaria. La clara luz de la verdad puede ser sostenida por muy pocos; menos aún pueden vivirla. Es necesario, por lo tanto, que esta cómoda religión exista: ayuda a muchas almas para el logro de una mejor. Mentes pequeñas, cuyo alcance es muy limitado y que requieren pequeñas cosas para que vayan modelándose, nunca se aventuran a volar a las alturas del pensamiento. Sus concepciones son muy buenas y les ayudan aun cuando éstas sean pequeños dioses y símbolos. Pero ustedes tienen que entender lo Impersonal, porque es en y por medio de Él, que estas otras ideas pueden ser explicadas. Tomen, por ejemplo, la idea de un Dios Personal. Un hombre que comprende y cree en lo Impersonal —Juan Stuart Mill, por ejemplo— puede decir que un Dios Personal es imposible y que no puede ser probado. Yo admito con él, que un Dios Personal no puede ser demostrado. Pero Él es la más elevada interpretación de lo Impersonal que pueda ser alcanzada por el intelecto humano, ¿y qué es el universo, sino variadas interpretaciones de lo Absoluto? Es como un libro ante nosotros, y cada uno ha traído su intelecto para leerlo, y cada uno debe leerlo por sí mismo. Hay una cosa que es común en el intelecto de todos los hombres; por lo tanto, ciertas cosas aparecen como siendo las mismas para el intelecto de la humanidad. El hecho de que ustedes y yo veamos una silla, prueba que hay alguna cosa común a nuestras mentes. Supongamos que viene un ser con otro sentido; no verá en absoluto la silla, pero todos los seres igualmente constituidos, verán las mismas cosas. Así es, pues, que este Universo en sí es lo Absoluto, lo inmutable, el *noúmeno*, y el fenómeno constituye la interpretación del mismo. Porque siempre encontrarán ustedes que todo fenómeno es finito. Cada fenómeno que podemos ver, sentir o pensar, es finito, limitado por nuestro conocimiento, y el Dios Personal —como nosotros lo concebimos— es en realidad, un fenómeno. Aun la misma idea de causalidad existe, solamente, en el mundo fenomenal, y Dios, como causa del Universo, tiene que ser naturalmente pensado como limitado y, sin embargo, Él es el mismo Dios Impersonal. Este Universo, como nosotros lo hemos visto, es el mismo Ser Impersonal interpretado por nuestro intelecto. Cualquier cosa que sea real en el Universo es este Ser Impersonal, y las formas y concepciones son dadas a Él por nuestro intelecto. Lo que sea real en esta mesa es ese Ser, y la forma de mesa y todas las otras formas son dadas por nuestro intelecto.

Ahora bien, el movimiento, por ejemplo, que es un adjunto necesario de lo fenomenal, no puede ser enunciado respecto de lo universal. Cada partícula, cada átomo en el Universo, está en constante estado de cambio y moción, pero este Universo, como un todo, es inmutable, porque el movimiento y el cambio es una cosa relativa; nosotros podemos sólo pensar sobre algo en movimiento, por comparación con algo que no se mueve. Tienen

que haber dos cosas para poder comprender el movimiento. La masa total del Universo, tomada como una unidad, no puede moverse. ¿Con respecto a qué se mueve? No puede decirse que cambia. ¿Con respecto a qué se cambiaría? Por eso, el todo es lo Absoluto; pero, dentro de Él, cada partícula está en constante estado de fusión y cambio. Es mutable e inmutable al mismo tiempo, Impersonal y personal a la vez. Ésta es nuestra concepción del Universo, del movimiento y de Dios, y esto es lo que se quiere decir con: «Tú eres Aquello.» Así vemos cómo lo Impersonal, en lugar de dejar a un lado lo personal, lo Absoluto, en vez de echar abajo lo relativo, no hace nada más que explicarlo hasta satisfacer completamente nuestra razón y nuestro corazón. El Dios Personal y todo lo que existe en el Universo son el mismo Ser Impersonal, visto a través de nuestra mente. Cuando nos desembarazamos de nuestra mente, de nuestra pequeña personalidad, nos volvemos uno con Él. Esto es lo que se quiere decir con : «Tú eres Aquello.» Porque debemos conocer nuestra verdadera naturaleza, que es lo Absoluto.

El hombre finito, manifestado, ha olvidado su propio origen y piensa de sí mismo que está enteramente separado. Nosotros, como seres diferenciados, personalizados, olvidamos nuestra realidad, y la enseñanza del monismo no nos dice que desechemos todas esas diferenciaciones, sino que debemos entender qué es lo que ellas son. Nosotros somos, en realidad, ese Infinito Ser, y nuestras personalidades representan otros tantos canales por medio de los cuales esta Infinita Realidad se está manifestando a Sí Misma; y la total masa de cambios, que nosotros llamamos evolución, es realizada por el alma, tratando de manifestar más y más su infinita energía. Nosotros no podemos detenernos en cualquier punto al costado de lo Infinito; nuestro poder y beatitud y sabiduría, no pueden sino crecer dentro de lo Infinito. El Infinito poder, la existencia y bienaventuranza son nuestros, y no tenemos que adquirirlos; somos sus legítimos dueños y sólo tenemos que manifestarlos.

Ésta es la idea central del monismo y, realmente, es muy difícil de comprender. Desde mi niñez, todos a mi alrededor me enseñaban debilidad, y se me ha dicho siempre, desde que nací,



que yo era una cosa débil. Fue realmente difícil para mí llegar a convencerme íntimamente de mi propia fortaleza; pero, por el análisis y el razonamiento, alcancé el conocimiento de mi propia fuerza y lo realicé. ¿De dónde viene todo el conocimiento que nosotros tenemos en este mundo? De nuestro interior. ¿Qué conocimiento hay afuera? Ninguno. El conocimiento no estaba en la materia sino que estaba en el hombre, todo el tiempo. Nadie creó jamás el conocimiento; el hombre lo extrae de sí mismo. Ahí es donde yace. La totalidad de este enorme baniano que cubre acres de terreno, estaba en la pequeña semilla, que no fue quizás más grande que una octava parte de una semilla de mostaza; toda esa enorme masa de energía estaba ahí, confinada. El gigantesco intelecto, nosotros lo sabemos, yace arrollado en la célula protoplasmática, ¿y por qué no la infinita energía? Sabemos que es así. Podrá parecer una paradoja, pero es la verdad. Cada uno de nosotros ha venido de una célula protoplasmática, y todo el poder que poseemos estaba involucionado en ella. No pueden decir que vino del alimento, porque si hacen montañas de alimento, ¿cuál es el poder que sale de ahí? La energía estaba ahí, potencialmente, no hay duda, pero estaba. Así ocurre con el poder infinito del alma humana, lo sepa o no el hombre. Su manifestación es sólo cuestión de ser consciente de él. Lentamente, podríamos decir, ese gigante infinito se va despertando, haciéndose consciente de su poder y levantándose a sí mismo; y con el crecimiento de su conciencia, más y más limitaciones caen, sus cadenas se rompen y es seguro que el día llegará en que, con la conciencia plena de su infinito poder y sabiduría, el gigante se parará sobre sus propios pies y permanecerá erguido. Ayudemos a acelerar esta gloriosa consumación.

# VEDANTA PRÁCTICO

## Cuarta Parte

*(Conferencia dada en Londres, el 18 de noviembre de 1896)*

Hasta aquí, nos hemos estado ocupando, principalmente, de lo universal. Esta mañana, trataré de presentarles las ideas vedánticas en su relación entre lo particular y lo universal. Como ya hemos visto en la forma dualista de las doctrinas védicas, las más antiguas formas, había un alma para cada ser, claramente definida como particular y limitada. Ha habido un gran número de teorías con respecto a esta particular alma en cada individuo, pero la discusión principal tuvo lugar entre los antiguos vedantistas y los antiguos budistas; los primeros creían en el alma individual como completa en sí misma, y los últimos negaban *in toto* la existencia de tal alma individual. Como les dije los otros días, es más o menos la misma discusión que ustedes tienen en Europa, sobre la sustancía y la cualidad, sosteniendo, algunos, que tras las cualidades hay algo como sustancia, cuyas cualidades son inherentes a ella, en tanto otros niegan la existencia de esta sustancia, considerándola innecesaria, aduciendo que las cualidades pueden vivir por sí mismas. Desde luego que la más antigua teoría sobre el alma se basa en el argumento de la autoidentidad —«Yo soy yo»— que el yo de ayer es el yo de hoy, y que el yo de hoy será el yo de mañana; esto es, que a pesar de todos los cambios que están ocurriendo en el cuerpo, yo creo que soy el mismo yo. Parece ser que éste ha sido el argumento central de quienes creían en un alma individual limitada, aunque perfectamente completa.

Por otra parte, los antiguos budistas rechazaban la necesidad de tal presunción. Sostenían el argumento de que todo lo



que conocemos y de que todo lo que posiblemente conoceremos, son simplemente esos cambios. La proposición de una sustancia incambiable e incambiante es superflua, y si hubiera una sustancia así, no podríamos nunca comprenderla ni tampoco conocerla en ningún sentido de la palabra. La misma discusión encontrarán en los tiempos presentes, por toda Europa, entre los religiosos e idealistas por un lado, y los positivistas y los agnósticos, por el otro: unos creen que hay alguna cosa que no cambia (entre éstos, su Herbert Spencer es el más reciente representante) y que tenemos una vislumbre de algo que es incambiable. Y la otra parte está representada por los modernos comtistas y modernos agnósticos. Aquéllos de ustedes que, hace algunos años, se interesaron en la discusión entre Herbert Spencer y Frederick Harrison, deben haber advertido la misma antigua dificultad; una parte, sosteniendo que la sustancia estaba en lo cambiante, y la otra, rechazando la necesidad de esta proposición. Una parte dice que no podemos concebir los cambios sin concebir algo que no cambia; la otra parte presenta el argumento de que esto es superfluo, que sólo podemos concebir una cosa que está cambiando, y en cuanto a lo incambiable, que no podemos conocerlo ni percibirlo por los sentimientos ni por los sentidos.

En la India, esta gran cuestión no encontró su solución en tiempos muy remotos, porque vemos que la suposición de una sustancia que está detrás de las cualidades, que no es las cualidades, no puede nunca ser sostenida; más aún, el argumento de la autoidentidad, de la memoria —que yo soy el yo de ayer porque lo recuerdo, y que, por lo tanto, yo he sido alguna cosa continua—, no tiene sostén. La otra sutileza que, generalmente, se propone, es un simple juego de palabras. Por ejemplo, un hombre puede tomar una larga serie de frases, como: «yo hago», «yo voy», «yo sueño», «yo duermo», «yo me muevo», y aquí encontrarán que el hacer, el ir, el soñar, etc., han estado cambiando y que sólo permaneció constante el «yo». En consecuencia, ellos concluyen que ese «yo» es la cosa constante y el individuo en sí, pero todos esos cambios pertenecen al cuerpo. Esto, aunque es aparentemente muy convincente y claro, es un mero jue-

go de palabras. El «yo» y el hacer, ir, soñar, pueden separarse en el papel, pero nadie puede separarlos en su mente.

Cuando como, pienso en mí mismo como comiendo; me identifico con el comer. Cuando corro, «yo» y el correr no son dos cosas separadas. Por eso, el argumento de la identidad personal parece no ser muy fuerte. También es débil el otro argumento de la memoria. Si la identidad de mi existencia está representada por mi memoria, muchas cosas que he olvidado se pierden de esa identidad. Y nosotros sabemos que hay gente que, bajo ciertas condiciones, olvida todo su pasado. En muchos casos de locura, un hombre cree que él está hecho de vidrio o que es un animal. Si la existencia de ese hombre depende de su memoria, se ha convertido en vidrio, lo cual no siendo el caso, no podemos decir que la identidad del yo depende de sustancia tan débil como la memoria. Así es que, vemos que el alma como una identidad limitada, aunque completa y continua, no puede ser establecida como separada de las cualidades. No podemos establecer una existencia limitada, estrecha, a la cual se le adhiere un manojo de cualidades.

Por otro lado, el argumento de los antiguos budistas parece ser más fuerte cuando afirman que no conocemos y que no podemos conocer, ninguna cosa que esté más allá de ese montón de cualidades. Según ellos, el alma consiste en unas cuantas cualidades llamadas sensaciones y sentimientos. Una masa tal es lo que se denomina alma, y esta masa es lo que está continuamente cambiando.

La teoría monista del alma concilia estas dos posiciones. La posición del monista es que es verdad que no podemos pensar en la sustancia como algo separado de las cualidades; que no podemos pensar sobre el cambio y el no-cambio al mismo tiempo; sería imposible. Entonces, la misma cosa que es la sustancia es la cualidad; sustancia y cualidad no son dos cosas. Es lo incambiable que está apareciendo como lo cambiable. La sustancia incambiable del Universo no es alguna cosa separada de él. El *noúmeno* no es una cosa separada del fenómeno sino que es el mismo *noúmeno* que se ha vuelto el fenómeno. Hay un alma que es incambiable, y lo que nosotros llamamos sentimientos y percepciones, más aún, hasta el cuerpo, son la misma alma considerada desde otro punto de vista. Hemos caído en el hábito de pensar que tenemos cuerpos y almas, y cosas por el estilo, pero realmente hablando, hay una sola cosa.



Cuando pienso en mí como siendo el cuerpo, soy sólo un cuerpo; es falto de sentido decir que soy alguna otra cosa más. Y cuando pienso que soy el alma, el cuerpo se desvanece y la percepción del cuerpo no perdura ya. Nadie puede tener la percepción de la sustancia, sin haberse desvanecido la percepción de las cualidades.

La antigua ilustración usada por el monismo, de la soga confundida con una serpiente, puede elucidar un poco más este punto. Cuando un hombre confunde la soga con la serpiente, la soga se ha desvanecido, y cuando toma a ésta por una soga, es la serpiente la que se desvanece y sólo queda la soga. Las ideas de dual o triple existencia vienen de un razonamiento con información insuficiente, y leemos sobre ellas en los libros o bien oímos hablar acerca de ellas, hasta que caemos bajo la ilusión de que tenemos realmente una percepción dual del alma y el cuerpo; pero tal percepción, en verdad, nunca existe. La percepción es del cuerpo o del alma. Esto no requiere argumentos para ser probado; ustedes pueden verificarlo en sus propias mentes.

Traten de pensar en ustedes mismos como siendo un alma, una cosa carente de cuerpo. Verán que es algo casi imposible, y aquéllos que son capaces de hacerlo, verán que, en el momento en que realizan que ellos son el alma, no tienen ninguna idea del cuerpo. Habrán oído hablar de, o quizá habrán visto personas que, en ocasiones particulares, se encontraban en estados peculiares de la mente producidos por la profunda meditación, autohipnotismo, histeria o drogas. Por sus experiencias, ustedes podrán saber que cuando ellos estaban percibiendo algo internamente, lo externo se desvanecía. Esto demuestra que todo lo que existe es uno. Ese uno está apareciendo en estas variadas formas, y todas estas variadas formas dan lugar a la relación de causa y efecto. La relación de causa y efecto es la evolución; lo uno deviene lo otro, y así sucesivamente. Algunas veces, la causa se desvanece, por así decirlo, y en su lugar queda el efecto. Si

el alma es la causa del cuerpo, el alma, se diría, se desvanece mientras dura el cuerpo, y cuando el cuerpo se disipa, el alma queda. Esta teoría se concilia con los argumentos de los budistas que estaban en contra del dualismo de cuerpo y alma, negando esta dualidad, y demostrando que la sustancia y las cualidades son una y la misma cosa que aparece en varias formas.

Hemos visto, también, que esta idea de lo incambiable puede ser establecida solamente con respecto al todo, pero nunca con relación a la parte. La idea de parte en sí viene de la idea de cambio, de movimiento. Nosotros podemos comprender y conocer todo lo que es limitado, porque es cambiable; pero el todo debe ser incambiable, porque no hay otra cosa separada de él en relación con la cual el cambio sería posible. El cambio es siempre posible con respecto a una cosa que no cambia o que cambia relativamente menos.

De acuerdo con el monismo, por lo tanto, la idea del alma como universal, incambiable e inmortal, puede ser demostrada en la medida de lo posible. La dificultad surgiría con relación a lo particular. ¿Qué haremos con las viejas teorías dualistas que ejercen esta influencia sobre nosotros —y a través de las cuales debemos pasar— con sus creencias en almas individuales limitadas, pequeñas?

Hemos visto que somos inmortales con respecto al todo, pero la dificultad es que deseamos ser lo mismo inmortales como *partes* del todo. Hemos visto que somos lo Infinito, y que ésta es nuestra real individualidad. Pero igualmente deseamos hacer individuales a estas pequeñas almas. ¿Qué deviene de ellas cuando vemos, en nuestra experiencia cotidiana, que estas pequeñas almas son individuales, con la sola reserva de que están continuamente creciendo como individuos? Son las mismas, no obstante, no son lo mismo. El yo de ayer es el yo de hoy y, sin embargo, no es así, pues ha cambiado en algo. Ahora, dejando de lado la concepción dualista, de que en el medio de todos estos cambios hay alguna cosa que no cambia, y tomando la más moderna concepción, la de la evolución, vemos que este «yo» es una entidad que está continuamente expandiéndose, cambiando.



Si es verdad que el hombre es la evolución de un molusco, el molusco individual es lo mismo que el hombre, sólo que tiene que expandirse bastante. Desde el molusco hasta el hombre ha habido una continua expansión hacia la infinitud. Por lo tanto, el alma limitada puede ser considerada como un individuo que está continuamente expandiéndose hacia el Individuo Infinito. La perfecta individualidad será sólo alcanzada cuando logre lo Infinito, pero, al lado de este Infinito hay una personalidad continuamente cambiando, creciendo. Una de las más notables características del sistema monista del Vedanta es armonizar con los sistemas precedentes. Éstos, en algunos casos, ayudaron muchísimo a la filosofía; en otros casos, la lesionaron. Nuestros antiguos filósofos conocían lo que ustedes llaman teoría de la evolución, según la cual el crecimiento es gradual, paso a paso; y este reconocimiento los llevó a armonizar todos esos sistemas precedentes. De modo que, ninguna de esas ideas fue rechazadas. El defecto de la doctrina budista fue no tener la concepción ni la percepción de ese desarrollo continuo, expansivo y, por esta razón, ellos nunca intentaron siquiera buscar una armonía con los ya existentes pasos dados hacia el logro del ideal. Los rechazaron como inútiles y perjudiciales.

Esta tendencia en religión es de lo más dañina. Un hombre logra una idea nueva y mejor y, entonces, mira hacia atrás las que abandonó; sin dilación, considera que fueron equivocadas e innecesarias. Nunca piensa que por más crudas que puedan parecerle, según su punto de vista actual, fueron muy útiles para él, le fueron necesarias para alcanzar su presente estado. Cada uno de nosotros tiene que crecer de un modo similar, viviendo primero en las ideas rudimentarias, beneficiándonos con ellas, alcanzando, luego, un nivel más elevado. Por lo tanto, el monismo considera amistosamente las más antiguas teorías. El dualismo y todo otro sistema precedente son aceptados por el monismo, aunque no con aire de superioridad sino con la convicción de que todos ellos son verdaderos, manifestaciones de la misma verdad y que todos conducen a las mismas conclusiones a que ha arribado el monismo.

Con bendiciones y no con maldiciones es que podrán ser

preservadas todas esas etapas a través de las cuales ha tenido que pasar la humanidad. De manera que todos estos sistemas dualistas nunca han sido rechazados o dejados completamente de lado, sino que han sido mantenidos intactos por el Vedanta, y la concepción dualista de un alma individual, limitada, aunque completa en sí, tiene su lugar en el Vedanta.

De acuerdo con el dualismo, el hombre muere y va a otros mundos, y cosas por el estilo. Estas ideas han sido conservadas en su integridad por el Vedanta. Porque al reconocer el crecimiento, el sistema monista dio a estas teorías su propio lugar, admitiendo que ellas representan solamente un aspecto parcial de la Verdad.

Desde el punto de vista dualista, este Universo sólo puede ser considerado como una creación de materia o fuerza, puede ser sólo considerado como el juego de cierta voluntad, y esta voluntad, a su vez, puede solamente considerarse como separada del Universo; de modo que, un hombre, desde este punto de vista, debe verse a sí mismo como compuesto de una naturaleza dual; cuerpo y alma, y el alma, aunque limitada, es en sí individualmente completa. Tales ideas como las de la inmortalidad y la vida futura del hombre tienen, necesariamente, que concordar con esta idea del alma. Estas fases han sido conservadas en el Vedanta y, en consecuencia, es necesario que les presente algunas de las populares ideas del dualismo. Según esta teoría, tenemos un cuerpo, desde luego, y detrás del cuerpo, hay lo que se llama cuerpo sutil. Este cuerpo sutil es, también, hecho de materia, solamente que es más fina. Es el receptáculo de todo nuestro *karma*, acciones e impresiones pasadas, que están listas para surgir como formas visibles. Cada pensamiento que pensamos, cada acto que realizamos, después de un cierto tiempo se hace sutil, como la forma de simiente, por así decirlo, y vive en el cuerpo sutil en forma potencial, y después de un tiempo emerge otra vez y produce sus resultados. Estos resultados son los que condicionan la vida del hombre. De modo que él modela su propia vida. El hombre no está limitado por ninguna otra ley que las que él mismo hace para sí. Nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones son los hilos de la red que



formamos alrededor de nosotros para bien o para mal. Una vez que ponemos en movimiento cierto poder, nosotros tenemos que hacernos cargo de sus consecuencias, en totalidad. Ésta es la ley de *karma*. Detrás del cuerpo sutil, vive el *jiva* o alma individual del hombre. Acerca de la forma y tamaño del alma individual, hay varias opiniones. Según unos, es muy pequeña, como un átomo; de acuerdo con otros, no es tan pequeña como eso; hay otros que opinan que es muy grande, y así por el estilo. Este *jiva* es una parte de la sustancia universal, también es eterno; sin principio, está existiendo, y sin fin, existirá. Está pasando a través de todas estas formas para manifestar su naturaleza real, que es la pureza. Cada acción que retarda esta manifestación se llama una mala acción; lo mismo ocurre con los pensamientos. Y cada acción y cada pensamiento que ayudan al *jiva* a expandirse, a manifestar su real naturaleza, son buenas. Una teoría que es sostenida en la India tanto por el más acérrimo dualista como por el más avanzado no dualista es la de que todas las posibilidades y poderes del alma están en ella y que no le llegan de ningún conducto externo. Están en el alma en forma potencial, y el trabajo total de la vida está, simplemente, dirigido hacia la manifestación de estas potencialidades.

Ellos tienen, también, la teoría de la reencarnación, la cual dice que, después de la disolución de este cuerpo, el *jiva* tomará otro, y después de que este último también se haya disuelto, tomará nuevamente otro, y así sucesivamente, ya sea aquí o en alguno de los otros mundos; pero este mundo tiene la preferencia, ya que es considerado como el mejor de todos los mundos, para nuestro propósito. Los otros mundos son concebidos como mundos en donde hay muy poca miseria, pero, por esa misma razón —ellos arguyen— hay allí menos oportunidad de pensar en cosas elevadas. En este mundo, donde hay alguna felicidad y mucha infelicidad, el *jiva*, en algún momento u otro, despertará, por así decirlo, y pensará en liberarse a sí mismo. Pero así como la persona rica, en este mundo, tiene menos ocasión de pensar en cosas elevadas, el *jiva*, en el cielo, tiene poca posibilidad de progreso, pues su condición es la misma que la de ese hombre rico, sólo que más intensificada; tiene un cuerpo muy

sutil que no conoce la enfermedad y no tiene la necesidad de comer o beber pues todos sus deseos son satisfechos. El *jiva* vive allí, disfrutando goce tras goce, y de este modo olvida todo acerca de su naturaleza real. También hay algunos mundos más elevados, en donde, a pesar de todos los goces, es posible mayor evolución. Algunos dualistas conciben como meta el cielo más elevado, donde las almas viven con Dios para siempre. Tendrán hermosos cuerpos, no conocerán enfermedad ni muerte ni ningún otro mal, y todos sus deseos serán satisfechos. De vez en vez, alguno de ellos retorna a la Tierra y toma otro cuerpo para enseñar a los seres humanos el camino hacia Dios: y éstos han sido los grandes Maestros del mundo. Ellos ya eran libres y estaban viviendo con Dios en la más elevada esfera, pero su amor y simpatía por la doliente humanidad era tan grande, que volvieron y encarnaron nuevamente, para enseñar al hombre el camino del cielo.

Desde luego, nosotros sabemos que el monismo sostiene que esto no puede ser la meta o ideal: la incorporeidad debe ser el ideal. El ideal no puede ser finito. Toda cosa que no conduzca a lo Infinito no puede ser el ideal y no puede haber un cuerpo infinito. Esto sería imposible, dado que el cuerpo viene de la limitación; no puede haber pensamiento infinito, porque el pensamiento viene de la limitación. El Vedanta dice que tenemos que ir más allá del cuerpo y más allá del pensamiento también. Y nosotros, además, hemos visto que, de acuerdo con el monismo, esta libertad no puede ser alcanzada, es ya nuestra. Somos nosotros los que la olvidamos y la negamos. La perfección no puede ser lograda, está ya dentro de nosotros. La inmortalidad y la dicha no pueden ser adquiridas, las poseemos ya, han sido nuestras todo el tiempo.

Si te atreves a declarar que eres libre, libre eres al momento. Si dices que eres esclavo, esclavo quedarás. Esto es lo que declara, valientemente, el monismo. Ya les he hablado de las ideas de los dualistas. Ustedes podrán tomar de entre ellas la que más les agrade.

El ideal más elevado del Vedanta es muy difícil de comprender, y la gente está siempre querellando con respecto a él.



La dificultad más grande es que, cuando sostienen ciertas ideas, niegan o luchan contra otras ideas. Tomen las que se adapten a ustedes, y dejen a los demás que tomen lo que ellos necesiten. Si están ustedes deseosos de aferrarse a esa pequeña individualidad, a esta limitada condición humana, permanezcan en ella, tengan todos estos deseos y estén contentos y satisfechos con ellos. Si su experiencia de la condición humana ha sido muy buena y hermosa, reténganla todo el tiempo que quieran; pueden hacer esto, porque ustedes son los hacedores de su propia fortuna; nadie puede obligarlos a abandonar su humanidad. Serán hombres tanto tiempo como deseen; nadie se los puede privar. Si desean ser ángeles, serán ángeles; ésta es la ley. Pero, puede haber otros que ni ángeles querrán ser. ¿Qué derecho tienen ustedes para pensar que ésta, su concepción, es horrible? Alguno de ustedes puede temblar sólo al pensar en perder cien libras; pero, hay otros que ni siquiera pestañearían si perdieran todo el dinero que tienen en el mundo. Ha habido tales hombres y todavía los hay. ¿Por qué se atreven ustedes a juzgarlos conforme a su criterio? Ustedes se adhieren a sus limitaciones, y este pequeño grupo de mezquinas ideas mundanas puede ser su más elevado ideal. Son bienvenidos para ellos. Lo que ustedes deseen, ése será su ideal. Pero hay otros que han realizado la verdad y no pueden permanecer en estas limitaciones; han terminado con estas cosas y quieren ir más allá. Para ellos, el mundo con todos sus placeres, es sólo un lodazal. ¿Por qué quieren someterlos a sus ideas? Abandonen de una vez para siempre esta tendencia. Concedan a cada uno su lugar.

Una vez leí un relato sobre algunos barcos que fueron sorprendidos por un ciclón, en las Islas del Pacífico, y en el «Illustrated London News» había un cuadro representando la escena. Todos habían naufragado, salvo una nave inglesa que resistía al temporal. El cuadro mostraba a los hombres que, a punto de ahogarse, desde las cubiertas alentaban a los que atravesaban la tormenta. Sean valientes y generosos como ellos. No hundan a los otros, arrastrándolos hasta donde están. Otra idea insensata es la de que si pierden su pequeña individualidad, no habrá más moralidad ni esperanza para la humanidad. ¡Como

si todos estuvieran muriendo, todo el tiempo, por la humanidad! ¡Dios mío! Si en cada país hubiera doscientos hombres y mujeres que realmente desearan hacer bien a la humanidad, tendríamos el Reino milenario en cinco días. ¡Nosotros sabemos muy bien cómo morimos por la humanidad! Éstas son grandes charlas, nada más. La historia del mundo nos muestra que quienes nunca pensaron en su pequeña individualidad, fueron los más grandes benefactores de la raza humana, y que los hombres y mujeres que más piensan en sí mismos son los que tienen menos capacidad para hacer algo por los demás. Lo uno es inegoísmo, lo otro, egoísmo. Aferrarse a los pequeños placeres y desear la continuación y repetición de este estado de cosas es absoluto egoísmo. Surge, no por algún deseo de conquistar la verdad —su origen no es la simpatía para con los otros seres— sino del absoluto egoísmo del corazón humano en la idea de: «Tendré todas las cosas y no me preocuparé por nadie más». Esto es lo que me parece a mí. ¡Yo desearía ver más hombres morales en el mundo, semejantes a aquellos grandes profetas y sabios de la antigüedad, quienes hubieran dado cien vidas si con ello hubiesen podido beneficiar un pequeño animal! ¡Pláticas sobre moralidad y sobre hacer bien a los demás! ¡Charlas tontas de los tiempos presentes!

Yo quisiera ver hombres morales como Gautama Buddha, quien no creía en un Dios Personal o en un alma personal; nunca inquirió sobre ello, sino que fue el agnóstico perfecto y que, sin embargo, estaba pronto a dar su vida por cualquiera. Trabajó toda su vida para el bien de los demás y pensó, solamente, en el bien de todos. Ha sido dicho por sus biógrafos, al describir su nacimiento, que había nacido para el bien de los demás, como bendición para la mayoría de los hombres. No fue al bosque a meditar para su propia salvación; sintió que el mundo estaba quemándose y él tenía que encontrar una salida. «¿Por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?», fue la única pregunta que dominó toda su vida. ¿Piensan ustedes que somos tan morales como Buddha?

Mientras más egoísta, más inmoral es el hombre. Y lo mismo ocurre con la raza. La raza que está dedicada sólo a sí misma, ha sido la más cruel y la más malvada de todo el mundo. No ha habido una religión que se haya aferrado a este dualismo tanto como la fundada por el profeta de Arabia, Mahoma, y no ha habido una religión que como ésta haya derramado tanta sangre y sido tan cruel para con los otros hombres. En el Corán se dice que debe matarse al hombre que no crea en sus enseñanzas; ¡es una misericordia el matarlo! Y el camino más seguro para alcanzar el cielo, donde hay hermosas huríes y toda clase de goces sensuales, se conquista matando a estos herejes. ¡Piensen en el derramamiento de sangre que ha traído como consecuencia esta doctrina!



En la religión de Cristo hubo muy poca crudeza; hay poca diferencia entre la religión pura de Cristo y la del Vedanta. Encontrarán en ella la idea de la Unidad, pero Cristo también predicó al pueblo las ideas dualistas, para darle algo tangible a lo cual aferrarse y conducirlo hacia lo más elevado del ideal. El mismo profeta que predicó: «Nuestro Padre que está en los cielos», predicó; «Yo y mi Padre somos uno», y el mismo profeta sabía que, a través del «Padre en los cielos», se llegaba a «Yo y mi Padre somos uno». Había, solamente, bendición y amor en la religión de Cristo, pero tan pronto como la superficialidad se apoderó de ella, se degradó al punto de no ser mucho mejor que la religión del profeta de Arabia. Esta lucha por el pequeño «yo», este aferrarse al «yo», no sólo en esta vida sino con el deseo de su continuidad aun después de la muerte, es crudeza, imperfección. ¡Ellos declaran que eso es inegoísmo, la base de la moral! ¡Que Dios nos ayude, si esto es la base de la moral! Y es sorprendente ver cómo hombres y mujeres que debían tener mayor conocimiento, piensan que toda moralidad será destruida si este pequeño «yo» se va, y quedan espantados ante la idea de que la moralidad sólo pueda mantenerse sobre la destrucción de este yo. La consigna de todo bienestar, de toda buena moral, no es «yo» sino «tú». ¿A quién le importa si hay o no un cielo o infierno, si hay o no un alma, si hay algo incambiable o no? Aquí está el mundo, y está lleno de sufrimientos. Entren en él como lo hizo Buddha y luchen por disminuir el sufrimiento o mueran en el intento. Olvídense de ustedes mismos; ésta es la primera lec-

ción que debe ser aprendida, ya sean teístas o ateos, ya sean agnósticos o vedantistas, cristianos o mahometanos. La única lección, evidente para todos, es la destrucción de este pequeño yo y desarrollo del Yo Real.[1]

Dos fuerzas han estado trabajando juntas, en líneas paralelas. Una dice: «yo», la otra dice: «no yo». Su manifestación se nota no sólo en el hombre, sino también en los animales; no sólo en los animales sino también en el más insignificante gusano. La tigresa que hunde sus colmillos en la entraña caliente de un ser humano, daría su propia vida para proteger a su cachorro. El hombre más depravado, que no piensa más que en aniquilar a sus semejantes, quizás se sacrificaría a sí mismo sin vacilación para salvar de la muerte por falta de comida a su esposa e hijos. Así, a través de la creación, están trabajando estas dos fuerzas, una al lado de la otra; donde encuentren una, encontrarán la otra. Una es inegoísmo, la otra, egoísmo. Una es adquisición, la otra, renunciación. Una, toma; la otra, da. Desde lo más bajo hasta lo más elevado, este Universo es el campo de juego de estas dos fuerzas. No requiere ninguna demostración; es evidente para todos.

¿Qué derecho tiene una parte de la humanidad para basar el trabajo total y la evolución del Universo sobre uno de estos factores únicamente, sobre competencia y lucha? ¿Qué derecho tiene para basar la obra total del Universo sobre la pasión y la riña, la competencia y la lucha? Que esto existe, no lo negamos, pero, ¿qué derecho tiene alguien para negar el trabajo de la otra fuerza? ¿Puede algún hombre negar que el amor, este «yo-no», esta renunciación, sea la única fuerza positiva del Universo? Lo otro es sólo el empleo erróneo del poder del amor; el poder del amor trae competencia. La real génesis de la competencia está en el amor. La génesis real del mal está en el inegoísmo. El creador del mal es el bien, y su fin es también el bien. El mal es sólo el bien desviado. Un hombre que asesina a otro es, quizás, impulsado por el amor hacia su hijo. Su amor ha quedado limitado en ese niño, con exclusión de los millones de otros seres

[1] Véase la nota al pie de la página 84.



humanos del Universo. Sin embargo, limitado o ilimitado, es el mismo amor.

De modo que, el poder motor de todo el Universo, cualquiera que sea la forma en que se manifiesta a sí mismo, es esa cosa maravillosa, el inegoísmo, la renunciación, el amor, lo real, la única fuerza viviente en la existencia. Por eso, el vedantista insiste en esa unidad. Nosotros insistimos en esta explicación, porque no podemos admitir dos causas del Universo. Si nosotros sostenemos, simplemente, que por limitación, el mismo maravilloso y espléndido amor, aparece como siendo mal o vileza, encontramos explicado el Universo todo por la única fuerza del amor. Si no, deben aceptarse dos causas del Universo, una el bien y la otra el mal, una el amor y la otra el odio. ¿Cuál es más lógica? Ciertamente, la teoría de la única fuerza. Pasemos, ahora, a cosas que, posiblemente, no pertenecen al dualismo. Temo quedar más tiempo con los dualistas. Mi idea es demostrar que el más elevado ideal de moralidad e inegoísmo va de la mano con la concepción metafísica más elevada, y que no necesitamos rebajar nuestra concepción para conseguir la ética y la moralidad, sino que al contrario, para alcanzar una base real de ética y moralidad, debemos tener las concepciones filosóficas y científicas más elevadas. El conocimiento humano no es antagónico del bienestar humano. Por el contrario, es el conocimiento lo único que nos salvará en cada aspecto de la vida; en el conocimiento también hay adoración. Mientras más conozcamos, mejor será para nosotros. El vedantista dice que la causa de que todo esto es aparentemente mal, se debe a la limitación de lo ilimitado. El amor que se encuentra limitado en pequeños canales y aparece como mal, finalmente sale por el otro extremo y se manifiesta a sí mismo como Dios. También dice el Vedanta, que la causa de todo este aparente mal está en nosotros; no culpen a ningún ser sobrenatural ni se desesperen o angustien ni piensen que estamos en un lugar del cual no podemos escapar, salvo que alguien venga y nos dé una mano salvadora. Eso no puede ser, dice el Vedanta; somos como el gusano de seda. Elaboramos la hebra de nosotros mismos y tejemos el capullo, y con el correr del tiempo, quedamos prisioneros en él. Pero esto no es

para siempre. En ese capullo, desarrollaremos la realización espiritual, y como la mariposa, volaremos libremente. Nosotros hemos tejido a nuestro alrededor esta red del *karma*; y, en nuestra ignorancia, sentimos como si estuviéramos esclavizados, lloramos y gemimos, pidiendo ayuda. Pero la ayuda no viene de lo externo; ella llega de lo íntimo de nosotros mismos. Clamen a todos los dioses del Universo. Por años, yo también clamé y, al final vi que era ayudado. Pero la ayuda vino de lo interno. Y tuve que deshacer lo que había hecho por error. Ésta es la única forma. Tuve que cortar la red que había extendido a mi alrededor, y el poder para hacer esto está dentro de nosotros. Tengo la certidumbre de que, en mi vida, ninguna aspiración, bien o mal dirigida, ha sido vana, y que yo soy la resultante de todo mi pasado, bueno o malo. He cometido muchos errores en mi vida, pero, observen bien esto, que sin cada uno de esos errores yo no sería lo que soy hoy y, por lo tanto, estoy perfectamente satisfecho de haberlos cometido. Yo no quiero decirles que deben irse a sus hogares y comenzar a cometer errores voluntariamente; no vayan a interpretarme de ese modo. Pero no se apenen por los errores que han cometido y sepan que, al final, todo saldrá rectamente. No podrá ser de otra manera, pues nuestra naturaleza es bondad, nuestra naturaleza es pureza, y esa naturaleza nunca puede ser destruida. Nuestra naturaleza esencial siempre permanece igual.

Lo que debemos comprender es esto: que lo que llamamos error o mal, lo cometemos porque somos débiles, y somos débiles porque somos ignorantes. Yo prefiero llamarlos errores. La palabra pecado, aunque al principio fue una palabra muy adecuada, ha tomado cierto sabor que me produce escalofrío. ¿Quién nos hace ignorantes? Nosotros mismos. Ponemos las manos sobre nuestros ojos y lloramos porque está oscuro. Saquen las manos y verán la luz; la luz existe siempre para nosotros, es la naturaleza efulgente del alma humana. ¿No han oído lo que dicen sus modernos hombres de ciencia? ¿Cuál es la causa de la evolución? El deseo. El animal desea hacer alguna cosa, pero no encuentra el ambiente favorable y, entonces, desarrolla un nuevo cuerpo. ¿Quién lo desarrolla? El animal mismo, su voluntad.



Ustedes son el desarrollo de la ameba más inferior. Continúen ejercitando la voluntad y ella los conducirá mucho más arriba todavía. La voluntad es todopoderosa. Si es todopoderosa, podrán decir, ¿por qué no podemos hacer todas las cosas? Pero,están pensando sólo sobre su pequeño yo. Miren hacia atrás, sobre ustedes mismos, desde el estado de ameba hasta el de ser humano, ¿quién hizo todo eso? Su propia voluntad. Entonces, ¿pueden negar que ella sea todopoderosa? Eso que hizo que ustedes llegaran tan alto, podrá hacerlos ascender aún más arriba. Lo que necesitan es carácter, fortalecer la voluntad.

Por eso, si yo les enseñara que su naturaleza es el mal, que deben irse a sus hogares y sentarse sobre cilicios y cenizas, y llorar por su vida pasada, porque han dado algunos pasos en falso, esto no los ayudaría y sólo los debilitaría más todavía, y les estaría mostrando el camino que les hará mayor mal que bien. Si esta sala estuviera llena de oscuridad por miles de años y ustedes entraran en ella y comenzaran a llorar y gemir: «¡Oh, la oscuridad!», ¿desaparecería, entonces, la oscuridad? Encendiendo un fósforo tendrían, al instante, luz. ¿Qué bien les hará pensar toda su vida: «¡Oh!, he hecho mal, he cometido muchos errores»? No necesitamos duendes que nos digan eso. Traigan la luz y el mal se irá al momento. Erijan su carácter, y manifiesten su Naturaleza Real, lo Efulgente, lo Resplandeciente, lo Siempre Puro, e invóquenla en cada uno que vean. Yo desearía que cada uno de nosotros llegara a un estado en el cual, aun en el más vil de los seres humanos, pudiéramos ver al Real Ser íntimo, y en lugar de condenarlo, decirle: «Yérguete, tú, efulgente; levántate, tú eres el siempre puro; levántate, tú eres sin nacimiento y sin muerte; yérguete todopoderoso y manifiesta tu verdadera naturaleza. Estas pequeñas manifestaciones no te benefician a ti». Ésta es la más elevada plegaria que el monismo enseña. Ésta es la única oración para recordar que nuestra verdadera naturaleza es Dios que está siempre dentro de nosotros, y pensarla siempre infinita, todopoderosa, siempre buena, siempre benéfica, abnegada, exenta de toda limitación. Y porque esa naturaleza es inegoísta, es fuerte e intrépida; porque sólo del egoísmo viene el temor. Aquél que no tiene nada que desear para

sí mismo, ¿a quién puede temer, y quién puede atemorizarlo? ¿Qué miedo puede causarle la muerte? ¿Qué temor puede producirle el mal? Por eso, si somos monistas, desde este íntimo momento debemos pensar que nuestro viejo ego se ha muerto y desaparecido. El viejo señor, señorita o señora, de tal o cual nombre eran meras supersticiones, y lo que queda es el siempre puro, el siempre fuerte, el todopoderoso, el todoco-nocedor; eso es sólo lo que queda en nosotros y, entonces, todo temor se desvanecerá. ¿Quién puede hacernos daño, siendo como somos omnipresentes? Toda debilidad ha desaparecido de nosotros, y nuestra única labor es despertar este conocimiento en nuestros semejantes. Vemos que ellos son, también, el mismo ser puro, sólo que no lo saben; debemos enseñárselo, debemos ayudarlos a que alcancen su naturaleza infinita. Esto es lo que yo siento que es absolutamente necesario en todo el mundo. Estas doctrinas son antiquísimas, tan viejas como muchas grandes montañas. Toda verdad es eterna. La verdad no es propiedad de nadie; ninguna raza, ningún individuo puede reclamar su exclusividad. La verdad es la naturaleza simple de todos los seres. ¿Quién puede reclamarla especialmente? Pero debe hacerse práctica, debe hacerse simple (porque las grandes verdades son siempre simples), así penetrará todos los estratos de la sociedad humana y se volverá la propiedad del más elevado intelecto y de la más común de las mentes, del hombre, de la mujer y del niño, al mismo tiempo. Todos esos raciocinios de la lógica, esas montañas de metafísica, todas estas teologías y ceremonias pueden haber sido buenos en su tiempo, pero tratemos de hacer las cosas más simples y traer cerca de nosotros, otra vez, la época de oro, donde cada hombre será un adorador y la Realidad será, en cada hombre, el objeto de su adoración.

# ÍNDICE

PREFACIO ..... 7

NECESIDAD DE LA RELIGIÓN ..... 13

Teorías acerca del origen de las religiones - La religión es la fuerza más potente de la vida - Culto a los antepasados entre los egipcios, babilonios, chinos, etc. - Concepciones del alma, en varias religiones y razas - La mitología griega es el culto a la naturaleza por medio de figuras simbólicas o abstracciones - Los fenómenos supersensorios - Sabios espirituales - Las enseñanzas de Buddha emanaron de su realización directa y no de una gimnasia meramente intelectual - Ideas y modalidades comunes a todas las religiones - Los sentidos no pueden conducirnos a la más elevada dicha - Lo infinito no puede ser manifestado por lo finito - El militarismo es una explicación inadecuada de la moralidad - La sociedad está constituida por etapas transitorias en continuo cambio - La religión justificada en el campo utilitario - El hombre ha nacido para conquistar la naturaleza - El hombre ordinario no puede comprender lo sutil o abstracto - La grandeza de los pueblos reside en su grado de desarrollo espiritual - La base científica de la religión - La religión del futuro deberá ser comprensiva y tolerante.

LA NATURALEZA REAL DEL HOMBRE ..... 26

La religión es una necesidad constitucional del hombre - El Katha Upanishad y el secreto de la muerte - Explicación de la posición nihilista - Ideas y modalidades comunes a todas las religiones - Manú y el pececillo - El lenguaje es un intento para expresar la verdad - La superstición científica - La mitología no debe ser condenada - El hombre es la degradación de un estado perfecto - El conflicto de la religión con la ciencia - La teoría de los *kalpas* (ciclos) de creación del Universo - La teoría moderna sobre la evolución es insostenible - El pensamiento crea cuerpos - El alma está más allá de la dualidad - El hombre es potencialmente divino - La ignorancia es la causa de la miseria y la esclavitud - La individualidad está sólo en lo Infinito - La evolución se refiere a la materia y no al espíritu - La verdad metafísica que subyace a la ética - El monismo es la base de toda moral - La religión en el campo utilitario - La sociedad más elevada es aquélla donde la verdad se hace práctica - La abnegación es la base de toda religión y moral - Los sentidos no pueden conducirnos a la más elevada dicha - La utilidad no prueba la verdad - El materialismo no

puede ser la meta a alcanzar por el hombre - El cachorro de león que se creía cordero - El mundo objetivo es el reflejo del mundo subjetivo - El pecado no debe ser predicado - La fuerza espiritual es lo único que debe verse y predicarse.

MAYA E ILUSIÓN ..... 44
El desarrollo de la idea sobre *maya* en los Vedas - *Maya* y el budismo - Los hindúes descubrieron y rechazaron muchos principios científicos - Por la ciencia no se logrará la libertad - Explicación de *maya* - El mundo no tiene realidad absoluta - Debemos conducirnos evitando tanto el optimismo como el pesimismo - La vida es una contradicción de existencia e inexistencia - Célebre canto en *Lalita Vistara*, la biografía de Buddha - El bien y el mal están equilibrados en el mundo - El hacer el bien sólo ayuda a quien lo hace - El intento de los filósofos alemanes por construir una nueva filosofía - El Vedanta no es pesimista ni optimista - Definición de «renunciación» - Con la renunciación comienza la religión - Jesucristo predicó la renunciación - Los deseos no tienen fin y nunca quedan satisfechos con los placeres - La castidad es la base fundamental de la vida de un pueblo - El casamiento entre niños, en la India - Malos efectos del fanatismo - La vida es la búsqueda de un ideal - El signo de la vida es la libertad y ésta se alcanza conquistando la naturaleza.

MAYA Y LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE DIOS ..... 61
*Maya*, incorrectamente traducida como ilusión - Concepción de los seres celestiales - Cada hombre debe ser juzgado según su propio ideal - Causa del fanatismo - Catolicidad del «Bhagavad Guita» o «Canto del Señor» - El Vedanta armoniza todas las religiones y sectas - Concepción de Jehová - Con la renunciación comienza la religión - El hombre primitivo - Evolución del concepto de Dios - La sociedad se basa en el autocontrol individual - *Pravritti* y *nivritti* - El mundo es el suplicio de Tántalo - Los métodos antiguos de educación en la India - Explicación de *maya* - El concepto de Dios Personal no puede ser aceptado universalmente - En la India hay libertad de pensamiento y de religión - La libertad es la única condición requerida para el desarrollo y crecimiento - Los *charvakas* fueron materialistas de la India, cuya filosofía se basaba en los más crudos y groseros conceptos - Buddha nunca fue perseguido - Malos efectos del fanatismo - El plan de la Encarnación Divina es constructivo - Los que logran la paz.

MAYA Y LIBERTAD ..... 74
Explicación de *maya* - Nárada y Sri Krishna, y los efectos de *maya* - Cómo escapar a la influencia de *maya* - Alcance y meta de la religión - Qué es la «sabiduría práctica» del hombre moderno - El culto a los



antepasados está basado en la idea de libertad - Budha venció la tentación - Lo común a todas las religiones - El bien y el mal no son diferentes - La libertad es la meta de todo y el fundamento de toda religión y ética - La libertad es un constante impulso que urge a actuar al hombre - Cómo evolucionaron las ideas sobre Dios - Concepto de Dios en el Vedanta.

LO ABSOLUTO Y LA MANIFESTACIÓN ..... 85
Lo Absoluto es inmutable - Definición de la voluntad - La voluntad no es absoluta - Errónea interpretación del Vedanta por Schopenhauer - La causalidad existe sólo en el mundo fenomenal - Dios, siendo incognoscible, es más que cognoscible - La pregunta de cómo lo Absoluto queda limitado o cuál es su causa, es ilógica; no puede ser conocido - La memoria - El espacio no tiene una existencia independiente - La existencia del tiempo es enteramente dependiente - La causalidad es dependiente - *Maya* no es inexistente ni es existente; es inexpresable - ¿Qué es la moral? - El ambiente debe ser conquistado - Evolución: sus dos factores determinantes expuestos en forma metafísica - El monismo resiste las pruebas a que puede someterlo la ciencia y la razón - ¿Qué enseña el materialismo? - Al monismo se le llamó «filosofía del bosque», ¿por qué? - El materialismo de la antigua India - Buddha predicó el monismo a las masas - El monismo salvó a la India dos veces - Shankaracharya fue un gigante espiritual; como reformador - El Occidente necesita que la razón entre en sus ideales religiosos - La meta que quiere alcanzar la ciencia es la unidad - Causa de la rápida expansión y decadencia del budismo en la India - El monismo no es destructivo - Dios Personal es antropomórfico - Los dualistas conciben a un Dios Personal - La mayoría de los hindúes son dualistas - Los dualistas son conservadores - Cristo predicó el dualismo a las masas y el monismo a sus discípulos - Enseñanzas de Cristo - Buddha predicó los más elevados ideales morales - Dios en la filosofía Vedanta.

DIOS EN TODO ..... 99
La vida está llena de males - El mal penetra la vida toda - La religión es el remedio a todos los males - Remedio al mal - Deben combinarse el corazón y el intelecto - El Vedanta da una explicación racional del mundo - Dios debe ser visto en todas las cosas - Los deseos son la causa de todas las desdichas - ¿Qué significa renunciar a los deseos? - El cielo está en lo íntimo del hombre - El desapego basado en el inegoísmo es lo único que da felicidad al hombre - Trabajo sin apego - El secreto de la acción - ¿Quién trabaja realmente? - El coraje del ciervo y el ladrido de los perros - Necesidad de sustentar un ideal - El verdadero conocimiento es encontrar la unidad en la diversidad - Quiénes disfrutan de eterna dicha.

REALIZACIÓN ..... 109
Cómo trata el secreto de la muerte el Katha Upanishad - Principal enseñanza del Katha Upanishad - No pueden todos aceptar el concepto de Dios Personal - La Existencia es una y base de toda la diversidad - La naturaleza objetiva es sólo una parte del Universo y nuestro conocimiento de él es limitado - Yama, dios de la muerte - Nachiketas trata de inquirir el secreto de la muerte a Yama - El cielo no puede dar satisfacción plena - Concepción subyacente en los sacrificios - Los dos senderos: la perfección y los placeres sensorios - El sendero de los placeres - Los deseos oscurecen la realización de la verdad - La renunciación es el ideal más elevado de los Vedas - La religión es realización y no instrucción libresca ni argumentación - La realización espiritual es una percepción directa, real, íntima - Los hombres son ateos en su gran mayoría - Dios no puede ser realizado por mera argumentación - El bien y el mal no son diferentes - La concepción común acerca del cielo carece de sentido - Sobre qué insiste la filosofía - La felicidad es un reflejo anublado de Dios; es relativa y subjetiva - La diferencia entre hombre y hombre es sólo de grado - *¡Om!*, matriz de todos los sonidos y símbolo de Brahman (Dios) - El alma es la base fundamental de todas las cosas - Quiénes pueden y quiénes no pueden realizar al alma - Se tiene gran estimación por los Vedas en la India - Quiénes conquistan la muerte - El intelecto comparado con el conductor de un carro (de guerra, antiguo) tirado por caballos - La religión justificada en el campo utilitario - El placer y el sufrimiento marchan juntos - El bien y el mal son constantes y coexisten - Lo Infinito no puede ser manifestado por lo finito - La perfección es infinita - Ideas y modalidades comunes a toda religión - Qué es renunciación - La teoría moderna de la evolución es insostenible - Vivir en Dios y permanecer en Él es el único estado gozoso de existencia.

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD ..... 128
Lo finito no puede manifestar lo Infinito - Los seres celestiales - Es absurda la concepción de los dualistas, acerca del bien y el mal - No hay diferencia fundamental entre el bien y el mal; sólo difieren en grado - El lazo marital de los tibetanos carece de brillo - Estado social de Inglaterra - Teoría persa respecto del bien y el mal - El bien y el mal en el Vedanta - El Atman está más allá de la dualidad y es la base fundamental de todas las cosas - Naturaleza del alma -La realización de la unidad en la diversidad es verdadero conocimiento - Quién logra la eterna paz - Sendero hacia el Conocimiento Supremo; breve explicación - Oriente y Occidente; contraste en sus concepciones sobre Dios, la naturaleza, la vida, la religión y sus ideales de vida. Ambos son prácticos, pero en diferentes esferas - La totalidad de la humanidad se volverá *jivanmukta* (libre en vida) - Día llegará en que el hombre sea tan intensamente práctico en lo científico como en lo espiritual, y esto es la armonía de la Unidad.



LIBERTAD DEL ALMA ..... 141
Las escrituras hindúes son las que mejor se han preservado a través del tiempo - Evolución de las ideas religiosas en los Vedas - La filosofía hindú se basa sobre los Upanishads y establece diferentes puntos de vista respecto de la realidad del Universo - Lo Infinito aparece como finito - El hombre es la degradación de un estado perfecto - El hombre es potencialmente divino - Concepto del *nirvana* - Brahman: Absoluto (Existencia-Conciencia-Dicha) - La Biblia predica que el hombre es una degeneración del hombre perfecto - Cómo el alma queda limitada - La esclavitud es una alucinación - La libertad es nuestra naturaleza real - La enseñanza dualista debilita - El monismo afirma que la fuerza interior es el remedio a todos los males y, por lo tanto, lo único que debe verse y ser predicado - El monismo es difícil de comprender y por ese no atrae a las masas - La fuerza espiritual es el remedio para la enfermedad que sufre el mundo, sin diablo a quien echarle las culpas ni Dios Personal a quien pasar nuestro fardo.

EL COSMOS. EL MACROCOSMOS ..... 155
La naturaleza toda está bajo la ley - Kapila, padre de toda la filosofía - La causa es la forma sutil del efecto - La causalidad es eterna - Teoría de los ciclos de creación - Destrucción; su significado - El concepto moderno sobre la evolución no tiene consistencia - ¿Qué es la involución? - Dios como inteligencia cósmica - La palabra Dios está asociada con múltiples ideas santas y elevadas - De Él nacimos, en Él vivimos y a Él retornamos.

EL COSMOS. EL MICROCOSMOS ..... 164
La religión es una necesidad constitucional del hombre - Percepción, según la filosofía *sankhya* - Cuerpo denso y sutil - Prueba de la existencia del alma - Naturaleza del alma - Reencarnación, explicación de esta teoría - Prueba de la reencarnación - El conocimiento se basa en la experiencia - El instinto es la razón involucionada - Superstición científica - *Tabula rasa*; refutación a esta teoría - El Vedanta no es optimista ni pesimista - Refutación de la teoría de la herencia - El ser individual es lo Absoluto visto por medio de *maya* (lo relativo) - La reencarnación favorece la liberación del ser individual - El hombre es el hacedor de su propio destino - Impresiones pasadas (*samskaras*) que determinan el carácter - Sólo debe considerarse la fuerza espiritual y es lo único que debe predicarse.

INMORTALIDAD ..... 177
La experiencia es el único medio de lograr el conocimiento - Todo

conocimiento humano procede de la experiencia - ¿Qué es la involución? - ¿La evolución presupone la involución? - La teoría moderna sobre evolución no tiene fundamento - La vida tiene detrás de ella una fuente inagotable de energía - Las formas sólo son eternas por su repetición - El efecto es la causa en forma densa y retorna a la causa - El mundo como la Gran Rueda (de los parques de diversiones) - Cómo es posible leer el futuro . El progreso nunca se produce en línea recta y siempre trae al punto de partida - Naturaleza del alma - La fuerza es destructible - La percepción según la filosofía *sankhya* - Los sentidos son los órganos de percepción - La filosofía hindú acepta unánimemente la divinidad del hombre - El alma es la base fundamental de todas las cosas - Cómo el alma queda limitada - Miedo; su causa y modo de eliminarlo.

EL ATMAN ..... 188

Existen varias sectas entre los hindúes - Diferentes escuelas en la filosofía hindú - Los Vedas son considerados eternos - La teoría de los ciclos de creación - Los dualistas conciben un Dios Personal - Casi todas las religiones son dualistas - La mayoría de los hindúes es dualista - Teoría de los atomistas sobre la naturaleza - Somos los hacedores de nuestro propio destino - Sucinta concepción de la filosofía dualista - Concepción de los seres celestiales - Creación; la concepción hindú es diferente de la que se tiene en Occidente - Breve explicación de la filosofía de los monistas calificados - El monismo es difícil de comprender y, por eso, no atrae a las masas - El Universo es mera alucinación - Tendencia conservadora del hombre - Se logra el conocimiento verdadero cuando se encuentra la unidad en la diversidad - Ideas sucintas sobre el monismo - Concepción monista del alma - *Maya*; su causa no puede ser investigada ni determinada - La verdad metafísica que subyace en toda ética - Evolución del concepto de Dios - El monismo es la única conclusión definitiva - El conocimiento supremo se alcanza con la realización del Ser - El logro de la paz eterna.

EL ATMAN; SU LIGADURA Y SU LIBERTAD. ..... 203

Breves ideas sobre el monismo - Concepción monista del alma - Toda forma es efímera - Los *samskaras* (impresiones pasadas) son la causa de la desdicha y del renacimiento - Cómo se libera el alma humana - Ley de *karma* - Acerca de la teoría de la reencarnación - El alma ligada es el «ser individual» - El hombre es el ser más elevado - Brahman: Absoluto (Existencia-Conciencia-Dicha) es el origen y meta final de todas las cosas - ¿Por qué se debe renunciar al mundo? - ¿Por qué luchamos por conseguir la libertad? - El Mundo y la Gran Rueda - Los deseos son signo de imperfección - Qué significa «renunciar a los deseos».



EL HOMBRE REAL Y EL HOMBRE APARENTE ..... 211

Los hindúes aman la generalización - El Vedanta enseña la unidad - Cuerpo: denso y sutil - El *prana* es la fuerza omnipresente que se manifiesta en el Universo - La creación se manifiesta por el *akasha* (sustancia primaria) y el *prana* (energía) - Todo lo que tiene forma ha surgido del *akasha* (sustancia primaria) - La inteligencia cósmica es la primera manifestación en la evolución cósmica - Percepción, según la filosofía *sankhya* - Prueba de la existencia del alma - *Buddhi* (intelecto o facultad determinativa) - La filosofía del dualismo - El monismo y el idealismo - Naturaleza del alma - Estera del creador (*Brahmaloka*) - Senda hacia Dios (*devayana*) - Destino del ser individual después de la muerte - Negación del alma y de Dios por parte de los budistas - Cómo contesta a los budistas el monista - Ley de *karma* - Solidaridad de la vida toda - *Pitriyana*, senda hacia los antepasados - El hombre es el ser más elevado - El conocimiento real llega cuando se realiza la unidad en la diversidad - El Universo es mera alucinación - Cómo el monismo encontró la solución en el conflicto entre el *noúmeno* y el fenómeno - El mundo fenomenal es «nombre y forma» - *Maya* comparada con las olas - *Maya* no es existente; no es inexistente; es inexpresable - El hombre liberado - La voluntad no puede ser libre - ¿Quién es un conocedor? - Respuestas a las objeciones que se hacen al monismo por su peculiar característica - Monismo; su utilidad - Utilidad de la realización espiritual (percepción directa, íntima de lo espiritual).

VEDANTA PRÁCTICO (*Primera Parte*) ..... 235

El «Bhagavad Guita» o «Canto del Señor» es el mejor comentario sobre el Vedanta - El Vedanta enseña el secreto de la acción - El Vedanta enseña que se debe tener fe en sí mismo - Qué es lo práctico en el momento actual - Practicidad del Vedanta - Cómo define a los ateos el Vedanta - La fe en sí mismo es el remedio a todos los males - El ideal del *karma yoga* (sendero de la acción inegoísta). El «Bhagavad Guita» acerca del sendero de la acción - Krishna enseña el Vedanta a Arjuna - Se debe realizar el ideal y no idealizar lo material (objetivo) - ¿Por qué el hombre tiene tendencia conservadora? - El Vedanta enseña la unidad - La diferencia entre los seres no es de naturaleza sino de grado - La fuerza es lo único que debe verse y predicarse; si hay pecado es la debilidad - Cómo debemos juzgar las acciones - El odio separa a los hombres - El amor conduce a la unidad - El corazón puro conduce a la realización espiritual - El secreto del poder de la Encarnación Divina.

VEDANTA PRÁCTICO (*Segunda Parte*) ..... 252

Aspecto práctico de los Upanishads - Brahman; Absoluto (Existencia-Conciencia-Dicha) en el Chandogya Upanishad - Las dos partes

de los Vedas: la ceremonial y la relativa al conocimiento - El hombre es el más grande símbolo que pueda ser adorado - Morada de los antepasados - Senda hacia Dios - El cielo no es eterno - La causalidad en los Upanishads - Dios debe ser visto en todas las cosas - El infierno no puede ser eterno - Dios Personal en los «Samhitas» - En los Vedas no hay ideas de temor o de pecado - Razón de ser de la tendencia conservadora del hombre - Conceptos sobre Dios Personal e Impersonal - Practicidad del Vedanta - Respuesta a las objeciones que se hacen al monismo - El monismo puede realizarse por medio del amor - Amor de Buddha hacia el mundo - La ayuda espiritual viene de lo íntimo, nunca de afuera.

VEDANTA PRÁCTICO (*Tercera Parte*) ..... 270
Conocimiento secular y Conocimiento Supremo - Nárada y Sanatkumara - Los dos principios del conocimiento: primero: refiriendo lo particular a lo general, y lo general a lo universal; segundo: explicación de una cosa tanto como sea posible, por su propia naturaleza - *Noúmeno*: su conflicto con el fenómeno - Base científica de la religión - Dios Personal no puede ser aceptado universalmente - Negación de los budistas, del alma y de Dios, y cómo les responden los monistas - Dios Personal es la más elevada interpretación de lo Impersonal - Dios Impersonal presta una base más sólida al concepto de Dios Personal - El conocimiento es inherente al hombre - La causalidad sólo existe en el mundo fenomenal.

VEDANTA PRÁCTICO (*Cuarta Parte*) ..... 282
Agnósticos y positivistas - Herbert Spencer - La identidad del alma con lo personal no es una prueba valedera de su existencia - Los dualistas refutados por los budistas - Budistas; su negación del alma y de Dios - Réplica del monista al budista - El monismo no es destructivo - Causa de la rápida expansión y decadencia del budismo en la India - Explicación breve de la filosofía dualista - La individualidad está sólo en lo Infinito . Causa del fanatismo - Ley de *karma* - La moralidad no puede basarse en el egoísmo - El egoísmo no es la consigna de la ética - Por qué son fanáticos los mahometanos - El egoísmo es amor mal dirigido - Buddha fue un *karma yoguin* ideal - El monismo no atrae a todos, por ser difícil de comprender - La causa del mal, según el Vedanta - La evolución no depende de la competencia y la lucha - Ideas sucintas acerca del monismo y su réplica a las objeciones que se le hacen - La ayuda espiritual viene de lo interno - La moralidad en consonancia con la metafísica - Nosotros debemos construir nuestro carácter - La verdad es eterna y no es propiedad de nadie.

ÍNDICE POR TEMA Y GLOSARIO ..... 299

# ÍNDICE POR TEMA Y GLOSARIO

*Abnegación* (de sí mismo) : Renunciación al «yo aparente» es la base de toda ética y religión, 18; 38.
*Absoluto*: Es inmutable, 86; la pregunta de cómo queda limitado es ilógica; no puede ser conocido, 87. (Véase Brahman).
*Acción*: Cómo debemos juzgarla, 248.
*Advaita*: Véase Monismo.
*Agnósticos*: Y positivistas, 283.
*Akasha*: Sustancia primaria; todo lo que tiene forma ha surgido de él, 189; 211-212; 270.
*Alemanes, filósofos*: Han intentado construir una nueva filosofía, 55.
*Alma*: Prueba de su existencia, 166-168; 215; su naturaleza, 134-135; 168-171; 182-186; 222; 224-225; cómo queda limitada, 147-149; 186; cómo la conciben diversas religiones y razas, 14; es la base fundamental de todas las cosas, 122; 134-136; 185-186; 248-249; está más allá de la dualidad, 34; 134; quiénes pueden y quiénes no pueden realizarla (profunda percepción íntima, directa), 122-123; la concepción monista del, 197-204; cómo se libera, 205-208; su identidad con lo personal no es una prueba valedera de su existencia, 284-286.
*Ambiente*: La lucha con el ambiente determina la evolución y el progreso, 91-92.
*Amor*: Conduce a la unidad, 248.
*Antepasados*: Su culto entre los egipcios y babilonios, etc., 13-14; está basado en la idea de libertad, 83.
*Ateos*: La mayoría de la humanidad es atea, 117-118; cómo los define el Vedanta 117; 244-245.
*Atman*: Véase Alma.
*Autocontrol*: Cómo nació la idea del control sobre sí mismo, 65.

*Babilonios*: Su idea del alma, 14.
*Bhagavad Guita* («El Canto del Señor»): parte de las enseñanzas de Sri Krishna que, en este maravilloso libro, son dadas a Arjuna en medio del campo de batalla; universalidad de su enseñanza, 62; acerca del *Karma Yoga*, 236; es el mejor comentario sobre el Vedanta, 236.
*Biblia*: Declara que el hombre es una degeneración de Adán; el hombre perfecto, 146.
*Bien*: Hacer el bien sólo beneficia a quien lo hace, 54.
*Bien y mal*: No son diferentes; 83; 119; 121; 130; sólo difieren en grado, 130;

vieja teoría persa acerca de ambos, 133; están balanceados en el mundo, 51-53; son constantes y coexisten, 125-126; 130.
*Brahmaloka* (esfera del Creador) : 217; 219; 224.
*Brahman*, Absoluto (Existencia-Conciencia-Dicha): 145; es el origen y meta final de todas las cosas, 207-208; en el Chandogya Upanishad, 253; 263.
*Buddha* (Gautama): 292; fue el *karmayogui* ideal, 292; sus enseñanzas emanaron de su realización directa y no provinieron de mera gimnasia intelectual, 16; nunca fue perseguido, 70; venció la tentación, 79-80; predicó a las masas, el monismo, 93; predicó los más elevados ideales morales, 98; su amor hacia el mundo, 265.
*Buddhi*: (intelecto o facultad determinativa), 166; 214.
*Budismo*: Cuál fue la causa de su rápida expansión y decadencia en la India, 93-94; 282-291.
*Budista*: Negación del alma y de Dios, 219-220; 273; 282-285; cómo le contestan los monistas, 221-222; 273-275; 284-286.

*Carácter*: Nosotros debemos construirlo, 297.
*Castidad*: Es la vida de un pueblo, 56.
*Causalidad*: Es dependiente, 90-91; existe sólo en el mundo fenomenal, 85; 279; es externa, 157.
*Charvakas*: (Véase materialismo); su filosofía; fueron los materialistas más absolutos y groseros de la India, 70-71.
*China*: Su religión se basa en el culto a los antepasados, 14.
*Ciclo* (kalpa): su teoría, 30-31; 159; 189-190.
*Cielo*: Está en el interior del hombre, 103; no puede satisfacer plenamente,112-113; concepción común de su falta de sentido, 119-120; 129; 258-259; no hay cielo eterno, 258.
*Ciencia*: La unidad es su meta, 95; su búsqueda de la libertad es en vano, 46; termina en la metafísica 95; supersticiones científicas, 30.
*Conocimiento*: Supremo y secular, 271; el conocimiento supremo significa ver (realización espiritual) la unidad en la diversidad, 107; 135; 195-196; 221; es inherente al hombre, 270-271; se basa en la experiencia, 171; 177; el conocimiento supremo viene con la realización (percepción íntima directa) del ser (Atman: alma; la esencia divina en el hombre, 200; sus dos principios, 271.
*Corazón*: La pureza de corazón conduce a la realización de la meta espiritual, 249-250; debe combinarse el corazón con el intelecto, 100.
*Creación*: La concepción hindú de la creación difiere de la que se sustenta en Occidente, 195; surge en el *akasha* y el *prana*, 211-212.
*Cristo*: Su enseñanza fue dualista para las masas y a sus discípulos les predicó el monismo, 97; su prédica es de renunciación, 97.
*Cuerpo: (Denso y sutil)*, 166-167; 213; 288.

*Deidades:* Habían sido seres humanos 129; 193; 267. Desapego: Cuando es perfecto es la libertad misma y es lo único que hace al hombre feliz, 103.



*Deseo:* No tiene término y jamás se satisface con el goce sensorio, 55-56; es la causa de nuestro sufrimiento, 101; renunciar a los deseos, ¿qué significa?, 101-102; oscurece la realización o visión de la verdad, 115-116; mientras subsiste el deseo hay imperfección, 210.
*Destino:* Cada ser humano es el hacedor de su propio destino, 175-176; 191-192.
*Destrucción:* es volver a la causa, 158.
*Devas (seres luminosos):* Concepción acerca de ellos, 61; 129; 193-194.
*Devayana:* Senda hacia Dios, 217-218; 257-258.
*Dicha:* Quiénes disfrutan de eterna dicha, 108.
*Diferencias:* La diferencia entre los seres es sólo de grado, no de clase, 242-243.
*Dios:* Evolución de la forma en que se concebía a Dios, 62-69; 83; 200-202; según el Vedanta, 98; Dios Personal no puede ser aceptado universalmente, 68-69; 99; 272-275; Dios Personal y dios impersonal, 60; 261-265; Dios Personal es la más elevada interpretación que puede ser alcanzada por la mente humana, 278-279; Dios Impersonal es una generalización más elevada que la de Dios Personal y presta una mejor base a este último, 261; 280; no es cognoscible en el sentido corriente, pero es más que conocido, 86-88; lo Personal es antropomorfo, 96; debería ser visto en todas las cosas, 101; 104-106; 260; la cuestión de si hay o no Dios no puede ser resuelta por argumentos, 115-116; no puede hallarse mejor palabra que "Dios", porque todas las esperanzas, aspiraciones y felicidad de la humanidad han sido concentradas en ella, 161-162; es misericordioso e imparcial, 175-176; Dios Personal en el "Samhita", 261-262; es *samshti* o inteligencia cósmica, 161-162.
*Dualistas:* Son conservadores, 96-97; son los más numerosos en la India, 96; 190-191; su concepción de Dios Personal (Encarnación Divina, Hijo de Dios, etc.), 96; 190-191; su concepción del bien y del mal es absurda, 130; casi todos los pueblos de la tierra tienen una religión dualista, 190; 282-283.

*Efecto:* Es la causa en una forma más densa u objetiva y vuelve a la causa, 158; 179-180.
*Egipcios:* Ideas sobre el alma de los antiguos, 14.
*Egoísmo:* No es el santo y seña de la moralidad, 292; es amor mal guiado, 294-295; nace en la ignorancia, 39.
*Emperador:* Y el sabio, 40.
*Encarnaciones Divinas (Cristo, Buddha, Ramakrishna, etc.):* En el amor reside su poder. Sus planes son siempre constructivos, 72; el secreto de su poder, 250-251.
*Esclavitud:* Es una alucinación, 147-148.
*Espacio:* Tiene una existencia dependiente, 90.
*Ética:* La verdad metafísica subyacente en ella, 38; 201.
*Evolución:* La teoría moderna es insostenible, 30-31; 127; 159-160; 178-184; sólo la materia evoluciona, no el espíritu, *36-37*; sus dos factores consi-

derados metafísicamente, 91-92; no depende de competencia ni lucha, 294-295.
*Existencia:* Es el fondo donde aparece toda diversidad, 110-111.
*Experiencia:* Es el único modo de conseguir el conocimiento, 171-172; 177.

*Fanatismo:* Sus malos efectos, 57; 71; su causa, 62; 290-291.
*Fe:* En sí mismo es el único remedio a muchos males, 238-245.
*Felicidad:* Es un pálido reflejo de la dicha absoluta de Dios, 120-121; es relativa y subjetiva, 124-125.
*Filosofía:* Insiste en que sólo hay una dicha absoluta y que nunca cambia, 120-121; proclama la Unidad en la multiplicidad y que el hombre es esencialmente libre, 185-187.
*Filosofía dualista:* Enunciación sucinta de su concepción, 190-195; 216-221; 288-290; enseña la debilidad, 149-150; objeción a toda enseñanza que inculca la debilidad, 151-152.

*Fuerza*: Es destructible, 181.
*Fuerza* (espiritual): Lo único que debe buscarse y predicarse, 43; 152-154; 175-176; 244-245.
*Futuro*: Posibilidad de leer el futuro, 181; 209-210.

*Gñana* (conocimiento supremo) : Sendero a seguir, brevemente enunciado, 135-138.
*Gñani* (conocedor de lo supremo; quien logra la sabiduría espiritual por el sendero del discernimiento entre lo relativo y lo permanente): 230-234.
*Griegos*: Su mitología es una adoración a formas abstractas de la naturaleza, 15.

*Herencia* (teoría de la) : Refutada, 173-175.
*Hindúes*: Aspiran a las generalizaciones; su búsqueda es la Unidad, 211; descubrieron y rechazaron muchos principios científicos: su razón, 46; hay varias sectas entre ellos, 189.
*Hindúes* (Escrituras): Son las que mejor se han preservado, 141-142.
*Hindú* (filosofía): Está basada en los Upanishads, 142-143; sostiene diferentes conceptos acerca de la realidad del Universo, 143-144; pero acepta unánimemente la divinidad del hombre, 144; diferentes escuelas de ella, 189.
*Hombre:* Es potencialmente divino, 34-36; 144; explicación de su tendencia a ser conservador, 197; 242; 258-259; es el ser más elevado de la creación porque es el único que alcanza la libertad, 206-207; 219; el hombre común no puede comprender nada que sea sutil, 20-21; el hombre es la degradación de un estado perfecto, 28; 30; 144; la diferencia entre hombre y hombre es sólo de grado, 121; el mejor y más elevado templo para adorar a Dios es el cuerpo humano, 255-256; ha nacido para conquistar a la naturaleza, 21-22; 59; el hombre primitivo, 63; 145.



*Ideal:* Necesidad de tener un ideal, el más elevado ideal, 17-18; 106-107; cada uno debe juzgarse según su ideal y no según el del vecino, 62; uno debe realizar el ideal y no idealizar lo material, 237-238; 239-240.
*Ignorancia*: (Es creer que somos el cuerpo y no el ser); es la causa de nuestro sufrimiento y esclavitud, 36; 38-39.
*India*: Libertad religiosa y de pensamiento, 70; el materialismo en la antigua India, 93-94; varias sectas religiosas, 189; sus antiguos monarcas, grandes pensadores, 235-236; antiguo sistema de educación, 252-253.
*Individualidad*: Existe sólo en lo Infinito, 36; 38; 286.
*Infinito*: No puede ser manifestado por medio de lo finito, 17-18; 36; 126; 128; aparece como siendo finito, 143.
*Inglaterra*: Estado de su sociedad, 132.
*Instinto*: Es la razón involucionada, 172-173.
*Intelecto*: Comparación con el cochero que lleva en su coche el Ser, 123.
*Inteligencia* cósmica: Cómo la considera la gente en general, los materialistas; los agnósticos, 182.
*Involución*: Definición, 160; 178; la evolución presupone la involución, 178-179.

*Jehová*: Su concepción, 62.
*Jiva*: (es el *Atman* [Alma] ligada a la naturaleza psicofísica, o lo que denominamos comúnmente como «ser individual» o «alma individual»), 207; 288-289; su destino después de la muerte (teoría de la reencarnación), 217.
*Jivanmukta*: (aquél que, después de realizar lo Divino, sigue viviendo en este mundo), 140; 228-229.

*Kalpa*: Véase «Ciclos».
*Kapila*: Este hombre maravilloso, el más antiguo de los filósofos, ya era mencionado en el *shruti:* «¡Oh, Señor!, Tú que has producido a Kapila en los primeros tiempos.» No hay filosofía en el mundo que no deba algo a Kapila. Pitágoras fue a la India y estudió el *sankhya*, filosofía de Kapila, y eso dio las bases de la filosofía de los griegos. Más tarde, creó la Escuela de Alejandría, y más tarde aún, la de los gnósticos. Se dividió en dos: una parte fue a Europa y Alejandría, y la otra permaneció en la India, de la cual se desarrolló el sistema de Vyasa. La filosofía *sankhya* de Kapila ha sido el primer sistema racional que el mundo ha conocido. Su postulado de que destrucción significa retorno a la causa, 157.
*Karma* (ley de *karma*) : 205-206; 217-218; 288-289.
*Karma yoga*: Nos enseña cómo actuar rectamente, 235-236.
*Katha Upanishad*: Acerca del secreto de la muerte, 26-27; 109; su principal enseñanza, 109-110.
*Krishna*: Encarnación de Dios sobre la tierra. Enseñanza del Vedanta a Arjuna (véase: «Bhagavad Guita» o «Canto del Señor», Ed. Kier) 236.

*Lalita Vistara*: (canto que encontramos en la biografía de Buddha), 48.
*Lenguaje* (humano) : Es un intento para expresar la Verdad, 29.
*Libertad*: Es la condición única del desarrollo, 69-70; toda la vida humana, toda la naturaleza luchan por alcanzar la libertad, 82-83; es la base de toda religión y ética, 83-84; se logra luchando contra la naturaleza, siendo sus amos, 59-60; impulsa constantemente los íntimos anhelos del hombre, 80-83; forma parte de nuestra intrínseca naturaleza, 145-148; por qué luchamos por lograrla, 207-208.
*Luna*: Entre los hindúes hay quienes creen que en la Luna hay vida, y explican cómo ha venido de ahí, 257-258.

*Mahat*: (inteligencia cósmica; su significado literal es: inteligencia-el gran principio; se considera la primera manifestación de la *prakriti* —naturaleza psicofísica— en el cosmos, según la filosofía *sankhya*); primer nacido en la evolución cósmica, 213.
*Mahometanismo*: Su fanatismo es causado por su acentuado dualismo, 293.
*Mal*: Penetra toda vida, 99; su génesis conforme al Vedanta, 294-295; ¿cuál es el remedio a todos los nales?, 99-102.
*Materialismo*: Su enseñanza, 93; no puede ser la meta, 39-40.
*Matrimonio*: Aspectos positivos y negativos del matrimonio entre niños en la India, su propósito, 56.
*Maya* (la «y» se pronuncia como «i»): No es existente y tampoco es inexistente, es inexplicable, 90-91; 223-224; su concepción védica antigua y su desarrollo posterior, 44; el concepto de *maya* manejado por los budista, dándole el sentido de idealismo, 45; explicación, 45; 48-56; 67-68; 68-77; 222-224; incorrectamente se la traduce como «ilusión», 61; cómo poder salir de *maya*, 78-80, comparada con las olas del mar, 223; no puede inquirirse su causa, 200-201.
*Memoria*: 89.
*Mitología*: Por qué no debe ser censurada, 28-30.
*Monismo* (*advaita*): Enseña la unidad de la existencia, 240-241; su explicación del Universo, 197-199; el monismo resiste las pruebas a que pueden someterlo la ciencia y la razón, 93; 95; es difícil de comprender, y por eso, no atrae a todos, 149-150; 197; 200; 290-291; por qué se llamó «Filosofía del Bosque», 93; salvó dos veces del materialismo a la India, 93-94; no es destructivo, 94-95; 287-288; es la única conclusión definitiva del Universo, 202; monismo e idealismo, 224-227; respuesta a las objeciones que se hacen a su peculiar característica, 230-231; 263-266; 291-292; 293-294; su utilidad, 231-233; puede realizarse por medio del amor, 268-269; es la base de toda moral, 39; enseña que la fuerza interior es el único remedio a todos los males, 149-150; ideas sucintas sobre el monismo, 197-200; 203-205; 295-298.
*Moralidad*: Su significado, 92; no puede sustentarse en el egoísmo, 290-294; consonante con la metafísica, 295.
*Muerte*: Quiénes la conquistan, 123.



*Mundo*: El mundo objetivo es el reflejo del que llevamos dentro, 42-43; el control del mundo exterior depende del control del mundo interior, 92-93; no tiene una realidad absoluta, es cambiante, 48-49; es el infierno de Tántalo, 66; qué significa renunciar al mundo, 100-101; es como la Gran Rueda de los parques de diversiones, 180; 209; por qué se debe abandonar el mundo, 207-208.

*Nachiketas*: Cómo fue instruido por Yama, el rey de la muerte, 111-115; lleva este nombre también un sacrificio que se hace para alcanzar el cielo, 113-114.
*Nárada*: Enseñanza que recibió de Sanatkumara, 270; y Sri Krishna, a quien le pidió que le mostrara qué era su *maya*, 76-77.
*Naturaleza*: Está bajo la ley, 156; la combinación de las formas físicas se repite eternamente, 180-181.
*Nihilistas*: Cuál es su posición, 27.
*Nirvana*: Su concepción, 146.
*Nivritti*: Palabra sánscrita que significa «repeler», y su sentido es que cuando el hombre deja de «atraer» hacia sí todo lo que desea, comienza a «dirigirse hacia adentro», a actuar para los demás, y en él se hacen prácticas la moralidad y la religión, 64-65. Opuesto a *pravritti*.
*Noúmeno*: Su conflicto con el fenómeno, 274; 284-285; cómo lo resuelve el monismo, 220-221; 274; 284-285.

*Occidente* (su meta es la mejora política y social; ha desarrollado grandemente la ciencia, decayendo la religión): Necesita una religión racionalista, libre de dogmas, 94.
*Odio*: Separa, por tanto, es erróneo y falso, 248.
*OM*: La matriz de todos los sonidos y símbolo sonoro de Brahman, 121.
*Optimismo*: Y pesimismo; debemos actuar entre ellos dos, 48-49.
*Oriente y Occidente*: Contraste entre sus ideas acerca de Dios, la naturaleza, la vida, la religión y otros ideales, 138-140; ambos son prácticos, pero en diferentes esferas, 139-140.

*Parábolas de*: Nárada y Sri Krishna, 76-77; el cachorro de león que se creía cordero, 41-42; Manú y el pececillo, 29; el ciervo y los perros, 106.
*Paz*: Quién logra paz eterna, 73; 136; 140; 201-202.
*Pecado*: No debe ser predicado, 43; 251; debilita y no sirve de ayuda, 243-244.
*Pensamiento*: Crea el cuerpo, 31.
*Percepción*: Su génesis, explicada según la filosofía *sankya*, 165-166; 182-184; 213-214; la religión es percepción real, 106; la percepción superfina, subjetiva, íntima, por la cual el hombre alcanza el supremo conocimiento, libera al ser humano de la ignorancia y realiza que es el Ser siempre libre.
*Perfección*: Es la naturaleza real del hombre; es infinita; cómo se manifiesta, 126; y el placer, tienen metas distintas, 115.
*Pitriyana*: Sendero que recorre el alma individual al morir, 217; 257-258; en-

cuentro en el cielo con los antepasados, 258-259.
*Placeres*: La senda de los, 115; y dolor andan juntos en el mundo, 124; el placer de los sentidos y los goces elevados, 124.
*Practicidad*: Cómo ve cada uno lo «práctico» en la vida, 139-140; 237.
*Prana*: La fuerza omnipresente manifiesta en el Universo, 212-213; 216; 270.
*Pravritti*: Palabra sánscrita que significa «atraer»; ese «atraer» es lo que llamamos mundo, «yo» y lo «mío»; incluye todo lo que desea el «yo» como posición, dinero, poder, renombre y fama, y que fortalece su naturaleza posesiva; tiende siempre a acumular todo en un centro y ese centro es el «Pequeño yo», el alma individual, el tan querido «yo» del hombre, 64. Opuesto a *nivritti*.
*Progreso* (evolución): No sigue una línea recta, 177-178; todo se mueve en círculo y retorna a su origen, 181-182.
*Pueblos*: Su grandeza reside en su espiritualidad, 22.

*Razón*: Toda religión debe ser sometida a la prueba de la razón, 16-17; 276.
*Realización* (espiritual): es percepción real, íntima, del Ser, de Dios, 117-118; 127; su utilidad, 232.
*Reencarnación*: Explicación de esta teoría, 169-170; 205-206; 281-282; su prueba, 170-172; presupone el camino de la liberación para el alma humana y no culpa a nadie de nuestros errores y sufrimientos, 175-176.
*Religión*: Es realización íntima del ideal buscado, y no demostración de conocimientos, erudición o debate, 115-117; su base científica, 23-24; 260; 271-272; su alcance y meta, 58-59; 79-81; es una necesidad inherente al hombre, 26; ideas y caracteres distintivos comunes a todas las religiones, 17; 27-28; 80-81; 125-126; su conflicto con la ciencia, 31-32; es la más poderosa fuerza de la vida, 13; 22-23; teorías acerca de su origen, 13-15; justificada en el campo utilitario, 20; 39; 123; las religiones futuras deberán ser comprensivas y tolerantes, 24-25; principia con la renunciación, 55-56; 64-65; 79-80; su remedio para todos los males, 99-100.
*Renunciación*: Definición, 55; 126; es el más elevado ideal védico, 115.
*Rishi*: (sabio espiritual; aquél que ha realizado los *mantras*); autores de los Vedas, 16.

*Sabiduría mundana* (o práctica): Cómo se quiere evitar los males del mundo, 77; 79.
*Sacrificio*: Concepción subyacente en él, 114.
*Samhita*: Idea de Dios y del temor a él, 261.
*Samskaras*: (impresiones de vidas pasadas que, en forma de tendencias, determinan el destino de la vida actual), explicación de su origen y forma de actuar, 175-176; 216-217; forman el carácter del hombre y son la causa de su sufrimiento y renacimiento, 204-205.
*Sanatkumara*: Y Nárada, enseñanza dada a este último, 270.
*Sat-Chit-Ananda* (Existencia-Conocimiento-Dicha Absoluta): 98; 145; 153.
*Schopenhauer*: su errónea interpretación del Vedanta, 86.



*Sentidos*: Órgano de percepción, 184; no pueden conducir a la más elevada dicha, 17-18; tampoco proporcionan la felicidad, 38-39.
*Ser*: Véase *Alma*; Véase también *Yo*.
*Shankaracharya* (expositor de la escuela monista [*advaita*] y considerado un gigante intelectual en el campo del discernimiento puro, esto es, en la búsqueda de lo Real, desechando lo irreal, relativo, transitorio); su poder intelectual inmenso proyectó sobre todas las cosas el faro luminoso de la razón, 95.
*Shvetaketu*: Recibió la enseñanza de un rey; enseñanza que no conocían los sacerdotes, 235; 255.
*Sociedad*: Puede ser una etapa transitoria que conduce hacia estados más elevados, 20; cuál es la sociedad más elevada, 41; se sustenta en la idea de control de sí mismo, 65.
*Spencer, Herbert*: Creía que había algo que no cambia, 283.
*Sueños*: La idea de inmortalidad nos ha sido dada por los sueños, 15.
*Sutil*: (lo), es la causa de lo denso, 157.

*Tabula Rasa*: según algunos filósofos europeos, el niño viene al mundo como una, 171.
*Temor*: Su causa y cómo eliminarlo, 186.
*Tibetanos*: Sus costumbres desconocen la belleza y los problemas del lazo matrimonial, 131-132.
*Tiempo*: Tiene una existencia dependiente, 90-91.
*Trabajo*: Sin apego, 103-104; su secreto, 103-104; quién puede actuar rectamente, 105.

*Universo*: La naturaleza externa es sólo una parte de él, 109-110; nuestro conocimiento de él es limitado, 110; es mera alucinación, para ficción del cerebro humano, 195-196; 223.
*Upanishads*: (parte filosófica de los Vedas, que conduce al conocimiento supremo); su lado práctico, 252-255; acerca de la teoría de la causalidad, 259-260; utilidad de su estudio, 141.
*Utilitarismo*: Es incapaz de explicar la moralidad, etc., 19-20.

*Vedanta*: (es la esencia de los Vedas); no es optimista ni pesimista, 53; 57-58; 132-133; es una explicación racional del mundo, 101, 103, 254-255; armoniza todas las religiones y sectas, 61-63; 80-81; 83; enseña la Unidad como meta, 211; 241; acerca del bien y del mal, 133-134; enseña el secreto de la acción, 235-236; su practicidad, 237-238; 249; 262; 266-267; enseña fe en sí mismo, 244-245.
*Vedas*: (en las partes más antiguas de los Vedas, la búsqueda estaba dirigida hacia el exterior y no encontraron la solución del problema de la vida y de la muerte; más adelante, vemos en los Vedas, que la mente se dirigió hacia adentro y su búsqueda del Ser en lo íntimo dio la respuesta); son eternos, 189; no hay ninguna idea de temor o de pecado en ellos, 261;

vemos en ellos la evolución de las ideas religiosas, 141-142; sus dos porciones, la ceremonial y la relativa al conocimiento, 256-257; gozan de la mayor consideración en la India, 122-123.
*Verdad*: No se prueba por su utilidad, 39.
*Vida*: Es una continua lucha, 177-180; del apego del alma individual a la vida surge la explicación de la reencarnación, 215-216; es una mezcla de existencia y no-existencia, 47-53; su objetivo es la búsqueda de un ideal, y su realización, 56; la vida está llena de males, 99; determinada por impresiones pasadas, 288.
*Voluntad*: Definición, 86; no es lo Absoluto, de ahí la confusión de Schopenhauer, 86; libre voluntad, o libre albedrío, expresa una idea errónea, 229.

*Yama* (rey de los muertos): 112-113.
*Yo* (Ser Íntimo): 84; 88; 106; 128; 293-294.